Pablo Iglesias
Enric Juliana

Nudo España

arpa

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-16601-96-7
Diseño de colección: Enric Jardí
Maquetación: Àngel Daniel
Manila, 65 - 08034 - Barcelona
arpaeditores.com

Pablo Iglesias y Enric Juliana

NUDO ESPAÑA

arpa

SUMARIO

Prólogo

Introducción. Composición del lugar

Europa

- Esperando a los robots
- La angustia geopolítica de Europa
- Personalidades o partidos
- Lo que España puede ofrecer a Europa
- Europa del Norte, Europa del Sur
- Algunos apuntes sobre Italia

América Latina

- La relación entre España y América Latina
- España y la izquierda latinoamericana

La Transición

- El relato de la Transición, entre el realismo mágico y la crítica constante
- Las encuestas Gallup
- Rupturas y continuidades
- La monarquía
- UCD, también conocida como «la Empresa»
- PSOE y PCE

Una década de crisis

- La llegada de la crisis
- El modelo español en cuestión

El ciclo electoral 2015-2016

La izquierda en la era del populismo blanco
El distanciamiento entre Cataluña y España
Un poco de historia
El Estado español: un proyecto monárquico
Los sucesos de octubre
Felipe VI y el futuro de la monarquía
Las luchas mediáticas
El fatídico ciclo de la reforma del Estatut
La sociedad catalana y sus tensiones interiores
Realidades paralelas
Podemos y Cataluña
Catalanismo, nacionalismo, soberanismo, procesismo
De Macià a Puigdemont
El fenómeno Ciudadanos
El artículo 155
Epílogo. Después de la moción de censura
Dramatis personae
Nota de los editores

PRÓLOGO

Hace cuatro años, el 9 de noviembre de 2014, Pablo Iglesias entrevistó al periodista Enric Juliana en el programa de televisión por internet «Otra vuelta de Tuerka». Era la primera vez que se saludaban. La entrevista lleva acumuladas más de cien mil visualizaciones en YouTube. Durante poco más de cuarenta minutos, los papeles se intercambiaron: el político —entonces recién elegido diputado del Parlamento Europeo— entrevistaba al periodista. A Pablo Iglesias le interesa el periodismo y a Enric Juliana, periodista profesional desde hace más de cuarenta años, le apasiona la crónica política. En aquella conversación se apuntaron algunos temas y quedaron otros muchos asuntos por tratar.

Cuatro años después, cuatro años vertiginosos en los que muchas cosas han cambiado en España, Iglesias y Juliana han decidido retomar el diálogo, a iniciativa de Arpa Editores. Han sido más de diez sesiones de trabajo repartidas entre febrero y septiembre de 2018. La conversación se inició con Mariano Rajoy digiriendo los adversos resultados de las elecciones catalanas convocadas por el Gobierno de España en virtud del artículo 155 de la Constitución y concluyó con el más complicado tablero parlamentario que se recuerda en España: Pedro Sánchez al frente de un Gobierno de minoría obligado a pactar y tejer complicidades con una compleja mayoría parlamentaria, en la que Podemos y sus alianzas son del todo imprescindibles.

A finales de mayo hubo un acontecimiento decisivo: la moción de censura que descabalgó a Rajoy, contra pronóstico, y en cuya gestión

Pablo Iglesias tuvo un papel especialmente activo. Se abría en España una nueva situación política, incierta y apasionante, en el marco de una Europa que parece estar perdiendo el rumbo y que vivirá en los próximos meses una dura prueba con los comicios al Parlamento Europeo previstos para mayo de 2019.

Europa y la nueva de ola de cambios tecnológicos, el sintomático giro de Italia, el futuro de la monarquía, Cataluña, el relato de la Transición y los Gobiernos democráticos, el PSOE y Podemos, el fortalecimiento del feminismo, la nueva competición en el seno de la derecha. Estos son los principales asuntos que conforman un amplio diálogo sobre la actualidad, con la mirada puesta en el futuro. Iglesias y Juliana discrepan sobre no pocos asuntos —el lector está invitado a seguir con especial atención sus puntos de vista sobre el futuro de la monarquía— pero apenas tardaron unos minutos en ponerse de acuerdo en el título del libro: *Nudo España*. Un nudo que puede relajarse en los próximos tiempos o convertirse en un cruce de contradicciones irreversible. El futuro no está escrito en un mundo en plena aceleración tecnológica que podría conducir en un periodo histórico relativamente corto a la modificación sustancial de la propia naturaleza humana. Está en nuestras manos deshacer el nudo.

Madrid, septiembre de 2018

INTRODUCCIÓN

COMPOSICIÓN DE LUGAR

Enric Juliana: La legislatura será corta con toda seguridad. No sabemos cuánto, ni qué puerta abrirá este experimento político. Hoy, en septiembre de 2018, mi duda no es si el Gobierno se situará más a la izquierda o menos, sino si el Gobierno y sus aliados conseguirán proyectar una imagen de solidez y solvencia ante la sociedad que genere un mínimo de confianza para ampliar la mayoría electoral. El cuadro general internacional, europeo y español es muy incierto. La incertidumbre económica, aunque lejana, vuelve a aparecer en el horizonte. Y solventada la moción de censura, que, en el fondo, fue un acto de *impeachment* del anterior presidente del Gobierno, la demanda creciente de la sociedad será de solvencia. Tengo algunas dudas sobre la capacidad del ejecutivo actual de trasladar una imagen de *gravitas* a la sociedad.

Pablo Iglesias: Estamos viviendo un interregno entre un sistema político en el que gobernaban dos partidos de manera alterna y un sistema pluripartidista en el que no va a haber nunca más un Gobierno unipartidista. La propia moción de censura revela la excepcionalidad o el cambio que se está produciendo en nuestro país. Es la primera moción que triunfa, y sale gracias al acuerdo entre formaciones políticas muy distintas. Incluso se puede afirmar que quienes más trabajaron para que la moción de censura resultara en la elección de Pedro Sánchez no fueron miembros de su partido. Esto

revela una situación nueva en España, y creo que los partidos tradicionales están tardando en metabolizarlo. Pedro Sánchez es consciente de que necesita llegar a acuerdos con nosotros y con otras formaciones políticas para gobernar. Sabe que el próximo Gobierno va a ser de coalición, sea de nosotros con el PSOE o de Ciudadanos con el Partido Popular. Sin embargo, los partidos políticos tradicionales y ciertos poderes mediáticos tienen nostalgia del bipartidismo. A corto plazo, eso encarna el peligro de que alguien cometa la imprudencia de creerse autosuficiente.

Para que la legislatura llegue a 2020, el PSOE tiene que asumir que obtuvo los peores resultados electorales de su historia desde los años treinta y que, para sacar los presupuestos adelante, se tiene que poner de acuerdo con nosotros y con fuerzas políticas de Cataluña y del País Vasco. Creo que el presidente lo entiende, y espero que los diferentes sectores de su partido también. En términos históricos, que la legislatura sea más corta o menos no cambia tanto. Si finalmente Pedro Sánchez se ve incapaz de ceder en nada y de llegar a acuerdos, tal y como deseamos nosotros, habrá elecciones antes, y en 2018 o a principios de 2019 tendremos un nuevo escenario en el que gobernarán dos partidos. Creo que la tentación de tripartito *de facto* prorrégimen Ciudadanos-PSOE-PP cada vez es más inviable, y esto nos satisface porque hemos podido empujar la situación hacia un escenario que nos interesa.

Hay excepciones: PSOE, PP y Ciudadanos se pueden poner de acuerdo para defender la corrupción de la monarquía frenando una comisión de investigación, pero no sé cómo podría explicar el PSOE a sus votantes un acuerdo de Gobierno con la extrema derecha de Rivera. Y, como Pedro Sánchez sabe que vamos a un escenario de cogobierno, va a querer prolongar la situación tanto como pueda siendo presidente de un Gobierno que ha podido decidir al cien por cien. Por tanto, va a aceptar negociar con nosotros un programa social.

EJ: Sí, me parece un esquema razonable de la situación. El primer test electoral va a ser en Andalucía. Parece que ya está a las puertas y que va a dar una fotografía de la situación. Si el PSOE no consiguiese aprobar los presupuestos por la razón que fuere, tengo la sensación de que les conviene convocar elecciones lo antes posible. Para aprobar los presupuestos, han de llegar a un acuerdo con Podemos, pero luego tienen que ampliarlo a otras fuerzas, y el voto catalán puede ser complicado de obtener. Retomo la idea anterior: creo que la sociedad está expectante. Es verdad que había una demanda social mayoritaria de poner fin a una situación, y que por eso la moción de censura resonó bien en la sociedad. Pero esto ya pasó, y ahora estamos en otro punto. En estos momentos, las preocupaciones de mucha gente giran en torno a lo mismo de siempre: la economía, el bienestar material. Y sobre todo las expectativas: «¿Qué puedo esperar del mañana?».

No hemos de olvidar que el PSOE de Zapatero tuvo un momento muy crítico. Entre 2008 y 2009, la sociedad percibió que el Gobierno de España perdía el control de la economía. El Gobierno parecía perdido: su diagnóstico de la situación era rotundamente desmentido por los hechos. Ese estigma está marcado en la frente del PSOE, y aún no ha desaparecido. Por lo tanto, de todas las cosas que pueden pasarle al Gobierno actual, la más inquietante es que se acentúen los indicios actuales de que la economía se está enfriando. Si empiezan a marcar una tendencia un poco más acusada, no veo a la marca PSOE bien armada para afrontar la situación.

Y evidentemente, aunque la oposición está dividida, cuando coincide en un punto tiene una gran capacidad para proyectar un discurso. Este verano se ha producido un cambio. La oposición ha empezado a marcar temas. Cuando la incertidumbre se apodera del escenario europeo, ello es muy importante para España. No olvidemos que el proyecto europeo ha sido el gran coagulante de la democratización española. Si el coagulante se debilita, la narración de la democracia española se desbarata. Los demonios del pasado vuelven. Ya habitan entre nosotros.

PI: Estamos en el momento histórico más decisivo de los últimos quince años. No es un momento de medias tintas o de seguir las corrientes de lo que está ocurriendo, porque no hay muchas corrientes que seguir. Por resumirlo en una frase, el PSOE tiene que decidir si quiere parecerse a los laboristas de Jeremy Corbyn o a Matteo Renzi, que es a quien ha tomado como referencia los últimos años. Nunca olvidaré cuando Elena Valenciano le dijo a Renzi: «*Forza e coraggio*», y Renzi respondió recibiendo a Albert Rivera en Italia. Tienen que tomar esa decisión, y hay que hacer una propuesta de viabilidad de los Estados sociales en Europa.

Hubo un artículo muy polémico de Manolo Monereo, Héctor Illueca y Julio Anguita. Aunque no comparto ni el título ni la conclusión, sí señalan algo muy interesante. La extrema derecha reaccionaria está asumiendo sin complejos elementos que en el pasado eran extraños a la derecha, como que el proteccionismo o la protección social puedan formar parte de su oferta electoral. Eso es un torpedo en la línea de flotación de las fuerzas políticas socialdemócratas en Europa. Esto ya no va de países pequeños como Grecia, Irlanda o Portugal, sino que está ocurriendo en países centrales de la UE como Francia, Italia o incluso Alemania. Creo que es necesario que España, en cuanto que uno de los países más importantes de Europa del Sur, plantee que la defensa del Estado del bienestar, los derechos sociales y las políticas expansivas de un cierto neokeynesianismo son condición de posibilidad para que la extrema derecha no haga su agosto. Es verdad que de momento España parece vacunada frente a ciertos experimentos racistas y xenófobos, pero no hay que olvidar que Albert Rivera y Pablo Casado ponen el dedo en la llaga del asunto migratorio cada vez que tienen ocasión.

EJ: Has planteado un tema que me parece muy interesante. Leí el artículo con mucha atención y me provocó una enorme inquietud. Sabía que esas ideas iban a emerger, pero no tan pronto. No lo digo por presumir, sino porque el discurso soberanista de la izquierda —no

me refiero ahora a la cuestión de Cataluña, sino a la defensa de la soberanía nacional frente al poder europeo— puede cobrar fuerza frente a la corriente europeísta, con la que yo siempre me he identificado. En este sentido, el artículo de Anguita, Monereo e Illueca es importante. Con ese artículo levantan una liebre que en otros países europeos lleva tiempo corriendo. El discurso está en marcha y es evidente que en su recorrido puedes acabar del brazo de los «Grillini» e incluso de Matteo Renzi. En Italia ya se habla de manera habitual de la corriente soberanista. La prensa española usa el término para referirse a unos señores catalanes que quisieran fundar un nuevo Estado, mientras que en Italia se refieren a la línea política del actual Gobierno de defender la soberanía nacional italiana frente a Bruselas con gran gesticulación y teatro, como es propio de ese país. Una gran pancarta recorre Italia el día en que Interior decide cerrar los puertos italianos: «Aquí mandamos nosotros, no ustedes». Cerramos los puertos y la pobre gente de los barcos ya espabilará. Nosotros, primero, sin complejos y con malos modos, si conviene. Esta es la serpiente cobra que está fascinando a mucha gente en estos momentos. Podría parecer que fascina solo a la derecha, pero está claro que está empezando a fascinar a gente de la izquierda, porque soberanía es igual a proteccionismo. Y proteccionismo no es solo protección económica, sino también protección social.

Además, está funcionando en términos electorales. Ni los miembros de la Liga se creen el salto que han dado. Las fuerzas convencionales del centroderecha italiano se han derrumbado. Lo que quedaba de Silvio Berlusconi se ha diluido, así que la Liga está en condiciones de reorganizar toda la derecha a su alrededor, y no hay duda de que eso sería un triunfo extraordinario de Salvini en términos políticos.

Lo de Italia ya lo sabíamos, pero ya está llegando el influjo a España. El populismo de derechas hace años que existe en Polonia, en Hungría, en Austria, en Holanda, pero ha tenido que llegar a Italia para notar de inmediato su influjo en España. Los experimentos

italianos siempre irradian. En Alemania está llegando por otros vericuetos, pero acaba de salir una fracción de izquierda que aboga por reabsorber algunos elementos del discurso de Alternativa para Alemania para no sucumbir.

El artículo de Monereo y Anguita me preocupó bastante porque, en mi opinión, contiene una trampa que me parece impropia de los dos firmantes (al tercero, Illueca, no tengo el honor de conocerle). La trampa consiste en obviar que el actual Gobierno de Italia puede ser el portón de entrada del autoritarismo en Europa Occidental. Las fórmulas políticas que desde hace tiempo se están experimentando en el este de Europa dan ahora el salto a Europa Occidental a través del experimento político italiano. Nadie puede pasar por alto que ese Gobierno está promocionando el odio al extranjero en un país en el que se llegaron a promulgar leyes de persecución racial. Sinceramente, con eso la izquierda no puede jugar. Y aunque creo que en el debate público se abusa muchas veces de la palabra «fascista», me parece que hay rasgos del viejo fascismo en la nueva situación. Por lo tanto, no me parece un asunto menor, tampoco para la evolución política de Podemos.

PI: Eso, además, también nos coloca en la excepción española. Uno de los temas de diálogo es si el modelo portugués es viable en España. Hay cuando menos dos diferencias muy acusadas. Aparte de que la clase política portuguesa tiene una sofisticación de la que carece la clase política en España, la primera diferencia es que allí no hay una cuestión territorial, y eso es determinante en España, incluso para la derecha y la extrema derecha. Ciudadanos y el Partido Popular están tan interesados en explotar el asunto catalán para definir su propia identidad que dejan bastante de lado cuestiones que tienen que ver con la inmigración o el soberanismo. Y la segunda diferencia es que en Portugal hay un partido socialista con mucho peso, con más del 30 % de votos, mientras que las fuerzas aliadas no llegan al 10 %. La geometría de gobierno es distinta de la de España. Con todo, después

de las elecciones autonómicas y municipales, nuestro objetivo político es que se empiece a normalizar una vía de gobierno a través de la fórmula de coalición en ayuntamientos y comunidades autónomas que se parezca al estilo portugués. Aspiramos a que eso llegue al Gobierno del Estado y que constituya un mensaje a Europa, porque sería un modelo de gobernabilidad sin parangón en el continente.

Probablemente desde que fracasó el programa común de la izquierda, con alguna excepción en Francia (con uno de los Gobiernos de Lionel Jospin), los socialistas que gobiernan acaban pactando con la derecha, como en Alemania. España plantearía una cosa nueva: Podemos y el Partido Socialista gobernando juntos y enviando el mensaje de que es posible otra política económica y social, otro modelo de Europa. Podemos ofrece un modelo de gobernanza a tres niveles: municipal, autonómico y estatal. Esto contrasta con lo que significa Emmanuel Macron o el Gobierno de la Liga y el Movimiento 5 Estrellas en Italia, o incluso también —porque esto nos lo van a recordar siempre— con la experiencia griega. Grecia ha demostrado que cuando los poderes europeos se confabulan para aplastar el Gobierno de un país pequeño, son capaces de arrollarlo. Nosotros tenemos esta noción muy armada en términos teóricos, pero en el Partido Socialista hay enormes dudas, salvo por algunos jazzistas que saben captar bien la música, como Iván Redondo. Redondo oye la música del presente, entra con su instrumento, improvisa y lleva a Pedro Sánchez muy bien por ese camino. Sospecho que todo lo que están haciendo con el Valle de los Caídos se debe a que Iván Redondo, que conoce muy bien Podemos, ve con buenos ojos unirse al cambio social y ocupar ese espacio. El otro día Pedro Sánchez asumió en un tuit una expresión nuestra: «lo común». Que el presidente del Gobierno hable en esos términos revela que tiene un músico detrás que le va guiando. Lo que no sé es si solamente es el trabajo de un músico o si también hay un trabajo teórico de qué quieren ser y qué quieren hacer con nosotros. Sospecho que hay mucha resistencia en su partido.

EJ: Y no solo en su partido. La clave está en saber qué piensa el señor Pierre Moscovici de la fórmula que planteas. Es una fórmula absolutamente legítima, pero nunca se ha probado en España. Y aunque se ha probado en Portugal, en su caso se expresó por medio del apoyo parlamentario, no de un Gobierno de coalición. Moscovici no ha tardado en venir a España para felicitarse por el nuevo marco político y controlar las cuentas. En ese sentido, creo que Pedro Sánchez ha tenido suerte porque llegó al poder en una coyuntura en la que la presencia de un europeísta español era absolutamente necesaria, y eso seguramente lo ha reforzado.

Sin embargo, España tiene que cumplir unas exigencias de déficit público. Tenemos una deuda del 100 %, y nuestra economía todavía está convaleciente de una crisis muy severa, que yo no considero concluida, en la medida en que el miedo se ha apoderado de la gente. Hemos dejado atrás el peor momento de la crisis mediante una devaluación interna muy fuerte que ha provocado mucho sufrimiento social. Es innegable que solo fue posible superar la crisis gracias a la capacidad de sacrificio de la gente y a algunos elementos específicos de la economía española. De no haber existido los ingresos derivados del turismo, por ejemplo, la situación habría sido aún peor. De alguna manera, el turismo sustituyó uno de los pulmones averiados de la economía: la construcción.

La duda es cómo se puede compatibilizar esa alianza política a la vista de las exigencias económicas europeas, y si esas exigencias pueden ser modificadas. Y, atendiendo al peso político de España en Europa y a la propia coyuntura europea, hay que ver si el actual Gobierno español tiene fuerza para decir que va a respetar la partitura, pero que la va a interpretar de otra manera. Me parece que, cuando hablas de la fórmula portuguesa, estás diciendo eso. No te oigo hablar de romper la partitura…

PI: Es que estamos demostrando pragmatismo en muchos planos. Una de las cosas que nos sorprendía de nuestras encuestas internas era que,

en realidad, las exigencias de nuestro electorado muchas veces son más modestas que nuestros propios planteamientos programáticos. A partir de ahí asumimos una correlación de fuerzas: hemos tenido el 21 % de los votos y eso implica que hay que ponerse de acuerdo con otros. Allá donde gobernamos hemos demostrado un pragmatismo compatible con la eficacia y las políticas sociales. Creo que el Ayuntamiento de Ma-drid y el de Barcelona revelan una gestión correcta que ha dado tranquilidad y seguridad a la gente. Gobernamos en una comunidad autónoma y sostenemos varios Gobiernos autonómicos, y algunos gestionan presupuestos muy amplios, como el de Baleares y el de la Comunidad Valenciana.

Por lo que hace al pacto del déficit con Bruselas, tuvimos una discusión interna. No es muy creíble que nosotros pidamos al Gobierno que negocie de otra manera con Bruselas. Cuando entremos en el Gobierno nosotros, trataremos de demostrar que se puede hacer, pero ahora es un brindis al sol. Es decir, concentrémonos en aquello en lo que podemos influir de verdad. En los presupuestos sí podemos sentarnos y hablar de partidas concretas. Creo que no pedimos la luna. Cuando planteamos que España se tiene que acercar a Europa en justicia fiscal, diciendo que hay que bajar los impuestos a los autónomos y el IVA para las clases más humildes, y apelando a aprobar un impuesto de sociedades presentable o un impuesto a la banca —cosa que ya proponía el Partido Socialista y que ya opera en muchos países de Europa—, o abogando por terminar con el tipo cero de las sociedades mercantiles que operan en el mercado inmobiliario, planteamos cuestiones sensatas. Lo que España necesita es un suelo de ingresos, más que un techo de gastos, y lo que estamos sugiriendo va en la línea de lo que hacen otros partidos europeos. En términos de economía de mercado, la justicia redistributiva es clave para que las cosas vayan bien. Entiendo que haya un cierto miedo estético y escénico al cambio, a que la fuerza política que apareció en las elecciones europeas de 2014 pueda asumir de repente responsabilidades de gobierno, pero hemos demostrado que somos

capaces de hacerlo.

Es más, la garantía de que siempre va a haber una cierta estabilidad en España es el multipartidismo que ya domina la política. Ahora mismo, para que haya unos presupuestos generales ya ni siquiera basta con un acuerdo de Unidos Podemos y el Partido Socialista. Eso implica que va a ser muy difícil que haya medidas muy radicales en una u otra dirección, y te obliga a ponerte de acuerdo con el PDeCAT, que en temas fiscales deja de ser republicano y empieza a ser conservador; con ERC, que tampoco tiene propuestas tan distintas a nosotros en política económica; y con el PNV, que es una democracia cristiana vasca enemiga de los experimentos. Teniendo eso en cuenta, Bruselas tiene razones para estar más preocupada por otros países que por el nuestro.

EJ: Sí, pero la vigilancia está ahí. Hay una combinación de mensajes de simpatía desde Bruselas, porque se ha dado una coyuntura inesperada. La irrupción del nuevo Gobierno italiano ha cambiado de pies a cabeza algunos esquemas de la política europea. Ya lo intuíamos cuando se produjo el resultado electoral, pero los hechos lo han ido manifestando con notable rapidez. Es decir, en un momento ha empezado a cristalizar algo que hace un año era inimaginable: un eje político Roma-Milán-Viena-Budapest. Es casi como volver a 1913, a la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial. Esto obliga a Merkel a moverse en otras direcciones… Visto lo visto, en cuestión de meses España se ha revalorizado en el tablero europeo. Y, en efecto, esto le otorga al Gobierno español más margen de maniobra del que podía tener hace unos meses. Si gobernara el PP, también lo tendría de hecho, pero lo administraría de otra manera. A su vez, creo que en Bruselas no regalan nada, y España tiene una deuda pública que ya supera el 100 % del PIB.

E insisto en lo que decía antes: la situación es mejor que hace dos o tres años. No cabe ninguna duda, los indicadores económicos de España son los que son, y en algunos términos incluso están por

encima del promedio europeo, pero todo el mundo sabe que eso puede ser provisional. La crisis ha difuminado, a mi modo de ver de manera bastante irreversible, la confianza en el futuro. Hay miedo. Hay inseguridad. Si algo caracterizaba a España antes de la crisis era el optimismo, el país rebosaba optimismo. Quince años de crecimiento consecutivo… ningún otro país europeo de tamaño importante había experimentado nada similar. Y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡se rompe todo! El Gobierno al que le ocurre esto, el segundo Gobierno de Zapatero, hace un mal diagnóstico y lo pone en escena todavía peor. La izquierda española no puede olvidar que perdió la confianza de la gente en lo que se refiere a la gestión de la economía.

PI: Otro de los grandes retos con que se encontrará el próximo ejecutivo es el de Cataluña. El problema político catalán está criogenizando. Es una especie de convidado de piedra que lo atraviesa todo. Después del famoso choque de trenes, de la estrategia unilateral del independentismo, de la respuesta del Estado a través de una judicialización sin par de la política y del 155, la situación ha adquirido rasgos casi cómicos. Básicamente, todo el mundo sigue diciendo lo mismo, pero han cambiado muchas cosas. Quim Torra dice que es igual que Puigdemont y que haría lo mismo que él, y el Partido Popular y Ciudadanos dicen lo mismo, echando más leña al fuego. Debo reconocer que no entiendo bien la decisión de Albert Rivera de ponerse a retirar lazos amarillos, con los peligros que eso conlleva… El hecho de que un partido como el de Rivera esté al frente de encapuchados que retiran lazos no queda muy bien estéticamente, ni la agresión en una movilización de Ciudadanos a un cámara de Telemadrid porque pensaban que era de TV3…

Y, a pesar de ese enroque, en España gobierna el PSOE gracias a una moción de censura votada por el PDeCAT y por ERC sin pedir absolutamente nada a cambio. Y tenemos un Govern de la Generalitat que gobierna y que ha recuperado las relaciones institucionales con el Estado. Quim Torra viene a reunirse con el presidente y hay reuniones

con los equipos ministeriales. Estamos en una situación de cierto bloqueo, pero el choque de esas estrategias tiene una apariencia cuasi cómica.

Lo cierto es que hablo de comicidad, pero en realidad es una comicidad triste, puesto que buena parte de los protagonistas ahora están en la cárcel. Oriol Junqueras está en la cárcel, Carles Puigdemont está en el exilio, Marta Rovira está en el exilio, varios *consellers* están en prisión, los Jordis están en prisión, y parece que nadie hace una propuesta viable. Pedro Sánchez propone votar otra vez el Estatut, pero ni siquiera el Partido Popular o Ciudadanos le dan un poco de aire, pues lo tachan de inconstitucional antes de saber de qué irá. Quim Torra dice que solamente obedecerá al Parlament y que abrirá las cárceles. La verdad es que no se sabe muy bien para qué. ¿Para que salgan todos los presos o solamente algunos? Esto va a seguir determinando la política española y podría tener consecuencias terribles. Podría condicionar que los presupuestos no salieran adelante, y podría desembocar en una victoria electoral del Partido Popular y de Ciudadanos. Por eso consideramos necesario seguir construyendo una gramática de distensión en la que al menos sea la política la que vehicule un conflicto que va a ser crónico.

EJ: La cuestión de Cataluña no tiene solución. Puede tener una evolución positiva y quizás una involución negativa: más enfrentamiento y una nueva suspensión de la autonomía. Pero una solución a medio plazo no existe, por lo que me parece recomendable olvidarse de una fórmula mágica que lo resuelve todo en cuestión de meses. No creo que eso vaya a ocurrir porque el trauma político generado por los acontecimientos del año pasado es muy fuerte y porque ninguna de las dos partes está en condiciones de afrontar una negociación de gran calado.Cuando se decide negociar, las partes se han de enfrentar a saboteadores, a sectores de su bando que serán contrarios al pacto. Los sectores hoy contrarios al pacto pesan mucho en España. Y también pesan en Cataluña, aunque pueden estar

disminuyendo. El PSOE no está en condiciones de reafrontar una negociación de gran calado, porque se halla al frente del Gobierno con ochenta y cuatro diputados, y los partidos soberanistas tampoco, porque alguno de ellos todavía no tiene claro ni siquiera cómo han quedado configuradas sus jerarquías. Ahora bien, esto no quiere decir que no se esté moviendo nada. Creo que sí están pasando cosas, incluso puede decirse que contradictorias.

Primer punto: hace poco más de un año, en Cataluña se hablaba bastante en serio de la fundación de un nuevo Estado. Se llegaron a aprobar leyes para facilitarlo, que no es poco. Un año después, la discusión gira sobre los lazos amarillos. No la quiero anecdotizar, porque simboliza el debate sobre la libertad de personas que están en la cárcel, pero alguna cosa ha cambiado, y me temo que no precisamente en beneficio del sector soberanista. Está claro que hoy el soberanismo catalán es más débil que hace un año, pero no va a menguar mucho más, ni va a desaparecer, aunque algunos lo esperen.

Segundo punto: hace ahora un año, Esquerra Republicana acusaba a Carles Puigdemont de traidor. «155 monedas de plata», escribió Gabriel Rufián en Twitter, cuando Puigdemont estaba a punto de convocar elecciones para evitar la intervención de la Generalitat. Un año después, las 155 monedas de plata van cayendo una a una sobre el cráneo de Gabriel Rufián y sus compañeros de la dirección de ERC, que hoy encarnan la posición más pragmática. Es a la vez cómico y serio. ¿Por qué ERC está haciendo este ejercicio un tanto rocambolesco? En esencia hay dos motivos. El primero es que ERC debe defender a ultranza la libertad de sus dirigentes, puesto que la unidad del partido a medio plazo depende de la estabilidad de su grupo dirigente. En segundo lugar, las encuestas indican a Esquerra Republicana que una moderación de sus posiciones no le pasa factura, por ahora. La verdad es que soy escéptico sobre la capacidad de Esquerra Republicana para ejercer de fuerza dirigente en Cataluña.

En suma, se están produciendo ciertos movimientos, pero vamos a ver si son suficientes para evitar una nueva colisión, que tendría un

impacto decisivo en la política española. Habrá que ver en qué momento se conoce la sentencia del juicio a los independentistas presos. Si el juicio se retrasa un poco, como así parecen apuntar algunos indicios, podríamos ir a un escenario en que la sentencia no se conociese hasta después de las elecciones municipales de mayo de 2019. El enfoque político de la situación española, tal como nos viene planteado, cambia mucho según la sentencia. En estos momentos, lo único que sabemos a ciencia cierta es que el 26 de mayo va a haber una superjornada electoral. Coincidirán las elecciones municipales de toda España, elecciones en trece comunidades autónomas y, por razones de ahorro y calendario, muy probablemente las europeas, que además van a ser de alto voltaje. Será un cóctel muy potente.

PI: Eso también va a depender de un factor que es muy difícil de medir: la voluntad de algunos jueces y fiscales, que representa el Estado profundo. Eso va a ser determinante.

Me imagino que algunos deben de estar haciendo una reflexión respecto a sus fracasos en el último año. Lo hemos visto con Pablo Llarena. Los reveses que ha dado a España la justicia europea en Bélgica y en Alemania hacen insostenible una calificación de rebelión. Estaríamos dando una imagen pésima de nuestro país. Hay sectores del Estado que se han dado cuenta del error. Felipe González, zorro viejo y político perspicaz, nada sospechoso de tibieza con respecto al independentismo catalán, ya dijo que esto no lo podían solucionar los jueces. Un exceso de judicialización, el hecho de que la maquinaria judicial fuera determinante políticamente, podría ser nefasto. No obstante, la justicia es un actor con cierta autonomía y con pensamiento político propio, aunque no lo puedan reconocer nunca. En este libro hablamos del respaldo implícito que suponía el famoso discurso del rey del 3 de octubre… Pues ojo, porque acaban de hacer rectificar al Gobierno. Que el Gobierno tenga que defender al juez Llarena no parece muy elegante. Se necesita proyectar una imagen de independencia. Si el Gobierno tiene que intervenir por unas

declaraciones privadas del juez por las que es denunciado, la imagen que está dando el poder judicial en España es mala. El juez se puede defender perfectamente de una acción de Puigdemont, pues cuenta con recursos suficientes. Lo curioso es que al principio el Gobierno dijo que no, pero debieron de sonar teléfonos en algunos despachos y tuvo que desdecirse. Es patético que Ciudadanos y el Partido Popular vayan de defensores del magistrado, como si fuera un instrumento político para atizar a los separatistas.

EJ: Sí, antes decía que hay tres paradojas. Hace un año en Cataluña se discutía sobre la fundación de un nuevo Estado, y centenares de miles de personas salieron a la calle —la mayoría de buena fe y con gran pasión— a defender esa idea y creyendo que ese objetivo era factible de manera más o menos inmediata. Algunos todavía hoy lo siguen creyendo… Un año después, la discusión se centra en los lazos amarillos, en la libertad de los presos, en qué condena van a recibir las personas que están en la cárcel y en qué futuro aguarda a los que están en Bruselas. Ha cambiado algo.

Pero es que hay otra paradoja. Hace medio año el juez Pablo Llarena era agasajado en declaraciones políticas y, sobre todo, en artículos de prensa, casi como el redentor del Estado. Se le presentaba como el gran reorientador de la crisis de Estado. La instrucción judicial de los hechos en Cataluña era algo más que un acto judicial, era un acto de reorientación del Estado y, por tanto, de reorientación política desde la magistratura. Uno de los primeros que se dio cuenta de eso y lo vio como una señal peligrosa e inquietante fue Felipe González. Fue de los primeros en hablar del «Gobierno de los jueces» y alertar del riesgo de dejar que los jueces tomaran todas las decisiones. Seis meses después, el hombre que aparecía como gran reorientador del Estado español ha sufrido un revés muy importante en Europa (sentencia del tribunal de Schleswig-Holstein a favor de Puigdemont), y en estos momentos está batallando en un juzgado civil de Bruselas para no tener un problema que l0 podría envenenar todo.

Lo importante de este asunto es su repercusión sobre la sentencia que en su momento habrá de emitir el Tribunal Europeo de Derechos Humanos.

En definitiva, hay cosas que se mueven. Estoy de acuerdo contigo, hay sectores del Estado que están reflexionando. Lo que pasa es que cuando se ponen en marcha determinadas dinámicas, corregirlas es muy complicado. Pero fíjate en que, en este caso, la ubicación del juicio y de la sentencia en el calendario ya tiene, o puede tener, efectos políticos extraordinarios. No veremos gestos extraordinarios porque no forman parte de la tradición del país ni de la judicatura española. Incluso para la propia Fiscalía General del Estado será muy difícil cambiar de postura, puesto que va a recibir muchas presiones.

PI: También en este caso es necesario un proyecto de solución política, que pasa indefectiblemente por un proyecto de Gobierno. Pero al mismo tiempo tiene que haber un proyecto de España hacia Cataluña y un proyecto de Cataluña hacia España. Aunque las últimas elecciones catalanas las ha ganado Ciudadanos, hay fuerzas políticas comprometidas con la gobernabilidad de España en un sentido progresista que, si se unen, son mayoritarias.

Y esos acuerdos también deben tener una expresión territorial, permitiendo pactos entre progresistas en Cataluña para gobernar. Nosotros ya apostamos por ello en esas elecciones, aunque es posible que todavía fuera muy pronto para poder configurar una geometría de gobierno diferente en Cataluña y en España… Sé que la experiencia del tripartito es un recuerdo infausto para muchos, pero es una de las pocas alternativas que hay.

EJ: Lo que pasa es que el nacionalismo catalán, el gen convergente, fue extraordinariamente hábil. Consiguieron demonizar la palabra tripartito. El gen convergente es implacable.

PI: Es curioso porque, en realidad, la clave de todo es Convergència. A lo largo del libro hablamos de la Transición española y de la

importancia de todas las piezas de las distintas élites políticas. El PNV, lo que representó Josep Tarradellas y lo que fue después Jordi Pujol son absolutamente determinantes para asegurar la estabilidad del sistema político. El pujolismo podía condicionar Gobiernos en Madrid y tenía una hegemonía absoluta en Cataluña. Aunque es verdad que han perdido el último congreso, sospecho que hay sectores en el PDeCAT que querrían un Gobierno de izquierdas en Cataluña, pasar a la oposición, recomponer su base electoral y social y dejar atrás algo que les ha hecho añicos en términos sociales y electorales.

EJ: Ese era el planteamiento de la anterior dirección del PDeCAT. Un planteamiento liberal-europeo: dejar que funcione la alternancia cuando te faltan fuerzas. La idea de Marta Pascal y de otros dirigentes era pasar a la oposición, dejar que Esquerra gobernase con el probable apoyo de los comunes y quizá del PSC para ir preparando una alternativa liberal-nacionalista que siempre contaría con fuertes apoyos municipales, puesto que los convergentes son muy fuertes en la Cataluña interior. Este era el plan Pascal. Es una mujer joven con mucho tiempo por delante y con mucha fuerza de carácter. Tiene visión de la política. Que nadie la minusvalore. Que a nadie se le olvide, tú lo sabes bien, que tuvo un papel muy importante en la gestación de los apoyos a la moción de censura a Mariano Rajoy. El plan Pascal significaba pasar cuatro u ocho años en la oposición. Ahí tenemos una de las claves de la situación catalana. En el interior de la cápsula convergente, en el círculo de confianza de Puigdemont, hay gente que no quiere pasar ni cinco minutos en la oposición. ¡Ni cinco minutos! Temen un largo ciclo de Gobierno de la izquierda en Cataluña y ven intereses personales en peligro. Esa es una de las claves del *procés*: las sucesivas metamorfosis de Convergència para no perder el poder, desde que comienza la crisis en 2008. La generación heredera de Jordi Pujol no quiere verse fuera de juego. Pascal se imagina cuatro u ocho años en la oposición. Otros no soportan esa idea.

PI: Y es lógico. En mi experiencia parlamentaria conocí a Francesc

Homs. Una vez, paradójicamente, nos dijo enojado a Xavier Domènech y a mí que no se podía creer lo que le estaban haciendo porque, según él, era «parte del sistema». Tenía una dificultad física para creerlo. Y al tiempo que la experiencia independentista avanzaba en Cataluña, Homs seguía actuando de un modo irracional, como un pujolista de toda la vida. Cuando le propuse apretar al PSOE para que Xavier Domènech fuera presidente de la mesa, nos dio calabazas. Al final terminan aliándose con la derecha. En nuestra moción de censura, mientras Puigdemont me decía que nos iban a apoyar, el grupo parlamentario en Madrid decidió que no nos apoyaba porque algunas de nuestras propuestas económicas les parecían muy radicales. Y eso que era una moción de censura simbólica. Creo que todavía hay una dirigencia convergente que cuando mire los presupuestos generales va a estar más preocupada de las medidas fiscales que podamos acordar con el Gobierno que de otros asuntos.

EJ: Aprovechando que has citado a Xavier Domènech, es una lástima que haya dejado la política.

PI: Políticamente es malísimo para nosotros. Pero hay decisiones humanas que están por encima de la política. Los compañeros que insistieron tanto en que Xavi tenía que presentarse a las elecciones en Cataluña, contra el criterio de algunos de nosotros, ahora se han dado cuenta de que quizás esa no fue una decisión prudente. Ya es arriesgado sacar a un intelectual de la universidad para llevarlo al ayuntamiento para luego encima ponerlo a la cabeza de dos elecciones generales en Cataluña, aunque terminó ganando… Es algo realmente extraordinario tener a un intelectual, un historiador, encabezando la coalición en Madrid. Al mismo tiempo se le pidió que fuera a unas elecciones imposibles en Cataluña, que liderara un espacio político muy complejo como Catalunya en Comú y que se pusiera al frente de Podem para coser todos los consensos. Xavi vino a Madrid a contarme su decisión, y por lo que sé todo esto ha hecho que su vida personal se viera demasiado afectada. Miquel Iceta es un profesional

de la política, pero Xavi es historiador. Si obligas a alguien así a que invierta buena parte del tiempo a gestionar cosas que no le motivan ni le gustan, le estás alejando de sus inquietudes intelectuales, de su familia. Es humano y normal que al final diga que esto no le merece la pena, que no es su gran pasión.

EJ: Si me permites, te veo con otra mirada. Empezamos el libro en febrero, y ahora en septiembre te veo una mirada distinta… Te han pasado cosas muy importantes.

PI: Ser padre cambia a cualquiera. Y en mi caso, ser padre de niños prematuros, que han estado hospitalizados desde el principio, cambia el orden de prioridades. Y sin generar ningún tipo de dudas. He tenido que estar dos meses fuera, y quien no lo entienda, pues que no lo entienda. Tenemos que aprender todos a no colocar a nadie en un lugar que haga que su vida se desmorone.

EJ: ¿Has reflexionado sobre tu futuro en la política durante este pasado verano?

PI: Sí, y he llegado a conclusiones parecidas a las de antes, pero en un contexto muy distinto. Antes de tener dos hijos me planteaba qué cosas quería hacer después de la política. Ahora básicamente quiero criarles y ocuparme de ellos, y el resto es secundario. Creo que no me importaría tener más hijos. Soy muy excesivo en todas las decisiones que tomo. Fui excesivo en mi soltería; no tengo un perro, tengo tres. Supongo que ese exceso también se verá a la hora de seguir construyendo una familia, pero creo que mi futuro político va a estar determinado por las próximas elecciones generales. Quiero ser candidato y me presentaré a las primarias de Podemos, y el resultado determinará muchas cosas. Si las ganamos, o si somos la primera fuerza, tendremos que lograr un acuerdo de gobierno. Si no, tendremos que buscar otro tipo de acuerdo, y allí se definirá mi futuro político.

Sigo teniendo claro que la política es un periodo, una pausa. Tarde o temprano se terminará. Cuando tienes hijos, y esto nunca lo había pensado así, tienes familia para siempre. Si todo va como tiene que ir, lo lógico es enterrar a tus padres. Las parejas felices duran mucho tiempo, otras no. Sin embargo, los hijos son para siempre, e incluso te vinculan a la madre de tus hijos para siempre. Eso es una liga completamente distinta, y claro que condiciona el modo en que uno se ve a sí mismo en el futuro.

EJ: Bienvenido.

EUROPA

Esperando a los robots

Enric Juliana: En seguida me centraré en Europa, lo prometo, pero permíteme romper el hielo hablando de los robots. Es un asunto que me interesa y a la vez me preocupa. No creo que hoy pueda mirarse al futuro sin hablar de los robots.

En España se debate muy poco sobre las grandes transformaciones tecnológicas en curso, como la inteligencia artificial y la robótica. Estamos inmersos en un proceso de cambio que no tiene vuelta atrás y que no sabemos a dónde nos lleva. En Europa, el pálpito y la inquietud son evidentes. Mientras tanto, aquí seguimos maquinando cómo acabar de liquidarnos políticamente los unos a los otros.

Me pregunto qué será de nuestro país en diez años, cuando la inteligencia artificial esté incorporada en todos los procesos de producción. Este cambio supondrá un *shock* importante para nuestro modelo social.

Pablo Iglesias: ¡Empezamos fuerte! La tecnología y los paradigmas sociales van siempre de la mano. Eric Hobsbawm, por ejemplo, define el siglo XX como el momento en que se produce un desarrollo sin precedentes de la urbanización y buena parte de la población mundial —que vive en condiciones cuasi neolíticas— pasa a vivir en las ciudades. Del mismo modo, la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación está íntimamente relacionada con el paso del capitalismo fordista al capitalismo posfordista (de hecho, en

buena medida lo hace posible).

Pero son transformaciones más fáciles de analizar *a posteriori* que de prever *a priori*. Prueba de ello es lo mal que envejece el cine de ciencia ficción. Resulta gracioso ver películas de ciencia ficción de los setenta y los ochenta: no supieron anticipar ni internet, ni los teléfonos inteligentes, ni las pantallas táctiles, etc. Cualquier conversación sobre el futuro está marcada por la provisionalidad. Quizá dentro de cinco o diez años, la sociedad —o la propia humanidad— haya cambiado tanto como consecuencia de la tecnología que rehuirá los moldes con que hoy la analizamos. Pero no podemos predecirlo.

EJ: Esta actitud despreocupada del discurso político es precisamente lo que me preocupa. Es evidente que en los grandes centros empresariales españoles la preocupación existe. La banca, por ejemplo, lo manifiesta con mucha claridad al hablar de digitalización. Hay gente que trabaja y desarrolla ideas al respecto. Ahora bien, el debate político e ideológico en España discurre por completo al margen de esta perspectiva material cuyas consecuencias me parecen absolutamente inmediatas en el tiempo.

De hecho, resulta chocante ir por Europa y observar el contraste. Las sociedades de nuestro entorno perciben y debaten sobre lo que se avecina: un cambio muy acelerado y exponencial que modificará severamente la vida de la gente y las relaciones sociales; un cambio en todas direcciones, cuya amplitud y profundidad los propios tecnólogos son incapaces de vaticinar. Hace poco, en Italia, oí a alguien comparar la aplicación a gran escala de la inteligencia artificial en los procesos productivos con la irrupción del telar mecánico en la industria textil a finales del siglo XVIII.

Uno se pregunta entonces dónde estamos exactamente. ¿Cuál es la pasión que tenemos como país? Zurrarnos entre nosotros. Esta parece ser una pasión profundamente española. La pintura de Goya. Hay otros países cuya pasión es otear el horizonte e intentar preparase para los cambios. Esa es la actitud preponderante en Alemania y en el norte

de Europa. La nuestra es esta otra. La sociedad española debería hoy estar discutiendo sobre los robots.

PI: Dices que en Europa ya se preocupan por la llegada de los robots y los grandes cambios en curso, que la inteligencia artificial puede equivaler a la máquina de vapor o al telar mecánico, pero que mientras tanto nosotros jugamos a zurrarnos. Me parece que este tipo de planteamiento tiene que ver con complejos históricos españoles. En España arrastramos desde hace mucho —pero, para poner una época cercana, digamos desde el siglo XIX— un complejo de inferioridad respecto a otros países europeos. Fuimos una gran potencia cultural y colonial, pero desde que el desarrollo económico castellano fracasó con respecto al holandés, vivimos en un estado de crisis permanente en relación con Europa. Es una crisis de carácter casi «orteguiano»: España sería un problema en sí, en España los conflictos se traducirían sistemáticamente en guerras civiles y en la ausencia de un proyecto de país compartido, mientras que Europa sería la solución a todos nuestros problemas.

Creo que esto también guarda relación con lo que Europa —primero la Comunidad Económica Europea y después la Unión Europea— ha significado para España. Probablemente haya habido en España pocos consensos tan amplios como el que supuso la incorporación simbólica e institucional a Europa en términos de modernidad y de superación de conflictos internos. Es algo que alía a las diferentes élites españolas, catalanas y vascas, y que alía también a los sectores tradicionales del centroderecha y el centroizquierda: todos queremos formar parte del proyecto europeo. Nadie cuestiona que España tenga que formar parte de Europa. La cuestión afecta incluso a la izquierda poscomunista, muy marginal en los últimos cuarenta años, ya que ha generado debates intensísimos entre amplios sectores que se consideran europeístas y que entienden que España no puede perder el tren de la modernidad.

Lo paradójico es que, de alguna manera, lo que nos une en un

proyecto común no es ponernos de acuerdo sobre España, sino saber que tenemos que formar parte del proyecto europeo. Tengo la sensación de que este sentimiento lo comparten otros países del *Mezzogiorno*. Dejaría a un lado Italia, porque es uno de los países fundadores de la Unión Europea, pero desde luego sucede en Portugal o en Grecia, donde la incorporación a Europa se percibe como un medio pacificador.

EJ: Estoy de acuerdo. Efectivamente, estar en Europa ha sido el gran proyecto colectivo de los últimos cuarenta años, y sin duda alguna ha tenido para este país beneficios extraordinarios en el orden político y material. Se ha levantado una democracia y se han mejorado mucho las infraestructuras, con ayuda de los fondos europeos, que han sido muy cuantiosos. España tiene hoy uno de los mejores parques de carreteras de Europa y la segunda red de alta velocidad del mundo. La lástima es que tal despliegue de hormigón y acero no haya ido acompañado de una intensa mejora de la formación profesional y de sustanciosas inversiones en investigación y desarrollo tecnológico. Tenemos muchas carreteras y poca ciencia. Trenes muy veloces y poca ingeniería. Lo que la tecnología nos reserva para el futuro pondrá de manifiesto que esta fase histórica, que yo calificaría de desarrollismo europeísta, está agotada.

Con la ayuda de los fondos europeos se ha consolidado la España solar: la España del suelo y el sol. Dos atributos que no se fabrican, que vienen dados y que nos han permitido atraer turismo, una de nuestras principales industrias. Nuestra industria turística es de las mejores del mundo, su capacidad de organización es de sobra conocida y se ha beneficiado estos últimos años de las tragedias en los países del norte de África y en otros lugares que han dejado de ser seguros para los visitantes. España sigue siendo un lugar seguro. En cuanto al suelo, nos ha permitido hacer cosas de las que ahora la mitad del país se arrepiente: construir a mansalva, destrozar paisajes…

La España solar provoca a su vez nuevas dinámicas, como el

contraste creciente entre una España interior cada vez más despoblada y una España litoral que adquiere más fuerza en la medida que conjuga el turismo con otras actividades económicas. No sé si todavía tiene mucho sentido hablar en España de las diferencias entre el norte y el sur, tan sangrantes en Italia. En España, la tensión territorial será cada vez más entre la España interior y la España litoral. Entre la España del oeste y la España del este. Hemos destinado los fondos europeos a construir carreteras y hemos gastado ingentes cantidades de dinero en fomentar una red de alta velocidad ferroviaria que es la envidia de los demás países europeos. Entre tanto, el nivel de formación de los jóvenes en tecnología y adaptación a los nuevos entornos es bajo. Y ahora llegan los robots… Y me temo que esta nueva disrupción tecnológica aumente la marginalidad del país en el entorno europeo e incremente las desigualdades territoriales, con su consiguiente repercusión política. Ya hablaremos de Cataluña más adelante, pero uno de los éxitos del independentismo consiste en haber proyectado la idea entre los jóvenes de que la comunidad nacional catalana puede afrontar los retos del futuro con éxito, si dispone de total libertad para gestionar sus recursos y sus energías, claro.

¿Nos convertiremos en un país de camareros mientras el futuro del mundo se decide en el Pacífico? En definitiva, temo que España se convierta en un lugar para tomar el sol y tener una buena casa, con «islas» de tecnología industrial bien gestionadas. Un país, por tanto, muy difícil de gobernar. Muy difícil de gobernar por altos funcionarios del Estado. Estoy convencido de que este será uno de nuestros grandes debates de país en las próximas dos décadas.

PI: Curiosamente, este mismo tema surgió en un encuentro con empresarios organizado por la consultora internacional Kreab. Eduardo Madina, que ahora trabaja allí como director de una unidad de investigación y con el que tengo una buena amistad, me invitó a ir para hablar *off the record*, con la tranquilidad que no permite un foro público (los empresarios no hacen fotos ni emiten comunicados de

prensa). Pues bien, este tema salió y muchos empresarios se mostraron preocupados por la cuestión del I+D+I y del desarrollo de las nuevas tecnologías en nuestro país.

Creo que nuestras élites dirigentes asumieron que nuestra incorporación a Europa significaba asumir un papel periférico, conformarse con esa ventaja competitiva que tú llamas España solar. Sol y suelo. Desindustrialización a mansalva. Apuesta decidida por el turismo y el modelo de competitividad de los bajos salarios. Al mismo tiempo, entendieron que debían reconocer la terciarización de la economía española y una posición subalterna respecto a Estados europeos fuertes como Alemania o Francia.

Es edificante recordar que durante mucho tiempo el desarrollo de la industria del ladrillo era presentado como el «milagro español». Durante muchos años España aparecía en informes del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial como modelo de desarrollo y crecimiento.

En aquel encuentro con Kreab, traté de explicar que una de las características principales del capitalismo español en relación con otros capitalismos había sido la ausencia de emprendedores reales y la falta de voluntad por parte del Estado de fomentar el emprendimiento y la innovación.

Podrá parecer extraño, pero aproveché aquella ocasión para hablar de la cuestión plurinacional. Cuando me preguntaron por nuestra posición respecto a Cataluña, les recordé aquel Gobierno ideado por Antonio Maura en el que Francesc Cambó, nombrado ministro de Fomento, demostró su voluntad de formar parte de la clase económica dirigente del Estado español en su conjunto. Durante mucho tiempo la burguesía catalana quiso ser clase dirigente en el conjunto de España. Si aquello hubiese durado más tiempo, la historia de nuestro desarrollo económico quizá habría sido un poco diferente.

En cualquier caso, me parece que esta es una de nuestras principales debilidades competitivas. Hemos logrado formar investigadores de relevancia internacional, pero somos uno de los

países que menos invierte en I+D+I y muchos de nuestros cerebros tienen que irse a trabajar a Alemania, a Estados Unidos o al Reino Unido. Esto nos coloca en una posición de debilidad terrorífica ante los cambios que pueden darse en el mundo. Por citar un único ejemplo, podríamos y creo que deberíamos ser una referencia mundial en el desarrollo de la energía solar.

¿Por qué ha ocurrido todo esto? Creo que debido a la escasa voluntad de las élites económicas y políticas españolas de asumir que nuestro país necesitaba un modelo de industrialización puntero. Se acomodaron en la posición de la España solar, como la has bautizado. Somos el país del turismo y de los salarios bajos, y el motor de la economía es la construcción especulativa. Es uno de los problemas estructurales que deberán afrontar las nuevas generaciones.

También querría relacionar esta debilidad con un fenómeno recurrente. En España, la tensión histórica entre conservadores y modernizadores se ha saldado casi siempre con la victoria de los primeros. No tuvimos reforma protestante, el sufragio censitario hizo una aparición tardía, los grandes empresarios todavía buscan ennoblecerse y hacer azul su sangre, etc. La corrupción nace de una clase económica dirigente que no ha sabido prosperar sin mamar de la teta del Estado y de las concesiones administrativas.

Por último, quisiera mencionar que no hemos aprovechado la ventaja competitiva que representa nuestro carácter plurinacional. Una vez me regañaste en público, con razón, porque no sabía qué era el corredor mediterráneo. Era imperdonable que un dirigente estatal no estuviera bien informado de un proyecto que tendría una importancia geopolítica y geoestratégica enorme para España: abandonar el modelo radial, una organización del transporte y la economía centrada en Madrid, y aprovechar tanto el mundo mediterráneo como las oportunidades del Atlántico.

EJ: Vuelvo a los robots. Creo que todas estas cuestiones influirán en nuestra forma de afrontar los cambios tecnológicos extraordinarios

que están por llegar.

La gente de mi generación —y no digamos los más mayores— hemos visto siempre la tecnología como una herramienta. Ahora es algo más: es una segunda naturaleza. La tecnología ha dejado de ser una sucesión de herramientas cada vez más sofisticadas. La tecnología es hoy el primer entorno humano. Una parte importante de la humanidad habita en el interior de redes tecnológicas. Primero, el ordenador. Después, los árboles. Es otro tipo de humanidad. Los cambios que vienen serán muy rápidos y traumáticos. En el momento en el que desaparezcan empleos como el de cajero de supermercado —y como este tantos otros— la cosa se pondrá seria. Miles de millones de personas en todo el mundo pueden quedar excluidas de la nueva dimensión del mundo, al habitar no solo en las periferias urbanas, sino también en las periferias tecnológicas.

El gran debate actual entre «tecnólogos» concierne la profundidad y la velocidad del cambio, y si seremos o no capaces de controlarlo. Nadie sabe exactamente lo que puede ocurrir. Sospecho que los que más saben son los que más callan. No deja de llamarme la atención la ausencia de literatura positiva sobre la robótica y las demás aceleraciones tecnológicas. En los años sesenta, cuando tuvo lugar la carrera espacial entre Estados Unidos y la Unión Soviética, se creó un clima euforizante alrededor del desarrollo tecnológico. Yo era pequeño y jugaba con reproducciones en miniatura de la misión Apolo XI. Me sabía de memoria los nombres de los astronautas americanos y de los cosmonautas rusos. Más tarde Stanley Kubrick rodó la película *2001. Odisea en el espacio*, que nos dejó a todos anonadados. El futuro era misterioso y prometedor. Hoy el futuro es un horizonte hostil. No veo a nuevos Marinettis componiendo odas futuristas sobre el tiempo de los robots. Todo el mundo está asustado. Todo el mundo está a la defensiva. El futuro da miedo.

PI: El ludismo y la utopía tecnológica.

EJ: Dentro de diez años viviremos rodeados de robots…

PI: Te recomiendo la serie *Black Mirror*: episodios distópicos independientes que presentan sociedades parecidas a la nuestra y exponen una realidad degenerada a partir de elementos tecnológicos inquietantes del presente.

A mí la palabra robot no me gusta. La asocio a latas con luces y ruedas que se mueven por sí mismas, como R2-D2 en *La guerra de las galaxias*. Me parece que la robotización actual se hará en clave *cyborg*. Decías antes que para tu generación la tecnología era una herramienta; para mí es una prótesis. El robot no es un androide que habla. El espíritu enormemente retro de *Blade Runner* tiene su encanto, pero la clave hoy es que carne, materiales de síntesis e inteligencia artificial empiezan a formar parte de lo mismo. Esto tiene que ver con el desarrollo de la biotecnología y de tecnologías vinculadas a la subjetividad, por supuesto.

Creo que lo *cyborg* se reflejará de distintas formas en los procesos productivos, y no solamente en la dimensión histórica que ya conocemos, vinculada a Ned Ludd y a la destrucción de las máquinas.

Por eso te recomiendo que veas unos cuantos capítulos de *Black Mirror*. Además, encarna una manera completamente nueva de hacer ciencia ficción, porque retrata cómo las nuevas tecnologías pueden afectar a la subjetividad humana. No plantea una guerra contra las máquinas, que es como la vieja ciencia ficción nos presenta el peligro del desarrollo tecnológico. Aquí las máquinas no se rebelan contra los seres humanos, ni comienzan una guerra ni adquieren conciencia. Esta vez, el desarrollo tecnológico altera y provoca mutaciones en la propia biología humana.

Las partículas elementales, de Michel Houellebecq, libro provocador y discutible, también reflexiona sobre este asunto al considerar que la raza humana es la única especie que será capaz de condicionar su propia evolución. Esto tiene que ver con la biorrobótica y con el hecho de que la tecnología ya forma parte de lo que somos. Esto tendrá un gran impacto tanto en los procesos productivos como en los procesos de producción de la subjetividad.

EJ: Algunos expertos pronostican una batalla ideológica a medio plazo entre humanistas y datistas (expertos en *big data*)…

En nuestro país estas transformaciones pueden tener una incidencia especialmente dramática, pues las actividades económicas de alto componente tecnológico están concentradas en pocos territorios: Madrid, Cataluña, País Vasco y poco más. Evidentemente, hay empresas innovadoras repartidas por toda la geografía española; me refiero únicamente a los núcleos mejor articulados y con mayor capacidad de atracción. Barcelona, por ejemplo, es hoy una ciudad rotundamente postindustrial. Es el mayor vivero de *start-ups* del sur de Europa. Las nuevas implantaciones industriales catalanas ya no surgen en la periferia metropolitana, sino en la Cataluña interior. En definitiva, como decía antes, creo que la vieja distinción española entre un norte rico y un sur pobre debería revisarse. ¿Dónde está hoy el sur? En la España interior envejecida y despoblada, especialmente en el cuadrante noroeste que forman la Galicia interior, las cuencas mineras de Asturias y León y algunas provincias de la vieja Castilla. Hay una España interior en proceso de desertización. La actividad económica y la población se están concentrando en la costa, con la gran isla de Madrid en el centro, contribuyendo a la descapitalización de la España interior con su potente red radial de transportes, no compensada por una buena red periférica. La España interior y la España litoral. La España del oeste y la España del este, con un Gran Madrid en el centro, intentando que la situación no se le escape de las manos.

Este tipo de tensiones entre áreas estancadas y áreas prósperas también se produce en otros países de Europa. El Brexit no deja de ser una rebelión de la Inglaterra no metropolitana contra la acumulación de riqueza y poder en Londres. No hace falta comentar los recientes resultados electorales en Italia, que parecen reproducir el mapa anterior a la unificación nacional de 1861. Hay muchas tensiones territoriales latentes en Europa, a medida que la globalización discrimina qué regiones prosperarán y qué regiones quedarán

estancadas. Por este motivo la cuestión catalana ha encendido alarmas en Europa con una intensidad superior a la esperada por los soberanistas catalanes —aunque de los dirigentes catalanes y de su torpeza ya hablaremos más adelante. Todo parece indicar que se crearán grumos de alta intensidad y capacidad económica relativamente aislados del resto del país del que forman parte, y que por tanto la articulación nacional tal como la hemos conocido hasta ahora sufrirá muchas tensiones. Habrá zonas que, por suerte o buen hacer, se especializarán en algún tipo de actividad industrial y se adaptarán a los nuevos procesos de producción asistidos por la inteligencia artificial, pero a su lado regiones enteras quedarán semivacías. Entonces surgirá la cuestión de cómo mantener el concepto de Estado nacional en pie.

El Estado nacional se despliega en Europa al ofrecer un proyecto común a sectores sociales y territorios muy amplios bajo la bandera de la igualdad. Las nuevas dinámicas económicas pueden quebrar estas viejas premisas. Esto explica tanto los problemas entre el sur y el norte de Italia —que se están agravando a toda prisa, con espantoso pronóstico—, como los de países aparentemente sólidos desde el punto de vista nacional, como Francia. También en Alemania, salvando las distancias, ocurre algo parecido entre lo que eran históricamente los núcleos fuertes de la economía alemana occidental y la Alemania del Este, que no acaba de arrancar. Al ver estos horizontes, a veces me provoca un profundo desasosiego observar que en España todavía tenemos pendientes problemas que deberían haberse resuelto a principios del siglo XX…

PI: Hay una disciplina de las ciencias sociales que se ha subestimado siempre, que no ha tenido nunca la entidad de la economía, la sociología, la historia o la ciencia política pura: se trata de la geografía política. Lo que pones encima de la mesa no es otra cosa que la trascendencia de la geografía en la evolución histórica de la forma de Estado y la articulación entre mercados y núcleos de poder

económico. Como ahora tenemos nuevos mapas en forma de membrana, para entender el poder económico ya no sirven las fronteras de los viejos Estados nacionales, sino el dibujo del conjunto de núcleos que definen su poder en las redes globales de lucha por el beneficio y por la atracción de la inversión, los mercados y la fuerza de trabajo. Y en ese dibujo se ven, como señalabas, las nuevas redes sociales de Madrid, Barcelona, Valencia o Málaga, así como el despoblamiento e infradesarrollo de la España interior. Es más, si entráramos a valorar el mundo rural o agrario en relación con Europa, tendríamos que aceptar que los viejos mapas no nos sirven para entender las relaciones de poder actuales.

Como dice David Harvey, la geografía política es la disciplina que estudia las relaciones del poder en el espacio. Los viejos mapas de los Estados nacionales ya no nos sirven. Los Estados como ordenadores de homogeneidad nacional ya no son lo que fueron. Y no solamente por las tensiones plurinacionales o identitarias internas, sino porque el propio desarrollo económico hace que no tenga nada que ver vivir en un pueblo despoblado de Zamora o Soria que vivir en Madrid o Barcelona. Incluso dentro de Madrid, Barcelona o Valencia vemos centros, núcleos de poder integrados en redes globales y con medios de transporte organizados por esa geografía económica, y periferias.

Recuerdo que cuando enseñaba Geografía Política solía preguntar a mis alumnos qué está más cerca de Madrid: Londres o un pueblo perdido en la provincia de Zamora. Al final, todos concluían que Londres está más cerca, porque cuesta menos tiempo y dinero desplazarse a la capital británica que llegar a un pueblo perdido de Zamora. En realidad tiene más sentido medir la distancia en tiempo y dinero que hacerlo en kilómetros.

No obstante, este es un argumento ambivalente. Siendo cierto todo lo dicho, no lo es menos que la crisis de la globalización ha demostrado que los viejos Estados nacionales siguen siendo los únicos depositarios de poder político con un cierto condicionamiento democrático. Las instituciones administrativas formales por debajo del

Estado —las comunidades autónomas y las unidades regionales equivalentes en otros países o los ayuntamientos— no pueden competir en términos de decisión política, capacidad de financiación o competencias. Hemos sido testigos de ello en el enfrentamiento de la Generalitat con el Estado: a nadie con dos dedos de frente se le puede ocurrir enfrentar a una administración de orden jerárquico inferior con una administración de orden jerárquico superior, está claro qué es lo que ocurrirá.

Existe una contradicción entre las dinámicas que configuran una nueva geografía del poder a nivel europeo y global y unos Estados que siguen siendo el único instrumento eficaz para intervenir políticamente sobre la realidad. El abismo estético entre el Congreso de los Diputados y las sedes de las grandes empresas globales ilustra a la perfección el contraste entre un poder menguante —pero imprescindible para intervenir en política y en economía— y formas modernas de organización del poder que crean una geografía completamente nueva.

Con todo, siempre llegamos a la misma y triste conclusión: no estamos preparados como país para competir en las nuevas tendencias de desarrollo económico, porque nuestras estructuras para ello son muy débiles. La España solar es un problema casi invisible en la agenda política española, aunque probablemente sea el mayor.

La angustia geopolítica de Europa

EJ: Poco más podemos decir (al menos nosotros) sobre los robots. Si estás de acuerdo, quisiera entrar ya en la cuestión de Europa y la geopolítica. ¿Qué ha significado la geopolítica en Europa desde la Segunda Guerra Mundial y qué puede significar en los próximos años?

Me gustaría leerte un fragmento de un libro de Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, un manual de los años noventa que

sigue siendo completamente válido. Brzezinski, politólogo de origen polaco, fue consejero de Seguridad Nacional con el presidente Jimmy Carter y preparó el terreno a Ronald Reagan. Señaló exactamente por dónde había que atacar. En fin, hay un párrafo de *El gran tablero mundial* que habla de Europa y que tengo subrayado. Me gusta releerlo de vez en cuando:

> Si se les abandona a sí mismos, los europeos corren el riesgo de quedar absorbidos por sus preocupaciones sociales internas. La recuperación económica europea ha oscurecido los costes a largo plazo de su aparente éxito. Esos costes son dañinos tanto en lo económico como en lo político. La crisis de legitimidad política y de vitalidad económica a la que Europa Occidental se enfrenta cada vez más, pero que es incapaz de superar, está profundamente arraigada en la penetrante expansión de una estructura social centrada en un Estado patrocinador que favorece el paternalismo, el proteccionismo y el parroquianismo. El resultado de ello es una enfermedad cultural que combina hedonismo escapista y vacío espiritual. Una enfermedad que pueden explotar nacionalistas extremistas o ideólogos dogmáticos.

Es la visión de un ideólogo liberal norteamericano escrita en 1997, cuando España entraba de lleno en la turboeconomía inmobiliaria. Si esto se hubiese leído durante el primer Gobierno de Aznar, habría parecido un pronóstico absolutamente irreal, propio del crónico pesimista estadounidense que considera que aunque parezca que las cosas van bien en realidad van mal. Esperamos mucho de Europa —y de hecho Europa nos ha dado mucho— desde hace cuarenta años. ¿Qué podemos esperar exactamente de ella en los próximos años? ¿Qué opinión te merece la advertencia de Brzezinski?

PI: La lucidez del planteamiento de Brzezinski es aterradora. Sin embargo, diría que también destila cierto rencor estadounidense —y concretamente estadounidense de origen polaco— respecto a lo que significó Europa después de la Segunda Guerra Mundial.

Desde luego, la geopolítica siempre trae las malas noticias. No tiene buena relación con lo que Brzezinski describe como «costes sociales». Pero, si se me permite la licencia, Brzezinski parece decir:

«¡Estos europeos! Se preocupan por la sanidad y la educación y legalizan sindicatos que reivindican nuevos derechos… ¡Están construyendo una autopista hacia el desastre en forma de "hedonismo escapista y vacío espiritual"!».

Europa representaba mucho. Una de las consecuencias clave de la Segunda Guerra Mundial es que Europa se convirtió en un escaparate occidental frente al comunismo de los países del Este. Aquello se tradujo en un «consenso antifascista» entre socialdemócratas y democristianos y en la mejora de facto de las condiciones de vida de la clase trabajadora.

Es entonces cuando se construye el Estado social y democrático de derecho, que hoy conocemos como Estado del bienestar. Los mejores sistemas sanitarios y salarios para la clase trabajadora están entonces en Europa Occidental. A pesar de algunas contradicciones coloniales, con crímenes y asesinatos importantes (como la intervención francesa en Argelia), hay un respeto a los derechos civiles y humanos que hacen de Europa Occidental una región muy diferente a las demás. El mundo no puede competir en estos aspectos, ni siquiera Estados Unidos, cuya economía avanza a paso firme. Las fracturas étnicas y de clase, de hecho, son mucho más graves allí que aquí.

Una de las consecuencias más obvias del éxito del proyecto europeo es la derrota de la revolución en Europa Occidental. Los revolucionarios que antes se dan cuenta de esto son, como de costumbre, los italianos. Aunque podríamos citar al pragmático Palmiro Togliatti como precursor, es Enrico Berlinguer quien se percata primero del papel que les ha tocado desempeñar en términos geopolíticos: se dan cuenta de que la clave es alcanzar consensos con los democristianos y gestionar el «capitalismo de rostro social» que parece construirse poco a poco en Europa Occidental. Esta imagen es muy atractiva para amplios sectores sociales. De alguna manera, es la imagen a la que nos referimos cuando alabamos todo lo que nos ha dado Europa: la promesa de prosperidad para griegos, españoles y portugueses. Queríamos ser como los europeos, que nuestros hijos y

nietos tuvieran expectativas y fueran a la universidad, sueldos dignos, una pensión decente, vacaciones, una segunda vivienda en la playa o en el pueblo del que emigraron nuestros padres, etc. A pesar de las bolsas de marginación y sus contradicciones, esto se convierte en algo real en Europa.

El problema es que esto cambia con las políticas neoliberales que surgen sobre todo en los países septentrionales y centrales, con Ronald Reagan y Margaret Thatcher, pero que rápidamente se extienden a toda Europa. De hecho, se traducen de modo jurídico formal en el Tratado de Maastricht, que diseña una Europa de corte neoliberal —aunque algunos la califican de ordoliberal.

Este hecho sella el fracaso de Francia. Charles de Gaulle tuvo claro que Francia debía ir siempre a la vanguardia, con una bota puesta encima de Alemania, y que no podía permitirse que el Reino Unido, satélite de Estados Unidos, interviniera en el proyecto europeo. Georges Pompidou traicionó aquella visión al permitir la entrada de los británicos. Después los británicos siempre se mostraron partidarios de ampliar la Unión Europea hacia el este para que abarcara a todos los países que pudieran ser aliados de Estados Unidos. Pero esto solo se cuestiona a partir de los años ochenta, de modo que hoy tenemos una Unión Europea sin ningún tipo de cohesión política, con enormes déficits —por utilizar una palabra suave— democráticos y que, con la llegada de la crisis económica de 2007, empieza a perder lo único que la ponía en valor: la prosperidad, la existencia de derechos sociales y civiles y el respeto de los derechos humanos.

Las políticas de austeridad de 2007 presentan cifras alarmantes, en particular en los países del sur de Europa. Las políticas migratorias son catastróficas en términos de derechos humanos. ¡Ni siquiera existe una visión geopolítica europea! Como suele decirse, Europa es un gigante económico, un enano político y un gusano militar. No tenemos un sistema de defensa europeo propio, o un sistema de relación con Rusia independiente de la OTAN, como se vio en la crisis con Ucrania.

En definitiva, ante la situación de enorme precariedad que vive

Europa, entiendo que el discurso de Brzezinski resulte tentador.

La situación actual también tiene que ver con la ausencia de voluntad política de los europeos de cuidar de sus propias élites y del Estado del bienestar con una política exterior y militar propia y de tener una relación independiente con Rusia. Tenemos encima de la mesa la mayor crisis del proyecto europeo hasta la fecha: el Brexit; el colapso de los diferentes sistemas de partidos, con más o menos inestabilidad; la situación italiana —aunque lo cierto es que esta ya no sorprenda a nadie—; etc. Quizá Europa no estaba preparada para que en Alemania el SPD se convirtiera en el socio subalterno permanente de la CDU, o para la desaparición del Partido Socialista Francés —que en las últimas elecciones obtuvo un 2 % de los votos en algunos distritos. Tampoco estaba preparada para que en Grecia, pese a los límites y derrotas de Syriza, ocurriera lo que ocurrió, o para que en España se normalice un sistema de cuatro partidos.

En fin, lo que intento decir es que la actual crisis de los sistemas políticos europeos se da como consecuencia de la decadencia de los principios que hacían de Europa un proyecto atractivo: precisamente los mismos principios que critica Brzezinski.

EJ: En cierta ocasión quedé en Lisboa con un amigo portugués, Gabriel Magalhães, escritor y profesor universitario en el Portugal interior. Paseamos, llegamos a la plaza del Comercio, un lugar fantástico, que invita a la metafísica, donde se te puede aparecer incluso Pessoa, y mientras contemplábamos el estuario del Tajo, me dijo: «Lo que nos dio la Unión Soviética nos lo ha quitado la República Popular China».

Me quedé clavado. Creo que tenía toda la razón. Europa Occidental se convirtió en el gran escaparate de la contención ideológica y cultural del comunismo soviético, pues la contención militar ya venía dada por el resultado de la Segunda Guerra Mundial, al fijarse las zonas de influencia en las conferencias de Yalta y Potsdam.

Para los españoles es especialmente doloroso pensar en ello con perspectiva. El Estado social europeo fue alimentado como método de contención del sovietismo. No hemos de olvidar el gran prestigio que tenía la Unión Soviética entre los obreros de los países democráticos de la Europa occidental al concluir la Segunda Guerra Mundial. Para millones de europeos, la URSS era la verdadera vencedora de la guerra. El Estado social de la posguerra, propulsado por democristianos y socialdemócratas, busca afianzar la democracia y frena el ilusionismo soviético. Una vez desfallecido el antagonista, el Estado social de alto coste deja de tener sentido para los grandes poderes económicos: cuesta dinero y resta capacidad de competición ante unos países emergentes con poca seguridad social. Efectivamente, nos ha robado el sueño de la prosperidad perpetua la China popular, al convertirse en la gran fábrica del mundo, irrumpir como gran potencia económica y política y contribuir a la fijación de nuevas normas en el tablero internacional.

Hay otra manera de decirlo, que es que existe un nudo fundamental todavía no resuelto: la cuestión euroasiática. Es el quid de la cuestión, y ahí está Brzezinski, que advierte a los que leerán su manual en el futuro: cuidado con que Eurasia no se constituya en un único bloque, porque la hegemonía norteamericana se iría al garete.

Desde luego, este será uno de los temas de los próximos años: ver qué relación se establece entre Europa y Rusia, entre Europa y China, y entre Rusia y China. Aunque en España se le presta muy poca atención, es fundamental lo que pueda ocurrir en Europa Oriental en los próximos años. Los esfuerzos de Nixon para acabar de separar a China de la Unión Soviética tuvieron éxito en los años setenta, y parece que la presidencia de Trump perseguirá el movimiento contrario: construir una mayor amistad con los rusos para intentar alejarlos de China. En términos geopolíticos es lo que viviremos estos próximos años.

PI: Esta cuestión plantea la poca resolución en la toma de decisiones

de Europa. En mi opinión, Europa manda a sus diferentes provincias —concepto muy usado por Carlos Prieto del Campo, el editor de la *New Left Review* en castellano. La idea es muy atractiva porque lo cierto es que las instituciones europeas, aunque no tengan legitimidad democrática y sean un nido de tecnócratas y oscuros burócratas, mandan. Y la prueba es Grecia.

Recuerdo cuando Alexis Tsipras me llamaba preocupado, sin apoyo ninguno. Veía difícil que pudiéramos gobernar con el PSOE en España y eso les desesperaba, porque veían que solos no podían con la Troika. Un Estado solo no puede hacer nada, y menos Grecia. La maquinaria burocrática europea tiene una capacidad de disciplina interna desmedida. Los dirigentes del *procés* catalán lo acaban de comprender. Si se exige un 3 % de déficit, todo el mundo se atiene. Es un poder de disciplina interna enorme. Ahora bien, no ilusiona a casi nadie. Y creo que decir esto no es mentir, porque Europa emocionaba a pocos. No creo que nunca emocionase mucho a los franceses, que siempre tomaron cierta distancia. Nos emocionaba a los pobres…

EJ: Sí, y creo que debemos tener esto muy presente. Los españoles, con todas nuestras diferencias internas, hemos tenido en común este anhelo. Europa para muchos españoles ha sido una emoción. No es así en otros países de la Unión. Otra cosa que me decía el portugués Magalhães, poeta perspicaz, es que para los europeos del sur en la construcción de Europa está contenida la nostalgia del Imperio romano. Deseamos pertenecer a algo grande que, de alguna forma, nos proteja de nosotros mismos y de nuestras desgracias.

Los daneses no tienen ningún deseo, ni lo han tenido jamás, de pertenecer al Imperio romano. Para ellos, formar parte de la Unión Europea es una cuestión de carácter básicamente mercantil: permite vender productos en otros países sin aranceles, tratar de tú a tú a los alemanes y estar tranquilos bajo el paraguas de la OTAN. Intereses, no sentimientos.

De hecho, esta falta de grandes nudos de familiaridad quedó

perfectamente de manifiesto en la crisis griega. El menosprecio con que la prensa de la Europa del Norte trató a los griegos fue insultante.

PI: Sin duda. Y, curiosamente, ni siquiera en esos momentos de máxima tensión la respuesta fue una suerte de nacionalismo antialemán en pos de la dignidad meridional. Eso es porque para los europeos del sur, y no digamos ya para los españoles, Europa es, como decíamos antes, un mito orteguiano. Es la solución a todos los problemas: a las peleas entre catalanes y castellanos, al subdesarrollo económico, al retraso consustancial de España, etc. Ese mito sigue pesando hoy. Ni siquiera nosotros, que éramos muy beligerantes al decir que no queríamos ser una colonia alemana, fuimos capaces de construir una idea de patria opuesta a la bota alemana. A diferencia de Francia o Italia, eso en España no funciona.

EJ: Eso lo intentó Silvio Berlusconi en Italia y le costó el puesto. Berlusconi cae en octubre de 2011, el día en que le birlan la mayoría en el Senado, tras haberse opuesto a las exigencias del Banco Central Europeo, exigencias que le habían llegado por carta aquel verano, como le había ocurrido a José Luis Rodríguez Zapatero. Amaga con poner en marcha una campaña de populismo antialemán. Y eso, en un país que ha sido ocupado militarmente por los alemanes, es peligroso.

PI: En internet se pueden encontrar las declaraciones de Sandro Pertini llamando a la huelga general insurreccional y diciendo que a los alemanes hay que ponerlos en el dilema de rendirse o morir. Es un país en el que puede haber una conciencia antialemana fuerte.

EJ: ¿Cómo se ganará la vida la gente durante los próximos diez años en el interior de un marco tan frágil? A mi modo de ver, nadie es realmente capaz de dibujar una perspectiva, de manera que estaremos tanteando durante mucho tiempo. Realmente creo que hace falta ser franco con la gente y decir que se acerca un largo periodo de niebla e incertidumbre.

PI: El problema de hablar de geopolítica en un libro como este es que, entre el optimismo de la voluntad y el pesimismo de la inteligencia, la voluntad decae porque está hecha para otro tipo de dispositivo de comunicación. Cuando hay que reflexionar, es evidente que ser optimista cuesta. ¿Qué tiene Europa para competir en términos geopolíticos? Perry Anderson escribió un libro breve, *Dos revoluciones*, en el que expuso que el condicionante geopolítico fundamental del siglo XX había sido la Revolución soviética, mientras que el del siglo XXI será la Revolución china.

Manuel Monereo, un apasionado de la geopolítica, insiste siempre en la mesa de Shanghái y en las potencias como China, Rusia, India y Pakistán, que pueden ser rivales, pero que configuran un bloque de poder euroasiático. De hecho, en este bloque se dan situaciones internas complicadas, pero no tienen agendas sociales como la nuestra. Es decir, lo que ha logrado Putin en Rusia o lo que han logrado los chinos con un sistema absolutamente autoritario no se parece en absoluto a los cristos que tenemos montados los europeos, con todas nuestras luchas de clases, tensiones sociales y dificultades de todo tipo. Por eso ahora nos invitan, desde el cinismo de la geopolítica, a gestionar las dificultades internas o plurinacionales en el marco de la competición geopolítica, ya que tenemos sociedades abiertas y democráticas.

Pese a su decadencia, Estados Unidos aún tiene una presencia indudable en el continente europeo. No está en una situación económica equivalente a la de hace treinta o cuarenta años, pero sigue siendo la principal potencia militar del mundo y un Estado continental, y eso le da una posición preponderante en el escenario internacional.

En Europa, aunque ciertamente somos una potencia económica, no tenemos ejército ni políticas exteriores propias. Lo que tenemos es orden interno y una autoridad fiscal no democrática como el Banco Central Europeo —que básicamente blande el látigo de los recortes—, pero tendremos muchas dificultades para asumir los retos geopolíticos

que plantea el futuro.

La gran duda es si será posible sostener el Estado del bienestar europeo, o lo que queda de él, en el marco de la competición global. Nuestra apuesta política es básicamente defenderlo y construir un proyecto europeo que lo ampare, pero es muy difícil porque, como decías, la Unión Soviética ya no existe. Si en España algunos decían cínicamente que contra Franco luchábamos mejor, en Europa algunos podrían decir que contra la Unión Soviética también se luchaba mucho mejor.

EJ: Recuerdo una conversación, al principio de la crisis, con el que era embajador francés en Madrid, un diplomático corso muy vivaz al que le gustaban mucho los toros. Durante la comida dijo lo siguiente: «Aquí lo importante es ponernos de acuerdo con Rusia». Me quedé sorprendido. A continuación, dijo: «El problema de Europa es de tamaño y de escala; hay que establecer acuerdos políticos y económicos con Rusia para ampliarla. Si no lo hacemos, nos arriesgamos a serios problemas sociales, que además pueden derivar en crisis territoriales». Y como colofón, añadió: «Y si esto nos exige entregar Ucrania, quizá tengamos que entregarla».

Algunas de las cosas que han ocurrido en los últimos años me han hecho recordar aquella conversación, porque Rusia sigue siendo la gran pregunta. Fíjate que Ucrania se ha convertido en la gran incomodidad europea. En su frente oriental hay una guerra silente de la que nadie habla.

PI: Esto fue algo que viví con mucha dureza cuando llegué al Parlamento Europeo como jefe de delegación. Por protocolo, los jefes de delegación van a la Comisión de Asuntos Exteriores (AFET), que no sirve para gran cosa en concreto pero que es la más prestigiosa y donde puede que tengan lugar los debates políticos más interesantes. Allí me encontré a un grupo de polacos intransigentes y reaccionarios y establecí extrañas solidaridades con miembros de grupos ideológicamente muy distantes que coincidían en que era necesario

tener una política exterior y militar europea menos subordinada a Estados Unidos. Los polacos parecían fabricados por Washington, y tenían discursos muy beligerantes respecto a Rusia. Tan extremada era la situación que, cuando venía a la AFET la actual jefa de la diplomacia europea, Federica Mogherini, ¡la tachaban de prorrusa! Ni siquiera una representante del *establishment* diplomático italiano pasaba el corte, y eso que lo único que decía era que había que tener relaciones diplomáticas con Rusia.

Hay que reconocer que la incorporación de España a la OTAN modernizó nuestras fuerzas armadas —compuestas entonces por mandos franquistas formados y condecorados en la Guerra Civil y capaces de dar un golpe de Estado— y las puso a la altura de otros países de Europa. Y te lo dice alguien cuyo primer recuerdo de una manifestación es el de ir de la mano de sus padres en una protesta contra la incorporación de España a la OTAN. Sin embargo, subordinar toda la política militar europea a la Alianza Atlántica me parece demencial.

A decir verdad, no tiene mucho sentido que España y los países europeos asuman que una institución militar cuyo único objetivo era contener a la Unión Soviética y establecer un sistema de defensa en clave de Guerra Fría siga siendo la que determine su política militar. No es razonable que la Unión Europea esté llena de bases militares de Estados Unidos. Nos debilita geopolíticamente y es impresentable en términos de dignidad soberana. Es compatible con el más absoluto pragmatismo geopolítico decir que tenemos que cultivar una buena relación con Estados Unidos, conservándolo como aliado, y desarrollar un sistema integral propio de defensa y unas relaciones independientes con Rusia.

¿Eso significa querer más a los rusos que a los norteamericanos? En geopolítica no hay amigos: hay aliados, relaciones de poder e intereses. Sería necesario que los europeos contáramos con un sistema militar propio, y creo que, sobre esas bases, el único sector con el que podemos competir es en I+D+I. España no es el país mejor situado,

pero el potencial productivo de algunos estados europeos es la mejor baza para competir en la escena geopolítica.

EJ: Me gustaría rebatir una cosa. Estando de acuerdo en que efectivamente las relaciones de Europa con Rusia son cruciales y en que además hay cuestiones por resolver, me produce una cierta inquietud la aseveración del embajador francés. ¿Qué significa entendernos con Rusia? ¿Significa dar por bueno el autoritarismo de Vladímir Putin? ¿Significa aceptar una deriva autoritaria de las democracias europeas? ¿Significa dar la razón a Viktor Orbán?

En cualquier caso, el debate actual respecto al incremento del gasto militar no se debe tanto a que Europa quiera independizarse militarmente de Estados Unidos, sino que son los americanos quienes están exigiendo que gastemos más en defensa. Donald Trump ha sido quien lo ha planteado de forma más brutal, pero Barack Obama ya lo sugirió con más suavidad en su último discurso en la Asamblea Parlamentaria de la OTAN en Varsovia, antes de abandonar la presidencia. Estamos viendo ya cómo las cosas se mueven en esa dirección, y esto planteará problemas de consenso social en Europa. Conviniendo en que es necesario gastar más en defensa, hay que obtener el acuerdo de la sociedad, porque no se ha hecho durante decenios. ¿Cómo se plantea esto a una sociedad que también está preocupada por cómo pagará las pensiones en los próximos años, por la precariedad de los jóvenes, por cómo sostener el sistema sanitario público, etc.?

Será indispensable crear un cierto clímax, porque el gasto en defensa necesita enemigos para justificarse. En la última Pascua Militar, escuché con atención el discurso de la ministra de Defensa, e iba en esa dirección. Defendió el incremento del gasto militar y expuso la necesidad de una cierta ofensiva publicitaria del Estado en lo que se refiere a la cuestión de la defensa. Y señaló un enemigo: las noticias falsas. El discurso de la seguridad crecerá en los próximos años en España y en otros países. Difícilmente se puede hacer un discurso

favorable a la autonomía de Europa respecto a Estados Unidos sin un pilar militar más fuerte, que necesita ser sufragado. Por tanto, es necesario generar consenso social para aceptar destinar más presupuesto a las fuerzas militares. Es más, habrá que asimilar que esas fuerzas no existirán tan solo para realizar ejercicios de entrenamiento, sino que en un momento dado podrán ir a Libia a actuar y hacer cosas seguramente poco simpáticas.

El caso de Yugoslavia fue claro y dramático. Los estados europeos no sabían qué hacer porque cada uno tenía su propio interés. Todo el mundo quería sacar tajada, hasta que la situación se les fue de las manos y tuvieron que ser los americanos quienes intervinieran para evitar un desastre aún mayor. Dicho sea de paso, también ellos tenían sus intereses al respecto, como ha quedado demostrado, pues en Kosovo está la principal base norteamericana de Europa del Este.

PI: Yugoslavia fue una humillación para Europa. Volver a ver después de tantos años —desde la Segunda Guerra Mundial— aviones norteamericanos bombardeando un territorio europeo fue muy incómodo. Sin embargo, hubo un momento en que pareció que eso podía cambiar: la agresión contra Irak promovida por George W. Bush. En ese momento, cuando en Estados Unidos se dejaron de comer *french fries* —expresión figurada, pues no tiene nada que ver con los tubérculos—, hubo una reunión conjunta del Bundestag y de la Asamblea Nacional Francesa. Fue impresionante ver a Francia y Alemania oponiéndose diplomáticamente a la estrategia militar de Estados Unidos en Irak.

España jugó en ese episodio uno de los papeles más espantosos y ridículos de su política exterior, con José María Aznar haciendo lo que nunca habría hecho Mariano Rajoy. Rajoy se habría mantenido fiel al alineamiento con Francia, que era lo que interesaba a España. Aznar, sin embargo, debido a ese complejo de hombre pequeño que desea proyectar una sombra muy larga, se puso nada más y nada menos que a rediseñar la política exterior española, tomándose una foto en las

Azores en la que ni siquiera Berlusconi salió.

EJ: Porque se lo prohibió el papa…

PI: ¡Pues algo bueno hizo el papa!

EJ: El papa Juan Pablo II llamó a Berlusconi antes de la reunión de las Azores. En Roma se decía que los mayordomos del Vaticano oyeron palabras gruesas en el comedor y que el polaco dio incluso algún puñetazo en la mesa. Quería preservar las comunidades cristianas de Oriente Medio. Le instó a no implicar a Italia en aquello, y Berlusconi no fue a la reunión de las Azores.

PI: Pero Aznar sí. Actuó más como polaco que como español. En ese momento, los aficionados a la geopolítica apuntaron a la teoría del corazón continental. Los rusos se oponían, y Francia y Alemania también. En resumen, de repente parecía vislumbrarse una política exterior europea propia. Pero duró poco. Al final aceptaron la vía de los hechos consumados y, aunque el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no aprobó la intervención de Estados Unidos…

EJ: Fue Dominique de Villepin, entonces ministro de Asuntos Exteriores de Jacques Chirac, quien dio el discurso para que no se aprobara la intervención.

PI: A pesar de todo, no tuvo efectos geopolíticos. Cuando Francia y Alemania reunieron a sus cámaras legislativas y se plantaron, parecía que se podía proyectar algo diferente en Europa, pero al final quedó en nada.

En efecto, este debate, asumiendo que puede implicar problemas de presupuestos —aunque a veces ya hay un gasto militar excesivo sin tomar decisiones especiales—, será esencial para la supervivencia o la consistencia del proyecto europeo a largo plazo, porque es muy difícil disociar un papel geopolítico de una política de defensa propia. Con todo, está claro que generará contradicciones.

Personalidades o partidos

EJ: Permíteme abrir un breve paréntesis para referirme a José María Aznar. Es evidente que un gobernante que adopta decisiones que el 80 % de la sociedad rechaza, como era el caso, se está metiendo en un berenjenal del que probablemente salga mal parado. Y efectivamente es lo que ocurrió.

No obstante, creo que no podemos reducirlo solo a una caricatura ni a intereses personales, aunque también existieran. Aznar era un hombre con complejos que se sentía fuerte después de haber conquistado la mayoría absoluta y veía la oportunidad de su vida. Es incuestionable que buscaba una conexión preferente con el republicanismo norteamericano que, más tarde, le ha sido de lo más útil para desarrollar una actividad profesional de nuevo tipo con la que no estaba vinculado en absoluto en el momento en que empezó en la política. Recordemos que este señor era inspector de Hacienda en Castilla y León y ahora es conferenciante internacional en los círculos republicanos norteamericanos y consultor empresarial, entre otras cosas. Desde este punto de vista, Aznar es una personalidad que ha sabido promocionarse profesionalmente con gran habilidad.

Aun así, creo que también existía un planteamiento político. Pese a que la realidad lo arrolló, quería aprovechar la contradicción entre Estados Unidos y el núcleo franco-alemán para establecer una alianza preferente con el primero, que interpretaba que podía ser beneficiosa para España. En mi opinión, el grupo dirigente del Partido Popular ya anticipaba en aquel momento algunos problemas de ciclo económico. Intuían que llegaría un momento en que el pulmón de la turboeconomía dejaría de latir con tanta fuerza, y que su ciclo político también podía tambalearse. En ese caso, mantener una mayoría absoluta iba a ser difícil, así que, visto en retrospectiva, se aventuraron a probar fortuna. Hace unos años, un alto colaborador de Aznar me

dijo que llegaron a pensar que la bandera española debía entrar en Bagdad. Es decir, si nos implicábamos, nos implicábamos.

PI: Tiempo atrás, mi formación marxista me habría hecho despreciar el componente humano a la hora de pensar cosas tan importantes como la política exterior de un país entero. Hoy en día, en cambio, después de haber conocido a algunos líderes políticos personalmente, lo considero un factor explicativo significativo. Antes de entrar en política, nunca hubiera imaginado que la personalidad contara tanto. Los psicoanalistas sonreirán… En efecto, no todo es infraestructura, superestructura e intereses de clase.

Retomo el hilo. Aunque es evidente que hay un diseño político en el planteamiento de Aznar, me jugaría el bigote (o la coleta) a que Rajoy jamás habría hecho algo así. Y no creo que tengan profundas discrepancias políticas, sino personalidades profundamente distintas. En mi opinión, a Rajoy nunca le han gustado los líos. La situación que se vivió en Cataluña, por ejemplo, no le agradaba. La obligación de tener que tomar decisiones debido a la tensión a nivel internacional, tampoco. En cambio, me parece que a Aznar sí le gustaba. En cada riesgo veía una oportunidad de trascender y hacer algo importante.

Esta mentalidad puede detectarse en varias ocasiones. Cuando Aznar se refiere a ETA como Movimiento de Liberación Vasco, les otorga un estatuto de beligerancia porque, por un momento, se ve a sí mismo como el estadista que se sienta en la mesa a negociar con los terroristas, como el primer ministro *tory* que se sienta con el IRA y resuelve el problema. No obstante, al mismo tiempo hace cosas muy meritorias. Por ejemplo, no siendo un gran comunicador, ha aprendido inglés y lo habla con solvencia. Es muy difícil que alguien que ha sido presidente del Gobierno, que ya es mayor, que no tiene dotes de comunicador y que ha hecho ya lo más importante que tenía que hacer en su vida se esfuerce en aprender inglés para poder dar conferencias a nivel internacional. Refleja la necesidad de proyección del ser pequeño, que necesita verse a sí mismo dando una clase en

inglés en Georgetown.

Le gusta su propio papel de traidor al partido —proyectando a Albert Rivera y alejando a la FAES del aparato de pensamiento del PP — y convertirse en una especie de lobo solitario que ayuda a Ciudadanos. Le gustan el lío de Cataluña y el ambiente del 155. Creo que se imagina a sí mismo gestionando el conflicto catalán, y ahora mismo disfruta con la crisis de la derecha. No la ve como un problema, sino como una oportunidad.

Cada uno puede hacer lo que quiera en función de sus pulsiones, pero el carácter influye mucho a la hora de tomar ciertas decisiones políticas, y creo que la personalidad de Aznar marcó bastante la historia de nuestro país. En la propia gestión de los atentados del 11 de marzo no fue capaz de ser coherente del todo, de sacar el ejército y militarizar la estación de Atocha y de Chamartín. Que se escondiera como un cobarde y acusara a ETA por miedo electoral, cuando sabía que los responsables eran otros, denota su falta de grandeza. Si hubiera sido valiente, habría propuesto mandar cinco veces más tropas a Irak. Sin embargo, en ese momento hizo algo propio de la derecha española: empequeñeció. Estos rasgos personales han marcado muchísimos elementos en la historia de nuestro país, como los de Felipe González.

Tú y yo hemos hablado muchas veces de lo que significa Matteo Renzi en la política italiana y por qué no lo soporta Massimo D'Alema, o por qué no lo soportaría Gianfranco Fini. No tiene que ver solo con las ideas políticas, sino con quién es D'Alema y de dónde vienen ambos.

EJ: La mitad más uno de los italianos no soporta a Matteo Renzi. ¡Qué digo la mitad más uno! ¡Muchos más! La extrema personalización es una de las últimas novedades de la política en Europa. Estuve en la última campaña electoral italiana y los logos de la mayoría de los partidos llevaban un nombre propio. La Liga Norte ya no es la Liga Norte. Ahora es la Liga de Salvini. En España también

está sucediendo: Podemos es Pablo Iglesias; Ciudadanos es Albert Rivera; ya veremos si el PSOE es Pedro Sánchez; etc. Y en Europa también está emergiendo un personaje muy potente: Emmanuel Macron. Es una novedad a la que hay prestar atención.

PI: De Macron yo sabía que era banquero, pero Pablo Bustinduy, nuestro diputado encargado de las relaciones internacionales, me explicó que además estudió en Sciences Po y en la Escuela Nacional de la Administración —una formación exigente y muy prestigiosa— y que es licenciado en Filosofía por la Universidad de Nanterre, con memoria final sobre Hegel. Me quedé de piedra.

EJ: Son productos que solo Francia puede dar.

PI: Sí, aquí tenemos a Albert Rivera.

EJ: Cada país tiene sus propias capacidades y recursos. La capacidad escenográfica francesa no la ha superado nadie. Si no se le estropea la perspectiva, cosa que siempre puede ocurrir, Emmanuel Macron es la figura del futuro. Todo el mundo quiere ser como él. Daría para una película.

Matteo Renzi, un tipo curioso, quiso ser Macron antes que Macron, y tropezó. Hizo bien algunas cosas. Durante su etapa al frente de la política italiana hubo cambios, y lo cierto es que tenía una agenda interesante y muy cautivadora. Sin duda tomó las riendas con el beneplácito de un amplio sector de la clase media y de los poderes económicos italianos, pero lo fue estropeando. Renzi se estropeó a sí mismo por un exceso de egocentrismo e hiperactividad mediática y por algo profundamente transalpino: en el fondo, los italianos no quieren un ejecutivo fuerte. A los franceses sí les gusta, pero a los italianos, no. Creen que se metería demasiado en sus asuntos, y es una sociedad acostumbrada a tener una relación peculiar —poco fiel— con el Estado. La demanda de un Gobierno fuerte solo se da en Italia cuando ya no soportan el desorden acumulado. Cada cierto tiempo,

surge en Italia el deseo del «hombre fuerte». Al cabo de un tiempo lo defenestran o lo cuelgan por los pies.

PI: Si hablamos de las personalidades políticas aptas y con proyección internacional, quisiera analizar la situación de España y dilucidar si este es uno de los retos que nos aguarda el futuro. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que España no ha tenido figuras con recorrido internacional al nivel de Portugal, por poner un ejemplo, que es un país con dirigentes políticos políglotas, ilustrados y técnicamente competentes. Nosotros tenemos menos figuras preparadas técnicamente. Y en ocasiones hemos llegado incluso al absurdo, como cuando la magistrada María Elósegui falsificó su currículum para el Tribunal Europeo de Derechos Humanos.

Por supuesto, sí ha habido ciertas personas que han demostrado solvencia técnica, aunque pueda estar en desacuerdo con ellas en casi todo. ¿Quién le iba a decir al Partido Socialista de finales de los años setenta que Javier Solana terminaría siendo secretario general de la OTAN? Y, estando en completo desacuerdo con él, debo reconocer que tiene una competencia técnica más que sobrada para ostentar esa responsabilidad. O figuras como el recientemente fallecido Manuel Marín, impulsor del programa Erasmus...

En resumen, quiero decir que, aunque haya personas con mucha capacidad, quizá no hayamos formado tantas figuras con proyección como otros países. Creo que las propias características de la universidad española —no hablaría de la escuela diplomática, porque eso es formación de profesionales— influyen en ello.

En cuanto a la proyección internacional, por lo que viví en el Parlamento Europeo —cuando en la configuración de la Comisión Europea entró Miguel Ángel Cañete por Joaquín Almunia—, hay que admitir que el sistema va por cuotas. Básicamente, cada país propone a un candidato que debe cumplir una serie de requisitos y los organismos se conforman. Además, Portugal tiene una ventaja frente a España, y es que es un país mucho más pequeño. Los países pequeños

tienen más facilidad para proyectar figuras de consenso. Es mucho más fácil imaginar un presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas portugués o peruano que español.

EJ: Aunque Luis de Guindos fuera nombrado vicepresidente del Banco Central Europeo, para mí este «bache español» es objetivo y contrasta vivamente con el caso portugués. António Guterres es secretario general de la ONU; Mário Centeno es presidente del Eurogrupo; hasta hace poco, José Manuel Durão Barroso era presidente de la Comisión Europea; Vítor Constâncio, como Luis de Guindos, fue vicepresidente del BCE. Se trata de un cuadro extraordinario. Muchos de ellos son de origen socialista (excepto José Manuel Durão Barroso, que pertenecía al centroderecha). Esto sucede porque en Portugal hay una élite política fuerte y bien formada, con una cierta política bipartisana de colaboración institucional. Dicho sea de paso, en el caso de António Guterres hay que reconocer que recibió una importante ayuda de España, que medió a su favor. De hecho, creo que hasta el rey tuvo un papel relevante.

El caso de Italia es distinto, porque siempre ha tenido una élite diplomática muy fuerte poco afectada por la clase política. Pese a lo litigioso que es el país en cuestiones políticas, en el cuerpo diplomático las interferencias del ejecutivo son escasas y, cuando se producen, generan mucha polémica.

En definitiva, lo que sucede en España cuando cambia el Gobierno y determinados embajadores desaparecen o son enviados como cónsules a lugares marginales del planeta porque no son de la cuerda de los que han llegado al Palacio de Santa Cruz, no pasa en otros países. Este turnismo afecta a gente que ha demostrado su capacidad profesional, e impide la creación de un cuerpo institucional fuerte y relativamente autónomo de la lucha partidista.

El hecho es que hemos encadenado dos presidencias sin demasiado interés por la política internacional. Veremos qué ocurre ahora con Pedro Sánchez. José Luis Rodríguez Zapatero tenía un relativo interés

por la política internacional, y propuso la Alianza de Civilizaciones como paraguas ideológico. Y en cuanto a Mariano Rajoy, circula por Madrid una anécdota divertida sobre una hipotética conversación con Felipe González. Al parecer, este le recriminó con buenas palabras que no se ocupara nada de la política internacional, a lo que Rajoy respondió: «Yo me ocupo de Soria, no de Siria». Es una declaración de intenciones clara. Veremos si Sánchez se ocupa un poco más de Siria.

PI: Y, conociendo al personaje, la veo perfectamente verosímil. No creo que Rajoy fuera ajeno a los problemas de política internacional, sino que no la consideraba un campo en el que quisiera trascender o en el que España tuviera algo que ganar. Quizá sea por efecto del aznarismo.

Por lo que respecta a Zapatero, una parte de su presidencia coincidió con mi etapa en Italia. Cuando preparaba la tesis, escribí una cosa que luego se sacó de contexto y por la que los izquierdistas me atacaron, y es que Zapatero se había convertido en una referencia del progresismo a escala internacional. No es que yo defendiera a Zapatero, solo constataba un hecho; lo que representó el matrimonio homosexual es innegable. En Italia hasta se hizo un documental de tintes izquierdistas titulado *Viva Zapatero!*. Era una luz de esperanza.

Lo que España puede ofrecer a Europa

PI: Permíteme cambiar de contexto. Podemos es un fenómeno mundial que genera un enorme entusiasmo en América Latina y en muchos países europeos y que nace del extraordinario bagaje de ideas que existe en nuestro país. Es paradójico: como somos políticamente más abiertos que otros países europeos, el cambio también parece ser más real o profundo que en sociedades con más cultura política o con más tradición de transformación.

Este es un debate que surge de forma permanente cuando

hablamos con nuestros compañeros italianos. En Italia, que tuvo el mayor partido comunista de Europa Occidental, los movimientos de los años sesenta y setenta, los centros sociales, una sociedad articulada, etc., al final lo que ha surgido es el Movimiento 5 Estrellas, que es una cosa muy distinta. En cambio, creo que España —y no solo la izquierda— se ha ganado un prestigio en la capacidad de transformación nacional. El fenómeno de la Guerra Civil movió grandes pasiones, y la posguerra literaria y cinematográfica la ganan de forma clara los republicanos, que se convierten en una suerte de referencia del cambio y de belleza moral en el mundo entero.

Ha habido movimientos sociales en España sin parangón en otros países europeos. Probablemente el 15M —la Spanish Revolution— haya sido el más llamativo. En Estados Unidos lo ponen al nivel de las revoluciones de la primavera árabe. Creo que ese potencial se vincula con una voluntad quizá no hegemónica o mayoritaria de amplios sectores sociales europeos que podrían ponerse de acuerdo a la hora de reivindicar una Europa distinta, más ocupada en proteger el Estado del bienestar y los derechos humanos y civiles. Lo digo sin hacer ningún brindis al sol.

Creo que tiene mucho sentido pelear por esa Europa, y creo que nuestro país, con todas sus contradicciones y dificultades, tiene mucho que ofrecer. El contraste con Italia vuelve a ser muy llamativo. En nuestro país, la Iglesia católica llegó a ser incluso más poderosa que allí, y ya es decir. Sin embargo, el resultado de la Guerra Civil, que otorga a la Iglesia española un poder sin precedentes —con el control absoluto de la educación—, contrasta con el movimiento feminista y LGTBI, una de las cosas más hermosas y significativas que han ocurrido en Europa y en el mundo. Nuestros avances en derechos civiles demuestran que España tiene un potencial liberal y libertario sensacional.

EJ: Eso es verdad. España ha dado al mundo algunas expresiones muy genuinas. La palabra guerrillero sale de la guerra contra el francés. La

palabra liberal sale de las Cortes de Cádiz. Y ahora hemos exportado la palabra indignados. Durante la Transición se produjeron cambios sociales radicales y España se convirtió rápidamente en lo que podríamos llamar una sociedad postradicional, cosa que en otros lugares no ha pasado, o al menos no a la misma velocidad. Hoy en día hay rasgos mucho más tradicionales en la sociedad francesa que en la española.

Periódicamente, España llama la atención del mundo. En estos últimos tiempos, está ocurriendo con la cuestión de Cataluña. También ha llamado la atención la respuesta del rey Felipe VI a los acontecimientos de otoño de 2017. Vale la pena subrayar que ha sido recibida positivamente en Europa. Felipe VI es una figura fuerte en el contexto europeo —en la superestructura europea—, puesto que la cuestión de Cataluña se observa con mucha preocupación.

De hecho, este ha sido uno de los gravísimos errores que han cometido los dirigentes independentistas catalanes: no entender la verdadera dimensión europea del problema que estaban planteando. Iban a buscar el beneplácito moral de la superestructura europea —de los Gobiernos, los círculos económicos, los grandes medios de comunicación—, sin ser del todo conscientes de que propulsaban un problema sistémico para la Unión Europea. La Europa que manda se ha puesto en guardia ante la cuestión catalana. No siente simpatía por el independentismo. Tampoco le han gustado algunas respuestas del Estado español, empezando por la actuación policial del 1 de octubre. Los analistas de la Unidad de Inteligencia de *The Economist* han advertido de que España puede sufrir una devaluación en el índice de calidad democrática. Lo han llamado, en una expresión que me ha parecido muy certera, «la exacerbación legalista». El país está siendo sometido a un examen periódico. Este también es nuestro destino: someternos al examen de las instancias internacionales.

PI: España vive una crisis de régimen. En los debates de Intereconomía había un tipo listo que me interesó desde el principio: Alejo Vidal-

Quadras. Provocaba mucho, y exhalaba la dureza y la tosquedad características de ciertas figuras de la derecha española, pero también afirmaba sin pelos en la lengua que España estaba sumida en una crisis de sistema político. Esta crisis de sistema se ha traducido, por un lado, en un movimiento progresista que lideran el 15M, Podemos y las confluencias en los ayuntamientos del cambio y, por otro, en una tendencia reaccionaria que ha implicado lo que antes llamabas «exacerbación legalista».

De hecho, yo iría un poco más lejos y tomándole prestada la expresión a Javier Pérez Royo hablaría de excepcionalidad. España vive una situación de estado de excepción autonómico. El 155 no se había aplicado nunca. Además, esta excepcionalidad reaccionaria se extiende a otros ámbitos. De pronto, el Partido Popular descubre la prisión permanente revisable como otra forma de tapar su corrupción y jugar al populismo punitivo. Qué decir de la ley mordaza. La involución democrática que se ha producido en nuestro país se percibirá fuera. Muchos observadores nos dirán que hemos forzado demasiados procedimientos.

España ha conseguido que lo más progresista y lo más reaccionario convivan al mismo tiempo. Si uno aterriza en Madrid o Barcelona y ve quiénes son las alcaldesas, alucinará, en especial en el caso de Barcelona. Manuela Carmena es una vieja militante del PCE y es más conocida por haber sido magistrada, pero Ada Colau pasó de ser la portavoz de la PAH a alcaldesa de la segunda ciudad de España. Sin embargo, al mismo tiempo uno se encuentra con los jefes de algunos partidos políticos catalanes en la cárcel y con una dinámica de involución muy relacionada con esa crisis de régimen.

Los más radicales pueden decir que esto ya ha ocurrido antes, y es cierto. No obstante, la excusa no solía ser baladí: el terrorismo de ETA. Es evidente que en esa fase se ilegalizaron partidos, se aplicaron doctrinas penitenciarias excepcionales y se hicieron cosas graves, pero el Estado podía alegar que estaba combatiendo el terrorismo. Lo que está ocurriendo en nuestro país, en una situación sin violencia (ni

siquiera previolencia) política, es excepcional.

El 1 de octubre de 2017 se producen excesos policiales, cargas injustificadas y represión, y eso no es comparable con lo que se veía en las calles del País Vasco ni con los procesos de resistencia a la reconversión industrial que se vivieron en Asturias, en Galicia o en Cádiz. Lo que sí podemos denunciar es la situación de excepcionalidad de nuestro país que nos criticarán desde el exterior.

Europa del Norte, Europa del Sur

EJ: Para concluir sobre Europa, quisiera comentar la diferencia de comportamiento que se da en la Europa del Sur —España incluida— ante el horizonte de incertidumbre que afecta en un grado u otro a todos los países europeos, incluso a los más ricos y asentados. La Europa del Sur, que se ha visto sacudida por una crisis muy intensa, ha reaccionado con una agresividad política e ideológica comedida. De hecho, es mucho más agresiva la reacción en el norte, que en general tiene muchos menos problemas, que en el sur. El caso de Portugal es para elevar a los altares. Han sufrido lo que no está escrito y, aun así, han mantenido intacto su sistema político.

El caso de Grecia es algo distinto. Estuve hablando hace poco con el antiguo director del *Corriere della Sera,* Ferruccio De Bortoli, y me decía que, en realidad, Tsipras se ha convertido en comisario europeo. Y lo decía en términos elogiosos. Según él, lo que han hecho Syriza y Tsipras en Grecia no podrían haberlo hecho ni el PASOK ni Nueva Democracia, porque el país habría ardido. Lo de Grecia es crucial. Nos da una gran lección. La alternativa era salir del euro.

PI: El plan B de los griegos se convirtió en el plan A de Alemania, y eso lo dice todo. Por otro lado, el anuncio de que iban a llegar los rusos y los chinos a poner dinero y a cambiar las piezas geopolíticas fue un mito.

Lo de Grecia me conmovió mucho porque he conocido a Tsipras y hemos conversado muchas veces. Tengo la plena convicción de que pensamos igual y procedemos de sitios muy parecidos. Nos entendimos desde el minuto uno, y no me refiero a la forma parecida de hablar inglés que tenemos griegos y españoles. Había un *feeling* total en el lenguaje, y ambos habíamos militado en movimientos estudiantiles.

Me consta que no querían eso. Tenían la esperanza de poder hacer otra cosa. Pensaban que la Unión Europea les daría aire suficiente para probar cosas distintas y que la correlación de fuerzas no sería la que finalmente fue. Es lastimoso oír a algunos decir que, en realidad, se han comportado como lo haría un partido socialdemócrata, porque no lo son. Sé lo que es ser del PSOE en España —mi abuelo era un dirigente del partido en el interior— y Syriza procedía de una tradición muy diferente. Su proyecto era muy distinto: era un partido claramente vinculado a la izquierda histórica en Grecia y en Europa.

Está por ver lo que ocurrirá. Tengo amigos en Grecia que me dicen, con un escepticismo colosal, que siguen a la expectativa. Nueva Democracia (el PP griego) tiene casos de corrupción, y el Gobierno está intentando que les den un poco de margen para tomar medidas sociales. Hay algún escéptico que dirá que Syriza es el mal menor, pero me duele profundamente porque sé que los que entraron en el Gobierno eran de los nuestros y querían hacer algo radicalmente distinto. Hay muchas críticas por parte de la izquierda (vendidos, traidores, etc.) que me cabrean mucho.

EJ: Han hecho lo mejor que podían hacer.

PI: Sí, pero eso para la izquierda es muy decepcionante.

EJ: Bueno, eso es porque a la izquierda le cuesta mucho dialogar con la realidad. ¿Qué podían hacer los griegos? ¿Romper e irse?

PI: Hacer un corralito y emitir billetes de dracmas.

EJ: Sí, pero nadie les iba a respaldar. Rusia y China les cortejaron, pero no tenían el propósito de hacerse cargo de la deuda griega. Los chinos se han quedado con el puerto de Atenas y Rusia quiere tener una mayor presencia en el Mediterráneo. Si Grecia se iba, al otro lado de la puerta estaba Turquía. Esa es la cruda realidad. Tsipras asumió la realidad y Grecia ha ido mejorando. Quizás las próximas elecciones no le vayan tan mal a Syriza.

En suma, volviendo a la idea fundamental, el sur ha reaccionado en términos muy democráticos. En Italia, la novedad del malestar es el Movimiento 5 Estrellas. Es un movimiento político difícil de definir, muy vinculado a un profundo escepticismo italiano y a ciertas corrientes antipolíticas, que siempre han existido y que están ligeramente emparentadas con el fascismo. El M5E no es un movimiento político extraordinariamente agresivo con la democracia liberal. Dicen ser el partido de la gente corriente que lucha contra los que han gobernado siempre, aunque no está muy claro cuál es su programa. Más agresiva es la Liga Norte, emparentada con los egoísmos de la Europa central y septentrional. La Liga se está apoderando de la dirección política de Italia.

En el caso de España existe Podemos, que, a mi modo de ver, lo que ha hecho es llevar al Congreso la contestación social que se produjo en el momento más duro de la crisis y transformarla en un programa político de izquierdas bien articulado. Toda esa energía se podría haber quedado fuera del Parlamento, pero hoy tiene representación.

Ahora bien, si uno observa los países del centro y norte de Europa, donde los problemas sociales son menos acentuados, la inquietud social se traduce en expresiones políticas muy agresivas: la extrema derecha o el Brexit. Los populismos del norte son mucho más agresivos que los del sur. Esta es la realidad.

Y luego está un tercer escenario, que es el de la Europa del Este. En algunos países del este europeo la economía está creciendo más que en España. Pero también crece su hostilidad hacia la democracia liberal,

especialmente en Polonia y Hungría.

En fin, pese a haber hecho este análisis inicial un poco pesimista sobre las perspectivas que tenemos por delante como país —con escenarios de transformación tecnológica y política muy inciertos—, tampoco está todo tan mal. Es decir, querría poner en valor el hecho de que la respuesta del sur de Europa en términos sociales y políticos ha sido bastante digna.

Algunos apuntes sobre Italia

EJ: Hablemos sobre Italia, donde el *popolo* (la gente que lo pasa realmente mal) ha puesto de nuevo en valor estar juntos. Parece que digan: «¿Nos tratan de tontos e inútiles? ¡Pues nos compactamos!». Ya ocurrió con el PCI. Alguna vez lo he comentado con algún antiguo camarada, y no veas cómo se enfadan… «¡¿Cómo vas a comparar a esta cosa zafia llamada Movimiento 5 Estrellas con el partido?!».

PI: Reconozco que la situación me desespera, porque las coordenadas con las que me he guiado siempre han desaparecido. En el Parlamento Europeo hice amistad con jóvenes dirigentes del Movimiento 5 Estrellas. Por razones puramente prácticas, ellos estaban sentados en la otra esquina del hemiciclo, junto a los fascistas, formando una especie de batiburrillo. Recuerdo que se producían situaciones cómicas en las que solo nosotros, los de Podemos, les aplaudíamos, y viceversa. En definitiva, eran jóvenes culturalmente de izquierdas y nos entendimos bien en seguida. Sin embargo, también vimos que no compartíamos las mismas referencias políticas ni la misma visión del mundo. Nosotros llegamos al populismo de izquierdas de manera tradicional, a través de las experiencias latinoamericanas, de los debates propios de la izquierda del siglo XX en Europa, etc. Es decir, se nos ve venir de lejos, nos situamos en las coordenadas políticas del siglo XX. El Movimento 5 Stelle es distinto. No se sabe del todo bien

cuáles son sus fundamentos ideológicos y políticos. ¿Qué les sostiene intelectualmente? Sabemos que un discurso puede ser insostenible pero efectivo —Donald Trump es la incoherencia pura y funciona de maravilla—, pero también tiene que existir un armazón, un proyecto, una clase empresarial y sectores sociales favorables, etc.

EJ: Creo que no tiene nada de eso. En mi opinión, el factor de agregación ha sido haber tenido a todo el mundo en contra. El menosprecio del que ha sido objeto ha actuado como coagulante, y las redes sociales han permitido nuevas formas de comunidad. Antes se requería de una presencia física: la casa del pueblo, la casa del partido, la reunión del sindicato hasta las tantas de la noche, etc. Pero ahora...

PI: Esto me genera mucha tristeza… Para el joven comunista español recién llegado a Italia que fui hace años aquello era una especie de paraíso.

EJ: Es gracioso, yo tuve una percepción parecida. Quizá la mía fuese incluso más intensa, porque hablo de finales de los setenta… Recuerdo mi primer viaje a Florencia como algo increíble. Como llegar al Edén. Libertad, belleza, educación, cultura… Entré en contacto con la civilización. ¡Qué pena! Todo lo que descubrí e idealicé se ha ido a la porra.

PI: Es como si, de mis referentes italianos progresistas…

EJ: …solo quedasen los monumentos.

PI: Ayer chateaba con Luca Casarini, acaso el dirigente de extrema izquierda más importante de Europa y del mundo entre 2000 y 2004. Ahora Casarini forma parte de Libres e Iguales. Pues bien, han obtenido un 3,4 %…

EJ: Se han pegado un buen tortazo.

PI: Sí. Presentándose además como una escisión del Partido

Demócrata. Es como si nosotros nos presentáramos con Llamazares… No tengo palabras. Y Poder al Pueblo, que figuraba que estaba dirigido por un grupo de jóvenes maoístas inteligentísimos, ha obtenido un 1 %. Es un desastre.

EJ: D'Alema iba en las listas y se ha quedado fuera… Qué pena. Tenemos que guardar los antiguos mapas políticos y cartografiarlo todo de nuevo.

PI: Sí, Italia no da más que disgustos. En realidad, nunca ha dejado de dar disgustos.

EJ: Así es la historia italiana, desde su fundación. El caso del fascismo es ilustrativo. Lo tenemos tan empastado mentalmente que ya no sabemos lo que fue y lo que pudo ser. Le atribuimos todo lo malo, lo empleamos como significante último del mal, cuando se trató de un populismo intenso, capaz de generar una movilización social inimaginable en ningún otro país. Desde luego, no tiene nada que ver con el fascismo español y, en muchos aspectos, tampoco tiene nada que ver con el fascismo alemán. Esa capacidad de crear un movimiento popular reaccionario… ¡caramba! Por otra parte, tiene claras connotaciones modernas: prescinde de la Iglesia, mitifica al Estado, crea una estética y una mirada cultural propias, etc.

PI: Muchas veces se intenta exculpar y desproveer al fascismo español de cualquier parecido con el fascismo italiano y el alemán. Tienen características completamente distintas, desde luego. El español es mucho menos moderno. Su sustrato ideológico lo da la Iglesia católica española. Eso no tiene nada que ver con la situación italiana. De hecho, los admiradores de Italia en España, como Ramiro Ledesma y algunos falangistas, eran una minoría. O el cuñadísimo Serrano Suñer, que tanto admira a Alemania… Lo de aquí sí es claramente reaccionario, conservador y —puede afirmarse rotundamente— más mortífero.

Novecento, una película claramente estalinista de Bertolucci, plasma muy bien la modernidad del fascismo. Me impresionó mucho, por cómo trata paralelamente el surgimiento del fascismo —que además tiene el valor de expresar como fenómeno agrario— con el nacimiento de las vanguardias, del futurismo y lo que ocurre en Italia en aquel momento: los debates sobre Gabriele D'Annunzio, etc.

EJ: Italia es el único país del mundo donde surgió con coherencia y una cierta entidad una corriente cultural y estética que hacía poemas a los coches y los aeroplanos: el futurismo. Es el gran tema del Estado tardío, de la relación entre la sociedad y el Estado. En Italia nunca ha habido una superestructura estatal o imperial. En España ocurre lo contrario: hay Estado, pero no hay nación.

PI: Estoy de acuerdo. Fuimos incapaces de construir una identidad nacional.

EJ: En fin. ¿Esperabas que en Italia ganara el 5 Stelle?

PI: Sí. En «Fort Apache» habíamos dado pistas. Pensábamos que el 5 Stelle sería el partido más votado aunque no con tanta diferencia respecto al segundo. Señalamos que a Renzi y al Partido Demócrata podía irles mal, y que la izquierda del PCI podía obtener un resultado simbólico. Finalmente, la izquierda de la izquierda del PCI se ha ido al carajo, el Partido Demócrata ha sacado el peor resultado de su historia (un 18 %), Berlusconi se ha estrellado y la Liga Norte ha arrasado.

En cualquier caso, toda la geografía de significados en Italia ha sido borrada de un plumazo.Como decías, habrá que cartografiarlo todo de nuevo. Hasta ahora, aquí había un río, aquí había un bosque, etc. De repente ha caído una bomba y hay que rehacer el mapa desde el principio. Como bien decías, solo quedan los monumentos. Quizá la plaza de la Señoría siga estando en Florencia, pero los transeúntes han mutado…

EJ: Además, no hay manera de que salga un hombre fuerte. Afortunadamente el sistema lo impide. Si Renzi hubiese conseguido aprobar la reforma constitucional, con este resultado tendría un pollo de narices.

PI: Claro. Y tú crees que dejarán gobernar a 5 Stelle para que se frían solos.

EJ: No hay otra solución. La alternativa sería hacer un pastel de Gobierno e ir de nuevo a elecciones, lo cual exasperaría todavía más al país. Todo para obtener un resultado todavía peor. Personalmente, creo que habrá una pugna entre Mattarella y Renzi.

PI: ¿No crees que Renzi se irá a casa definitivamente?

EJ: No, no. Renzi tiene genes demócrata-cristianos. No se irá. Es un jeta de mucho cuidado. Cualquier persona medianamente decente se iría a su casa y no saldría a la calle en años. Él estará pensando que 5 Stelle se la pegará y que, por tanto, habrá un reflujo. Aunque haya perdido, yo diría que piensa que si se mantiene firme puede seguir con vida. Sabe que habrá sectores de la izquierda de su partido inclinados a llegar a acuerdos con el 5 Stelle y, en efecto, dejar que gobiernen y colaborar con ellos podría ser una estrategia inteligente para reabsorberlos de algún modo. Pero Renzi está resentido. No creo que lo apoye. Debe de querer que fracasen estrepitosamente.

PI: Muy humano.

EJ: Por otra parte, Mattarella, como presidente de la República, debe cuidar la estabilidad institucional y evitar que la situación empeore. Los democristianos veteranos llevan esta premisa dentro. Los dejará gobernar.

PI: Sí, pero una vez entras en el Gobierno, has entrado…

EJ: Pero en Italia el ejecutivo siempre es débil. Ahí radica la diferencia.

Aquí pensamos que, cuando uno llega a la Moncloa, hace y deshace a su antojo. Allí no. Además, gobernar en minoría implica que puedan tumbarte en todo momento. La mayoría parlamentaria es cosa de dos muletas: si te falla una, tienes que llamar al presidente, que puede mantenerte en el poder o disolver las cámaras y convocar elecciones. Por tanto, él es dueño de la situación y las cosas van de una u otra forma en función de cómo interprete tu fragilidad. En situaciones así, tiene mucho poder.

En este sentido, el sistema se reconfigura por completo. Forza Italia es otro partido perdido. Confió en un octogenario que quería dar la última machada. Le ha salido mal… Todo esto se desintegrará debido al factor coagulante del que te hablaba. La derecha quedará en manos de un auténtico delincuente: Matteo Salvini.

PI: Italia tiene la sorprendente capacidad de iluminar. Es un faro. Aunque sea por puro desconocimiento, no tiene tan mala prensa como América Latina. Relacionar España con América Latina siempre resulta problemático; Italia, en cambio, es ese lugar en el que está muy bien hacer el doctorado. Y para quienes la han conocido, que no son muchos, Italia es una referencia política y sentimental ineludible.

EJ: Cambio de tercio. Acabo de recordar que hoy *La Vanguardia* publica una crónica sobre Alemania que pone los pelos de punta. El Gobierno ha decidido bautizar el Ministerio del Interior como Ministerio de la Patria.

PI: ¡Hostia! En Alemania...

EJ: Es una exigencia de la CSU de Baviera. Les ha tocado el Ministerio del Interior y, quizá hastiados con tanto pacto con los socialdemócratas, lo han exigido. Da un poco de miedo.

PI: ¡Que si da miedo! Toda la construcción europea tiene que ver con hacer de Alemania un país subyugado militarmente, un país sin ejército, al que solo se le consiente crecer económicamente.

EJ: Crece el populismo en Italia y Alemania crea el Ministerio de la Patria…

PI: Hay signos de desintegración europea. El Brexit; la práctica desaparición del Partido Socialista en Francia y la debilidad del gaullismo frente a una figura independiente de la que sabemos poco; la posición subalterna a la que han quedado reducidos los socialdemócratas; el giro italiano; el crecimiento de la extrema derecha en Alemania y en otros países…

EJ: Contaré una anécdota. Ayer por la mañana hablábamos sobre Italia en la Cadena SER. En un momento dado salió el tema del Movimiento 5 Estrellas y yo comenté que era difícil de trasladar a España. «Sería la idealización del proyecto de Íñigo Errejón», dije. Me miraron aterrorizados. Ahora en *El País* lo tratan muy bien.

PI: El errejonismo consiste en eso. No se trata de cambiar la sociedad, sino de ofrecerle lo que más se le parezca. Es un planteamiento inteligente, y puede funcionar. Mi crítica es que siempre habrá otros emprendedores que lo tendrán mucho más fácil a la hora de ofrecer al mercado algo que se parezca más a España. Solo funciona si te empujan ciertos actores, pero si te dejan de empujar, por ejemplo porque vas a mandar realmente, eso se cae por su propio peso. La clave del éxito del 5 Stelle es no tener ningún compromiso con el pasado, no decir jamás nada polémico o que se aparte del sentido común mayoritario. Si es necesario tener un discurso ambiguo respecto a la inmigración para contrarrestar a la extrema derecha, se hace. El problema es que luego todo eso debe concretarse en políticas gubernamentales. Y eso es muy difícil. Veremos.

AMÉRICA LATINA

La relación entre España y América Latina

Pablo Iglesias: Quisiera comenzar este capítulo rememorando un episodio que refleja el fracaso de las relaciones de España con América Latina. El momento en que Juan Carlos I manda callar a Hugo Chávez en la Cumbre Iberoamericana de 2007: el famoso «¡¿Por qué no te callas?!». Chávez disfrutó durante un tiempo de cierto prestigio debido a las reformas que llevó a cabo en Venezuela, aunque enseguida se convirtió en una figura que incomodaba incluso a sus partidarios en otros países, porque internacionalizaba todas las campañas. Entonces era probablemente el presidente latinoamericano con peor imagen en España, y desde luego su imagen en América Latina era muy discutida.

Creo que España está llamada a tener una relación geopolítica privilegiada con América Latina, pero he estado muchas veces ahí y siempre he detectado una percepción de expolio. El BBVA, el Banco Santander, Telefónica, Endesa y las grandes empresas españolas llegaron a América para hacer negocios y llevarse el dinero, no a construir infraestructuras.

Por supuesto, ha habido excepciones. Tras las nacionalizaciones de Bolivia, durante el Gobierno de Zapatero, Repsol siguió trabajando con una consideración diferente, como socio del Estado. Fue la época en que el Gobierno de España actuó de forma más inteligente con relación a América Latina, y coincidió con la presencia de Miguel

Ángel Moratinos, una figura que merecería ser ensalzada. Es el único ministro de Exteriores que ha demostrado voluntad de hacer cosas respecto a Oriente Próximo —Israel y Palestina— y respecto a América Latina desde hace muchos años.

Enric Juliana: La relación con América Latina confiere a España una dimensión europea de extraordinaria singularidad. Sin ella, España sería un país más encogido sobre sí mismo. Un país triste.

Con un trasfondo geográfico tan potente como América Latina y con una lengua de dimensiones imperiales, España tiene un pulmón maravilloso. De hecho, la crisis que hemos atravesado estos años habría sido absolutamente devastadora sin América Latina, sobre todo en términos psicológicos. América ha ayudado a amortiguar el golpe, a evitar una sensación de derrumbe total del mundo español. Posiblemente las grandes empresas españolas habrían sucumbido sin el mercado latinoamericano, y el IBEX 35 habría sido conquistado por otras fuerzas económicas europeas.

El «factor latinoamericano» genera curiosas paradojas, como que la gran banca española tenga la mayor parte de su negocio fuera de Europa y que se convierta a la banca catalana, de hecho, en la gran banca nacional española. El Banco Santander obtiene más de la mitad de sus beneficios en Brasil, Colombia y otros países latinoamericanos, además de Inglaterra. El BBVA, también. CaixaBank opera de manera casi exclusiva en la península Ibérica, tras la compra de un importante banco en Portugal. Con una dimensión menor, lo mismo ocurre con el Banc de Sabadell. Los dos grandes bancos españoles son transatlánticos, los dos grandes bancos catalanes son españoles. Eso es nuevo. Y tiene su importancia.

Otro elemento importante, que amplía nuestro horizonte cultural y estimula fantasías, es el idioma. Algunas iniciativas relacionadas con el idioma han funcionado bien, mientras que otras no tanto, como la idea de crear grandes grupos de comunicación hispanoamericanos: un proyecto fácil de teorizar pero difícil de materializar, porque incumbe

realidades muy distintas.

Con todo, es innegable que existe un flujo cultural. España debe estar agradecida con Latinoamérica. Pocas veces oigo palabras de agradecimiento hacia los países latinoamericanos.

PI: Diría que nuestra patria ha incurrido en una torpeza histórica al mirar por encima del hombro la realidad latinoamericana, que tiene poco que envidiar al desarrollo de España en términos políticos. Conviene recordar que ya en tiempos de las Cortes de Cádiz se dieron en América Latina incipientes procesos de liberación nacional que implicaron el desarrollo de ideas muy avanzadas para la época en muchos países. Creo que no hemos aprovechado al máximo la ventaja que supone formar parte de una misma identidad lingüística y cultural, aun cuando los vínculos migratorios han sido continuos desde el siglo XIX.

Vivir seis meses en México me marcó mucho. Llegué allí en 2002 y doy fe de que encontré una España que en nuestro país era minoritaria. Por aquel entonces, Adolfo Sánchez Vázquez aún vivía y daba algunas conferencias en la UNAM. En los ambientes que frecuenté, descubrí un conocimiento de la historia de España —y en particular de la Guerra Civil— mucho más vasto que en Madrid. Conocí a nietos de exiliados de Cataluña y de otros territorios. Tenían un vínculo emocional con España y encarnaban virtudes de nuestro país que no se han terminado de aprovechar. Estas aptitudes son, como decías, la base de nuestro poder civilizatorio a nivel mundial y de lo que podemos encarnar en Europa.

Por no mencionar que compartimos una lengua y una cultura que no se proyectan solo en América Latina, sino también en Estados Unidos, donde el español es la segunda lengua y tiene una gran influencia en términos culturales y económicos.

Llama la atención que en España el término «sudaca» tenga un carácter despectivo o que se usen calificativos como «payopony» para referirse a inmigrantes latinoamericanos. Otro factor revelador es esa

imagen tan orientalizante e idealizada de Argentina —ensalzamos esa «manera tan linda de hablar» o nos enamoramos de sus actores o actrices—, pero no tenemos ninguna noción sobre el país. Creo que todo ello revela la ausencia de una estrategia de reforzamiento de una identidad cultural amplia, rica y con muchas potencialidades. Es más, lo grave es que sería en nuestro propio interés, pues España es la puerta natural de América Latina a Europa, con todos los privilegios y ventajas competitivas que eso podría acarrear.

Otra cuestión trascendental es la relación con Brasil. En Galicia se habla un idioma muy parecido al portugués. Hay un debate entre filólogos sobre la relación entre las dos lenguas, pero está claro que, gracias a nuestra realidad plurinacional, el gallego podría abrirnos la puerta a Brasil (pese a su delicada situación actual). El hecho de que el parecido entre ambos idiomas no haya resultado en mayores estrategias de apertura hacia el Atlántico demuestra una gran estrechez de miras de las élites oligárquicas de España a la hora de valorar las potencialidades culturales y económicas que podría tener una idea de España diferente a la tradicional.

Otro aspecto ilustrativo es que España pintara tan poco en Cuba durante la última etapa de Obama. Los presidentes estadounidenses siempre reservan la política exterior para el último año de mandato. Obama hizo gestos respecto a Cuba. Sin embargo, nuestro país no pintó nada en las conversaciones entre ambos países.

El proceso de paz en Colombia también se produjo sin que tuviéramos una posición relevante, y la intervención de José Luis Rodríguez Zapatero en las conversaciones entre el Gobierno venezolano y la oposición surge como una iniciativa personal, no como una política de Estado.

En resumen, todo esto manifiesta una torpeza estratégica que habla mal de las élites que han gobernado y que gobiernan España, que ven América Latina desde una absurda posición de superioridad.

EJ: Querría subrayar que la relación no debe contemplarse solamente

a la luz de lo que España hace o podría hacer mejor en América Latina —sin duda un capítulo importantísimo— sino en clave geoestratégica. Cuando subes al Machu Picchu, impresiona ver que las cabinas telefónicas con las que llamas a casa son de Movistar. Cuando vas por Brasil, cada quinientos metros hay una oficina del Banco Santander-Trotta, con el característico logotipo de color rojo. Nos parece natural, pero podría no haber ocurrido, y en realidad se produjo por un cúmulo de factores favorables.

Tras la caída del muro de Berlín, cuando parecía que los norteamericanos se desentendían un poco de América Latina, Estados Unidos no vetó esa entrada de empresas. Viendo que el eje se desplazaba hacia el Pacífico, prestó más atención a China. Esto coincide con la etapa de Aznar, con la privatización definitiva de las grandes empresas públicas españolas y con la creación de una especie de nueva burguesía estatal en España. Es decir, estas empresas se reconfiguran en grandes multinacionales de éxito, y su mayor expansión se produce en América Latina. Esto podría no haber sido así; podrían haber tropezado con severas dificultades para entrar en esos mercados.

También debemos pensar desde la perspectiva inversa y analizar cómo América Latina —y sus élites— intervienen en el escenario español. Esto se ve en la gente sencilla que ha emigrado y ha dado una determinada composición a la inmigración en España. Cuando viajas por Europa también se detecta. No es lo mismo tener una tasa de inmigración oficial del 10 % —con un porcentaje muy elevado de personas provenientes de América Latina, que comparten el idioma y, en muchos casos, la religión— que tener inmigrantes con tasas parecidas o superiores y que, además, hablan otro idioma y no comparten el mismo credo. En este caso, hay muchas más tensiones. El hecho de que la inmigración en España sea latinoamericana ha amortiguado muchos conflictos, y debería valorarse.

Y repito: hay una interconexión que viene de antiguo. Vivo en Madrid desde hace más de catorce años y al poco de mudarme llegué

a la conclusión de que esta es una ciudad bastante sudamericana en su configuración física. Descubrí que el eje de la Castellana se completó con capital latinoamericano durante la posguerra. Hay un barrio entero detrás del Santiago Bernabéu que se urbaniza con capital sudamericano… Algunos dictadores latinoamericanos exiliados aterrizaron en Madrid con sus capitales: el venezolano Marcos Pérez Jiménez, el argentino Juan Domingo Perón… La propia Cuba castrista mantuvo siempre una relación muy especial con la España de Franco.

PI: Hay fotos del Che Guevara en los toros.

EJ: Sí, hizo una gira por todo el mundo y le dejaron entrar tranquilamente. Franco tenía claro que no debía romper con Cuba. Se construyó el discurso patriótico de que aquel grupo de jóvenes revolucionarios habían vengado a España frente a los yanquis, pero creo que el motivo principal fue que Franco tuvo miedo de que la Cuba revolucionaria reconociese al Gobierno republicano en el exilio, como había hecho México inmediatamente después de la Guerra Civil. Y aunque evidentemente Cuba tuvo buenos contactos con la oposición española no se convirtió en una plataforma orgánica contra el franquismo. Cuando murió Franco, hubo hasta tres días de luto oficial en La Habana… Cada uno juega sus cartas.

Asimismo, es evidente que los exiliados cubanos en Miami también han intervenido en la política española, y algunos dirigentes políticos españoles de la Transición encontraron valiosos apoyos en la política latinoamericana. Felipe González, sin ir más lejos, ha tenido una relación muy estrecha con el mundo latinoamericano prácticamente desde que empezó su carrera política. El dirigente venezolano Carlos Andrés Pérez, presidente de la Internacional Socialista en los años setenta, fue uno de sus grandes puntos de apoyo.

PI: Pero querría resaltar la sensación de que en América Latina se quiere más a España que viceversa, y que eso es injusto.

A pesar de todo, a pesar del sentimiento patriótico

latinoamericano y la reivindicación que se hace en todos los países de los procesos de independencia, siempre que he estado allí me he percatado de la importancia de lo simbólico español. Un ejemplo manifiesto es el fútbol, un aspecto clave de la marca España para el mundo y para América Latina. El fútbol español y, en particular, el Real Madrid y el Barça —al que Vázquez Montalbán definía como «el ejército simbólico de Cataluña»— son los grandes embajadores culturales del país en el mundo.

Otro ejemplo fascinante es el hecho de que el cine español se ve mucho en América Latina. Si bien no contamos con una producción tan potente y rica como la norteamericana, concebida para el consumo de masas, buena parte de las películas españolas más conocidas se han visto al otro lado del Atlántico. De hecho, incluso algunos programas de televisión se han visto allí, a pesar de lo extraño que les suena nuestra manera de pronunciar el español (al que llaman gallego).

El nivel de penetración de nuestra música en América tampoco es comparable al de cualquier otra región del mundo, incluida Europa. Mecano, Hombres G, Miguel Bosé, Joan Manuel Serrat, Joaquín Sabina o Héroes del Silencio son famosísimos en América Latina.

EJ: Por lo que respecta a todos los fenómenos que conectan España con América Latina y que, según tu exposición, evidencian el desequilibrio entre la atención que nos prestamos mutuamente, me gustaría resaltar el enorme capital que supone tener una lengua común.

El castellano ha conseguido algo muy difícil: mantener la unidad lingüística con América Latina. Y no solo eso, sino que todos han aceptado la normativa y la autoridad última que constituye la Real Academia Española, que ha actuado con extraordinaria finura y mano izquierda. Esto, dicho sea de paso, denota que, cuando el mundo español quiere y cuando sus intereses así se lo dictan, sabe ser flexible, integrador y pluralista. Y esto no está reñido con el carácter español,

simplemente exige tener interés en ello. Pienso que esta es una buena lección. La RAE nunca ha impuesto —ni ha querido imponer— a los latinoamericanos una forma de hablar.

Hace unos años se compiló y se publicó un diccionario magnífico, el *Diccionario de americanismos*, en el que se recopila todo el repertorio léxico de los países de habla hispana en América. El diccionario, de una riqueza extraordinaria, nos muestra que, cuando se quiere, se sabe ser flexible e inteligente y obtener frutos fantásticos. Eso blinda al castellano y hace que sea una de las lenguas que mejor resiste los envites del inglés. Nos puede parecer extraño, pero cuando uno viaja por Europa y ve cómo el inglés perfora de forma sistemática ciertos idiomas, se da cuenta de la salud del español. Además, en términos culturales tiene una fuerza muy grande.

Antes has hablado de fútbol y cine. También podríamos hablar de literatura. España fue la gran plataforma de lanzamiento de la literatura latinoamericana en los años setenta. Barcelona fue su lanzadera principal. Llegó a crearse una mitología sobre ello que todavía perdura.

PI: No he mencionado antes la literatura porque trataba de centrarme en los aspectos culturales con presencia masiva. Si ahora entramos en ella, volamos altísimo. No se entiende a Ramón María del Valle-Inclán sin sus viajes al otro lado del Atlántico —ni siquiera su propio lenguaje—, ni lo que representa Rubén Darío para la literatura española y universal, ni tampoco a Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, sobre todo el de los primeros años. Merecería un capítulo aparte la literatura española en el exilio —que representa Max Aub— y su frustración al volver y ver que la España que habían perdido ya no existía, un hecho que deja sus huellas y cicatrices en la identidad española.

Con todo, creo que cuando hablamos de cultura de masas la literatura no puede competir con el fútbol, el cine o la televisión. Por eso insistía en lo que España todavía representa en la cultura de masas

de muchos países de América Latina.

En cualquier caso, disponer de una literatura en lengua española de tanto prestigio a nivel mundial crea una dimensión civilizatoria. Y desde luego no es descabellado decir que los españoles son minoría entre los principales nombres de la literatura en español de los dos últimos siglos. No es poca cosa.

España y la izquierda latinoamericana

PI: A partir de 1998, en América Latina se da una novedad política sin precedentes: nace una izquierda latinoamericana, una izquierda que no sigue el modelo y que no comparte los rasgos de la izquierda europea. Se caracteriza por tener un tono nacional popular muy llamativo y por llegar al poder en contextos de crisis de Estado —en España ha habido crisis de sistema político, pero no crisis de Estado— y en sistemas competitivos de acceso al poder. Así pues, con sistemas de democracia formal, Estados débiles y en una situación de crisis económica, cogen la batuta gracias al procedimentalismo democrático y plantean un programa de reformas que, aunque modesto en la praxis, simbólicamente representa la llegada de la izquierda al poder en América Latina. Venezuela es el caso más evidente, pero le siguen Bolivia, Argentina y Ecuador. Incluso Brasil forma parte de la misma onda, aunque Lula sea un caso aparte. Hay experiencias que duran menos tiempo, como el Paraguay de Fernando Lugo, y algunas que se acaban convirtiendo en otra cosa, como la de Ollanta Humala, que al principio parecía ser el Chávez peruano.

En este contexto, unos cuantos jóvenes que habíamos trabajado como asesores en América Latina —casi todos dedicados a la investigación universitaria— detectamos una serie de elementos que podían tener una traducción política en España mucho más profunda de lo que hasta entonces planteaba la izquierda española y creamos Podemos. Esto es algo que puede rastrearse, en 2012 y 2013 ya

debatimos sobre estos asuntos en La Tuerka con Juan Carlos Monedero, Íñigo Errejón y otros compañeros que habíamos trabajado en América Latina y que llevamos una reflexión permanente sobre lo que ocurre en la región.

Creo que la influencia de la izquierda latinoamericana en el nacimiento de Podemos es un tema largo y complejo, pero hay que hablar de él porque quizá no tenga precedentes en la historia de la izquierda española. La atención que se prestó a los procesos que se estaban dando en América Latina fue clave, aunque no se tomaron referencias épicas o simbólicas —como la admiración que sentían los izquierdistas españoles por la Revolución cubana o los revolucionarios españoles por Nicaragua. Probablemente la experiencia que más podría haber pesado y que se malogró fue la de Allende en Chile.

A partir de 2008 en España ocurre algo nunca visto, ni siquiera durante la Transición, y es que empiezan a cuestionarse las bases constitutivas del sistema político, y la caja de herramientas que nosotros podíamos usar para concebir la forma de hacer política estaba fundamentalmente en América Latina, que entonces vivía un ciclo de Gobiernos progresistas. Hoy es evidente que esa tendencia está en crisis: Macri manda en Argentina, en Ecuador hay una situación terrible, Evo Morales lleva mucho tiempo en el poder y está enfrentándose a graves problemas, en Venezuela hay bastante incertidumbre, etc. Sin embargo, aunque la situación no tenga nada que ver con aquel momento dulce de la nueva izquierda latinoamericana, creo que encontramos herramientas teóricas que nos fueron de lo más útiles.

Un elemento que en parte me concierne y que es tan terrible como eficaz es el del liderazgo. En América Latina nos dimos cuenta del carácter determinante que tiene el liderazgo político personificado. Eso después tiene contradicciones muy duras de vivir para el que lo encarna, y también contradicciones organizativas. Es evidente que un gran partido europeo debe ocupar un espacio independientemente de quien sea el dirigente. El riesgo de jugar con los hiperliderazgos es que

el líder lo es para lo bueno y para lo malo, y eso arrastra todo el proyecto. Esta es una reminiscencia de esa inspiración latinoamericana y de esa reflexión sobre el populismo de izquierdas, sobre una forma de afrontar una serie de momentos políticos concretos —pues creo que el populismo se define mejor por momentos populistas que por las prácticas. Ha habido un momento populista en Estados Unidos, en Italia y en Francia. Creo que son más bien momentos en los que se puede alterar el mapa político.

En este aspecto, creo que es justo decir que Podemos hizo una lectura muy cuidada de lo que habíamos visto en América Latina que contrasta con el poco interés que por lo general se muestra en España por la región. Algunos habíamos tenido allí una posición de privilegio como observadores, y aunque nunca llegamos a asesorar en cosas relevantes —solo éramos universitarios españoles que hacían informes —, nos llevamos una experiencia vital.

EJ: Creo que Felipe González también aprendió mucho de América Latina. Su liderazgo tiene un timbre latinoamericano desde el primer momento, y está claro que le ayudan. Recuerdo que en los años ochenta, alrededor de las primeras elecciones municipales, el PSOE había utilizado técnicas de comunicación electoral que en aquel momento eran desconocidas en España a nivel local. El PSC llevó a Barcelona gente, por ejemplo, que había trabajado en Venezuela y que ya conocía las técnicas básicas de producción electoral, lo cual me parece muy lógico.

El propio desarrollo de la figura de Felipe González siempre lo he visto así. Hay una personificación clara del liderazgo a imagen y semejanza de América Latina. Pocos dirigentes políticos españoles han sido tan magnéticos en el uso de la palabra como Felipe González, y esta capacidad de magnetizar y generar consensos a través de la palabra es claramente latinoamericana.

Y en este punto creo que sería interesante entrar en el capítulo de Podemos, de la izquierda en América Latina y de Venezuela. Mi

impresión es que, a medida que se fue conociendo esa vinculación, se generó una inquietud. Y no solo por Venezuela, sino porque por primera vez se hacía explícita la influencia de un factor extraeuropeo en la política española. A quien aduzca que el PCE tenía a Dolores Ibárruri en Moscú y que en 1977 llegó en un avión de Aero- flot al aeropuerto de Barajas, le repetiría lo que he dicho antes: en España solo se es flexible cuando interesa serlo.

Evidentemente, en 1977 el foco no estaba puesto en el rótulo del avión que llevaba a Dolores Ibárruri a Barajas, sino en el hecho de que Pasionaria regresaba a España. Era la narrativa del momento. Ella y Rafael Alberti estaban en la mesa de edad del primer Congreso de los Diputados y, por tanto, con su presencia se cumplía el programa de superación del franquismo.

A diferencia de entonces, en que las fuerzas mayoritarias estaban interesadas en el consenso más amplio posible, cuando aparece Podemos y se empieza a informar de que América Latina ha sido su primera escuela de formación de cuadros —algo que el partido no desmiente porque es evidente—, se expande en determinados sectores de la sociedad una inquietud…

PI: Me gustaría comentar un par de cosas. La primera tiene que ver con Felipe González. En la facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM, de donde provengo, leí y luego conocí personalmente al que considero uno de los grandes cerebros detrás de la política de Felipe González en América Latina: Ludolfo Paramio.

Paramio es una de las mentes más brillantes de los socialistas. Perteneciente al ala derechista del PSOE, es de esos intelectuales absolutamente intransigentes en lo que a América Latina se refiere. Recuerdo cuando, en mi época de estudiante, leía sus artículos sobre la cuestión y pensaba que siempre estaba del lado de los malos.

De hecho, se da la casualidad de que, durante mucho tiempo, Paramio firmó sus artículos en *El País* con nada más y nada menos que Fernando Claudín, una figura muy interesante para entender la

historia de la izquierda española. Claudín era compañero de Carrillo en las JSU, y ambos fueron capaces de hacerse con el poder del PCE. Claudín, estalinista hasta la médula, fue de los pocos dirigentes de las JSU y del PCE que aprendió ruso. Durante el Discurso Secreto de Jrushchov en el XX Congreso del PCUS, él fue de los primeros que lo entendió, a diferencia de Pasionaria —que nunca aprendió a leer ruso — y otros exiliados del PCE. Pasó luego a ser el brazo ejecutor de Carrillo cuando asesinaron políticamente a Vicente Uribe y apartaron a Pasionaria y la dejaron en Moscú, como a una virgen viva. Ese mismo Claudín se posicionó después con Jorge Semprún y acabó expulsado del PCE por apartarse de la línea oficial y, aunque al principio no se afilió —le hicieron director de la Fundación Pablo Iglesias—, al final acabó con el carnet del PSOE.

En resumen, este hombre, que siempre que escribe en *El País* relata lo terribles que son los países del Este (¿quién iba a saberlo mejor que él?), trabaja con Paramio. Digo todo esto porque, de hecho, Paramio también procedía de la extrema izquierda juvenil, en particular del mundo de los cómics, pero acabó adoptando un planteamiento muy propio de la derecha respecto a lo que ocurría en América Latina, y creo que explica por qué Felipe González tiene una visión política tan cercana a grupos oligárquicos en esta cuestión.

También hallo en el personaje los mismos atractivos que has mencionado. José María Aznar podrá ser mucho más trabajador, aprender inglés y hacer abdominales, pero no tiene el encanto latinoamericano de Felipe González. Felipe es un dirigente que funciona en el mitin y en el Congreso. Incluso su manera de relacionarse físicamente tiene una sensualidad muy latinoamericana. Es una figura muy atractiva para la izquierda del final de los años setenta y de los ochenta. Cuando uno ve a los dirigentes comunistas, los ve viejos y con la razón de Estado dentro, mientras que lo que decía el Partido Socialista sonaba incluso más de izquierdas.

Sin embargo, con respecto a América Latina, la evolución de Felipe González le lleva a entrar en contradicción con dirigentes de su

partido. José Luis Rodríguez Zapatero nunca perteneció a la corriente de izquierda del PSOE, pero ha acabado teniendo posiciones con respecto a América Latina mucho más propias de lo que cabría imaginar de un dirigente socialdemócrata europeo. González ha terminado siendo el socio de Carlos Slim. Es un comisionista en América Latina, no un referente de la izquierda. Su amistad con una figura como CAP —Carlos Andrés Pérez— es bochornosa por lo que terminó representando el personaje en Venezuela: la quintaesencia de la corrupción.

Este es un tema no resuelto en el PSOE. Creo que en el partido han dado una importancia muy relativa a las relaciones internacionales, y algún día lo resolverán. Jamás olvidaré un homenaje en memoria de Chávez al que fui —como tanto han enfatizado los medios de comunicación españoles— en Madrid. Era después de su muerte, y también había una delegación del PSOE. Recuerdo que unos cuantos jóvenes muy torpes de la extrema izquierda les abucheaban, aunque, en mi opinión, su presencia era el mayor éxito del acto. Es indudable que en el Partido Socialista siempre ha habido dudas respecto a quiénes deben ser sus socios en América Latina, así que el reconocimiento a Hugo Chávez y a la Revolución bolivariana era una buena noticia.

Eso cambia con Zapatero, que nombra ministro de Exteriores a un diplomático profesional nada sospechoso de ser izquierdista: Miguel Ángel Moratinos. Empieza a hacer cosas diferentes, y pese a que tiene amigos distintos a los nuestros en América Latina, construye muy buenas relaciones con Bolivia, por ejemplo.

Esa es la época de Zapatero. Es decir, nadie se imagina a Felipe González en un acto en reconocimiento a Evo Morales, pero sí a Zapatero o a Bono. No olvidemos que Bono estuvo en Venezuela vendiendo material militar y dando un discurso a los militares venezolanos como ministro de Defensa. Si se tratara a todos los partidos igual que a Podemos, ese discurso en Caracas daría mucho que hablar.

La segunda cuestión que querría comentar tiene que ver con Podemos. Debo decir que estoy completamente de acuerdo con la inquietud general a la que te referías, que viene dada por dos factores. El primero es inevitable, y es que cualquier país latinoamericano es periférico en relación con España. Aunque digas que la inspiración es teórica, ningún español quiere tener un país como Ecuador, Chile o Argentina como referencia.

Es evidente que España no tiene nada que ver con América Latina. Recuerdo conversar con Rafael Correa y oírle decir que ya le habría gustado aspirar a gobernar un país como España, con sus infraestructuras y su solidez económica. Lamentaba haber tenido que construir él mismo las carreteras y haber tenido un país dolarizado. En definitiva, transmitir a los ciudadanos españoles que tus referentes son países periféricos, por muy bien que lo estén haciendo sus Gobiernos, puede ser difícil de entender.

Y luego hay un segundo factor, también inevitable, que es Venezuela. Probablemente se trata del país con la clase política, tanto gobernante como opositora, más difícil de explicar en el exterior. Los españoles conocen bien el estilo de Chávez y de Maduro y, lógicamente, no les gusta; pero si se escuchara más a la oposición venezolana, tampoco gustaría. Es el país con la cultura política —el tono, el estilo, etc.— menos compatible con España. Si pensáramos en países como Chile o Argentina, que tienen otro estilo, la cosa sería distinta.

Salta a la vista que eso nos ha hecho mucho daño, sobre todo porque la política interior venezolana se ha convertido en un medio para atacar a Podemos. Y esto es algo que no solo ha ocurrido en España, sino también en muchos países de América Latina —en los que a la izquierda se la ataca esgrimiendo la situación de Venezuela— e incluso en otros países europeos remotos.

También se ha intentado en Francia con Jean-Luc Mélenchon, ex ministro delegado del Gobierno de Lionel Jospin durante la cohabitación con Jacques Chirac, entre 2000 y 2002. Como francés

republicano, veía con admiración lo que estaba ocurriendo en ciertos países de América Latina, así que le acusaron de bolivariano. Claro que, en su caso, Jean-Luc Mélenchon puede decir tranquilamente: «Y a mucha honra», al no concebir los franceses el riesgo de parecerse a nada que no sea Francia. Es una peculiaridad del país galo que puede que no tenga ningún otro... No creo que a un político francés le pregunten jamás cuál es su modelo, la respuesta sería obvia: «¿Cómo que cuál es mi modelo? Nuestro modelo somos nosotros». Ahora bien, a Podemos sí le ha podido afectar.

EJ: La cuestión de los referentes y de cómo reverberan en España es curiosa. Si uno repasa la historia, se encuentra con cosas que dan que pensar.

Uno es el caso de Cuba. Ha existido una cierta admiración de la derecha española respecto a Fidel Castro. De hecho, Franco nunca quiso cancelar el vuelo Madrid-La Habana, y Manuel Fraga invitó a Fidel Castro a Galicia. Hasta que no llega José María Aznar y establece vínculos intensos con el mundo de Miami, la derecha española no es abiertamente anticastrista.

Salvador Allende fue otra figura respetada por todos los sectores democráticos españoles. A finales del franquismo, todos ellos vivieron su caída como un drama extraordinario, y el caso tuvo un impacto profundo en la política europea en los años setenta.

La figura de Raúl Alfonsín también se ganó un enorme respeto en España. No sé si fue un buen gobernante en Argentina porque no dispongo de datos, pero en todo caso era un hombre muy respetado y estableció una especie de contraste con Menem y con esta connotación negativa que el peronismo siempre ha inspirado en España. A mí —sé que Íñigo Errejón opinaría distinto—, el peronismo jamás me ha gustado. En cambio, recuerdo que Alfonsín me caía muy bien, porque era un hombre que parecía serio y estaba rescatando al país de la dictadura militar.

Sin embargo, de Perú, un país muy interesante y complejo,

sabemos muy pocas cosas. Tanto Alan García como Víctor Raúl Haya de la Torre antes que él han proyectado poco.

En los últimos años, Evo Morales y Rafael Correa han acaparado muchos focos de la izquierda, y Colombia es otro país fascinante en términos políticos.

En cuanto a Venezuela, solo he estado allí una vez. Fue al poco de llegar yo a Madrid, a finales de 2004 o principios de 2005. José Luis Rodríguez Zapatero viajó, invitado por Hugo Chávez, para reunirse con el Gobierno venezolano en Caracas y luego fueron juntos a encontrarse con Álvaro Uribe y Lula da Silva en una zona limítrofe entre Brasil y Colombia. Los periodistas pudimos asistir casi en directo a una increíble reunión a tres en la que, por supuesto, solo habló Chávez. Debo reconocer que nunca fue de mi especial agrado, aunque tampoco estoy muy al corriente de la situación.

Lo cierto es que ese viaje tenía un secreto: el de los astilleros. Es el primer gran problema social con el que se encuentra Zapatero al llegar a la Moncloa, en un momento en el que la economía española está creciendo y no había un problema grave de desempleo. Zapatero llega al poder en abril de 2004 y, al cabo de unos meses, hay manifestaciones notables en Ferrol y Cádiz porque la carga de trabajo en los astilleros españoles decae y falta trabajo. Y a este viaje le siguió otro, efectivamente, de José Bono en calidad de ministro de Defensa. El resultado de los contactos fue el encargo de construir una serie de patrulleros armados.

Este encargo ayudó a Zapatero a salir del trance de su primer conflicto laboral serio, en el que evidentemente se pusieron intensamente los focos mediáticos. Por lo tanto, Hugo Chávez asistió, por así decirlo, al Gobierno español, y no es de extrañar que el ministro de Defensa acudiese a dar grandes discursos —para disgusto de los norteamericanos.

El vínculo de Rodríguez Zapatero con Venezuela es cercano, y viene de la mano de Miguel Ángel Moratinos. Su posición actual en el campo de operaciones contrasta mucho con la de Felipe González, el

cual no se ha abstenido de criticar abiertamente su papel.

Ahora bien, en el momento en que Podemos sale a la palestra y es presentado prácticamente como un submarino del régimen venezolano en España, la inquietud tiene una larga reverberación, pues, desde nuestro punto de vista, la política venezolana es algo incomprensible.

Recuerdo que, en aquel viaje, llegué al hotel de Caracas y puse la televisión. Chávez estaba hablando en un mitin y decía que había pedido matrimonio a Condoleezza Rice, pero que ella le había rechazado. Como veníamos cansados, apagué la televisión y me puse a dormir. Cuando desperté al cabo de dos horas y volví a encenderla, ¡seguía hablando!

Venezuela es un país bañado en petróleo, y este tipo de países tienen muchos números de terminar como el rosario de la aurora, porque todo gira en torno a él. Además, como demuestra claramente la historia, infunde unas seguridades que ni el propio crudo puede garantizar al cien por cien. Solo los noruegos han conseguido racionar sus reservas de combustible fósil.

El Gobierno venezolano tenía una hipótesis razonable: si nos hemos financiado con petróleo durante décadas y, pese a las oscilaciones, el precio va subiendo, vamos a financiar los cambios sociales con el dinero de las ventas. No obstante, en cuanto el precio del petróleo cae inopinadamente, todo se viene abajo y se produce un enconamiento social extraordinario.

Creo sinceramente que hay un halo trágico en todo esto. El drama latinoamericano está vinculado casi siempre al precio de las materias primas. Los años noventa son años de cambio, redistribución y regímenes de izquierda de distinta intensidad e ideología —no es lo mismo Chávez que Lula—, pero todo se asienta sobre la base de que, en un momento dado, y gracias sobre todo a la capacidad adquisitiva de China, los precios de las materias primas suban o se mantengan.

Dicho todo esto, una cosa que me ha llamado la atención estos años ha sido la resistencia de los jóvenes dirigentes de Podemos a efectuar críticas en público al Gobierno de Venezuela, cuando pienso

que ha habido motivos más que de sobra. De nuevo, hago el símil con la Transición. Al PCE se le podría haber preguntado en 1977 por qué nunca rompió sus vínculos con Moscú. Si en aquel momento las fábricas de opinión pública hubiesen estado interesadas en destruir al PCE, disponían de materiales para atacar a Carrillo, el hombre que se había entrevistado con Stalin a principios de los años cincuenta. Y, sin embargo, como el PCE era un factor necesario para que la Transición triunfara, no ocurrió. A su vez, el PCE mantenía una posición crítica —e incluso tensa— con la Unión Soviética. Es decir, ambos lados fueron flexibles.

Pero los jóvenes dirigentes de Podemos no os habéis atrevido a dar ese paso, aunque quizás vuestra relación con Venezuela fuera más lábil que la del PCE con Moscú. ¿Por qué no lo habéis hecho?

PI: Esto tiene su miga. Sí hemos criticado a Venezuela, y aprovecho la ocasión para volver a hacerlo.

Hay que apuntar que todas las revoluciones que se han producido se han dado siempre en países periféricos o semiperiféricos, nunca en los centrales —contrariamente a lo que predijo Marx—, por lo que su gran desafío es inevitablemente la construcción del Estado. Y precisamente el chavismo quería no depender en exclusiva del petróleo y de los precios del barril en los mercados internacionales, sino alzar una estructura de poder semejante a la de los Estados europeos, que podrán ser víctimas de crisis de sistema, pero nunca de Estado. La administración y sus órdenes jerárquicos funcionan de forma hasta cierto punto independiente de quién gobierne. Sin embargo, el chavismo no lo ha logrado.

Otra cosa que tampoco ha logrado ha sido pactar el modelo de país con la oposición. Esto supone asumir que, en condiciones de democracia procedimental, no puedes ganar las elecciones siempre. Llegará un momento en que pierdas, y sería absurdo que todo lo que has logrado en los últimos diez, quince o veinte años se venga abajo de un plumazo porque entre otro Gobierno. Nosotros en España no

vamos a poder cambiarlo todo de golpe, y eso habla bien, entre comillas, de un Estado y de un proyecto de país que es capaz de trascender a gobernantes específicos.

Decir esto es criticar a Venezuela. Decir que la corrupción sigue siendo una realidad en el funcionamiento de su administración y sus ministerios es criticar a Venezuela, así como señalar que el estilo político absurdamente viril que mantienen sus dirigentes quizá no sea el más inteligente, por lo menos hacia el exterior. La entrevista que hizo Jordi Évole a Maduro, aun con toda la mala leche que caracteriza a Évole, no ha debilitado su imagen en España sino que curiosamente la ha mejorado. Alguien debería susurrarle al oído que estuvo mucho mejor entonces que en el 90 % de sus apariciones televisivas. Y eso que el lugar que elige para hacer la entrevista es pésimo y que iba pésimamente vestido (de negro).

Con todo, estas críticas jamás parecerán suficientes en el ecosistema que España ha creado a propósito de Venezuela, pese a ser duras. A nosotros se nos exige decir que Venezuela es una dictadura, y no lo es. Es una democracia llena de imperfecciones, arbitrariedades y comportamientos inaceptables en términos democráticos por parte del Gobierno, pero con una oposición que tampoco respeta nunca la democracia. El último caso que hemos visto es el de Óscar Pérez, un militar que matan en un operativo policial. Seguramente ese operativo policial no es correcto, pero, tal y como lo han presentado los medios, parece que nunca hubiera lanzado granadas desde un helicóptero ni hubiera causado muertos.

En resumen, cualquier crítica que hagamos que no implique decir que Venezuela no es una democracia se entiende como: «Los jóvenes dirigentes de Podemos no critican a Venezuela». En realidad, nuestra posición hacia Venezuela no dista mucho de la que mantiene José Luis Rodríguez Zapatero.

En cuanto al PCE y la Transición, hay una diferencia fundamental entre nosotros y el partido comunista. Santiago Carrillo tenía en sus manos una organización muy poderosa, con una presencia

espectacular en el mundo sindical, vecinal, estudiantil e intelectual. Sin embargo, por diferentes razones, una de las cuales fue la torpeza de Carrillo a la hora de elaborar las listas electorales (con dirigentes del partido de la Guerra Civil), el resultado en las elecciones de 1977 fue paupérrimo. Los comicios hicieron que quienes mandaban en nuestro país dijeran: «Un PCE con estos resultados contribuye a legitimarnos, vamos a cuidarles y a tratarles bien, porque les tenemos arrinconados con un porcentaje de voto que no supone ninguna amenaza. Como mucho gobernarán en el Ayuntamiento de Córdoba y en el de Sabadell».

Sin embargo, nosotros irrumpimos de la nada e incluso llegamos a ser primera fuerza política según algunas encuestas. Y, después de las primeras municipales, que nos cogen a contrapié y que tenemos que organizar con confluencias, nos ponemos a gobernar en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Cádiz, La Coruña...

Está mal hablar de uno mismo, pero creo que cuando la gente me ve, sabe que no seré como Carrillo. Tenemos la oportunidad de obtener muchos votos y gobernar. Además, le hemos dicho al Partido Socialista que estamos dispuestos a gobernar con ellos. Hemos venido a coger el timón y a asumir carteras en la proporción que nos corresponda, no a facilitar la regeneración del PSOE apoyando un Gobierno desde fuera. No obstante, creo modestamente que nosotros hemos llegado mucho más alto que el PCE, y el trato que nos van a dispensar va a ser diferente.

Es normal que algunos no nos perdonen. Tuve la suerte de conocer a Carrillo y hacerle una de las últimas entrevistas de su vida. Cuando estuve en la capilla ardiente de Enrique Curiel —en el que probablemente fue uno de los últimos actos públicos de Carrillo—, el exdirigente comunista tomó la palabra junto a Bono. Vi cómo todas las vacas sagradas le elogiaban y se lo perdonaban todo. Yo no he sido consejero de Orden Público en Madrid en un contexto de ejecuciones ilegales —aunque creo que se ha demostrado historiográficamente que Carrillo trató de evitarlas—, no me he reunido con Stalin, no he sido

el jefe de organizaciones armadas —como lo fue la guerrilla española durante el franquismo— ni he organizado el mayor sindicato ilegal de España. Sin embargo, haga lo que haga, diga lo que diga, a mí no me van a disculpar…

Nosotros hemos hecho cosas mucho más modestas, siempre en el marco de la legalidad liberal. Con todo, debido a la correlación de fuerzas, no nos van a dejar pasar ni una. Saben cuál es nuestra vocación. Hablo mucho con los compañeros de Izquierda Unida y lo reconocen. Aunque estén a nuestra izquierda, saben que a quienes temen de verdad es a nosotros. A ellos los han empezado a golpear cuando han entrado en el mismo proyecto y han sumado para ser una fuerza de gobierno. Alberto Garzón, que es muy perspicaz —no sé si se va a enfadar conmigo por revelar esto, pero creo que le alaba—, nos decía que tuvo que eliminar de su organización a la izquierda del régimen. Es decir, tenía en su grupo a los que habían cumplido un papel histórico funcional a las élites políticas.

Respecto a otras cosas que has comentado, quisiera hacer dos apuntes. En cuanto al peronismo, al principio me fascinaba Argentina y la lucha armada contra la dictadura de Videla. Por una parte estaba el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y, por otra, los Montoneros. Entendía lo del ERP, pero lo de los Montoneros me costaba comprenderlo desde mi condición de izquierdista europeo. Pero después aprendí que tal vez el peronismo sea la mejor escuela de política.

Sin ánimo de provocar, creo que eres más de la geografía de la Guerra Fría —sobre todo ideológica— que yo. A las personas que vienen de la Guerra Fría les cuesta entender un país en el que los conflictos políticos y de clase no necesariamente se expresan en clave izquierda-derecha. Argentina ofrece un modelo fantástico de política no necesariamente expresada en esos términos.

La fascinación de Íñigo Errejón por el peronismo se parece a la que le produce el fascismo —naturalmente, salvando las enormes distancias—, porque este tampoco tiene únicamente una lectura en

clave de izquierda-derecha. En España, por ejemplo, el fascismo implica muchas más ideas: el reaccionarismo, el nacionalcatolicismo —volviendo al elemento de la religión—, etc. Es decir, hay fenómenos políticos que no se entienden desde la geografía ideológica de la Guerra Fría, que lo explicaba todo de maravilla. Este aspecto se reflejaba en las relaciones de Perón con Franco, que eran curiosas, y en la existencia de peronistas de izquierdas y de derechas. Por eso nos quedamos pasmados y no sabemos cómo catalogar a ciertas personas.

Esta conformación de bloques de la Guerra Fría se ve, por ejemplo, en esa postura de Cuba respecto al reconocimiento del Gobierno republicano que has comentado. Después de la muerte de Stalin la Unión Soviética da por cerrado un capítulo y vota a favor del reconocimiento de España en la ONU (donde también entraron muchos países comunistas). Digamos que ese mundo de la Guerra Fría es lo que le permitió también a Franco colocarse de alguna forma del lado occidental.

Sin embargo, el peronismo desafía esa geografía ideológica y da muchas herramientas para entender cómo se hace política en esta posguerra fría en la que estamos y que a los nostálgicos de certezas ideológicas nos cuesta reconocer. Seguramente tengo muchos más vínculos emocionales con la izquierda que buena parte de la gente que nos vota, y eso habla de un cambio de época.

El segundo asunto que quería comentar es el de la Iglesia. Es verdad que la Iglesia española fue muy importante para América Latina —los jesuitas, Bartolomé de las Casas, etc.—, pero es que la misma Iglesia católica es muy española. Las espadas españolas son las espadas de Roma. En América Latina hay una interesantísima pelea entre el catolicismo y las corrientes protestantes y evangélicas, vinculadas a Estados Unidos y al estilo anglosajón.

Aunque es evidente que el catolicismo en América Latina tiene corrientes de derecha y extrema derecha, tiene también expresión guerrillera: la teología de la liberación y la lucha armada; grupos como el ELN —que fue formado por sacerdotes como Camilo Torres

—; etc. Ese catolicismo tiene una serie de nexos con España, y resulta de lo más interesante. Manuel Monereo fue el primero que me hizo entender lo que significaba Jorge Mario Bergoglio. Me avisó de cuán importante sería para España entender ese movimiento geopolítico. La Iglesia católica se ha dado cuenta de que su potencial es América Latina y la lengua castellana, y ha sustituido en vida al del Santo Oficio, Joseph Ratzinger, por un jesuita argentino.

Recuerdo que, en mi infancia, me contaban que el 16 de octubre de 1978 hubo fumata blanca y que mi abuela le dijo a mi padre: «Habemus papam», y mi padre le contestó: «Habemus niño», porque ese día rompió aguas mi madre. Cuando era pequeño todo era oír hablar de Wojtyła, Wojtyła y Wojtyła. Y también de Juan XXIII… No me podía imaginar que conocería lo más parecido a un papa bueno y que, además, fuera argentino como es Jorge Bergoglio. ¡Si es que encima es peronista!

EJ: Debo admitir que me eduqué en términos políticos y sentimentales en los últimos años de la Guerra Fría, y efectivamente eso debe estar impreso en mis circuitos neuronales.

El peronismo me pone nervioso. Hace un par de años estuve en Buenos Aires y recuerdo que, en una ocasión, entré en un restaurante en el que cuatro o cinco personas empezaron a charlar animadamente con la típica cadencia de los argentinos que no me atrevo a reproducir. Y, de repente, oigo que uno le dice a otro: «En fin, ¿y el no peronismo qué es? Todos somos peronistas». Admito que ha creado una vasta cultura política y un conjunto de referencias que va más allá de la política en términos estrictos. Ha creado una manera de entender la sociedad.

Bergoglio exhala peronismo, aun habiéndose enfrentado abiertamente a Kirchner como arzobispo de Buenos Aires. Sin duda la llegada de un latinoamericano a Roma es un suceso extraordinario que aún no se ha calibrado lo suficiente y merecería un capítulo aparte. En estos momentos está atravesando momentos delicados. Las

reformas que tenía pensadas le están siendo difíciles de aplicar y está encontrando resistencias abiertas. Llegó en un momento en que las clases medias del sur de Europa se sentían muy golpeadas por la crisis, y él sabía muy bien de qué iba todo aquello.

Joseph Ratzinger fue un Papa muy interesado en la continuidad de los códigos europeos. Ratzinger concedía gran importancia al papel creativo de las élites. Citaba a menudo las tesis del historiador inglés Arnold J. Toynbee sobre las «minorías creativas». Una minoría con ideas claras y bien organizada puede ser clave en un momento de confusión. Este concepto, que puede parecer leninista, fascinaba a Benedicto XVI. Veía a los católicos como la «minoría creativa» de una Europa confusa y desorientada. Esa apelación a las «minorías creativas» revalorizaba el concepto de élite y eso entusiasmaba a mucha gente en puestos dirigentes: desde la derecha a antiguos izquierdistas. Bajo el pontificado de Ratzinger surgió el movimiento de los «ateos católicos», intelectuales no creyentes, antiguos izquierdistas en su mayoría, que defendían la tradición y la moral católica como factor vertebrador de la sociedad. En España, el filósofo Gustavo Bueno apuntó en esa dirección. En Ratzinger, la tradición tenía un peso muy importante. Una de sus pasiones era explicar el sentido de la liturgia. Cuidaba los signos del pasado, incluso en su manera de vestir. Intentaba explicarse y no siempre le entendieron. Los zapatos rojos, por ejemplo. Benedicto XVI empezó a calzar zapatos rojos, conforme a una vieja tradición pontificia: el rojo era el color del poder en el Imperio bizantino, pero el color rojo cereza también simboliza para la Iglesia católica el color de la sangre de los primeros mártires. Un signo de poder. Y un signo del sacrificio fundacional de los cristianos. El mundo contemporáneo entendió otra cosa: empezó a circular la idea de que el papa calzaba zapatos de Gucci. No eran de Gucci. Se los fabricaba un artesano del Borgo Pio de Roma. Él invocaba la tradición y el mundo leyó que le gustaba el lujo. ¡*Lost in translation*! El Papa Bergoglio calza unos zapatones negros ortopédicos…

Creo que Francisco ha sabido leer el nuevo momento del mundo.

Lo que ocurre es que ahora los vientos están cambiando; estamos también en el momento Macron. Lo que no sé es hasta qué punto ambas tendencias casan. Tendremos que irlo discutiendo.

LA TRANSICIÓN

El relato de la Transición, entre el realismo mágico y la crítica constante

Enric Juliana: En los últimos veinte años se ha consolidado un relato muy edulcorado de la Transición, demasiado al servicio del poder. No creo que existiera nada parecido a un «pacto de la Transición» entendido como un pacto negociado y cerrado poco antes de las primeras elecciones democráticas de 1977. Más bien asistimos a una sucesión bastante traumática de acuerdos y enfrentamientos. Algunos han convertido esta sucesión de pactos y tensiones en un relato digno del mejor realismo mágico. La expresión más lograda de este fenómeno es la serie de televisión *La Transición*, dirigida por Victoria Prego para TVE, que describe la Transición como un designio mágico de la historia de España, conducido por la mano sabia del rey, en el que todos los demás actores tienen un papel secundario y cuyo guion sobrenatural funciona solo. La violencia, excepto la de ETA, desaparece. Se quita hierro a las conspiraciones militares. Se enfoca el retorno de Josep Tarradellas —que fue de gran importancia, como se ha hecho patente con la cuestión catalana— como una cuestión secundaria y una jugada audaz de Suárez... En suma, tiene sentido rebelarse contra ese relato y pedir responsabilidades a los dirigentes políticos, sobre todo de la izquierda, que durante mucho tiempo permitieron que se consolidara una narración de este tipo.

Con todo, Pablo, le he dado muchas vueltas al asunto y sigo defendiendo la Transición como un momento positivo de la historia de

este país.

España siempre ha sido pendular. Vamos de un extremo a otro. Ante la saturación del relato mágico de la Transición, surge la reacción iconoclasta: la Transición fue una rendición de las fuerzas democráticas. Este es el relato predominante hoy en un amplio sector de la población joven en España. Vuestro partido, Podemos, surge del interior de esa reacción iconoclasta. Lo siento, pero no estoy muy de acuerdo. En algunos relatos alternativos de la Transición también observo mucho «realismo mágico». Una idealización negativa: los líderes de la oposición democrática se bajaron los pantalones; fueron unos cobardes, unos pusilánimes reformistas que dejaron escapar una gran oportunidad… El relato de la Transición necesita una revisión crítica, estamos de acuerdo. Pero si hemos de sustituir una narración edulcorada por otra catastrofista, vamos apañados…

Pablo Iglesias: La Transición es probablemente el objeto de reflexión en clave española más importante en Podemos. Nuestro punto de partida político es, en realidad, un análisis crítico de la Transición.

La crítica va en dos direcciones. Por una parte, es una crítica amarga dirigida a la izquierda que señala que la Transición fue un proceso exitoso. Eso no significa que en este país ocurriera lo que nos habría gustado, o lo que le habría gustado a la izquierda, sino que, a pesar de todas las contradicciones, la Transición contó con un apoyo amplísimo de distintas capas sociales, con un amplísimo consenso por parte del pueblo español en su conjunto —con excepciones, porque la Transición en Cataluña y en el País Vasco, y también en Andalucía, merecen capítulos aparte.

La Transición convierte a España —con sus límites, contradicciones y rémoras del pasado— en un Estado demoliberal con un sistema político homologable con los de los países de Europa Occidental. Eso es mucho. Es positivo. Es más, es algo que estaba en la hoja de ruta de toda la oposición antifranquista —PCE incluido—, cuyo objetivo principal era que España dispusiera de un sistema

político democrático y pluralista.

Esta crítica nos valió muchos reproches de una parte de la izquierda traumatizada respecto a lo que representó la Transición. E incluso se quiso leer el 15M y nuestra irrupción como una suerte de venganza de los derrotados de la Transición. Es un error. Creo que nosotros fuimos capaces de aclarar desde el principio que las batallas que se pierden, perdidas están. Las batallas que perdió la izquierda en el siglo XX —que fueron muchas— no las ganará nadie ahora. No habrá *vendettas* ni ajustes de cuentas. Porque nuestro pueblo también es el resultado de aquel proceso, tiene una serie de características nuevas y por tanto los símbolos de futuros avances sociales en España serán distintos de los que encarnaron la oposición antifranquista y todos los desencantados con la Transición. Este desencanto —el discurso de los chivos expiatorios, de los que se bajaron los pantalones, de los traidores, etc.— lo movilizan sectores políticos que agitan lo que señalabas.

Pero, como decía, la crítica también apunta en otra dirección, y es que nos parecía importante hacer un análisis crítico de la Transición, un análisis que se opusiera al relato edulcorado del que hablabas y que yo definiría como una tomadura de pelo. Es tremendo que la serie documental de Victoria Prego se convirtiera en una referencia audiovisual cuando también existió una obra maestra como *Después de…*, un reportaje de los hermanos Bartolomé, Cecilia y Juan José, formado por dos partes, *No se os puede dejar solos* y *Atado y bien atado*. En el film no hablan los dirigentes de los partidos, sino que se va micrófono y cámara en mano a los mítines de extrema derecha. Es impresionante ver un mitin de Fuerza Nueva en la plaza de toros de Las Ventas a rebosar. Cuando le mostré el documental a mi padre, que había participado activamente en la Transición, me dijo: «Me sorprende. Sabía que la extrema derecha hacía mítines, pero no los veía». Y, desde luego, ver aquellos mítines impresiona. Del mismo modo impresiona ver el entierro de un militante comunista asesinado, en el que aparece Carrillo dando su clásico discurso en clave de

reconciliación y jóvenes comunistas explicando que le han abierto la cabeza a unos fascistas porque los estaban matando. Se trata una serie de temas que existen en el sustrato popular. Y, sin embargo, *Después de…* es un documental casi clandestino. Cuando se lo ponía a mis alumnos de la facultad, alucinaban. Decían: «Es la historia de mi país, una historia muy cercana, hace treinta y cinco años de esto y no sabía que había ocurrido».

Adam Przeworski, politólogo polaco, socialdemócrata, muy alejado de la radicalidad, explica que una de las características de la Transición española fue que no conllevó ningún cambio en la estructura del poder económico. Hay una novela de Manuel Vázquez Montalbán, *Tatuaje*, de la serie Pepe Carvalho, que lo ilustra a la perfección. Y también aparece ese desencanto que Pepe Carvalho detecta muy bien.

Creo que este esfuerzo crítico, esta segunda dirección en la que apunta nuestro discurso crítico, es muy importante. Quizá tengamos una obsesión academicista por la historia. Sabiendo que fue un proceso exitoso y que en muchos sentidos hizo del nuestro un país mejor, muchas verdades de la Transición contribuyen a explicar nuestra situación actual. Para entender la corrupción en España, por ejemplo, debe saberse que en este país nunca ha dejado de existir un bloque de poder oligárquico capaz de controlar a los principales actores políticos. No hubo ruptura en este sentido, no se apostó por nuevos sectores emprendedores o por una clase empresarial diferente.

En definitiva, creo que conviene repensar algunos aspectos de la Transición no tanto para decir que estuvieron mal o que hubo traidores, sino para saber qué tipo de transformación política se dio realmente en este país.

Recuerdo que el día en que murió Manuel Fraga Radio Nacional organizó un programa especial. Podemos todavía no había nacido. Acababa de morir uno de los padres de la democracia y Juan Carlos, un ciudadano anónimo, llama y conecta con el programa en directo y dice una serie de cosas sobre Fraga. La intervención se cuelga en

YouTube, se hace viral y alcanza más de un millón de reproducciones… Aquel ciudadano anónimo era Juan Carlos Monedero. Solo dijo una serie de verdades sobre Fraga: que fue el señor que justificó el asesinato de Julián Grimau, que fue el responsable político de que cortaran el pelo a las mujeres de los mineros y que no podía reivindicarse como una figura loable. En aquel preciso momento mucha gente oyó cosas que no se habían dicho nunca en este país, porque la pura verdad es que en determinados sectores de la élite política española, y también en el PCE, la Transición era un tabú. No podía comentarse.

En una ocasión moderé un debate entre Willy Meyer, entonces un dirigente muy importante del PCE, y Juan Carlos Monedero. Meyer decidió defender a toda costa la acción del partido durante la Transición, tanto lo que estuvo bien como lo que estuvo mal. El público terminó aplaudiendo a Monedero, porque quería poder hablar de aquella época y comprender lo que ocurrió.

En definitiva, creo que deben hacerse ambas cosas. Por una parte, explicar a la izquierda que el pueblo español solo quería construir una democracia normal. La oposición democrática chocó de bruces con la realidad cuando trató de boicotear el referéndum para la reforma política. Aquel fue un éxito de Adolfo Suárez y del proceso de Transición. Y la izquierda no tenía fuerza para hacer mucho más de lo que hizo. Debemos entenderlo.

Por otra parte, debemos repensar y desmitificar determinadas ideas. Solo así podremos reconocer a la generación de la Transición los avances que trajo consigo sin renunciar por ello a decir alto y claro que nuestra democracia todavía tiene mucho margen de mejora.

Las encuestas Gallup

EJ: He traído conmigo una serie de documentos que me gustaría comentar contigo. Al final de la década de los sesenta, el Instituto

Gallup, acreditada empresa norteamericana de sondeos que concedió una licencia en España, empezó a realizar encuestas para medir, sobre todo, la popularidad del príncipe Juan Carlos. Podríamos decir que son las primeras encuestas políticas de la España moderna. Son muy interesantes. Ofrecen una buena fotografía de la sociedad española de la época. Evidentemente se realizaron en una situación en la que imperaba el miedo. Cualquier familia podía asustarse al recibir la visita de un señor que hacía preguntas de un cierto fondo político… Como veremos, eso quedó reflejado en los resultados. Son, por tanto, documentos que debemos saber leer e interpretar.

En mayo de 1969, un 52 % de los encuestados consideraba que el personaje más importante en la vida española era el general Francisco Franco. De manera significativa, el segundo clasificado era Manuel Fraga Iribarne, con el 6 % de opiniones. Le seguía el doctor Severo Ochoa, del que se hablaba mucho en televisión, con un 2 %. También frecuentaba los telediarios y obtenía un 2 % de las opiniones el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella.

Esta es una primera pista de cómo estaban las cosas. Yo tenía doce años. Tú no habías nacido.

Sigamos. ¿Qué quería la gente? ¿Qué esperaba la gente del futuro a veinte años vista? Primero: la cura del cáncer. Seguimos esperándola, aunque hemos avanzado mucho. Segundo: que hubiera gente viviendo en la luna. Debemos recordar que estábamos en plena carrera espacial entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Tercero: que se duplicara el nivel de vida. Un deseo muy razonable. Cuarto: que se pudiera vivir cien años. Vamos acercándonos. Quinto: que la URSS y Occidente convivieran pacíficamente. Estos eran los grandes temas del futuro.

¿Qué países tendrán un papel importante en el mundo dentro de diez años?, preguntaba la encuesta. Muchos apuestan por Estados Unidos, y unos pocos por Alemania y Suecia. Opinión discreta sobre el porvenir de Rusia e insignificante respecto a China. Solo el 1 % creía que China podría desempeñar un papel importante en el futuro.

También se preguntaba —aunque de forma un tanto eufemística,

porque las encuestas también estaban sometidas a censura— sobre el deseo de democracia: «¿Qué considera usted urgente para nuestro país: el desarrollo político, social o económico?». Ya nos entendemos... En 1971, el 7 % de los encuestados consideraba urgente el desarrollo político, el 24 % el desarrollo social y el 61 % el desarrollo económico.

Otra pregunta, esta vez sobre el interés que despierta la política, también en 1971. Un 7 % decía que mucho (coincidiendo con el 7 % que consideraba urgente el desarrollo político). Regular: 17 %. Poco: 20 %. Nada: 53 %.

También hay datos pintorescos. Pese a la insistencia de la televisión, Paco Camino era mucho mejor valorado que El Cordobés. La actriz preferida de los españoles era Carmen Sevilla. Pirri, el futbolista. Raphael y Karina, el cantante y la cantante respectivamente.

PI: Raphael, qué tío...

EJ: Sí, sí, ganaba Raphael. Manolo Escobar iba detrás, seguido a su vez de una tripleta formada por Víctor Manuel, Julio Iglesias y Joan Manuel Serrat.

Un último dato curioso para el año 1971: «¿Ha seguido usted el proceso militar de Burgos?». Sí: 67 %. No: 19 %. No sabe: 13 %.

Vamos a 1974. Mucho interés por la política: 3 %. Curiosamente, baja respecto a 1971: quizá la gente ya percibía que las cosas podían complicarse. Regular: 10 %. También baja. Poco: 17 %. Nada: 65 %. A medida que nos acercamos al final del franquismo, la incertidumbre, y puede que incluso el miedo, se apoderan de la gente.

¿Qué ocurre en 1975, el año de la muerte de Franco? Opinión sobre el Gobierno de Carlos Arias Navarro en noviembre, el mes en que morirá Franco. Muy bien: 6 %. Bien: 38 %. Regular: 17 %. Mal: 3 %. Muy mal: 2 %. No opina, respuesta muy significativa en aquellos momentos: 34 %.

«¿Qué considera usted urgente?» Desarrollo político: 9 %. Ha

subido dos puntos respecto a 1971. Desarrollo social: 18 %. Desarrollo económico: 44 %.

Aquel año 1974 empiezan a hacerse algunas preguntas más explícitas: «¿Cómo se considera usted, de derechas o de izquierdas?». De derechas: 22 %. De izquierdas: 4 %. Nada: 38 %. No opina: 37 %.

Otra pregunta interesante en noviembre de 1975: «¿Sería partidario del derecho de huelga?». Sí: 25 %. No: 28 %. No opina: 47 %.

«¿Qué corriente política prefiere?» Socialismo: 10 %. Liberalismo: 6 %. Le da igual: 19 %. No lo sabe: 64 %.

Personajes políticos populares en aquel momento. Manuel Fraga: 14 %. José Antonio Girón de Velasco: 3 %. Federico Silva Muñoz: 2 %. Enrique Tierno Galván: 1 %.

También hay datos sobre los sentimientos de los españoles ante la muerte de Franco. Dolor, una gran pena, sufrimiento y tristeza: 53 %. Una pérdida irreparable, fue un gran estadista: 29 %. Preocupación y expectación por el cambio: 5 %. Indiferencia: 7 %. Satisfacción: 4 %. Solo un 4 % de los entrevistados tuvo el coraje de decirle al encuestador que estaba contento con la muerte de Franco…

Si estuviese ahora con nosotros el analista Jaime Miquel, que ayudó a su padre a confeccionar algunas de aquellas encuestas, podría ayudarnos a interpretarlas mejor. Personalmente, yo no creo que sean el reflejo de una sociedad de corte fascista, sino de una sociedad atemorizada que el franquismo consiguió arrollar en términos civiles.

Desde mi punto de vista, esta es una de las claves más importantes de la historia de España en el siglo XX. Por desgracia para todos nosotros, el franquismo, a diferencia del fascismo italiano, del salazarismo en Portugal y del régimen dictatorial de los coroneles griegos, fue una realidad mucho más devastadora. El franquismo arrolló todos los fundamentos de la sociedad civil española. Actuó como una tremenda apisonadora. Liquidó a sus adversarios y a los que no pudo matar o encarcelar los dejó en el exilio. El franquismo

modificó la sociedad española. Del franquismo surge una sociedad que no quiere saber casi nada de la política y cuyo retrato parcial acabamos de vislumbrar gracias a las encuestas de Gallup.

Al final del franquismo, la gente empezaba a estar algo satisfecha con el moderado nivel de bienestar alcanzado. En 1970, el 38 % de los encuestados cree que su nivel de vida aumenta, frente a un 8 % que cree que disminuye. Un dato curiosísimo de una encuesta de 1970. «¿A qué clase social pertenece usted?» Acomodada: 3 %. Media-alta: 12 %. Media: 50 %. Modesta: 35 %. Había una gran deseo de sentirse clase media. En 1973 hubo en el interior del Partido Comunista de España una gran discusión sobre las transformaciones que el desarrollismo franquista estaba introduciendo en la sociedad española. Fernando Claudín y Jorge Semprún fueron expulsados del PCE por defender que se estaba produciendo una importante mutación social en España, ante la cual quedaba desfasada la estrategia voluntarista para acabar con el franquismo mediante una gran huelga general de carácter político. ¡Caray, si el Comité Central hubiese tenido acceso a las encuestas de Gallup, quizá la discusión se hubiera desarrollado de otra manera! Vete a saber.

En 1970, España era un país muy modesto, atemorizado por los recuerdos de la Guerra Civil y aferrado a las tímidas mejoras materiales. Yo nací en Badalona, hijo de una familia trabajadora catalanohablante. Siete apellidos catalanes. Contra lo que algunos piensan, no todos los catalanes de origen catalán, ni mucho menos, son de origen burgués. Mi abuelo materno era metalúrgico. Mi abuelo paterno, panadero. Mi padre trabajó de contable en una fábrica, hasta que esta cerró en 1977 —la Transición también consistió en quedarse sin trabajo— y se tuvo que reinventar, como decimos ahora: recuperó el oficio de panadero y volvió a cargar sacos de harina a los cincuenta años, hasta que un infarto lo dejó fuera de combate. Vivíamos cerca del mar, en una casa de alquiler, una de esas casas de estilo inglés, planta baja y un piso, construidas antes de la guerra. Teníamos la ducha en el patio exterior. En invierno, nos bañábamos una vez a la

semana con agua caliente, en la cocina. La nevera funcionaba con el hielo que comprábamos a un vendedor en la esquina de la calle. Como en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, recuerdo la tarde remota en la que conocí el hielo, porque fui a comprarlo a la tienda. También recuerdo el día en que llegó el frigorífico eléctrico. Lo enchufabas y, ¡coño, enfriaba las cosas!

La cuestión es que esa España modesta de principios de los setenta empieza a estar satisfecha con la situación. Todas las organizaciones políticas y civiles han sido destruidas. El miedo se ha apoderado de casi todos los hogares. La gente empieza a disfrutar de un pequeño bienestar. Las condiciones de vida mejoran un poco. Cada vez hay más jóvenes que llegan a la universidad. En definitiva, se puede empezar a pensar en un futuro mejor, sobre todo para los hijos. Los padres se sacrifican seriamente en favor de sus hijos: ahorran, intentan pagar buenos estudios y, si consiguen plaza en la universidad, se la sufragan.

En realidad, España cambió más por abajo que por arriba. Puesto que se pactaron los cambios políticos, las rupturas más profundas se dieron en las formas de vida. El huracán en el interior de las familias fue tremendo.

Una buena manera de ilustrar este fenómeno es reparar en el contraste con Portugal. El régimen portugués, de la mano de los militares y sobre todo de los oficiales de izquierda, se hundió en picado en cuestión de cuarenta y ocho horas. Aquella fue una situación inédita, que condujo a un periodo auténticamente revolucionario, aunque finalmente fue reconducido. Sin embargo, la sociedad portuguesa no sufrió en sus formas de vida una transformación tan acelerada como la que vivió la sociedad española. En efecto, la sociedad portuguesa actual sigue siendo una sociedad de corte muy tradicional: las jerarquías sociales siguen siendo nominalmente importantes —señor doctor, señor ingeniero, etc.—, las formas de trato son de una gran formalidad, etc.

En cambio, España empató por arriba y desempató por abajo. A partir de 1977 se produce una sucesión acelerada de cambios, como si

la energía encharcada, incapaz de salir toda por arriba, se difundiese por abajo. Estos cambios transformaron radicalmente la vida familiar. Quebraron muchas jerarquías —no todas— y se derrumbó el dirigismo católico. De hecho, la Iglesia católica fue la institución que mayor autoridad real perdió sobre la sociedad. Años después, el papa Juan Pablo II se lo reprochó severamente al cardenal Tarancón…

En fin, estos datos son oro en paño. La idea del desempate por abajo creo que es útil para calibrar nuestro presente.

PI: Quizá uno de los problemas de aquella época fuera precisamente que tan pocos actores políticos trabajaran con datos sociológicos. En las encuestas que compartes, cabe destacar que un porcentaje muy elevado de encuestados no contesta, o contesta de manera elusiva.

En cualquier caso, has dicho algo con lo que estoy plenamente de acuerdo y que me conduce a impugnar los relatos míticos de la izquierda. Me refiero al estado de devastación de la sociedad como consecuencia de la guerra. Primero se dio una política de exterminio terrible, y luego una política de construcción del Estado que cambió por completo la sociedad española. La izquierda nunca quiso creerlo, aceptarlo. Diré más: la historia de la oposición antifranquista, especialmente la del PCE, es una historia de autoengaño permanente, fundamentada en el mito de que el franquismo está permanentemente a punto de caer y de que las masas obreras y campesinas de España solo necesitan un pequeño empujón para hacer la revolución.

En *Inés y la alegría*, la novela de Almudena Grandes, hay una escena —la llamo así porque, cuando la leí, la viví como si estuviera en el cine— que relata la invasión del Valle de Arán en 1945. Tal vez no se produjo nunca, no lo sé, pero podría tratarse perfectamente de una historia real. Una unidad de guerrilleros curtidos por la experiencia de la Guerra Civil y la resistencia contra los nazis en la Segunda Guerra Mundial ve resurgir una oportunidad de oro: encuentra un batallón de trabajo carcelario formado por presos políticos. Apenas los vigila un pelotón del ejército español, así que

liberarlos les parece un juego de niños. No obstante, una vez libres sus camaradas, estos corren a esconderse. Los únicos con los que pueden hablar son los soldados. De hecho, confraternizan con un soldado que les dice: «Mi padre era de la Unión General de Trabajadores. Le fusilaron». Mientras tanto, los prisioneros siguen aterrorizados, hasta que uno se atreve a pedirles comida... En ese momento, los guerrilleros caen de rodillas: el país que pretenden liberar no tiene interlocutor ni contraparte. Como mucho, los interlocutores están en el ejército enemigo, porque los prisioneros, aunque todavía estén vivos, han sido destruidos humana y políticamente.

Creo que hay mucha lucidez en Almudena Grandes a la hora de retratar este episodio y, más allá, lo que ocurrió en este país de resultas de la Guerra Civil.

Con esta anécdota tan solo pretendía subrayar el éxito político y social del franquismo a la hora de destruir una sociedad y de construir otra en su lugar. La izquierda no llegó a entenderlo. Creo que este es uno de los elementos que marca la diferencia entre España y el resto de Europa.

Dicho todo esto, quisiera volver sobre dos elementos clave que has mencionado. El primero es siempre el más importante en política: la clase media. Aun teniendo en cuenta que a menudo funciona como un concepto más ideológico que sociológico —que señala más la autopercepción de las personas que su posición en el proceso productivo—, la clase media es absolutamente determinante para comprender la estabilidad y el éxito de un régimen político, e incluso para comprender las transiciones políticas.

Buena parte de los españoles se considera de clase media debido a la promesa de prosperidad que ello conlleva. En buena medida, esta promesa se cumple en España para la generación de mis padres, que ven a sus hijos ir a la universidad y acceder a bienes públicos y de consumo de los que ellos nunca pudieron disfrutar: los servicios públicos, la sanidad, la educación, etc. Todo ello era desconocido en España. Significó una explosión de libertades sin precedentes. Y, sobre

todo, ver cumplida la famosa promesa de prosperidad: poder ir por fin a otro sitio a pasar las vacaciones, soñar con una segunda vivienda, etc. Esto es algo que después el PSOE fue capaz de encarnar con muchísima inteligencia, al asociar su proyecto político a la modernización de España. En realidad, es el éxito del régimen de 1978.

¿Qué es —en buena medida— el 15M? ¿La revolución de los desarrapados o la de los sectores medios ultraprecarizados que de repente constatan que la promesa era falsa? A mi modo de ver, lo segundo. Se activan sólidos vínculos de solidaridad intergeneracional. Padres y madres ven a sus hijos irse al extranjero, trabajar en condiciones escandalosas o caer en las redes del paro de larga duración.

Hasta que no se toca la clase media, en España no se produce una crisis de régimen, que es un tema del que hablaremos después. En *El ocaso de la clase media*, Emmanuel Rodríguez reflexiona sobre este fenómeno. Hasta que no se produce un resquebrajamiento del significado de la clase media en España, no hay crisis de régimen. Probablemente una de las condiciones de posibilidad del éxito social de la Transición fue, precisamente, que no se tocó la clase media. Ni siquiera el éxito económico me parece tan importante, porque la Transición coincide con un momento económico muy complicado. Los Pactos de la Moncloa no responden a una situación de bonanza económica que permita un reparto de la tarta parecido al que se dio en los países que ganan la Segunda Guerra Mundial. Pero sí se logra un éxito social. En cuanto a lo político, España nunca deja de sorprendernos.

Rupturas y continuidades

PI: A la vista de las encuestas de Gallup, hubiese parecido lógico que las elecciones las ganase una fuerza muy conservadora. Y, sin

embargo, ahí están los resultados de 1977. Aunque la Unión de Centro Democrático fuera el partido más votado, el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Socialista Popular y el Partido Comunista de España, es decir, los perdedores de la Guerra Civil, obtuvieron un nivel de apoyo electoral asombroso. Habían sido partidos clandestinos hasta pocos meses antes, y en aquel momento empleaban una retórica que hoy nos sonrojaría. El PCE estaba condenado de antemano por el mero hecho de ser un partido comunista. Santiago Carrillo podía cantar misa o aceptar la bandera; constituía un peligro por definición. El PSOE de Felipe González también tenía un discurso sumamente beligerante. Como has comentado algunas veces, era un partido que defendía el derecho de autodeterminación.

En las elecciones de 1977, lo que garantizó que gobernara la UCD fue un sistema electoral sumamente bien diseñado por las Cortes franquistas de 1976, que entendieron a la perfección la diferencia entre la España de las ciudades y la España interior —a pesar de que la última referencia que tenían para comprender el comportamiento electoral del país eran las elecciones de febrero de 1936.

Curiosamente, en 1977 España votó más o menos igual que en 1936. No deja de ser llamativo. Cataluña y el País Vasco mantienen subsistemas políticos propios. Las grandes ciudades, como Valencia, Madrid o Barcelona, votan en masa a la izquierda. La España profunda no se decanta mayoritariamente por Alianza Popular, pese a que el partido contaba con Manuel Fraga, uno de los dirigentes políticos más inteligentes de la Transición, el hombre que conocía a Carl Schmitt, el hombre de la *Revista de Estudios Políticos*, un político carismático que había mandado mucho… Los españoles prefirieron una opción que parecía más moderada: Adolfo Suárez, del que los biógrafos dicen que, aunque tuviera carisma e intuición, es posible que nunca leyera un libro entero.

En paralelo, como señalabas, este país pasó de ser una dictadura, de un aparente apoliticismo conservador y un sistema educativo controlado por la Iglesia católica, a logros culturales que no se dieron

ni en democracias europeas consolidadas, como Francia o Italia. En Italia, que tuvo partido comunista, divorciarse cuesta más que en España. Y el matrimonio gay todavía no existe. La Iglesia manda mucho y probablemente tiene más capacidad para penetrar ideológicamente en la sociedad que en España.

En definitiva, se dan enormes paradojas. No es el país que a la izquierda le hubiera gustado que fuera. Seguramente la izquierda confunde los sectores que habían demostrado más capacidad de lucha en el movimiento obrero, las Comisiones Obreras, con la realidad. José María Maravall ya lo tiene estudiado en 1978. El número de huelgas en España es impresionante, tanto en Cataluña como en Madrid, como en el País Vasco. El peso de los partidos antifranquistas entre los intelectuales es muy llamativo. Logran cooptar a los hijos de los vencedores de la Guerra Civil y a buena parte de los referentes culturales de este país, toreros incluidos. De algún modo, la izquierda confunde todo esto con una realidad mucho más compleja, aunque no unívoca en un sentido conservador.

También hay elementos que forman parte de la historia de España y que, pese a cuarenta años de devastador franquismo, reaparecen. Hablo de Cataluña. De pronto reaparece la señera y el catalanismo vuelve a ser social y políticamente determinante. Uno de los grandes aciertos del PSUC es entender que es un partido nacional catalán. El País Vasco y Navarra presentan su propia realidad y, hasta cierto punto, Galicia también. Andalucía se convierte en la tumba de la UCD, y eso que se decía que había UCD para los próximos cien años. El error en el diagnóstico de lo que estaba ocurriendo en Andalucía destruyó a la UCD como gran fuerza de centroderecha en España y contribuyó a consolidar el papel hegemónico del PSOE en la comunidad, hasta hoy. El PSOE comprendió rápidamente, y algunos dicen que de forma un poco oportunista, lo que significaba el andalucismo.

Todas estas paradojas y circunstancias se han dejado de lado en los relatos oficiales de la historia de nuestro país. Si no somos capaces de

desentrañarlos, distinguiendo entre lo que a algunos nos hubiera gustado y la realidad, no podremos comprender del todo el presente.

Sueles advertirnos, con razón, de que cada vez que perdemos la lucidez diagnóstica y tratamos de convertir nuestros deseos en un traje de la sociedad española, nos equivocamos. España es capaz de muchas cosas, pero seguramente no comparte algunos de nuestros proyectos. Esta es una tensión que nos define. ¿Es España una sociedad conservadora en algunos aspectos? Sí. ¿Tiene el nivel de cultura política de otras sociedades, como Francia o Italia? No. Y, sin embargo, en España surge Podemos y en Italia el Movimiento 5 Estrellas. En Francia, la Francia Insumisa ha crecido mucho, pero el Frente Nacional se revela prácticamente como primer partido del país, y en Italia hay una nueva extrema derecha xenófoba determinante, mientras que en España no.

EJ: Por ahora.

PI: ¡Por ahora!

EJ: Quisiera volver a los datos que he señalado anteriormente. España era un país apaleado. Costaría hallar en los años setenta una familia que no hubiese padecido de una forma u otra los estragos de la Guerra Civil. España, ante todo, quiere sobrevivir, mejorar, vivir con una cierta tranquilidad, como ve que se vive en el resto de la Europa occidental. La sociedad española se mueve en pos de ese deseo.

Hay tres aspectos en el franquismo, sobre todo en los últimos años de la dictadura, que conviene volver a subrayar para entender el presente.

El primero es el crecimiento del empleo público. Franco evidentemente no era socialdemócrata, pero tenía una concepción estatalista de la economía. Durante el franquismo, el Estado ocupó muchos espacios económicos. El sistema de acceso al empleo público tiene en España un sesgo muy igualitario: las míticas oposiciones a funcionario del Estado. Para entender un poco mejor Cataluña

también debe partirse de este punto, de la lejanía de los catalanes respecto a la cultura de las oposiciones durante años. Repasa la estructura del Estado y hallarás pocos diplomáticos catalanes, pocos abogados del Estado, pocos técnicos comerciales y economistas del Estado, pocos inspectores de Hacienda, etc. Primero hubo lejanía respecto a las oposiciones y después surgió el deseo de disponer de un sistema de oposiciones propio, que la Generalitat ha acabado construyendo. Ahora sí hay funcionarios en Cataluña, aunque el porcentaje sobre el total de la población sigue siendo menor que en el resto de España.

Las oposiciones han dado forma a la meritocracia española. Lo digo sin resabio. Uno se encierra en una habitación durante un año, dos años, y si tiene buena cabeza y buena memoria, aprueba. Aunque hubiera corrupción, el sistema de oposiciones funcionaba con bastante limpieza. Un hijo de campesinos podía encerrarse en una pensión madrileña durante dieciocho meses y estudiar hasta reventar. Si aprobaba, conseguía un empleo para toda la vida. Descubrí la España opositora en el servicio militar, en el desierto de Almería, donde coincidí con algunos jóvenes madrileños que pensaban hacer oposiciones. Un amigo mío me dijo: voy a ver si consigo un lectorado de español en Brasil. No había oído hablar nunca de los lectorados. En Barcelona, el ministerio de Asuntos Exteriores nos quedaba un poco lejos.

El segundo aspecto que quisiera subrayar es el desvanecimiento de la Iglesia católica, el gran fundamento ideológico del régimen franquista, aquel que le permite salvarse de la quema después de la Segunda Guerra Mundial. Si Franco se hubiera presentado única y exclusivamente como un simpatizante más del fascismo italiano y del hitlerismo, de una forma u otra habría acabado sucumbiendo. Uno de los factores que le permite sobrevivir es la alianza profunda con la jerarquía de la Iglesia católica.

Sin embargo, la Iglesia católica evoluciona, no solo por abajo, sino también por arriba. Por tanto, se crea un campo de contradicciones

muy complejo entre la Iglesia y el régimen que explica, en parte, esos cambios profundos que se producen en la sociedad. No es que la Iglesia pierda el control, sino que llega un momento en que la propia Iglesia, sobre todo en las grandes ciudades y en las periferias urbanas, se convierte en motor de algunos cambios sociales. No hablo exclusivamente del País Vasco y de Cataluña, sino también de Madrid, Sevilla…. Cabe decir, no obstante, que esto sucedió con distintas intensidades, puesto que el catolicismo conservador siguió siendo fuerte. En el País Vasco y Cataluña, el catolicismo adoptó posiciones nacionalistas. Desde luego, no se entiende el resurgimiento del catalanismo sin la Iglesia católica. No hace falta mencionar la tremenda influencia católica en el nacionalismo vasco y en la propia ETA.

El tercer y último aspecto, que me parece muy importante y que echo en falta cuando se habla de la Transición y los últimos años del franquismo, es el importante papel de Comisiones Obreras. ¿Por qué? Porque creo que Comisiones Obreras constituye la expresión más genuina de lo que la sociedad española posterior a la Guerra Civil es capaz de generar de manera autónoma, pese a los mecanismos de represión de la dictadura. Los trabajadores españoles de los años sesenta y setenta son capaces de crear un sindicato de nueva planta. Con ayuda norteamericana y vaticana, los trabajadores polacos crearon el sindicato Solidaridad en los años ochenta. Sin ayuda americana, pero con la colaboración de no pocos curas católicos, los trabajadores españoles crearon Comisiones Obreras veinte años antes.

Comisiones Obreras nace de la sociedad española como un producto absolutamente genuino, desvinculado de los mitos republicanos, aunque sus líderes y hombres más destacados traten de reconectarla con la tradición republicana. Nace de la sociedad trabajadora que descubre el frigorífico eléctrico, nace en los nuevos pisos de la periferia urbana y surge del interior del maletero del 600. Es una aparición casi espontánea, posteriormente acompañada, dirigida y formateada por el PCE, aunque no de forma exclusiva, pues

otros colectivos, como los sindicalistas católicos, tuvieron un papel muy importante en su nacimiento. Es una forma organizativa nueva que la sociedad española consigue construir bajo el franquismo con sus propias fuerzas, sin que intervengan ni el Estado ni los hombres en el exilio, al menos en una primera fase.

Durante la Transición, el PCE se conformó demasiado pronto con que Comisiones Obreras se convirtiese en su CGT. Podría haber aspirado a algo más, ya que se daban las condiciones, pero se concedió espacio a la UGT. A finales de los años setenta hubo un debate importante sobre el nivel de ocupación que tenía que hacerse del Sindicato Vertical. Había algunos dirigentes jóvenes de Comisiones Obreras que defendían una ocupación total del Sindicato Vertical para pasar a un sindicato unificado, a un único sindicato obrero.

Quiero destacar el momento genuino en que los trabajadores españoles, en las condiciones más adversas que puedan imaginarse, se muestran capaces de crear un instrumento de defensa de sus intereses. Así como Comisiones Obreras fue el instrumento de defensa de unos intereses en el momento en que empezaba la parábola socioeconómica ascendente, me pregunto cuál podría ser hoy, en el momento de la parábola descendente, el instrumento de defensa de estos mismos sectores sociales, que se sienten amargamente en retroceso. ¿Podemos? ¿Un PSOE reformado? ¿Una derecha populista como en otros países europeos?

PI: Esta es la crítica no revanchista que puede hacerse al papel de la izquierda en la Transición. O, mejor dicho, al papel de la izquierda española, pues contrasta con el de las izquierdas vasca y catalana.

La izquierda española no supo entender, ni nosotros tampoco, lo que significa la sociedad civil y cómo se articula. En este sentido, se desaprovechan ciertas oportunidades que genera la propia democracia de hacer política en un marco de libertades; no solo de derechos políticos, sino de derechos civiles y derechos sociales.

Esto guarda relación con Comisiones Obreras y con el problema

que tuvo el PCE a la hora de entender el sindicato como una correa de transmisión, al estilo de la CGIL o de la CGT francesa. Con todo, la CGIL era un sindicato distinto, con un número de afiliados con el que Comisiones Obreras nunca pudo soñar. Los piquetes son mucho más importantes en España que en Italia, porque cuando en Italia el sindicato dice que se para, se para. En muchos lugares no hacen falta piquetes informativos. En España, en cambio, sin piquetes no hay huelga. La izquierda italiana es una sociedad mucho más articulada que la española, porque el PCI sí fue capaz de construir redes de sociedad civil que llegaron a competir con las redes católicas. En la universidad, uno se encontraba a Comunión y Liberación y, frente a frente, al ARCI. Esto en España nunca terminó de ocurrir, con la excepción de Cataluña y del País Vasco, y seguramente es una de las claves que explica la atomización de la izquierda española.

La diferencia entre ambas sociedades resulta todavía más evidente cuando se consideran las organizaciones de la sociedad civil vasca, tanto de derechas como de izquierdas. Es verdad que la izquierda abertzale está manchada por la dinámica terrorista de ETA, pero no es menos cierto que, a pesar de estar básicamente fuera de los consensos de la Transición y de mantener una posición de abierta beligerancia, aprovecha las libertades para construir la sociedad civil: su propio sindicato, su propio periódico, su propia red de escuelas —que no se sabe muy bien si son públicas o no—, etc. Erigen una red educativa muy vinculada a la izquierda abertzale y una red de sedes sociales, las *herriko tabernas*, igual que el PNV tiene *batzokis*. Mantienen además una conexión con la Iglesia vasca, incluso en el contexto de la actividad terrorista de ETA, que no logra mantener el PCE, aunque fuera capaz de cooptar a unos cuantos curas, como Mariano Gamo.

Y qué decir del caso catalán. Hay algo muy difícil de comprender en España sobre la sociedad catalana: es una sociedad absolutamente articulada. Los grupos de excursionistas, por ejemplo, son algo inimaginable en las sociedades castellanas. Los *esplais*. Los madrileños podrían pensar que tiene que ver con los *boy scouts*, pero lo cierto es

que es otra cosa.

Este fracaso definirá la manera en que puede hacerse política para transformar España en años venideros. Podemos no surge de la sociedad civil, sino de la televisión. Somos un producto que asume la idea del *popolo della televisione* y que en última instancia no se politiza a través de instrumentos que conoce debido a su presencia en la sociedad civil, sino de instrumentos que es capaz de observar en la televisión. En el momento en que esta circunstancia ofrece la posibilidad de construir un instrumento electoral, se desarrolla una voluntad de construirse hacia abajo.

Los círculos son una señal clara de que no queremos construir un partido tradicional de afiliados, sino un partido dentro de la sociedad —con las dificultades que eso conlleva. Necesitamos espacios políticos que penetren en la sociedad civil, y el partido no puede ser solo un instrumento parlamentario. Por eso nació Vamos, una iniciativa encabezada por Rafa Mayoral, seguramente la iniciativa más peronista de Podemos.

EJ: ¿Qué hace Vamos?

PI: Vamos es una iniciativa de defensa de los derechos sociales que organiza a trabajadores precarios y a grupos de trabajadores. Es como una rama de intervención social con muchas dificultades para crecer; un espacio vinculado al partido pero que no es exactamente el partido. Se inspira mucho en la construcción del movimiento popular en Argentina, aunque con todas las dificultades de una sociedad en la que la izquierda renunció a ello en el pasado.

Durante la Transición, el PCE renunció a la sectorialización. Fue una decisión difícil de entender. El partido estaba organizado de manera sectorial y además tenía a sus intelectuales, lo que implica tener peso en las universidades. Comisiones Obreras, por su parte, estaba organizada desde abajo hacia arriba, aunque al final se convirtiera en un sindicato convencional.

En definitiva, en un momento dado se renuncia, de forma

intencionada o casual, a construir una sociedad civil organizada desde abajo. Construir los partidos políticos desde las agrupaciones territoriales significa renunciar a tener el peso que tiene en la sociedad una organización dividida en sectores profesionales.

Esto tuvo consecuencias. Desde luego, alejó a las sociedades catalana y vasca de la española. Impidió que el 15M tuviese una traducción política específica. Hasta que la televisión abrió una pequeña ventana de oportunidad que permitió que un «pueblo de la televisión» se identificase con una serie de figuras. La profunda mediatización de la sociedad española sigue siendo una de sus tareas pendientes. En España los medios de comunicación tienen un poder sin parangón a la hora de establecer los relatos.

Volviendo a la Transición, debemos considerar las decisiones que tomaron una serie de actores políticos. Muchas veces, quienes venimos de la tradición marxista cometemos el error de pensar que los acontecimientos son inevitables, que están determinados por condiciones económicas concretas —las famosas condiciones objetivas dadas. Así, el sistema político español resultaría del Plan de Desarrollo Económico, el Plan de Estabilización, la llegada de los tecnócratas, la llegada de turistas suecos y el desarrollo del turismo y, por tanto, la superación de la autarquía y un cierto desarrollo industrial. Lo cierto es que todos estos elementos fueron condicionantes para que naciera un sistema político como el que finalmente nació, pero que nada de lo que ocurrió era estrictamente necesario. En particular, se dieron situaciones políticas concretas en las que querría indagar.

El congreso de Suresnes del PSOE es una de ellas. Revela la audacia de un grupo de jóvenes socialistas que le cortan la cabeza a sus padres. Algunos pueden pensar que aquello ocurrió debido al apoyo del SPD. Con o sin el apoyo del SPD, aquel grupo tuvo la audacia de romper con la generación precedente, perder un congreso, retirarse y decir: «Si me queréis, esto será como yo diga». Y, en efecto, fueron capaces de llevar a cabo una serie de transformaciones en el seno del PSOE y de convertirlo en un *Terminator* electoral en 1982.

Por supuesto, también hay factores personales. La personalidad de Felipe González y la de Alfonso Guerra son determinantes.

En el PCE, se tomó la estúpida decisión de poner a los «jefes» de la generación de la Guerra Civil a encabezar las candidaturas electorales: Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri, Rafael Alberti, etc. Incluso Wenceslao Roces, senador por Asturias. Y eso que era un partido con mejores cuadros (¡y jóvenes!) que los que tenía el Partido Socialista. De hecho, muchos de ellos acabaron en el PSOE.

Este tipo de decisiones son determinantes, del mismo modo que el acierto de Adolfo Suárez con la llegada de Josep Tarradellas y el reconocimiento de la Generalitat fueron determinantes a la hora de hallar una solución al conflicto territorial —aunque después, por desgracia, llegase el «café para todos».

El golpe de Estado del 23F también podría haber acabado de forma distinta. El plan de Armada fracasa por poner a un ultra a asaltar el Congreso de los Diputados. Si el asaltante hubiera entendido lo que Armada quería hacer, la historia de este país hubiera sido muy distinta.

Del mismo modo, si Adolfo Suárez hubiese tenido la misma lucidez en Andalucía que en otras situaciones clave de su vida, la UCD no hubiera desaparecido tan deprisa. Si no hubiera habido huelga de controladores aéreos, tal vez ese congreso habría podido celebrarse y quizá la historia de España sería diferente. Lo que quiero decir es que a toro pasado es muy fácil calificar todo lo ocurrido como inevitable.

También querría hablar de la monarquía y de lo que significó para la Transición. Es un tema en el que siempre pasamos de puntillas, porque no queremos que nos encierren en él. Según el relato oficial, la monarquía es el resultado ineludible de la Transición. Algo de verdad hay. José Luis Villacañas y Herrero de Miñón han explicado el principio monárquico, que ayuda a entender la continuidad del sistema político en España, y Javier Pérez Royo también ha sabido entenderlo.

Sin embargo, en 2017, de repente, aparece un vídeo de Victoria

Prego y Adolfo Suárez, que los de Antena 3 traspapelaron y que los de La Sexta encontraron. En él, Suárez tapa su micrófono y dice que evitaron hacer el referéndum porque los datos demoscópicos apuntaban que quizá se perdía.

La monarquía ha tomado una serie de decisiones que todavía no se han analizado del todo bien. Esto es clave al hablar de la Transición. En España existe una pirámide de población invertida que hace que las generaciones que vivieron la Transición sigan siendo electoralmente determinantes. Seguramente, el mal resultado que obtuvimos en las elecciones de junio de 2016 —mucho peor del que preveían muchas encuestas— tuvo que ver con una movilización de votantes mayores que recurrieron asustados al Partido Popular para que no llegásemos nosotros al poder.

Me parece evidente que este tipo de movilización está íntimamente relacionado con elementos generacionales y con cómo nos hemos acostumbrado a leer los relatos construidos acerca de los últimos cuarenta años de nuestra historia política.

Nadie puede negar, *mutatis mutandis*, que la sociedad española de 2018 es muy diferente (para mejor) de la sociedad de 1977. A pesar de que algunos, sobre todo desde Cataluña, tilden a la sociedad española de conservadora, cuñada y reaccionaria, y resalten el giro reaccionario de todo lo que ocurre actualmente, lo cierto es que tenemos una sociedad mucho más avanzada y valiente que en aquella época. Es evidente que la gente quiere tener un empleo, seguridad y una pensión —eso es lo que desea cualquier país del denominado primer mundo—, pero tenemos una sociedad más valiente que la que teníamos hace cuarenta años. Entre otras cosas, porque no es lo mismo salir de cuarenta años de dictadura que salir de cuarenta años de libertades, con todos los límites que se hayan puesto o que se estén poniendo todavía hoy a dichas libertades.

La monarquía

EJ: Me gustaría vincular la cuestión de la monarquía con el papel que desempeñaron algunos partidos políticos durante la Transición.

La monarquía, por supuesto, es una variable fundamental de la Transición. Antes hemos citado las encuestas que tenían como motivo principal medir la reputación del príncipe Juan Carlos en aquellos años. Hay datos muy ilustrativos de 1975, un año antes de la muerte de Franco, cuando se dictan las últimas condenas a muerte y se producen los acontecimientos de Portugal. Mucha gente es consciente de que van a pasar muchas cosas. Satisfechos: 53 %. Insatisfechos: 5 %. No opinan: 42 %. Estamos en 1974 y este 53 % es significativo, porque el objetivo de la Transición es asentar la democracia en España, homologar a España con las democracias occidentales y conseguir que la economía española entre de manera definitiva en el mercado común europeo y en la estructura de defensa occidental. Recordemos que estábamos en el tramo final y todavía incierto de la Guerra Fría: pese a que la Transición es un episodio importante de la Guerra Fría, este concepto no aparece en los relatos mágicos mencionados. Y la Transición no se concibe sin tener en cuenta la Sexta Flota, por ejemplo.

Este dato, además, introduce un factor nuevo. Para los sectores reformistas y —con el tiempo— para el PCE, la Transición debe hacerse alrededor de la figura del rey. El proceso de Transición también debe servir como proceso de legitimación de una monarquía que viene de la mano de la dictadura. Posiblemente este hecho explique que en 1974 solo un 53 % de los españoles mostrara su adhesión a quien podía ser el futuro rey. Esto condicionó muchas cosas, para bien y para mal, ya que España tenía muchos números para que su camino hacia la democracia fuese muy lento.

El proyecto de una dictablanda existía. Es el proyecto que Manuel Fraga tenía en la cabeza. Ya se había experimentado en Grecia con Constantinos Karamanlis, y algún periódico de la época, como el *Por Favor*, hacía coña y llamaba a Fraga Fragamanlis. El hombre que tenía que llevar el país a la democracia con mano de hierro… Cuando Fraga

es ministro de Gobernación y se producen los sucesos de Vitoria, dice: «La calle es mía». No es más que la exposición de su programa político, basado en el control integral de la situación, desde arriba. El país se irá democratizando, pero con un control fuerte de los aparatos del Estado y sin improvisaciones o filigranas. Es su modelo: la calle es nuestra y el que nos desafíe puede perder la cabeza, porque la cosa irá al ritmo que queramos imponer.

Conviene pues preguntarse: ¿qué impide que ese programa se lleve a cabo? La respuesta está, creo, en la resistencia popular en las grandes ciudades: la fuerte convulsión política, social y económica en las principales ciudades españolas; las manifestaciones de febrero-marzo de 1976 en Barcelona; los acontecimientos de Vitoria y la conflictividad social real que tiene como telón de fondo el terrorismo de ETA. La calle empuja más de lo previsto, en las grandes ciudades. Esto convierte la agenda de Fraga en un programa peligroso para el rey.

Aún hay dos factores condicionantes más. El primero es la lección de Portugal, un episodio muy importante para los poderes occidentales porque de alguna manera representa el contragolpe de Chile. En 1973, en Chile se había dado un golpe de Estado. Es uno de los sucesos más descarnados de la Guerra Fría. El mensaje era muy claro: «Señores, no pueden plantear según qué cambios, aunque lo intenten por la vía democrática. Llegados a cierto punto, si es necesario masacrar, masacraremos». El impacto del golpe de Estado chileno en la conciencia europea es enorme, tanto en la izquierda como en los partidos democráticos europeos. Impacta incluso en la conciencia de muchos democristianos, y con vigor.

Sin embargo, al cabo de un año se produce algo que parece un contragolpe de la izquierda en el corazón de la Alianza Atlántica. Un grupo de militares, que no solo son demócratas sino que se sitúan en posiciones de izquierda —y algunos de ellos de extrema izquierda—, amenazan con implantar en Portugal un bonapartismo de izquierdas, a modo de tutela de la democracia recién instaurada. Un sistema

parlamentario tutelado por las fuerzas armadas, que a su vez se subdividen en diversas facciones políticas, una de las cuales es claramente bonapartista y se propone conducir el proceso.

En Portugal estuvo a punto de haber una guerra civil. La situación podría haber derivado en una lucha entre facciones militares. El Partido Comunista Portugués, encabezado por Alvaro Cunhal, tuvo un instante de lucidez y frenó en el último momento, pero en noviembre de 1975 lo de Portugal pintaba muy mal. Durante unos meses, España estuvo muy pendiente de lo que ocurría en el país vecino. El ejército español se alarmó de forma extraordinaria: «A nosotros esto no nos pasará».

En Estados Unidos había división de opiniones. El secretario de Estado, Henry Kissinger, quería propiciar un enfrentamiento civil en Portugal, que justificase una posterior intervención militar de la OTAN. Palabras mayores. El embajador norteamericano en Lisboa, Frank Carlucci, un hombre vinculado a la CIA, le paró los pies, con la certeza de poder reconducir la situación, como finalmente sucedió. El célebre incendio de la embajada de España en Lisboa, después de los fusilamientos del 27 de septiembre, fue obra de la CIA. Una primera señal a la sociedad portuguesa de que la situación se podía desmandar. Carlucci estuvo detrás de ese incendio. Me lo reconoció en una comida el fallecido Carlos Robles Piquer, un diplomático que fue muy cercano a Arias Navarro. En aquel contexto, Arias Navarro llegó a expresar a los norteamericanos su disposición a intervenir militarmente en Portugal si las circunstancias lo requerían.

PI: Conocí a algunos de los que asaltaron la embajada… Fue un incendio permitido.

EJ: Fue una obra maestra de la provocación, ideada por Frank Carlucci. Desde una emisora de extrema izquierda, que no se sabe bien quién controlaba, lanzaron un llamamiento para ocupar la Embajada de España…

PI: ¡Y ondeó una bandera con las siglas del FRAP!

EJ: Y le prendieron fuego, hecho que causó una gran impresión en la sociedad portuguesa, una sociedad que, afortunadamente, no ha conocido una guerra civil como la española. Ante el inquietante cuadro portugués, el rey Juan Carlos vio que quien podía acabar muy mal era él: «Si vamos demasiado rápido, mal; si vamos demasiado lento, iremos demasiado mal. Necesito que alguien me controle los ritmos. Ese alguien no puede ser ni Manuel Fraga ni José María de Areilza».

PI: Y eligieron a Torcuato Fernández Miranda.

EJ: Y a Adolfo Suárez. ¿Por qué el rey prescinde de Manuel Fraga, siendo objetivamente el mejor candidato? ¿Por qué prescinde de un aristócrata del franquismo como José María de Areilza y deja el mando a Adolfo Suárez? Porque necesitaba controlar los ritmos. Ante los ojos de la sociedad española, se produce un encaje perfecto entre la monarquía y una concepción pragmática de la democracia. El rey como garante de todo el sistema y de la tranquilidad de fondo de los españoles. Ese deseo de tranquilidad que observamos en las encuestas del Instituto Gallup de finales de los años setenta.

Los resultados del referéndum de la reforma política (noviembre de 1976) son los que son: extremadamente contundentes. Y aunque podemos hablar de esto más adelante, pienso que en estos momentos el rey Felipe VI busca de nuevo el engarce utilitario o pragmático con la sociedad española.

PI: Esta es la cuestión. Yo he conocido al actual monarca y, por la situación de bloqueo en España en 2016, he podido conversar con él unas cuantas veces, y un buen rato. Para alguien que representa una fuerza política como la que represento, esto solo es posible en situaciones excepcionales. O estableces una relación privada en la que quedas muchas veces para hablar, que no es el caso, o una situación de

excepcionalidad política hace que lo que en otra situación habría sido un encuentro protocolario se convierta en una serie de debates sobre la enrevesada situación política.

Mi opinión personal sobre Felipe VI es buena. Me parece un señor muy formado políticamente. Algunos dicen que eso se le presupone, pero para estar formado hay que haber leído mucho y entendido lo que se ha leído. Mucha gente me pregunta si es Borbón, en el sentido de que te tutea al tiempo que te exige que le hables de usted. Para nada. Es un tipo cordial, amable, sensato, irónico y que nos conoce bien.

En cuanto a su padre, al que no he visto nunca, pero de quien he leído unas cuantas biografías, es un personaje lleno de atributos siniestros, y no solamente en el final de su vida. Su última etapa como rey es espantosa para la propia institución de la monarquía. Por no hablar de su relación con Franco y con su propio padre, don Juan de Borbón...

Juan Carlos I es un personaje difícil de querer, por su biografía, por la corrupción, por aquella carta en la que pide dinero al sah de Persia para apoyar a Suárez y frenar a los marxistas del PSOE, por detalles de su vida privada... Y a pesar de todo, consigue hacerse imprescindible. Ni siquiera el PCE y Carrillo lo critican. Jamás olvidaré una entrevista a Carod-Rovira en la que le preguntaban por el rey y en la que decía: «Aunque tengo diferencias con este señor, podría tomarme una copa con él y seguro que nos entenderíamos». Era el modo del propio Carod-Rovira de reconocer que es una figura que causa simpatía y con la que no conviene mantener una postura beligerante como la que mantienen los dirigentes de su partido en la actualidad.

En resumen, Juan Carlos I consigue convertirse en una figura necesaria para la estabilidad de un sistema político que interesa a todos. Interesa a la derecha, pero también al PSOE, que de hecho mantiene mejor relación con Juan Carlos que el Partido Popular —todo el mundo dice que Juan Carlos se llevaba mejor con Felipe

González que con José María Aznar. Incluso los nacionalistas vascos y catalanes reconocen las virtudes de esta figura… Y la campaña de *marketing* le presenta como un tipo campechano.

Durante la Transición, aunque tomó las decisiones fundamentales junto con Torcuato Fernández Miranda, dio pasos inteligentes. Cuando se fue a Estados Unidos y dio aquella entrevista en la que dijo: «Soy el rey de una república», empleó una fórmula —quién sabe si pensada o improvisada— enormemente eficaz para identificarse a sí mismo y a la propia monarquía con la democracia.

Más tarde, se presentó como la garantía de que España seguiría en la Alianza Atlántica, de que el ejército no se desmadraría ni en una dirección ni en otra y de que España tendría un sistema demoliberal. Además, juró que no pondría en cuestión el orden geopolítico, ni la estructura del poder económico en España. Garantizó que nadie con poder real en España lo perdería, incluyendo los bancos. Incluso se mostró dispuesto a transar con otros sectores que se quisieran incorporar a la estructura de poder.

Todo esto contrasta con una nueva figura que en lo personal tiene muchas más virtudes, pero que ha tomado una serie de decisiones políticas que difícilmente podrá enmendar. Lo que Felipe VI ha dejado descosido en Cataluña, en el País Vasco y en buena parte de la sociedad española le coloca en una situación más difícil que la del anterior monarca, que fue capaz de elevarse por encima de coyunturas partidistas y de erigirse en una figura incuestionable. Debe valorarse que la sociedad española es ahora más joven y que tiene mayores dificultades. No es una sociedad republicana, pero sí es una sociedad más laica y democrática, sin un posicionamiento unívoco hacia un solo partido o hacia un bloque de partidos.

EJ: Creo que el rey Juan Carlos ha tenido un papel positivo en la historia española. Discrepo en este sentido de los antimonárquicos sobrevenidos que comienzan a ser numerosos en este país. España podría haber entrado en la espiral infernal de la dictablanda. Si no lo

hizo, fue en buena medida debido al rey y a los focos de conflicto social y de resistencia política muy fuertes que desaconsejaban escoger aquella vía, que podría haber sumido al país en una fase de desgaste social y político muy grande.

El rey no quiso ese campo de batalla. Probablemente interpretó que era un escenario que podía costarle la Corona o provocarle un enorme desgaste. Trató de acelerar hacia el régimen democrático, lo cual implicó a su vez otras aceleraciones. Por ejemplo, las elecciones de 1977 no fueron convocadas como constituyentes, sino que fueron unas elecciones abiertas de las que emergió un periodo constituyente. Podría no haber sido así. Fuimos a votar para contarnos, para saber cómo estaban las cosas, pero no se especificó con precisión para qué servirían esas elecciones. Se supone que había unos señores que habían diseñado un plan de reforma de las instituciones y de democratización del país. Decidieron convocar unas elecciones para que la sociedad se expresase y, en función del resultado, tomar un rumbo u otro. El programa de las autonomías no estaba ni siquiera configurado, y este es otro punto en el que el rey me parece importante.

Juan Carlos entiende desde el primer momento que la cuestión de Cataluña es fundamental para asentarlo todo. Él necesita dos cosas. En primer lugar, un tránsito pacífico hacia la democracia. Es decir, evitar batallas campales, matanzas como la de Vitoria y declaraciones de ministros del Interior insistiendo en que «la calle es suya». En segundo lugar, necesita un entendimiento con Cataluña, porque el entendimiento con el País Vasco era entonces muy difícil. Recordemos su primera visita al Parlamento Vasco, en 1981... En cambio, Cataluña lo recibe con cordialidad, y él facilita claramente la operación Tarradellas, fundamental en la Transición. De hecho, es el pacto que está en vías de desmoronarse ahora: el Estado español reconoce la Generalitat, resucitándola del olvido, y Cataluña reconoce la monarquía. El hecho de que Cataluña reconozca la monarquía es un factor de estabilización muy importante.

PI: Hace tiempo nos diste un consejo importante: «Si no lográis generar solidaridad intergeneracional, no podréis formar parte del cambio en España. Sois un fenómeno juvenil, pero este país tiene la demografía que tiene y por tanto necesitáis construir un vínculo y un voto de solidaridad intergeneracional. Necesitáis seducir a las familias en que los padres votan distinto de los hijos, hasta el punto de que los padres presten el voto a los hijos. No obstante, para eso tenéis que respetar a los padres, a vuestros padres. Que vosotros, que vuestra generación, a la que le ha ido tan bien, que ha tenido todo lo que la nuestra no tuvo, que ha disfrutado de elevados niveles de consumo, libertad, independencia sexual, acceso a la cultura, etc., vengáis ahora a criticar la Transición, es una falta de respeto. Es cierto que tuvo graves defectos y contradicciones y que dejó muertos tras de sí, pero de alguna manera mejoró nuestras expectativas como país. Y vosotros habéis heredado todo lo bueno que tuvo».

Creo que tienes toda la razón. Necesitamos reflexionar y construir un discurso que explique lo que ocurrió en este país sin condenar por ello a nuestros padres. Hay un aforismo que dice: «A los padres, primero se les quiere, luego se les admira, después se les juzga y rara vez se les perdona». No es incompatible perdonar con hacer un juicio extremadamente severo, y creo que tenemos que construir un diálogo intergeneracional que no tire al niño con el agua de la bañera. Debemos hacer una lectura crítica de la historia de nuestro país y al mismo tiempo defender una sociedad nueva, que atienda a nuevos sectores que llaman a la puerta y exigen mayor protagonismo. Y no me refiero a las categorías tradicionales de la izquierda, sino a algo un poco más complejo.

Al mismo tiempo, debemos llegar a los sectores menos épicos, a los sectores que entonan el relato cínico de su generación: «Nosotros corrimos delante de los grises». Conviene decirles que fueron muy pocos los que realmente corrieron delante de los grises, que de los que presumen de haberlo hecho probablemente solo uno de cada diez vivió en carne y hueso el riesgo de ser detenido, encarcelado o torturado.

Debemos rebatir el relato que le quita hierro al asunto y que nos dice que, aunque la épica no existiera realmente, este país acumuló el bienestar del que hemos disfrutado nosotros.

Sabemos que la precariedad laboral de los jóvenes ha permitido crear un vínculo de solidaridad intergeneracional, y que si no somos capaces de construir este tipo de vínculo intergeneracional se construirán alianzas que seguirán un sentido común distinto. De hecho, el éxito de la derecha, el éxito de Ciudadanos, tiene que ver con una excelente comunicación con las generaciones de votantes del PP. Ahora son los abuelos y los padres del PP los que prestan el voto a sus hijos por vía de un sentido común totalmente acrítico. Es algo así como la transición de Julio Iglesias a Marta Sánchez. Por eso es importante no apedrear a las generaciones que apoyaron masivamente al PSOE y que se conformaron con cosas que luego se han revelado insuficientes o disfuncionales.

Si en este país hubiera habido un referéndum sobre el Tratado de Maastricht, habría arrasado la opción de entrar en Europa en los marcos del tratado. Pero esto no significa que el tratado fuese bueno… De hecho, seguramente tenía razón Julio Anguita cuando advertía de que constituiría la base de la destrucción del Estado del bienestar. Pero uno no puede enfadarse con su país ni regañarlo —algo muy propio de la izquierda y los jóvenes. O somos capaces de mostrar respeto y ser conscientes de que lo que la gente desea en un país del sur de Europa es, por encima de todo, bienestar y tranquilidad, y no una revolución que implique asaltar el Palacio de Invierno y quemar a los traidores, o no ganaremos nunca.

EJ: Yo, que nací en 1957, también corrí frente a los grises, pero debo admitir que mi generación ha abusado del pretexto. Fui a mi primera manifestación con dieciséis años. La movilización contra la selectividad. Corrí hasta la extenuación, nunca había pasado tanto miedo…

Creo que el país tiene una deuda con la gente que se jugó el tipo,

pero no en los años setenta, sino antes. Esos son los verdaderos héroes. Los que actuaron cuando enfrentarse al poder significaba arriesgarse a caer dentro de un pozo. Observo los nuevos formatos de la sociedad y constato que hoy vivimos en un mundo radicalmente distinto. ¿Sabes lo que es estar en prisión en la más absoluta soledad? Nadie escribía tuits de apoyo. Las redes de solidaridad eran muy débiles. Esa fue la gente que sufrió…

La represión era bastante selectiva. Quienes más recibían eran los trabajadores. Esto también ha sido silenciado. Recuerdo que en 1976 en el cuartel de la Guardia Civil de Badalona se torturó a un grupo de trabajadores de la construcción. Uno de ellos acabó en el hospital con el riñón prácticamente destrozado. Si hubieran sido estudiantes, eso posiblemente no habría pasado en la primavera de 1976, en vísperas de la gran operación reformista de Adolfo Suárez.

Pero volvamos al rey. A Juan Carlos no le interesa la dictablanda, y acuerda con Estados Unidos que aquella alternativa no es la más adecuada. La visita de Juan Carlos a Washington se produce en 1976, después de su primera visita importante a Cataluña, en la que ya dibuja algunas líneas de negociación, aunque sin prometer nada todavía… En suma, Juan Carlos rechaza la dictablanda y busca una fórmula para Cataluña —que Adolfo Suárez acabará de fabricar, evidentemente.

Por último, no es un rey clerical, como Balduino de Bélgica, por ejemplo, que no quiso firmar la ley del aborto. (Creo que dimitió durante unas horas para no tener que firmarla.) Por su parte, la Iglesia católica —este es un dato importante para comprender la Transición — hace algo que hoy nos parece obvio pero que no deberíamos considerar la cosa más normal del mundo en aquellas circunstancias. El hombre más importante de la jerarquía católica en España en aquella época, con lo que significaba la autoridad eclesiástica hace cuarenta años, decide no intervenir de forma directa en el proceso político, a diferencia de lo que había ocurrido en épocas anteriores. De hecho, renuncia a dar apoyo a quienes dicen que el partido que debe

articular la nueva situación debe tener un carácter democristiano. El cardenal Vicente Enrique Tarancón dice que no, que la jerarquía española no apoya a nadie, y todo el aparato de la incipiente democracia cristiana española se queda colgado en las elecciones de 1977. Juan Pablo II se lo recriminó ásperamente unos años después: «¡La culpa es suya!», le dijo en el Vaticano, agarrándolo de los hombros. (Karol Wojtyła se refería a la creciente secularización de la España democrática.)

Es verdad que hubo democristianos del régimen, como toda la tropa de Osorio, que pactaron con Adolfo Suárez. De hecho, Suárez fue muy astuto al pactar con el Grupo Tácito y buscar apoyos entre aquellos que podrían haberse alineado con Fraga o con Areilza. Pero la formación, la emergencia de una democracia cristiana, incluso con un cierto barniz democrático, de haber estado en la reunión en Múnich, con un cierto toque de oposición al franquismo, la figura de Joaquín Ruiz-Giménez, con el apoyo de los democristianos catalanes y, ni que fuese desde lejos el apoyo del PNV, se pega un castañazo tremendo…

PI: Recurro a menudo a una anécdota sobre la inquietud de los poderes económicos respecto a lo que pasaría después de la muerte de Franco… Cuenta la leyenda que los bancos españoles encargaron un informe político-sociológico al politólogo español Juan José Linz, que había prestado un gran servicio académico al franquismo al distinguir entre regímenes autoritarios y regímenes totalitarios, y que por supuesto calificaba al franquismo como autoritario, lo cual, a fin de cuentas, no era tan malo.

Linz se inspiró en Italia para hacer un informe aparentemente muy sensato en el que decía que España tenía una estructura social que se parecía en muchos aspectos a la del país transalpino, con un sur más agrario y menos desarrollado y un norte más industrializado, con un catolicismo ferviente, etc.

Por tanto, cabía imaginar que el partido hegemónico de la derecha,

el partido conservador, estuviera pilotado ideológicamente por el catolicismo, que era además lo que había salvado al franquismo. Si algo distingue al fascismo español del italiano y del alemán es su carácter nacional-católico, de forma que Linz supone que en España habrá un partido democristiano de derechas.

¿Cuál sería el gran partido de la izquierda según Linz? El mismo que en Italia, claro: el Partido Comunista, que está integrado en la oposición antifranquista, que es pragmático como el italiano y que aceptará la OTAN —pues todo lo que acepte el Partido Comunista Italiano lo aceptará el Partido Comunista Español. Además, el partido estaba muy presente en el movimiento obrero, entre los intelectuales y entre los estudiantes.

Vamos, que en ese momento los bancos pensaban que en España habría un gran partido de derechas de corte democristiano y un gran partido de izquierdas, comunista, como en Italia. Lo que significa que Juan José Linz se equivocaba por completo…

EJ: Es gracioso. El hecho de que ambas previsiones fallasen explica muchas cosas.

La democracia cristiana no cuajó, entre otros motivos, porque la Iglesia decidió no apoyarla. Fue sustituida por una amalgama, la UCD, que la gente más afín a Suárez llamaba «la Empresa». Hubiera sido posible fundar el partido de las sacristías, la acción católica, los centros parroquiales y el Opus Dei, un partido que articulase toda la influencia social de la Iglesia y que encabezara el camino del antiguo régimen hacia la democracia. Sin embargo, ganó un partido distinto: «la Empresa». La denominación me parece muy ilustrativa.

Cuando el cardenal Tarancón cumplió setenta y cinco años, tuvo que presentar su dimisión, como es preceptivo para los obispos de la Iglesia católica. El papa suele tardar un tiempo en aceptar la dimisión. Ese tiempo de prórroga es considerado una señal de reconocimiento y deferencia. Este tiempo de demora es un último gesto, un símbolo. Tarancón fue fulminado el día que cumplió los setenta y cinco años.

No le concedieron ni una semana de prórroga.

PI: Lo que sí sale en los vídeos de Victoria Prego es aquel grito ultra de: «Tarancón al paredón, ejército al poder». Tarancón es la figura eclesiástica por excelencia de la Transición española... Aparecía en los entierros cada vez que ETA mataba a alguien.

EJ: Cuando el papa Juan Pablo II lo recibió en el Vaticano, tras aceptarle la dimisión, este se levantó, le agarró por los hombros, como zarandeándole y le espetó: «¡Usted es el culpable de que hayamos perdido España!». Tarancón salió de aquella audiencia lívido. Debió de ser en 1981 o 1982, cuando Wojtyła estaba en plena forma. Subió al coche y pidió al chófer que le llevara a los montes Albanos a pasear…

Aquella misma tarde, o al día siguiente, Wojtyła recibió al cardenal José María Bueno Monreal, arzobispo de Sevilla, estrecho colaborador de Tarancón. Habían hecho causa común. Le pasó exactamente lo mismo que a Tarancón, con la única diferencia de que Bueno Monreal perdió el habla aquella misma noche. Sufrió afasia y de hecho murió al cabo un tiempo. La vida de aquel hombre se derrumbó en aquella audiencia.

Es interesante saber cuál era el punto de vista de Wojtyła. Muchas veces nos preguntamos cómo habrían ido las cosas si la izquierda hubiese mandado más en la Transición, pero también deberíamos preguntarnos cómo habrían sido las cosas si a la derecha le hubiese ido mejor.

Wojtyła recrimina a Tarancón que haya renunciado a reforzar la influencia católica en España, un país esencialmente católico en el que la Iglesia había tenido mucho poder. Estaba preocupado por las nuevas corrientes laicas y marxistas, por conceptos vitales de nueva planta que entraban en la sociedad española como un cuchillo en una barra de mantequilla. La ley del divorcio se planteó rápidamente, los anticonceptivos se estaban socializando plenamente, al cabo de un tiempo surgió la cuestión del aborto, etc. A esto me refería antes

cuando hablaba de cambios acelerados en las formas de vida de la sociedad española. Wojtyła reprocha a Tarancón haberse rendido y a partir de entonces se urde un plan para intentar reconquistar España con el cardenal Antonio María Rouco Varela a la cabeza. Poca broma. La huella de Rouco Varela en Madrid durante más de veinte años no ha sido menor.

PI: Todo esto habla bien de España. Recuerdo que pasé parte de mi infancia en la provincia de Soria, en la España profunda, porque en 1986 mis padres estuvieron destinados allí en el comité de la campaña contra la incorporación de España a la OTAN. Fui a un colegio público. En el aula había un crucifijo y una foto de los reyes. Por la mañana rezábamos el padrenuestro. Aprendí el antiguo, que perdonaba las deudas, y el nuevo, que perdonaba las ofensas. Por entonces las deudas ya habían quedado excluidas… También aprendí el avemaría, a pesar de que era uno de los dos estudiantes de Ética (los demás iban a Religión). Cuando había que rezar, los de Ética teníamos que estar de pie y en silencio. Recuerdo un año en que no hubo clase de Ética: vino un cura a dar Religión, un señor majísimo que decía que lo de Adán y Eva era solo un símbolo.

Se notaba que la religión era cosa del pasado, que la sociedad católica y conservadora daba paso a un nuevo país. Recuerdo que algunos estudiantes quitaban el depósito de tinta al boli Bic y escupían bolas de papel al cura, algo del todo inimaginable en la década de los sesenta y la de los setenta. A mí me ofendía, porque me caía bien y era un cura muy progresista, pero también veía con claridad cómo se abría paso una sociedad completamente distinta, una sociedad que consideraba que la Iglesia estaba desfasada. Había que hacer la comunión porque era cosa de familia, pero dejó de formar parte de nuestra vida sexual y nuestros valores. Es algo absolutamente impresionante.

EJ: Me gustaría añadir algo. El papa polaco no entendía muy bien las sociedades europeas occidentales, consideraba que eran en sí mismas

un pecado. A la Iglesia española le ocurrió como al nacionalismo español: quedó momificada. ¿Por qué la Iglesia tiene aún mayor vitalidad en Italia o en Portugal que en España? El nivel de asistencia a misa en Portugal es mucho mayor que en España, y eso que hubo allí un atisbo de revolución socialista… La respuesta es que la Iglesia portuguesa nunca se comprometió tanto con la dictadura. Es evidente que Salazar no era anticatólico, pero mantenía a los curas y a los militares a distancia.

La fortísima impregnación oficial de la Iglesia —y la propia momificación del discurso nacional español— acabó provocando que la capacidad de persuasión moral de la Iglesia se rompiera. En algunas sociedades, como la catalana o la vasca, encontró un nuevo factor de relegitimación en el nacionalismo, y por tanto en el cambio político.

Respecto a la afirmación nacional española, actualmente podemos comprobar que es una cuestión no resuelta. Franco se lleva a la tumba el catolicismo oficialista, entendido como órgano regulador de la moral pública y como distintivo del orgullo nacional español.

PI: Esto es muy importante, sobre todo al pensar en Ciudadanos. Ciudadanos puede responder a todos los tópicos de la sociedad española, menos al del catolicismo.

El Partido Popular sí conserva ese distintivo, por desgracia para el partido, ya que el peso de la Iglesia suele suponer una rémora. Que los obispos organicen manifestaciones contra el matrimonio homosexual mientras Cristina Cifuentes baila con Manuela Carmena en la marcha del orgullo gay es una desgracia para el Partido Popular.

Cuando José María Aznar intenta construir una derecha española que pueda recuperar España, es plenamente consciente de que debe encapsular a los sectores ideológicos católicos. Sabe que ya cuenta con su voto y que para crecer hacia el centro debe distanciarse de lo que aquello representa.

No deja de ser una característica llamativa de la sociedad española, ya que la Iglesia ha tenido recursos y tiempo para reinventarse en

España y pintarse con tonos más progresistas. El propio papa Francisco ha intentado mover sus piezas en la Iglesia española, pero esta se ha resistido de forma tenaz, anclada políticamente en asuntos que tienen que ver con esa momificación. Hay organizaciones de la sociedad civil católica con un poder enorme, empezando por el Opus Dei, una organización de élite que ha llegado a controlar consejos de ministros del Partido Popular. Y al descomunal poder económico de la Iglesia católica debe añadirse el enorme poder mediático, plasmado en la cadena COPE y 13TV, instrumentos de difusión de los obispos y la ultraderecha. Todo ello da una imagen oficial espeluznante de la Iglesia en España.

EJ: Sí, desde Roma se decidió estrangular el programa de Tarancón que apostaba por una nueva autonomía de la Iglesia respecto al Estado, una puesta al día desde la sociedad cambiante. Lo primero que hace Rouco Varela es crear el programa de beatificación de los mártires de la Guerra Civil, aplaudido por Wojtyła. Esto acaba de destrozar la vertiente católica alternativa que vemos en el nacimiento de Comisiones Obreras y que había alcanzado una notable intensidad en Cataluña, el País Vasco e incluso en Madrid.

UCD, también conocida como «la Empresa»

EJ: Me gustaría volver a «la Empresa», a la UCD. Es un fenómeno que convendría estudiar con mayor atención: el descreimiento del partido gobernante es clave para entender la Transición, para entender cómo se hicieron las cosas y se alcanzaron determinados pactos y para descifrar la figura de Adolfo Suárez. Siempre he visto en Suárez a un hombre fiel al papel que se le asigna: evitar que la Transición se convierta en una silla de tortura para la monarquía. Y, entre aceleraciones y frenazos, lo consigue, gracias a una ley electoral que, dicho sea de paso, los partidos de la oposición aceptan sin rechistar. El

PCE fue el principal damnificado de aquella ley. Debió de imaginar que obtendría mejores resultados. No se situó en el peor de los escenarios posibles, que a fin de cuentas es el que le tocó vivir.

La UCD llegó a tal grado de pragmatismo, que aún nos llegan radiaciones del descreimiento de Suárez en la vertiente religiosa y nacional. Me fascina ver, una y otra vez, cómo se renuncia a la afirmación nacional española durante la Transición. Como has dicho, en 1974 el PSOE defendía la autodeterminación de los pueblos. ¡La autodeterminación! Desde luego, todo el mundo tiene derecho a rectificar, pero esa no es la cuestión: el Partido Socialista también se basaba doctrinalmente en el marxismo y lo abandonó. La cuestión es por qué un partido que se reformatea, con una gran ambición y apoyos estratégicos importantes a escala europea, puede permitirse afirmar en su primer programa el derecho de autodeterminación sin que se encienda ninguna luz roja. Por una razón muy simple: porque la idea nacional española estaba hecha polvo.

No querían ningún tipo de autodeterminación, evidentemente. Querían competir con los grupos socialistas federales empeñados en construir un partido socialista alternativo desde las periferias. La FPS. La Federación de Partidos Socialistas en busca de un nombre definitivo. El proyecto de Alejandro Rojas Marcos, Xosé Manuel Beiras, Joan Reventós, Ernest Lluch, Vicent Garcés, Joan Garcés, Emilio Gascón, Enrique Barón y tantos otros. Con ese proyecto socialista alternativo y con un PCE-PSUC, el PSOE no podía reaparecer en 1974 como un partido tristemente reformista. Tenían que elevar el tono hasta donde la realidad profunda lo permitiera. Y la realidad profunda era esta: que los negociadores de la UCD nunca plantearon la cuestión de la defensa de la identidad nacional española en términos dramáticos o agónicos. Hay que reconocer que el único que lo planteó fue Manuel Fraga: «Cuidado, con esto no se juega».

PI: De hecho, la UCD es una suma de partidos y de familias que muchas veces tienen vínculos territoriales.

EJ: Cuando a la UCD se le plantea transferir la educación a la Generalitat de Catalunya, la transfiere. La Empresa considera que la educación se puede transferir, y eso le permite establecer los equilibrios adecuados en el País Vasco y en Cataluña. Una vez dado ese paso, se equilibra en el resto del país. Esto es la Transición.

Una vez ha realizado el esfuerzo principal, caray, ¡Adolfo Suárez empieza a gustarse! Es humano. Es interesante recordarlo. Se alcanzan los Pactos de la Moncloa —tejidos básicamente con el PCE— y Suárez empieza a cobrar más autonomía de los poderes fácticos. Empiezan a recelar de él y al final deciden romperle las piernas. Los Pactos de la Moncloa, tan vilipendiados ahora por la nueva izquierda, no gustaron nada a la empresa privada. Contenía contrapartidas importantes, como el futuro Estatuto de los Trabajadores o el firme compromiso de crear escuelas públicas en las grandes ciudades, programa que en buena parte se ejecutó.

Como te he dicho antes, soy de Badalona, una ciudad industrial de la periferia de Barcelona. A principios de los años setenta, el 90 % de los niños y jóvenes de esa ciudad íbamos a escuelas privadas o a colegios religiosos. Había mucha oferta, con tarifas muy distintas. En una ciudad de 225.000 habitantes, en los años setenta solo había dos institutos de enseñanza pública. Los «colegios nacionales», como se llamaban entonces, estaban desprestigiados. La mayoría de los chavales estudiábamos en escuelas y academias privadas de distinta categoría, o en escuelas religiosas. Yo hice todo el bachillerato en una escuela regida por antiguos maestros de la República que habían obtenido permiso para seguir dando clases. Las clases las hacíamos en catalán y lo escribíamos todo en castellano. En realidad no pude aprender bien la ortografía catalana hasta los dieciséis años, cuando se autorizaron clases de mi idioma materno en horario extraescolar. En pocas palabras, apenas había escuela pública. Esta situación empieza a cambiar a principios de los años ochenta, después de los Pactos de la Moncloa, cuando empieza a moverse una considerable cantidad de dinero del Estado para construir escuelas públicas. Fue el efecto de los

Pactos de la Moncloa y no se lo perdonaron a Suárez, porque no existía una osamenta de escuela pública fuerte en España. Se empieza a crear en aquel momento.

Tampoco le perdonaron que retrasase el ingreso de España en la OTAN ni, posiblemente, que, en un arrebato, abrazase a Yasser Arafat. Entonces cae.

PI: He leído mucho sobre Adolfo Suárez. Es una figura que me fascina, a pesar de que carece de formación intelectual, lo cual es una pena...

EJ: Era todo teléfono, Ducados e instinto.

PI: Es una pena que no dejara unas memorias o una reflexión sobre su vida política, porque fue un fuera de serie. Sabía correr, marcar el ritmo, leer cada momento y ser valiente, lo cual es extraño en una figura que, según se desprende de la biografía que escribe Gregorio Morán, era un trepador profesional. Fue un tipo que nació en una familia muy humilde de represaliados de la Guerra Civil y que, partiendo de las más bajas estructuras del régimen en Ávila, teniendo que acercarse además al Opus Dei, realizó una ardua y difícil tarea de trepador. No era brillante ni buen estudiante y, sin embargo, terminó llegando a Televisión Española. Probablemente fue uno de los primeros en comprender lo que de verdad significan los medios de comunicación.

Entonces fue cuando Torcuato Fernández Miranda le dijo que era el elegido. Montaron los trapicheos de la terna para que, después de Arias Navarro, él fuera el director de orquesta; una figura vinculada, por una parte, a la inteligencia política de Fernández Miranda —una de las grandes mentes del régimen— y, por otra, a lo que representaba Juan Carlos I.

Y, en efecto, en el momento en el que tiene poder, Suárez se gusta a sí mismo, se envalentona, quizá de forma errática. El abrazo con Arafat y su visión de la realidad política internacional y de la geopolítica quizá sean propios de alguien que no sabe bien de qué va

el tema y cuál tiene que ser el papel de España en el mundo.

En cualquier caso, es valiente. Consigue que todos corran detrás de él y entiende que la política es el manejo de los tiempos. Les pone a discutir sobre lo que está haciendo y, a la semana siguiente, lleva a cabo una iniciativa nueva. Cuando Javier Cercas habla del chisgarabís de provincias en *Anatomía de un instante*, huele algunas de las características del personaje y de la fascinación mutua con Carrillo, de cómo se gustan.

De hecho, hay una anécdota de Suárez que me reconcilia con el personaje. Parece que una vez Emilio Botín lo esperaba en su despacho con los pies encima de la mesa. Al entrar Suárez, casi lo abofetea. Le ordenó que quitara los pies inmediatamente y le dijo que ese era el despacho del presidente del Gobierno. Botín pidió perdón y dijo que tenía gota, aduciendo que el médico le había recomendado mantener los pies en alto… En fin, era un tipo consciente de lo que significa ser presidente y no aceptó que un banquero pusiera los pies encima de su mesa.

Por supuesto, también será recordado por su separación del rey y de los poderes fácticos, que nos valió a todos un golpe de Estado… Es verdad que el 23F llegó cuando Suárez ya preveía dimitir, pero la dinámica no pudo pararse a tiempo. En cualquier caso, aquello fue una operación política para acabar con Suárez. Pero él resistió, como gato panza arriba.

Por otra parte, fue una de las tres personas en España que consiguió mantener el tipo. Cuando Antonio Tejero entró en el Congreso, solo Adolfo Suárez, Manuel Gutiérrez Mellado y Santiago Carrillo se quedaron de pie. Gutiérrez Mellado era general, así que se esperaba de él que se levantara al entrar unos números de la Guardia Civil. Suárez era presidente del Gobierno y sabía que eso significa que a él tenían que matarlo de pie. Y lo mismo con Carrillo: era el secretario general del Partido Comunista de España, el cargo más importante que podía tener después del de papa… Si lo mataban, no sería de rodillas en el suelo. Trescientos diputados se echan al suelo y

unos tipos con ametralladoras y pistolas pegan tres tiros.

Con todo, la actuación de Suárez no deja de contrastar con sus ingenuidades…

EJ: Y un año después la sociedad elige a Felipe González. Aquel que estaba ahí debajo del escaño. Lo eligen porque representa la solución. González es el único que puede desatascar la situación. Es joven, es listo y tiene una excelente conexión con Europa. Pero es verdad, no se mantuvo erguido en el Congreso de los Diputados…

PI: España no premia a los valientes.

EJ: Efectivamente, de aquí podemos sacar una buena lección. Lo has descrito muy bien.

Hay otras dos anécdotas de Suárez que también merecen un comentario. Una me la contó un hombre entrañable, Jaime Arias, que fue consejero de dirección de *La Vanguardia* y jefe de comunicación de una de las principales empresas cinematográficas norteamericanas en España cuando se empezaron a hacer algunos rodajes importantes. Arias me contó que una vez fue a verle un joven procurador en Cortes, que quería saber cómo se hacía una campaña a la americana porque, al parecer, venían unas elecciones del tercio familiar. Jaime Arias le dijo: «¿Para qué lo necesitas, si vas a salir igualmente? No hace falta hacer una campaña a la americana». Ese joven procurador en Cortes era Adolfo Suárez.

La otra anécdota, que creo que está recogida en el libro de Gregorio Morán sobre Suárez, se remonta a la época del Segundo Plan de Desarrollo, cuando Suárez era gobernador civil de Segovia. Por la razón que fuere, Segovia quedó fuera del plan. Cuando Franco le recibió en audiencia, le hizo la pegunta de rigor: «¿Qué tal va, Suárez?». Y él respondió: «Disgustado, su excelencia». «¿Disgustado por qué?», le preguntó Franco. «Porque los segovianos no se merecen ser españoles de segunda». En esta anécdota está el germen del Estado de las autonomías. ¡Plan de Desarrollo para todos! El Plan de

Desarrollo fue rectificado y Suárez consiguió que incluyera alguna previsión para Segovia.

PSOE y PCE

EJ: Me gustaría hablar del PSOE y del PCE en aquellos tiempos. A veces tendemos a ver las cosas como resultado de grandes maquinaciones cuando en realidad muchas son fruto de la casualidad. Igual en el pasado. El Estado de las autonomías, artefacto que ahora pende de un hilo, en parte se concibe porque Suárez intuye que responde a una demanda social. Llega un momento en el que Suárez se gusta tanto que transmite un mensaje a los gobernantes europeos: «Os voy a montar un régimen de descentralización en España que os vais a enterar. A demócrata a mí no me gana nadie». En parte, el estado autonómico es fruto de la pasión de Suárez por la temeridad. Si el sistema autonómico hubiera estado pilotado por otra conjunción de fuerzas tal vez no habría alcanzado los niveles actuales, se habría desarrollado de otra manera. Hay algo de quijotesco en regionalizar un país en un tiempo récord.

PI: Tengan o no constitución formal, por lo general los países tienen constitución material. Reino Unido, por ejemplo —que no tiene constitución escrita— tiene constitución material: una serie de relaciones de poder que informan el sistema político y el régimen británico.

En España, la Constitución deja abierta la cuestión territorial. Es algo curiosísimo. Dicho de otra manera, en el marco de la Constitución española podía construirse un Estado centralista o un Estado federal. La cuestión está abierta y no se precisa cuál es la constitución material.

En aquel momento se sabía que había presiones en Cataluña, País Vasco, Galicia y, después, en Andalucía y otros territorios. Sin

embargo, cartografiar todo aquello era muy difícil, puesto que no había una realidad institucional —más allá de la pervivencia de los fueros— que expresara cuáles eran las relaciones de poder existentes en España. Por culpa del franquismo, nadie lo sabía. Así pues, el nivel de contingencia de la solución que se halla, que fue la del Estado de las autonomías —podría haber sido cualquier otra—, es muy alto. Ahora todo parece inamovible, pero las comunidades en España podrían haber sido muy distintas.

La paradoja de todo ello, y será el punto de partida de una discusión ulterior, es que una serie de decisiones contingentes tomadas durante la Transición establecen una constitución material de facto: la realidad de las comunidades autónomas. Una vez que existen, plantear vaciarlas de contenido, como hacen algunos, es inimaginable. Se han construido entramados administrativos a nivel territorial que, en mi opinión, ya forman parte de la cultura política de nuestro país.

Suele decirse que en España no existe una cultura política propicia a la formación de Gobiernos de coalición. Eso debemos refutarlo: aunque no se dan a nivel estatal, ha habido muchísimos Gobiernos de coalición a nivel autonómico. Y de diferente signo. En el País Vasco, Rosa Díez se hizo famosa como portavoz de un Gobierno de coalición entre el Partido Socialista de Euskadi y el PNV. En Cataluña se inventó el tripartito —formado por el PSC, ERC e ICV— y hoy el Partido Socialista gobierna con Podemos en Castilla-La Mancha. Por no hablar de los acuerdos tripartitos en la Comunidad Valenciana y en Baleares, de la coalición de Gobierno entre diferentes fuerzas políticas en Navarra (con la dificultad añadida que entraña la región), etc.

En Andalucía, incluso la versión más tradicional y conservadora del Partido Socialista ha gobernado en coalición con Izquierda Unida. Aunque es cierto que gobernar con un socio menor es muy cómodo, porque al entrar en el gabinete se inmola políticamente…

En resumen, las comunidades autónomas han creado una cultura política y estilos de gobierno inexistentes en España y que todavía son tabú en la política estatal. Esta cultura política es singular e ineludible

para imaginar cualquier solución al problema catalán. El problema catalán se plantea en una realidad en que las comunidades autónomas seguirán existiendo, pero en la que ya no representan la promesa de Estado de las autonomías de hace treinta y cinco años. Ahora son una realidad consolidada con un sistema de partidos propio. Ya no únicamente en Cataluña y en el País Vasco, sino también en la Comunidad Valenciana, en Baleares, en Canarias, etc.

¡Este es uno de los temas más complejos para entender la situación que vive nuestro país!

EJ: En España todo el mundo ha levantado sus propios monumentos en honor a los actores de la Transición. Me estoy refiriendo a monumentos físicos y a monumentos figurados. Me refiero al reconocimiento público. El PSOE lo hizo: señaló cuáles fueron sus hombres importantes y cuál ha sido su legado. De hecho, podríamos decir que el PSOE ha superado todas las adversidades a lo largo de todos estos años gracias, en parte, a la existencia de ese legado. En ocasiones han llegado a darse tensiones y contradicciones: en el programa de Rodríguez Zapatero se vislumbra cierto impulso revisionista, por ejemplo. Por supuesto, nadie pone en duda que los socialistas fueran actores muy importantes de la Transición y de la reconfiguración del régimen democrático en España.

Pondré un ejemplo distinto: constato que se ha impedido que la UCD cayera en el olvido. Pese a su desintegración, se ha creado una especie de hermandad de antiguos ministros y dirigentes centristas. La figura de Adolfo Suárez ha sido reevaluada de forma un tanto impostada, a mi modo de ver. Las imágenes de su funeral son realmente crudas, puesto que la mitad de los asistentes había conspirado para acabar con él. Así se construye la historia, para que nos vamos a desengañar. Está claro que en un momento dado, la propia evolución de la política española exigió reflotar a Adolfo Suárez como figura de consenso. La rehabilitación de Suárez era imprescindible para crear un relato modélico de la Transición.

La única fuerza que ha desistido de construir su propio monumento, absurdamente, creo, ha sido la izquierda del Partido Socialista. Me refiero al Partido Comunista y sus posteriores transformaciones. Es algo que nunca dejará de asombrarme. Parece que tuvieran que avergonzarse de lo que hizo, que quisieran que no quedase nada de su esfuerzo para la posteridad. El PCE, el PSUC y Comisiones Obreras fueron decisivos para que no se impusiese en España una dictablanda, la transición lenta a la que aspiraban Fraga y otros posfranquistas. Me parece alucinante que los herederos directos e indirectos de aquella corriente política no reivindiquen una aportación tan fundamental. Me parece significativo, porque supone sacar del escenario a una serie de actores muy importantes.

Dicho de otra manera: lo único que queda en Madrid de la aportación de los comunistas y de la gente más activa contra la dictadura a finales de los años setenta es el monumento a los abogados de Atocha en Antón Martín (uno de los monumentos contemporáneos más emotivos que hay en Madrid). Manuela Carmena, es verdad, ha empezado a cambiar los nombres de algunas calles. Marcelino Camacho ya tiene una calle en Madrid… tantos años después. No se ha perseguido ninguna sedimentación. Desde luego, eso tiene una explicación: el proceso de crisis del PCE después de la Transición, las disensiones internas, la desintegración orgánica y la aparición de discursos tremendamente críticos respecto a su papel durante la Transición.

No obstante, creo que es un reflejo de algo más profundo y que tiene valor actual. En este país, a las clases subalternas les cuesta mucho convencerse de que son capaces de desempeñar un papel de dirección política. En ese comportamiento hay mucha subordinación social. No sé si los Pactos de la Moncloa fueron un acierto o un fracaso —probablemente fueran ambas cosas a la vez—, pero desde luego es uno de los momentos de la historia reciente de España en que la clase trabajadora adquiere responsabilidades de dirección nacional, haciéndose corresponsable de la situación y adoptando una serie de

decisiones. Impresiona ver la intervención de Enrique Fuentes Quintana en televisión al cabo de unas semanas de celebrar elecciones y constituir el Gobierno. El ministro de Economía comparece con traje y corbata ante los telespectadores —en aquel momento solo había dos canales— y cual burócrata de la Alemania del Este explica que la situación es muy mala y que la inflación supera el 40 %. Hay que llegar a un gran acuerdo antes de que España se vea obligada a suspender pagos. Se lanza la propuesta de llegar a acuerdos y la principal fuerza política obrera en aquel momento —Comisiones Obreras y el PCE— se sienta en la mesa y pacta. Es decir, ejerce una política de responsabilidad nacional y coloca a los trabajadores en la tarea directa de salvar al país de la catástrofe.

Por descontado, este papel fundamental de los comunistas ha sido diluido en el relato oficial de la Transición. Si tomamos como referencia la serie de televisión de Victoria Prego, la Transición fue algo así como una sucesión de milagros. La democracia llegó gracias a la Divina Providencia encarnada en la figura del rey. La cultura política española funciona como si bajo las lápidas de El Escorial estuviera escrito que la dirección nacional corresponde siempre a las fuerzas de arriba. Pasados los años hubo discusiones atroces en el entorno del PCE sobre lo que habían significado los Pactos de la Moncloa. Una discusión que acabó mal y que no supo preservar en términos simbólicos la aportación de la parte más politizada de los trabajadores españoles a esa compleja sucesión de pactos y tensiones que fue la Transición. Considero que esa renuncia al mérito histórico, mediante la radicalización del discurso, es una muestra tremenda de debilidad política y psicológica. Un comportamiento de clase subalterna. Es algo profundo en la historia de España. Creo necesario plantear la cuestión desde este punto de vista.

PI: Absolutamente. Es un tema muy provocador…

Para cierta tradición política dentro del PCE, Podemos representa algo que costó mucho asumir, si es que se ha asumido del todo. Prueba

de ello es la dificultad, para algunos sectores de lo que queda del PCE y de Izquierda Unida, para trabajar con nosotros. Algunos asumieron hacerlo como proyecto estratégico, pero otros hubieran preferido no juntarse con nosotros jamás.

Me parece una cuestión con dos dimensiones. Por una parte, a diferencia del PCE, nosotros no renunciamos a nada, no transamos. No es que sea producto de nuestra actitud, sino de unas circunstancias históricas que nos lo han permitido. No transamos, ni siquiera en lo simbólico.

Por otra parte, Podemos obtuvo casi desde el principio niveles de apoyo electoral con los que el PCE jamás pudo soñar. Además, Podemos es una fuerza política más crítica y con muchos menos compromisos con nuestra historia. Muchos dirigentes de Podemos han dicho cosas sobre la historia de España, incluso sobre la cuestión plurinacional, que prácticamente ningún dirigente relevante del PCE se ha atrevido a decir. Esto se explica fundamentalmente por el contexto histórico y la historia personal de unos dirigentes con respecto a otros. La historia personal de algunos de nosotros es muy diferente a la de los dirigentes del PCE, la de España y la de otras generaciones.

Cuento dos anécdotas muy rápidas a este respecto. La primera es la de Juan Carlos Monedero acercándose a Santiago Carrillo y preguntándole: «Don Santiago, ¿por qué defiende usted tanto al rey?», a lo que Carrillo contesta: «Monedero, no podemos regalarle el rey a la derecha». Es un choque de dos mundos. Que un tipo con un pasado como el de Carrillo diga eso... Recordemos que el mismo Carrillo que rompió con su padre —el «traidor» Wenceslao Carrillo— y que se había mostrado despiadado con gente como Heriberto Quiñones, se convirtió después en un pragmático aspirante a Enrico Berlinguer, aceptando la monarquía y la bandera… Su historia es del todo diferente a la nuestra.

La segunda anécdota tiene que ver con el jefe de IU en Andalucía, Antonio Maíllo, una persona profundamente inteligente y con un gran conocimiento de la complejidad andaluza. En una reunión, Maíllo me

dijo: «Algunas personas mayores no soportan las críticas que hace nuestra generación a la Transición». En efecto, hay sectores que no soportan que hayan llegado jóvenes a decir que no todo fue fantástico. Aunque entiendan que quizá no pudiera hacerse otra cosa.

Creo que esto tiene que ver con el resultado de la Transición. El PCE fue muy generoso. Aceptó cosas difíciles de tragar para su cultura política con el único fin de ser un partido del sistema. El Partido Comunista Italiano es uno de los padres de la República Italiana, el partido que practica de manera más eficaz y heroica la lucha armada, junto con los partisanos blancos. Digamos que el alma comunista está inscrita en la Constitución italiana de 1948. El problema para nosotros es que tiene un origen más heroico que el de la Transición española, al representar la victoria contra el fascismo. Además, el PCI se convierte en el primer partido de la izquierda, con un extraordinario nivel de organización.

El PCE, en cambio, pagó la estrategia posibilista y la apuesta de Carrillo por alzarse como adversario de Adolfo Suárez. Al final se quedó en unos resultados electorales muy modestos que dejaron al partido sin opciones de gobernar a nivel estatal y, por lo general, en una posición subalterna en los Gobiernos municipales. La excepción fue Cataluña, donde había un PSUC que se parecía más al Partido Comunista Italiano. No obstante, la operación en Cataluña se termina de resolver pronto, la posibilidad de que el PSUC se una al PSC para actuar como partido de Gobierno en Cataluña se disuelve en seguida.

A partir de entonces ese espacio político se convierte en una plataforma de resistencia que acoge el desencanto de sectores sociales minoritarios que critican lo que no funciona. Además, la última gran batalla de aquella izquierda —el referéndum de la OTAN de 1986— es una especie de espejismo, ya que el resultado a favor del no es alto en comparación con los votos a los partidos que defendían dicha opción. Recordemos que ese mismo año hay elecciones: el PSOE vuelve a obtener mayoría absoluta…

Si a eso unimos la dinámica interna del PCE, que termina con

Carrillo fuera del partido y con buena parte de los cuadros más importantes integrados en el PSOE, tal y como había ocurrido con cuadros de otras organizaciones de extrema izquierda como la ORT, hasta cierto punto parece normal que la versión «carrillista» del PCE desaparezca con el fracaso político de Carrillo.

En otras palabras, del fracaso político de Carrillo nace una cultura política que, pese a arrastrar elementos del pasado, no forma parte del relato oficial ni tiene interés en hacerlo. Gana la idea de ser un partido de la resistencia, que una a los decepcionados del PSOE y que mantenga una cierta esencia, cuestionando elementos de consenso entre los partidos del sistema: la OTAN, Maastricht, etc. De hecho, Maastricht representa una nueva fractura con los sindicatos, ya que Julio Anguita y Antonio Gutiérrez rompen por ese motivo. Es más, Gutiérrez sigue defendiendo Maastricht —tuve ocasión de conversar con él hace pocos años. Puedo comprender que en esa época lo hiciera, pero después de lo que ha ocurrido… Este tipo de posición explica por qué los más jóvenes y la gente que forma parte de los movimientos sociales sienten una cierta distancia.

Hay un personaje que aparece en un par novelas de Manuel Vázquez Montalbán que me entusiasma y que querría describir aquí. En *Asesinato en el Comité Central*, una de las únicas novelas de Montalbán que transcurre en Madrid, aparece una militante del PCE a la que encargan acompañar al detective Pepe Carvalho por la capital. El personaje reaparece años más tarde, en una novela titulada *El premio*, cuando Carvalho regresa a Madrid. El hijo de la mujer, que en la primera novela era solo un niño, aparece en la segunda ya como un joven que toca la guitarra en un grupo de rock. Ella ya no milita en el partido, sino que participa en un comité de solidaridad con América Latina. Se trata de un hecho probablemente muy representativo de la cultura de resistencia de la que yo vengo. Es común en gente que ha pasado por la Juventud Comunista o que se ha movido en entornos minoritarios muy reacios a gobernar.

En cualquier caso, en este país se produce un momento

excepcional, como expresión de una crisis de régimen: el 15M.

Creo que nosotros hemos sido capaces de dar un paso adelante por el que algunos nos atacan mucho: queremos gobernar y mandar, pero no estamos dispuestos a compartir el relato ni a salir en la foto. Esto tiene mucho de estética, pero también es política. Gobernamos en las principales ciudades y queremos hacerlo en España. Es más, estamos dispuestos a hacerlo con el PSOE. Ahora bien, no asumiremos su relato, su estética, ni nos haremos las fotos que querrían que nos tomáramos juntos.

Esto también tiene que ver con la ruptura estética que representa nuestra llegada al Congreso de los Diputados, un hecho que además causa auténtica incomodidad en los viejos parlamentarios. Ana Pastor ha sabido manejarlo con sentido de época. Aunque le incomoda, lo maneja con ironía. Pero el propio José Bono, con el que he hablado muchas veces, habría sufrido mucho al ver entrar en el Congreso a diputadas y diputados vestidos como nosotros. Es posible que incluso vean con cierta nostalgia a los viejos dirigentes del PCE: «Por lo menos ellos venían con chaqueta y corbata. Y no se atrevían a decirnos lo que nos dicen estos listillos». Y que conste que entre nuestras filas se cuentan desde doctores hasta figuras de los movimientos sociales. Hemos logrado hacer algo que no nos perdonan y que todavía genera una reacción de clase, de casta.

Bono me comentó una vez, en una conversación personal, que si él hubiera presidido el Congreso de los Diputados, se habría plantado. ¿Estos van a entrar aquí a cuestionar el relato y a decir que en España ha habido terrorismo de Estado, señalando a un presidente del Gobierno como responsable desde la tribuna de oradores? Seguramente el PCE no se habría atrevido a decir ciertas cosas y a hacer determinados gestos. Nosotros hemos homenajeado desde la tribuna parlamentaria a los fusilados del 27 de septiembre. Nos hemos atrevido a reclamar honor y gloria a los voluntarios internacionales que vinieron a este país y se ganaron por su heroicidad el derecho a ser considerados españoles. Para quien manda en este país, los de la

cultura imperial, es algo tremendo. Además, no lo dice un partido que llega con dos diputados y un 4 % de los votos, sino con 71 diputados y más del 20 % de los votos. Y que además gobierna. Y que sabe que los debates fundamentales no tienen que ver con la venganza de la vieja izquierda, sino con la creación de un país nuevo, de un estilo y unos símbolos nuevos. Con cierta memoria, pero sin concesiones a la estética y a las formas de los que siempre han mandado.

Debo reconocer que todo esto me llena de orgullo. Hemos conseguido que, en España, por fin se digan en sede parlamentaria determinadas cosas y hemos logrado imponer condiciones en algunos momentos. Estamos dispuestos a llegar a acuerdos, pero no al ritmo que nos marquen, a pesar de lo que nos han atacado, del desgaste que eso implica y de que nunca nos lo van a perdonar. A mí, que estoy marcado por la impotencia perpetua de la izquierda, me encanta que hayamos logrado todo esto, y que tengamos la pulsión de mandar sin compartir necesariamente el relato. Soy consciente de que esto conlleva sus riesgos y de que muchas veces es más fácil que te perdonen el programa que el gesto. El gesto nunca se perdona… Me parece increíble poder decir ciertas cosas de la monarquía como presidente de un grupo parlamentario que representa a cinco millones de españoles, como por ejemplo, que no secundamos lo que dijo el 3 de octubre de 2017 sobre Cataluña. Todo ello contribuye a generar una cultura política que acerca nuestro país un poquito más a Europa y que normaliza la idea de que no siempre tienen que mandar los mismos. La izquierda de la Transición no llegó tan lejos.

Termino con una anécdota que intenta dar la vuelta al argumento de que quien quiera mandar en España debe respetar algunos elementos del relato oficial. Hace poco, un dirigente del PSOE me dijo que nuestra posición con respecto a Cataluña daba a entender que no queríamos gobernar en España. Tuve que contestarle que, por supuesto, queremos gobernar, y que aunque nuestra posición sea muy difícil de defender, está concebida para mandar en Cataluña y en España al mismo tiempo.

En suma, considero que hemos conseguido cosas con las que la izquierda tradicional ni siquiera soñó. No creo que fuera un problema de falta de audacia o de tacticismo: las circunstancias históricas no daban para más. Nuestras circunstancias históricas son diferentes.

EJ: Lo que pretendía señalar, a grandes rasgos, es la existencia de un vacío narrativo y político que difumina el papel real del destacamento popular, representado por el PCE, el PSUC y Comisiones Obreras, en la historia reciente de España. A mi modo de ver, la política de concertación que se llevó a cabo entre 1977 y 1982 fue positiva para el país. Supuso sacrificios para los trabajadores, pero tampoco sabemos cuál habría sido la alternativa. Si España hubiese llegado a quebrar, las consecuencias sociales, políticas e incluso militares —en un marco de grave deterioro de la economía española—, e incluso las propias condiciones de acceso al Mercado Común, habrían sido mucho más graves. Era un momento de enorme complejidad.

Insisto, le concedo tanta importancia a este punto porque por primera vez las fuerzas obreras y las fuerzas de la izquierda más combativa asumen responsabilidades de dirección nacional. En la propia dirección de la UCD se llegó a discutir la posibilidad de gobernar en coalición con el PCE. Buenos conocedores de la extinta UCD dicen que fue una estratagema para presionar al Partido Socialista y que, en realidad, no existía un proyecto sincero de coalición con los comunistas. Aun así, resulta significativo.

Con todo, está claro que el PSOE fue a los Pactos de la Moncloa arrastrando los pies. No podía quedarse fuera, así que acudió a la firma de muy mala gana. (Y lo mismo puede decirse de la UGT.) No les gustaba, pero no podían estar ausentes.

Te contaré una anécdota de juventud. A partir de 1977, en España se producía un atentado de ETA casi cada quince días. La tensión en los cuarteles era enorme. En un momento dado, los militantes del PSUC recibieron la instrucción de enviar una delegación del partido a los cuarteles de la Guardia Civil en cada localidad para dar el pésame

cada vez que se produjera un atentado en el que murieran guardias civiles. Se veía venir el 23F. Ese estilo de hacer política se ha perdido. Pues bien, la noche del 23F, el comandante del puesto de la Guardia Civil en Badalona llamó al alcalde de la ciudad, el comunista Màrius Díaz, para decirle que mientras él fuera comandante del puesto podía estar tranquilo. En otras palabras: había una política de responsabilidad que a mí siempre me generó una profunda impresión. Y debo decir que no participaba de ella todo el mundo. Aunque en absoluto puedo afirmar que el PSOE llevase a cabo una política irresponsable, en algunos aspectos no actuaba como operador principal de la situación. A Felipe González los Pactos de la Moncloa no le gustaron nada, porque entendía que reforzaban a Adolfo Suárez y que le alejaban a él de una posición central.

Además, González se podía permitir gestos de radicalidad que le salían gratis, una vez dado el paso que se esperaba de él: la renuncia al marxismo.

Te pongo un ejemplo reciente que creo que conoces bien. Cuando se firman los acuerdos entre PSOE y Ciudadanos, tras el *ballet* táctico que nos ofrecieron en la primavera del 2016, de golpe y porrazo el cuadro *El abrazo*, que permanecía guardado en los almacenes del Centro Reina Sofía, aparece en el Congreso de los Diputados como telón de fondo de la firma. El cuadro de Juan Genovés se usa para simbolizar el abrazo entre «centristas». Sin embargo, cualquiera que conozca la historia de ese cuadro sabe que representa la salida de la cárcel de los presos políticos después de la amnistía. Es el abrazo de los presos con sus familiares. El cambio de significante resulta muy ilustrativo. La lucha narrativa sobre la Transición alcanza incluso a la pintura…

PI: Tienes razón. Sin embargo, nosotros hemos intentado corregirlo, incluso forzando las cosas. No es fácil.

En 2017, coincidiendo con el cuarenta aniversario de las primeras elecciones generales tras la dictadura, la presidenta del Congreso

convocó un acto de homenaje a los primeros constituyentes en el que nosotros forzamos para que también se incluyera a los luchadores por la democracia. Los que se opusieron de manera más beligerante en la mesa fueron los «susanistas» del PSOE. Al final propusimos a la mesa del Congreso (y conseguimos) que el acto tuviera lugar en sede parlamentaria y que fuera la institución la que rindiera el homenaje. Entre otras cosas, el representante susanista dijo que era una ofensa al rey… Así que tuve una conversación con Ana Pastor, que es una señora pragmática, y le dije: «Presidenta, hay dos formas de hacer esto. O nos deja usted un espacio, o me los llevo a la puerta del Congreso, y ya se puede imaginar el lío». Me respondió: «No, no, Iglesias, ¡cómo no vais a tener un espacio!». Lo resolvió muy bien, negoció como tenía que hacerlo. Imagínate si no nos dejan hacerlo y que los antidisturbios se ponen a empujar a señoras y señores mayores...

Finalmente nos dejaron espacio e invitamos a todos los partidos. Vino el PNV, Convergència (el PDeCAT), Compromís... hasta el PSOE representado por Odón Elorza... ERC tenía que venir, pero al final no lo hicieron en solidaridad con la izquierda abertzale, que decidió no acudir porque aquello era una cosa de la izquierda española que no iba con ellos. Queríamos reivindicar a los artífices de la democracia porque forman parte de la historia de nuestro país.

De todos modos, todo lo relativo a la memoria es complicado. En un país donde los relatos sobre el pasado son tan claros, es un tema que tiene aristas.

El cine y las series son dos de las herramientas más importantes a la hora de fijar los relatos históricos. Pensemos en *Cuéntame*: sería muy difícil construir un relato alternativo. De hecho, hay una película genial dirigida por Manuel Huerga y producida por Mediapro, *Salvador*, que trata de Salvador Puig Antich, un personaje polémico, tanto por lo que representaba el MIL como por lo que representaba él. Es una película que se estrenó en otros países con mucho éxito y que contribuyó a crear un relato de protagonistas distintos, anónimos, y

que para nosotros es crucial. Cuando proyectamos la película en la facultad —gracias a lo cual conocí a Jaume Roures— vi a algunos estudiantes llorando a moco tendido y haciendo una lectura distinta de la historia de España.

Una vez, en una intervención posterior a un resultado electoral, recuerdo que intenté establecer una genealogía desde el siglo XIX hasta el siglo XX que planteara no solo los viejos mitos de la izquierda sino también los mitos liberales. Ha sido fundamental construir una genealogía desde los militares liberales hasta la Transición, pasando por la Institución Libre de Enseñanza y los republicanos, capaz de reivindicar determinados elementos culturales. Rosa León o Joan Manuel Serrat, por ejemplo, son referencias para nosotros.

El que se ha dado cuenta de esto desde el principio ha sido Pedro J. Ramírez, una figura singular y muy leída. Aunque tiene grandes defectos, es muy inteligente. Cuando escribe sobre Podemos dice que somos odiosos y peligrosos pero profundamente españoles. Representa algo que forma parte de las tradiciones históricas de nuestro país. No comparte el planteamiento de un Jiménez Losantos: «¡De Lenin a Podemos!». El ADN de Podemos está vinculado a tradiciones políticas que desde el siglo XIX sirven para entender España. Nuestra posición sobre la cuestión nacional tiene que ver con una tensión consustancial a este país. Esta tarea de resignificación del pasado, esta voluntad de reivindicarnos como una parte intrínseca de lo que es España, nos parece crucial. Y las dinámicas de poder nos lo ponen difícil. No basta con voluntad política; hace falta capacidad de mitopoiesis, es decir, de creación de mitos, lo cual a su vez requiere instrumentos de reproducción social.

Los medios de comunicación deberían dejar espacio para estas cosas y las instituciones deberían abrirse un poquito más a otro tipo de tradiciones. Ese es uno de los fracasos históricos de la izquierda: no haber conseguido instaurar una producción cultural que disputara y abriera nuevos espacios en lo referente a la idea de España. Se ha repetido la idea de que hay muchos directores de cine de izquierdas,

que la cultura es un terreno dominado por la izquierda, etc., pero en las creaciones concretas se da una ausencia notable de lecturas progresistas de lo que significa este país.

Últimamente se está escribiendo más. Hay más gente que se dice harta de la España de charanga y pandereta y que recuerda que también existen una España de Valle-Inclán, una España de Cernuda y de Machado, etc.

EJ: Sigamos hablando del papel de la izquierda… Cuando una organización política entra en crisis, como le ocurrió al PCE en su momento, parece que todo se estropea. Comisiones Obreras ya hizo suficiente con sobrevivir como organización al fallecimiento político del PCE. Siempre me ha impresionado la pasión con la que muchos dirigentes y cuadros medios del partido comunista se entregaron a las luchas internas. Acabaron aplicando a aquella lucha toda la inteligencia que habían empleado contra el franquismo. La lucha, por cierto, fue auténticamente devastadora.

Curiosamente, los mismos personajes que combatían en el plano político, y a los que parecía importarles muy poco la supervivencia de su organización política, se cuidaron mucho de trasladar la batalla al sindicato. Hubo batalla en el sindicato, pero no fue tan virulenta. Comisiones Obreras no se rompió. Esto siempre me ha dado mucho que pensar. Hubo batalla en todas las federaciones sindicales, pero no se saldó con una escisión o ruptura. Los mecanismos de pacto ahí sí que funcionaron. El partido puede romperse, pero el sindicato no. ¡Con las cosas de comer no se juega! Muy español. Una expresión más de la vocación subalterna. Se pelearon por la adhesión a la Unión Soviética, cuando cualquier persona inteligente sabía que la URSS iba al desastre. Eso sí, el sindicato fue intocable. En el fondo hay en esa actitud una aversión a la política. La sombra de Franco era más alargada de lo que parecía.

Felipe González se movió también en ese registro, pero de otra manera. Una de sus decisiones estelares en la segunda mitad de los

años ochenta es la de embarcar en el yate *Azor*, el barco que había pertenecido a Franco, en verano de 1986, tras ganar el referéndum de la OTAN y revalidar la mayoría absoluta. Coge el yate y se va de Lisboa a Rota. Al cabo de unas semanas, Juan Luis Cebrián le hace una larga entrevista en el dominical de *El País* y le pregunta por el balance que hace del franquismo. González responde con una evasiva: «Aún es pronto para pronunciarse». ¿Acaso le había dado un ataque crónico de derechismo en aquel momento? No. González estaba ocupando todos los espacios vacíos que veía. Había espacio vacío por la derecha, así que les dijo a los sectores más conservadores de la sociedad española, que en aquellos momentos estaban desmovilizados políticamente, que no hacía falta que se levantaran del sofá: «Yo soy la garantía del orden. Soy el orden antiguo, pero en democrático. No os preocupéis».

PI: Hasta el punto de que su Ministerio de Economía está compuesto por gente formada en el Banco de España.

EJ: No se trata solo de economía: González garantiza tranquilidad, como en la etapa anterior. La clave de todo era ese carácter tan profundamente pragmático que tiene la recuperación de la democracia en España. El PSOE sirve para que la gente viva mejor y tranquila, sin resquemores del pasado. Evidentemente, a Felipe González la historia del PSOE le interesa poco, pues la menciona a cuentagotas, en la medida que puede asociarse a la Guerra Civil, un marco mental que los demócratas españoles querían evitar a toda costa. Lo que hace en realidad es fundar un nuevo partido con las siglas del viejo.

El primero que bucea de verdad en la historia de su partido es José Luis Rodríguez Zapatero al plantear la rehabilitación de Juan Negrín. El PCE se desvanece, sus últimos veinte años de historia se evaporan, y es desplazado por un PSOE ligero de equipaje histórico explícito. Y a la sociedad le parece bien que sea así. Nos hallamos en la apoteosis del pragmatismo: hemos entrado en la OTAN y vamos a entrar en Europa. Se está cumpliendo la ilusión colectiva de ingresar en Europa.

PI: Entiendo el planteamiento. El éxito del PSOE como partido-que-más-se-parece-a-España, con todo lo bueno y todo lo malo, es incuestionable. Creo que una de sus reglas clave a la hora de gestionar el partido consiste en ofrecer orden y tranquilidad, sobre todo a los sectores más poderosos. El PSOE no se busca ningún enemigo en el poder español. De hecho, creo que se le podría criticar que, aunque no podía cambiarse todo —debemos recordar lo que significaban el ejército, la banca y la industria—, podría haberse hecho más.

De hecho, hay casos escandalosos, como el de la guerra sucia. Por mucho que se empeñen en maquillarlo, los GAL marcan la historia política de Felipe González, porque no son ni de lejos una consecuencia inevitable de la lucha antiterrorista. Asimismo, sus dirigentes se relacionaron con los poderes económicos y mostraron una notoria falta de voluntad de construcción de una nueva clase dirigente en España. Se adaptaron a las élites económicas tradicionales sin crear su propia burguesía.

La España de aquellos años es la de Felipe González y Carlos Solchaga. Cuando Solchaga, ministro socialista y arquitecto de la política económica de González, dice que «la mejor política industrial es la que no existe», o cuando asegura que «España es el país en el que es más fácil hacerse rico», en el fondo revela cómo se construyen estructuralmente las bases sociales de la victoria posterior del Partido Popular. La derrota que le infringe el PSOE a la derecha española también es cultural. De hecho, es probable que su política en todos esos años fuera construyendo las bases estructurales que le permitieran regresar. La derecha española se reinventa y consigue volver con José María Aznar.

Es verdad que a toro pasado todos somos toreros, pero cabe imaginar que las cosas pudieran haber ido de otra manera. Los éxitos son innegables: la extensión de la educación y de los servicios públicos, el cumplimiento de la promesa de prosperidad para las autopercibidas como clases medias, etc. Hay mucha gente de tu generación que en los años ochenta entiende que sus padres no han

vivido así, ni mucho menos. Tu anécdota sobre los primeros frigoríficos y las barras de hielo contrasta sobremanera con los niveles de consumo de los años ochenta y noventa. Habla bien, en definitiva, de la sostenibilidad del proyecto social de Felipe González y de los Gobiernos del PSOE.

EJ: ¡Vivan las tarjetas de crédito! Me explico. Las tarjetas de crédito llegan masivamente a España entre 1977 y 1978. Yo era un jovencísimo periodista de la redacción de *Tele/eXprés* y no tenía prácticamente ni idea de que existían. En mi familia, como en muchas familias catalanas, la deuda siempre había sido mal vista. En la vieja cultura industrial, era mejor no tener deudas. El miedo a no poder pagar. Recuerdo que pagar a crédito me parecía algo inquietante. En fin, primero llegan las tarjetas de crédito y luego la política descubre la deuda como instrumento de seducción pública. Hay que gastar. Vuelvo a Badalona. La prioridad de ese primer ayuntamiento dirigido por los comunistas —por los eurocomunistas— fue sanear las cuentas. Si Mario Draghi otorgase condecoraciones póstumas, una de ellas debería dársela a... ¡Alexis Tsipras, que ha ejercido de comisario europeo!

PI: ¡Eres cruel!

EJ: Y quizá otra medalla a ayuntamientos como el de Badalona, que sanearon la deuda. En los últimos años del franquismo, aquello era un sindiós. La máquina estaba rota, nadie gobernaba, la gente no pagaba impuestos, había un nivel de morosidad elevadísimo, etc. Así pues, se saneó la deuda municipal y se introdujo la disciplina fiscal, con la valiosa ayuda de los ordenadores. A partir de entonces se pudo mantener un control mucho más eficaz de los distintos impuestos locales, de tal forma que a la gente le llegaba a casa un aviso de deuda en el que se le ofrecía pagar a plazos, pero que en cualquier caso instaba a satisfacer la deuda. No creo que nadie pudiera acusar a aquel ayuntamiento de populista, porque realmente saneó las cuentas.

Lo que ocurre es que perdió: los socialistas, que obtuvieron muy malos resultados en las primeras municipales, mejoraron en las segundas. Y de inmediato se endeudaron.

En definitiva, todo esto es anecdótico. Lo esencial es que en aquella época se descubre el valor político de la deuda, que ahora pagamos con creces. Me parece que la izquierda ha reflexionado poco sobre este punto. La izquierda que firma los Pactos de la Moncloa no ve nada claro el tema de la deuda: no forma parte de su cultura. Está dispuesta a hablar de austeridad, siempre y cuando esta se reparta, ¿no?

PI: Aquella sí era clase dirigente.

EJ: Se pactó un plan de austeridad y se pidió a cambio escuelas públicas para los hijos de los trabajadores y un futuro estatuto de los derechos sindicales… Hubo un intento de operar como clase dirigente…

PI: En efecto. Estaban dispuestos a que hubiera recortes, pero gestionándolos por sí mismos.

EJ: Me aprieto el cinturón, pero participo en la conducción de la crisis… Esa idea la había formulado el dirigente comunista italiano Enrico Berlinguer inmediatamente después de la crisis del petróleo. Queréis austeridad, de acuerdo, negociemos la austeridad. Seamos todos austeros, los de arriba y los de abajo. Berlinguer añadía otra exigencia: que los partidos descolonizasen el Estado y redujesen sus redes clientelares. El discurso de Berlinguer sobre la austeridad es de una actualidad tremenda. Poca gente sabe que los pactos de la Moncloa se inspiraron en el acuerdo de rentas pactado en 1976 entre el Gobierno de Andreotti y el sindicato comunista CGIL. El embajador de España en Italia informó a Suárez y ahí empezó a fraguarse el pacto español. La izquierda española supo afrontar la política de austeridad en un momento muy dramático para el país. En

un momento dado, la izquierda a la que no le gustaba la deuda desapareció y fue sustituida por una izquierda que veía la deuda con mejores ojos.

PI: Antes has mencionado la relación entre el PCE y Comisiones Obreras. Quisiera destacar que Comisiones Obreras ha sido mucho más importante que el PCE. Y esto no tiene que ver únicamente con que su organización fuera la principal central sindical del país.

Recuerdo la primera conversación política con mi padre. Fue el 14 de diciembre de 1988, el día de la huelga general. Yo tenía diez años y vivía en Soria. Por la noche, hablé por teléfono con mi padre, que me explicó por qué la huelga era importante para la historia del país. Aquella huelga general demostró que en España había clase trabajadora. Sirvió para ganar el pulso al Gobierno. Además, contó con el apoyo de la UGT de Nicolás Redondo, lo cual fue durísimo para González. La huelga fue un éxito. Paró incluso la televisión, algo inimaginable en la actualidad. ¿Qué diría Ferreras si le explicaran que durante una huelga general no puede describir la situación y hacer conexiones con la calle? Entonces no existían las conexiones y no estaba tan claro que hubiera determinados consensos ideológicos.

Aquel PSOE —el de Miguel Boyer e Isabel Preysler abriendo las puertas de su mansión a una revista del corazón— volvió a ganar las elecciones, pero se demostró que convivía con un país que tenía más en común con Comisiones Obreras que con los partidos de la izquierda. Quedó claro que existían sindicatos capaces de organizar una huelga general. Todo aquello confirió a los dirigentes de Comisiones Obreras un rol mucho más importante que el de los jefes del PCE o de IU, que siempre habían estado convencidos de que podían transformar en votos lo que representaba aquella lucha, aunque nunca había terminado de funcionar.

Uno de los motivos de la huelga era un plan de empleo juvenil que anunciaba la precariedad actual. Pocos años después —a mí me parecieron muchos, porque entonces ya era adolescente y militaba en

las juventudes del PCE—, se publicó un informe censurándolo. El Centro Superior de Investigaciones Científicas había contratado a James Petras para que hiciera un informe sobre la situación de los trabajadores en España. Sin embargo, al ver que era enormemente crítico, declinaron publicarlo. Por supuesto, se hizo famosísimo al instante… Lo publicó la revista *Ajoblanco*, con una introducción de Julio Anguita y de Diego López Garrido. Ahora resulta terrible leerlo. En esencia, distinguía entre dos generaciones de trabajadores españoles. Por un lado, los padres, obreros: no habían tenido grandes niveles de consumo, pero habían podido comprar una casa, cotizar para jubilarse sin problemas, llevar a los hijos a la escuela, acceder a la sanidad pública, casarse, etc. Por otro lado, los hijos: una generación muy distinta de la anterior, porque vive en la precariedad. Es la época en que los bárbaros amenazan con llegar. En aquella época leí un ensayo de Vázquez Montalbán, *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos*, que ya habla de la España de la corrupción y del diario *El Mundo* —la España en la que terminaría venciendo el Partido Popular. Ya no era la España de 1982; era otra cosa.

Mi primera huelga general fue la del 27 de enero de 1994. Yo tenía solo dieciséis años y mi madre, sindicalista de Comisiones Obreras, no me dejó ir al piquete central. Al parecer no tenía edad para ir a la Puerta del Sol a medianoche. Así pues, fui al piquete de mi barrio, donde coincidí con otros adolescentes de mi misma edad a quienes las madres no habían dejado ir a los piquetes de verdad, donde estaban los jóvenes de dieciocho y diecinueve años. Era un piquete de adolescentes y ancianos. Cuando llegamos a los bares de Moratalaz —al supermercado Simago, como se llamaba entonces—, no intimidamos a nadie. Unos éramos demasiado jóvenes y los otros demasiado viejos.

Aquella huelga, en cambio, no se ganó. Había surgido otro país, con una composición diferente de la clase trabajadora. Los sindicatos empezaban a ser conscientes de sus límites. El relato funcionaba, pero la derechización social, que tiene mucho que ver con lo que señalabas

antes respecto a las tarjetas de crédito, prenuncia el «España va bien» de Aznar. Esta idea deriva del acceso al crédito y al consumo y de un modelo de desarrollo basado en la construcción. Es la España que sigue de Barcelona 92 y que, viéndose a sí misma de otra manera, necesita que el Real Madrid gane otra Copa de Europa (en el 1998 lo terminan consiguiendo). Es una España muy orgullosa. Ni siquiera a Anguita le sale. Llegó muy alto, pero no le dejaron avanzar más.

EJ: También cometió algunos errores.

PI: Seguro. El personaje de Julio Anguita daría para otro capítulo muy interesante. Es una época que ya se acerca al desplome del año 2007.

EJ: Supongo que habrás visto *La clase obrera va al paraíso*.

PI: De Elio Petri.

EJ: Es el mismo momento.

PI: La historia de esa película es tremenda. Gian Maria Volonté, el protagonista, era simpatizante del PCI. Y la película es muy crítica con el partido. Tenía un cabreo enorme porque no sabía qué estaba haciendo allí, en una película posobrerista. Una tuerca, un culo... Una tuerca, un culo...

UNA DÉCADA DE CRISIS

La llegada de la crisis

Enric Juliana: Me gustaría arrancar este capítulo recordando la llegada de la crisis de 2007. ¡Es algo que todavía me tiene fascinado! La crisis del petróleo de 1973 me impactó de cerca. La recuerdo bien. El encarecimiento de la energía disminuyó los márgenes de rentabilidad y muchas empresas que habían crecido mucho durante el Primer Plan de Desarrollo tuvieron que echar el cierre. Sus márgenes de crecimiento habían agotado los mercados, por así decir.

Mi padre era contable de una fábrica de pintura en polvo en Badalona. La pintura en polvo: un material típico de la España modesta. En 1977, cuando las primeras elecciones y el cambio político, la fábrica cerró, como tantas otras, y mi padre se encontró sin trabajo a los cuarenta y siete años. Yo ya había acabado el bachillerato y estudiaba COU. Mi padre solía contarme que un amigo de la fábrica —que lógicamente también se había quedado sin trabajo — había abierto un puesto de caramelos frente a un colegio. Para mí era totalmente asombroso. Un trabajador de cuello blanco, un signo de estatus en aquella época, vendiendo caramelos en la puerta de un colegio. Mi padre no se puso a vender caramelos. Se puso a amasar pan. Empezó a trabajar como panadero por cuenta ajena. Como había aprendido el oficio de joven, porque mi abuelo era panadero, pasó sin más de la americana y la corbata a levantarse cada día a las tres de la madrugada para ir al obrador. Así hasta que le dio un infarto y se vio obligado a jubilarse.

En resumen, aquella crisis golpeó sobre todo a los trabajadores de la industria. Los trabajadores la capearon como pudieron: estableciendo un puesto de caramelos frente a una escuela; invirtiendo la indemnización para abrir un bar —en las grandes ciudades se disparó el número de bares—; o montando un pequeño comercio. En aquel momento las cadenas de distribución no tenían la dimensión y la magnitud que tienen ahora, así que había espacio para una economía de supervivencia en el pequeño comercio que, de hecho, permitió que la situación no estallase.

Aunque la crisis de 1973 no estuviera prevista y en apenas dos años truncara la expectativa de crecimiento, la crisis de 2007 llegó de golpe y ante la incredulidad general. De hecho, creo que el negacionismo de José Luis Rodríguez Zapatero era fruto de un cierto espíritu social. La gente no se lo quería creer. Zapatero se equivocó de medio a medio con aquella actitud, pero de alguna manera reflejaba que la sociedad se resistía a creer que toda aquella atmósfera eufórica pudiera romperse. Recuerdo una conversación en el Ministerio de Industria con un economista muy sensato, de Barcelona, que formaba parte del equipo de José Montilla, entonces titular del ministerio. Esta persona, que me merece toda la confianza personal, me dijo: «Enric, ¡no sabes cómo va la economía española! Esto va como un cohete, igualaremos a Francia». Llegó a decirme, literalmente, que podíamos aproximarnos a Alemania.

Pablo Iglesias: Bueno, eso decían los informes del Fondo Monetario Internacional.

EJ: Por supuesto estalló, estalló literalmente. Recuerdo un discurso de Zapatero en Portugal, con motivo de una cumbre entre los dos Gobiernos, en el que se negaba a asumirlo. Dijo que la crisis era culpa del neoconservadurismo norteamericano y que pasaría de largo en Europa. No soy economista, pero escuchándole tuve una intensa sensación de irrealidad. Aquel negacionismo hizo mucho daño al PSOE y a la izquierda en general. Vuelvo a la visión utilitaria de los

españoles: quieren gobernantes que transmitan seguridad en la gestión de la economía. Democracia y estabilidad económica han ido de la mano en este país desde la firma de los pactos de la Moncloa. Esta crisis ha sido demoledora en muchos aspectos: empobrecimiento, mayor desigualdad y pérdida de expectativas. Ahora estamos mejor, pero nadie puede afirmar que el paréntesis se haya cerrado. A todo el mundo le ha quedado el miedo en el cuerpo, incluso a aquellos que la crisis no les ha perjudicado de manera muy directa. Los jóvenes han sido los más perjudicados.

PI: En mi caso, la crisis me pilló en una situación intelectual curiosa y paradójica para afrontarla a nivel teórico. En 2008 hice mi tesis doctoral y obtuve una plaza de interino, que conservé hasta que entré en el Parlamento Europeo. En octubre de 2008 empecé a enseñar Geografía política. Aunque cubría muchos temas —MacKinder, Haushofer, etc.—, fundamentalmente me apoyaba en un geógrafo marxista que se hizo enormemente famoso a nivel mundial debido a la crisis económica: David Harvey.

En aquel momento, Harvey ya era muy conocido, pero solo entre los geógrafos de las escuelas críticas. Había creado un método llamado materialismo histórico geográfico, una especie de extensión del materialismo histórico a la geografía. Se convirtió casi en un autor de superventas y apareció en muchos documentales, pues era uno de los que llevaba tiempo previendo la crisis. Podría decirse que con la crisis financiera de Lehman Brothers el marxismo vivió una segunda juventud. De hecho, Harvey cuenta una anécdota divertida —que por lo visto Luis Garicano también vivió—, que es que, cuando empezó la crisis, la reina de Inglaterra llamó a los economistas liberales de la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres para pedirles explicaciones de por qué no la habían avisado. Estos, en vez de responder al momento, lo estudiaron y le contestaron: «Su majestad, la crisis se debe a riesgos sistémicos».

David Harvey, que lo tenía muy estudiado, no se creyó el cuento de

los liberales de que existen riesgos sistémicos, una táctica para presentar la teoría de los ciclos económicos y las crisis como elementos consustanciales al capitalismo. Se convirtió en una de las figuras clave para explicar la hecatombe de Lehman Brothers, de las hipotecas de alto riesgo y de cómo se extiende la crisis a Europa. Analizó además los informes del Fondo Monetario Internacional y de instituciones europeas que ponían a Irlanda y a España como ejemplos de crecimiento económico y de éxito político de la Unión Europea. Parecía que los únicos países donde el euro daba frutos eran España e Irlanda, que fueron los que luego cayeron. La crisis, de alguna forma, rearmó una idea que ya se había manifestado entre 1998 y 2001 y que tuvo un recorrido notable —aunque no tan importante como a partir de 2007: los movimientos contra la globalización económica, que tuvieron momentos álgidos como el de Seattle en 1999.

Las protestas en Seattle contra la cumbre de la OMC me pillaron de Erasmus en Bolonia. La tan internacionalista izquierda italiana vio que aquella era una gran oportunidad. En el año 2000 hubo una reunión de la OCDE en Bolonia y se montó una gran movilización. Participé en ella y luego en otra en Praga para protestar contra una reunión del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. También hubo movilizaciones en ciudades de países del tercer mundo, como la guerra del agua en Cochabamba (Bolivia).

Nació un movimiento que tuvo un cierto eco mediático. Recuerdo la primera vez que salí en un telediario de ámbito estatal. Fue como portavoz del Movimiento de Resistencia Global: volvíamos de Génova y nos preguntaban por la ciudad. Fueron pasos importantes, pero aún no había una verdadera crisis capitalista.

De alguna forma, los movimientos contra la globalización económica se terminaron convirtiendo en movimientos contra la guerra de Irak. Hay una cierta continuidad entre los sectores que pugnan por una movilización diferente y que se inspiran en las ideas de Porto Alegre, donde se celebra el Foro Social Mundial y surgen los cimientos de una nueva izquierda. Uno de los que estaba allí es Xosé

Manuel Beiras, que había perdido la batalla interna en el BNG y buscaba actualizarse. Se dedicó a los foros sociales, a leer a Harvey y Wallerstein, etc. Ya conocía los sectores que procedían de la teoría de la dependencia, dado que su tesis doctoral trataba sobre el subdesarrollo económico de Galicia, pero se adaptó muy bien a las novedades e incluso empezó a escuchar música nueva.

La crisis económica seguramente recupera buena parte de las luchas de los movimientos contra la globalización económica, y causa en gran medida la crisis de los sistemas políticos europeos. Tanto en Europa como en Estados Unidos empezó a hacerse realidad algo que había ocurrido antes en países de la periferia, como en 2001 en Argentina. La intensidad con que sucedió fue distinta en cada país, pero por primera vez empezaron a ponerse en cuestión sistemas políticos europeos por razones económicas. Ya había habido gravísimas crisis políticas antes, como la que supuso para Francia perder Argelia, pero ni siquiera la crisis del petróleo había provocado una crisis de los sistemas políticos europeos.

EJ: La crisis del petróleo se superó con la deuda.

PI: Efectivamente. Por lo que respecta a la crisis de 2008, la clase política española volvió a hacer gala de una torpeza inmensa. Primero, Zapatero demostró no ser consciente de las consecuencias que podían tener sus actos. En su biografía, reconoce que tomó decisiones que le harían perder las elecciones porque no veía ninguna opción de afrontar la crisis económica haciendo algo diferente a lo que le marcaban desde fuera. Y eso que había sido el primer presidente del Gobierno que había ganado una serie de peleas culturales, como la del matrimonio homosexual. Además, se atrevió a dar algunos pasos en materia de memoria histórica y demostró tener más conciencia política que Felipe González en lo que respecta al socialismo y la izquierda.

Conocí a Evo Morales justo después de que ganara las elecciones en el año 2005, en una cena. Nos comentó a unos cuantos españoles presentes que Zapatero era más de izquierdas que González, a lo que

nosotros —que éramos muy de izquierdas— contestamos que ninguno de los dos lo era. En realidad, Morales tenía razón. Sin embargo, Zapatero se reveló incapaz de afrontar la crisis económica.

El Partido Popular, que ha gestionado buena parte de la crisis económica, tampoco calculó las consecuencias políticas. No entendió el movimiento 15M, probablemente la primera expresión de hartazgo social que emerge de la crisis económica, sino que se limitó a decir que había un problema de orden público. Seguramente, el hecho de que no ocurriera nada serio en España antes del 15M se debe a la debilidad de los sindicatos. Recuerdo que mi madre, abogada de Comisiones Obreras, harta de la central, iba cada noche a la Puerta del Sol. De hecho, fue mucho más que yo, porque decía que era el lugar en el que tenía que estar y que se sentía como en casa. El 15M hizo de alguna manera el trabajo que tenían que hacer organizaciones sociales como los sindicatos.

La Plataforma de Afectados por la Hipoteca, uno de los movimientos sociales más importantes de los últimos años, no surge por casualidad. Sus portavoces en Cataluña y Madrid, Ada Colau y Rafael Mayoral, se han convertido en alcaldesa de Barcelona y en uno de los diputados más valiosos de Podemos. Rafael venía de la Juventud Comunista, lo que demuestra que la clave para hacer política no es el partido, sino la plataforma. Este tipo de movimientos asusta mucho a las élites nacionales: con los sindicatos pueden sentarse, pero los del 15M, la PAH, etc. están fuera del sistema, son desconocidos. De hecho, recuerdo que durante mi primera reunión con Juan Rosell, presidente de la CEOE, me dijo que muchas veces eran ellos mismos los que pedían la presencia de sindicalistas de toda la vida en la negociación, porque con la gente nueva había problemas de comunicación.

La crisis económica que se produce en España, y que sigue vigente, también origina el *procés* en Cataluña. Sin la crisis económica es imposible entender la luz que se le enciende a Artur Mas para echar a correr hacia adelante y evitar quemarse. Le duele mucho que lo

digamos, pero es lo que tenía en la cabeza. Y ahora el propio Mas se asombra del percal en el que se han metido.

Ahora bien, las crisis políticas que se dan en España también se producen simultáneamente en otros países europeos: Grecia, Portugal, Francia, Reino Unido, etc. En Reino Unido, por ejemplo, Jeremy Corbyn gana las primarias del Partido Laborista, se produce el Brexit —que no entraba en los planes de los gobernantes británicos—, el Partido Nacional Escocés ocupa casi todo el espacio de los laboristas, el Sinn Féin obtiene unos resultados impresionantes en Irlanda…

Esta crisis es de lo más relevante que ha ocurrido en Europa en términos políticos desde hace muchas décadas. Y sus consecuencias todavía no pueden medirse del todo.

EJ: Me gustaría cuestionarte algunas cosas. En los inicios de la crisis, *La Vanguardia* organizó una serie de desayunos en Madrid a los que asistían personas relevantes, sobre todo del mundo económico. Teníamos especial interés en conocer su diagnóstico. Por aquel entonces el Partido Popular estaba en la oposición, y uno de los invitados fue Luis de Guindos. En la conversación que mantuvimos con él, en 2009, nos dijo lapidariamente: «Esta crisis se llevará por delante a este Gobierno y al que venga después». Efectivamente, se llevó por delante al primero. El que vino después también ha acabado cayendo, cuando parecía a salvo de la tormenta.

Recuerdo que el exgobernador del Banco de España, Francisco Fernández de Ordóñez, se mostraba bastante angustiado. Le pedía a Zapatero que actuara rápidamente y activara la reforma laboral, que volviera a poner el motor en marcha como fuera, aunque tuviera que recurrir a la devaluación salarial. Lo importante era que la gente volviera a encontrar trabajo, aun estando peor pagado. Le recuerdo muy cauto sobre el impacto en las entidades financieras… También me acuerdo de la conversación con el expresidente de la Confederación Española de Cajas de Ahorro, hoy desaparecida. Estaba aterrorizado por el impacto que todo aquello tendría sobre las cajas de ahorro.

Antes has mencionado la débil respuesta de los sindicatos. Me gustaría enlazar aquí con cosas que hemos comentado anteriormente. En estas evaluaciones planea siempre la idea de que algunos no han estado a la altura, o que no han sido suficientemente consecuentes, pero sugiero adoptar otro ángulo.

Pese a todas las modificaciones sociológicas que hemos experimentado, que han sido incluso más profundas que en otros países de nuestro entorno, España sigue sosteniéndose sobre la base familiar. Una constante en los últimos años y que han compartido los distintos Gobiernos es que, siempre que ha habido una contracción de la economía, se ha intentado salvaguardar a los padres de familia. Dicho de otra manera, este país ha cargado siempre el peso de las dificultades en los que vienen, no en los que aguantan el edificio. A efectos sociales, no es lo mismo que la precariedad la viva el hijo que el padre, porque el padre sostiene a la familia y el hijo siempre puede recurrir al colchón familiar, si este resiste mínimamente. Un padre en fuera de juego a los cincuenta años puede significar una familia a la deriva. En esta ocasión ha ocurrido con mayor intensidad que en los años setenta, momento en el que había mayores recursos de autoempleo en el pequeño comercio.

Lo que quiero decir es que, cuando se convoca la primera huelga general de la crisis, con una participación modesta, la gente está muy asustada. Este es un dato que no podemos obviar. Mucha gente estaba aterrorizada. Se trata de una crisis que desdibuja por completo el horizonte, que pilla a la gente endeudada, con hipotecas y con muchas expectativas de sus hijos quebradas. La gente se ve abocada a formas más severas de precariedad. En los años noventa y dos mil se hablaba de los mileuristas, y llega un momento en el que los mileuristas son los afortunados. Hay toda una generación madura que vive con terror todo lo que está ocurriendo. Tiene dificultades para leer y comprender lo que está ocurriendo. El mundo se ha vuelto un lugar extraño para mucha gente.

El modelo español en cuestión

PI: Déjame retomar tu planteamiento sobre el miedo, posiblemente el operador político más importante que exista. En el caso español, enlaza muy bien con la reflexión que hacíamos antes sobre el significado social del franquismo: la completa demolición de la sociedad española de los años treinta. Los comportamientos sociales que conocemos de aquel periodo desaparecen como consecuencia de la expresión más terrible de un conflicto, la guerra, que en España tiene incluso carácter de exterminio. Se construyen nuevas estructuras sociales que cambian el país de arriba abajo. Durante muchos años, la izquierda derrotada mostró escasa lucidez para comprender los cambios que se habían sustanciado. Se puede poner como ejemplo la gran victoria del referéndum para el triunfo político de Adolfo Suárez.

El referéndum sobre el Proyecto de Ley para la Reforma Política, con la oposición en contra, logra una participación muy alta y un apoyo masivo, y supone un éxito político y social de los reformadores del franquismo. Revela, asimismo, que la sociedad española quiere cambios, pero que no desea en ningún caso que la acerquen a una situación de conflicto social extremo. Es decir, también quiere orden. Seguramente se trata de una de las lecciones más amargas para la izquierda y, en general, para los partidarios de las rupturas y de las transformaciones intensas. Puede que se trate de una verdad política aplicable a cualquier momento y situación. Lo que ocurre en 2007 ofrece un debate político sobre cómo opera el factor miedo en relación con el factor esperanza. La dialéctica entre estos elementos contradictorios explica el comportamiento de las sociedades. Cuando la sociedad es más envejecida, tiende a pesar más el factor miedo, y cuando la sociedad es más joven, el factor esperanza aumenta y hay más posibilidad de que se den cambios políticos. Es espectacular comprobar las fracturas generacionales que revelan las relaciones entre los nuevos partidos políticos y los partidos tradicionales en

España. Creo que es aquí donde puede encontrarse un punto de diferencia.

La crisis de 2007 provoca la destrucción de buena parte de las expectativas de las clases medias, sectores que querían orden y que en parte sostenían un régimen político muy estable desde 1978, articulado en torno a una serie de partidos concretos. El 15M es una expresión de enojo de la clase media, un sentimiento que empieza a cristalizar políticamente. Lo que piensan los jóvenes y la población activa es un factor político determinante, aunque algunos puedan decir que está demográficamente limitado debido a la estructura generacional de nuestro país. En cuarenta años de democracia han surgido generaciones que distan mucho de las de los padres y abuelos. No es lo mismo crecer en el franquismo que en un sistema de libertades. La explosión de la cultura y la capacidad de consumo han hecho saltar por los aires algunas coordenadas tradicionales. Hay cosas que antes se aceptaban y ahora no, como la corrupción, que durante décadas ha funcionado de manera natural en España. Cuando Pasqual Maragall sacó a relucir el 3 % en sede parlamentaria, todo el mundo sabía de qué estaba hablando, pero no provocó el escándalo que provocaría hoy. Todo el mundo conocía las redes de financiación ilegal del Partido Popular. Asimismo, se conocían perfectamente las relaciones de Alianza Popular con el narcotráfico en Galicia —lo que me recuerda que ahora han secuestrado el libro de Nacho Carretero, *Fariña*. Miguel Boyer era capaz de salir en una revista del corazón presentando la casa que compartía con Isabel Preysler y al mismo tiempo ser ministro socialista. Y ya hemos hablado de Carlos Solchaga, que presumía de que España era el país donde más fácil es hacerse rico y que la mejor política industrial es la que no existe.

En definitiva, en este país se normalizaron durante mucho tiempo determinados elementos de la conciencia colectiva, pero las cosas han cambiado. Incluso esta especie de «giro securitario», que hace que de repente el humor se persiga y que la Audiencia Nacional juzgue a titiriteros y raperos, revela un giro reaccionario frente a una serie de

cambios sociales. Nuestra sociedad ha avanzado más de lo que parece. Se ha normalizado nuestra presencia en el Congreso. Incluso en los medios de comunicación se han interiorizado ciertos elementos de nuestro discurso, de nuestra cultura, hasta la pinta que tenemos. La normalización de todos estos elementos, como representación de una parte fundamental de nuestro país, habla de una sociedad que empuja fuerte. La expresión más poderosa de este último año es la revolución de las mujeres. ¿Dónde se ven mujeres adolescentes manifestándose en España? En las manifestaciones del 8 de Marzo. Un movimiento que revela de nuevo que en algunos asuntos nuestro país es vanguardia de progreso; que habla de una sociedad que, aunque es compleja y evidentemente quiere orden y seguridad, al mismo tiempo empuja hacia adelante y condiciona en gran medida al poder político.

EJ: Creo que has expresado muchas cosas de una manera muy sintética. De entrada, me gustaría ceñirme a lo que podemos presumir que ha significado la crisis, si es que estamos en condiciones de poder explicarlo, porque quizá todavía nos falte perspectiva.

Por lo pronto, tengamos en cuenta un dato fundamental español: la firme continuidad de la política económica desde los años sesenta. Desde la política de estabilización de 1959, la economía española se ha gestionado mediante parámetros liberales de apertura al exterior y menguante nacionalización. Ha habido modulaciones de la línea económica, es cierto, pero no rupturas. En Portugal intentaron la socialización de la economía. En Francia, François Mitterrand puso en marcha un plan de nacionalizaciones en 1981, que luego tuvo que rectificar. En Italia vivieron unos años sesenta extraordinarios —llegaron a superar a Gran Bretaña— para después encallar.

En España, desde la instauración del Plan de Estabilización hasta la fecha ha habido una única política económica. Por supuesto, ha habido modulaciones, pero la mirada es la misma. La filosofía de los sucesivos Ministerios de Economía es la continuidad. Los responsables del Plan de Estabilización —entre ellos algunos catalanes notables

como Sardà Dexeus y Fabià Estapé—, y los ministros económicos de la democracia, Enrique Fuentes Quintana, Miguel Boyer, Carlos Solchaga, Rodrigo Rato, Pedro Solbes, Luis de Guindos y ahora Nadia Calviño comparten una misma mirada: mercado abierto y convergencia europea. No hay una gran discontinuidad en la política económica española. Esto es muy importante. España siempre ha evolucionado políticamente sobre el carril de una misma política económica. Por cierto, poca gente sabe que Joan Sardà Dexeus, el principal ideólogo del Plan de Estabilización de 1959, era un hombre próximo a la Esquerra Republicana de los años treinta. Un economista de la Generalitat que se exilió en Venezuela acabada la Guerra Civil. Un tipo muy competente al que llamaron desde Madrid para que se incorporase al equipo que estaba reclutando Mariano Rubio. Aceptó. Un economista de ERC salvó el pellejo a la autarquía franquista. No sé si Gabriel Rufián está al tanto de este hecho.

La Transición podría haber colapsado si se hubieran hermanado la inflación y la amenaza militar. Los Pactos de la Moncloa consiguieron evitar que se produjese esta convergencia de factores. El PSOE de Boyer y Solchaga no se salió del carril. Llegó entonces la primera oleada de enriquecimiento en democracia. La llamada *beautiful people*: hombres de negocios vinculados al aparato del Estado. La espuma de Madrid que, de golpe, se desinhibe y decide exhibir su posición social y su riqueza. La corte de los milagros de Felipe González. José María Aznar también tuvo la suya, reunida en la famosa boda de El Escorial. El poder enloquece a la gente en este país.

Entre los noventa y 2007 tuvimos quince años absolutamente inéditos en nuestra historia. Fueron años de crecimiento económico continuo, con tasas superiores al 3 % que incluso llegaron a sostener el espejismo —lo comentábamos antes— de la desaparición de los ciclos económicos en España. Era una idea defendida por gente razonable y de todo signo político.

El caso es que la economía española vivió un periodo de prosperidad jamás visto. Cuando Zapatero empezó a decir aquellas

cosas que ahora nos parecen casi de realidad paralela, como que estábamos a punto de igualar económicamente a Francia, que evidentemente habíamos dejado atrás a Italia o que ya contemplábamos seriamente la posibilidad de acercarnos a Alemania, había motivos para afirmarlo. Ahora nos parece delirante, pero en aquel momento existían bases estadísticas para justificar el optimismo. Como es natural, el optimismo oficial penetró en la sociedad, que durante años disfrutó de unos niveles de bienestar material desconocidos. Para la gente, el franquismo había garantizado la estabilidad de un modesto nivel de vida. A partir de los años noventa, se produce un salto cualitativo: el hedonismo. La gente empieza a financiarse sus caprichos a crédito, una verdadera novedad en términos históricos.

Pero, como sabemos, llega un momento en que todo esto se estrangula, y aún estamos viviendo las consecuencias. Y lo que nos queda...

La centralidad de la deuda, motor de la vida social española desde los años setenta, ha acabado destruyendo parte del bienestar acumulado y sobre todo ha arruinado expectativas. Porque, en efecto, el tercer elemento que debemos considerar es la destrucción de las expectativas de una sociedad acostumbrada a mejorar, primero lentamente, luego un poco más deprisa, peldaño a peldaño. El modestísimo bienestar que el franquismo había garantizado se había acelerado y, por tanto, las expectativas se habían multiplicado. La prueba más visible de ello fue la afluencia masiva de los jóvenes españoles a la universidad, saltando por encima de muchos países y acercándose a porcentajes alemanes.

La formación profesional estaba mal vista —hoy lo está menos—, porque implicaba seguir siendo obrero. Y los hijos de los obreros querían dejar de serlo, querían ser licenciados. Ahí la crisis pega otro porrazo, imponiéndonos un ERE brutal, porque nuestro país no puede crear empleos para satisfacer los niveles de formación que la bonanza económica ha generado. España se convierte por primera vez en su

historia en exportadora de talento, de jóvenes que difícilmente pueden encontrar trabajo aquí, pero que gracias a una estructura universitaria potente han logrado muy buenos estudios. Esta juventud bien preparada que no encuentra un trabajo acorde con sus expectativas es uno de los principales desencadenantes de la crisis de régimen. Podemos sale del interior de esa tensión, como tú sabes bien.

PI: España tenía un modelo, pero fracasó. La Transición no afectó en nada a los poderes económicos. Es una característica única de nuestro proceso de transición política. No ocurrió así en Portugal, por ejemplo, o en Francia, que es un caso paradigmático. Mitterrand representaba al principio el programa común de la izquierda, la posibilidad de que los comunistas entraran en un Gobierno y de que hubiera un modelo distinto en Europa, un nuevo estilo de socialdemocracia capaz de enfrentarse al auge del neoliberalismo.

El apogeo del modelo neoliberal no es un fenómeno solo europeo. En España tiene sus expresiones en los binomios Fuentes Quintana-Suárez, Solchaga-González y Rato-Aznar. Ellos sí tienen un modelo de España y además presumen de ello, incluso en lo cultural. Es un modelo que implica un estilo de incorporación de España a Europa con características propias. Ahora ya no nos acordamos, pero en España hicieron sangre, como Solchaga con la desindustrialización. En YouTube todavía se encuentran imágenes de lo que ocurrió en el norte de España con la desindustrialización y de cómo los trabajadores de astilleros y determinados sectores industriales intentaron resistir. Esto tuvo una consecuencia muy importante: las privatizaciones. Se vendió a precio de saldo el incalculable patrimonio público que había construido el franquismo. Me refiero a toda la red de empresas públicas de las que el Estado se desprendió poco a poco.

Las consecuencias llegaron más tarde. El modelo de Rodrigo Rato y José María Aznar es el de la financiarización de la economía que, como explica Rubén Juste en el libro *IBEX 35. Una historia herética del poder en España,* implica que hasta la clase capitalista española

termine convirtiéndose poco menos que en administradora y comisionista de fondos extranjeros. Los grandes apellidos de la banca española y de buena parte de los poderes industriales, y no digamos ya de los mediáticos, se vuelven meros ejecutivos empleados por fondos extranjeros. Ellos lo justifican explicando que los fondos solo buscan rentabilidad, en ningún caso influenciar en las decisiones políticas, pero, como comprenderás, eso yo no lo tengo nada claro.

Ya nos referimos anteriormente al informe de James Petras, que hablaba de cómo en los años noventa la precariedad empieza a ser una característica de la fuerza de trabajo española. Pues bien, creo que ese modelo basado en la financiarización tuvo una serie de expresiones culturales que se demostraron efímeras. Has hablado de hedonismo. Acuérdate de ese anuncio de enorme éxito de Halcón Viajes con Curro. ¿Qué significaba Curro yendo de vacaciones al Caribe? La posibilidad de que un currante (Curro) pudiera ir de vacaciones a Cuba o a Cancún por un precio asequible. Algo inimaginable para un trabajador.

Ese modelo explota con la crisis económica y, a mi juicio, está muy lejos de haberse resuelto, porque nadie en su sano juicio puede afirmar hoy que los partidos que tenían semejante modelo de país tengan ahora otro distinto. ¿Qué modelo de país tiene el PSOE? ¿Se atrevería el PSOE a reconocer lo que hicieron Solchaga o Felipe González? Tienen discursos de campaña, pero no tienen modelo. Ni siquiera se han atrevido a decir que querrían hacer como los portugueses. Eso sí, criticaron a Jeremy Corbyn cuando ganó las primarias y se aliaron con Matteo Renzi, que también tiene un modelo poco claro y se ha llevado un buen chasco.

En cuanto al Partido Popular, resistió mucho tiempo en el poder insistiendo en que había datos económicos esperanzadores. El «España va bien» de José María Aznar, Francisco Camps y Rita Barberá en un cochazo descapotable por las calles de Valencia… Todo aquello reflejaba un modelo de país, un ideal de sociedad: «Traer la Fórmula 1 a Valencia supondrá una inversión importante y la creación

de puestos de trabajo». Durante mucho tiempo, el Partido Popular habló sin complejos de estas cosas: «Abriremos un casino en la Comunidad de Madrid de la mano de Sheldon Adelson y modificaremos la legislación para que pueda fumarse dentro». Es un modelo que molesta mucho a la izquierda, pero un modelo de prosperidad al fin y al cabo. Ahora ya no dicen este tipo de cosas, porque no tienen modelo.

No me cansaré de repetirlo: durante muchos años, Irlanda y España aparecieron en los informes del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial como prueba de que la moneda única administrada por el Banco Central Europeo funcionaba. Las elevadas tasas de crecimiento de ambos países eran como un sueño. El caso del ministro socialista que has citado, que decía que íbamos a superar a Alemania, lo deja muy claro. ¿Quién puso en manos de este señor la economía del país?

En cualquier caso, lo que me parece más grave es que con Fuentes Quintana, Solchaga y Rato pasamos a tener una posición periférica en el esquema del poder económico europeo. Nuestro país renuncia a tener una industria propia y un sistema educativo competitivo. ¿Qué entiendo por sistema educativo competitivo? Tener los mejores cerebros, competir no solamente en número de plazas universitarias, sino también en número de centros de investigación prestigiosos, etc. Al fomentarse el crédito y una economía terciaria orientada a los servicios, entregando oligopolios importantísimos y estratégicos como el de la energía a camarillas de las grandes empresas eléctricas —que hacen que paguemos facturas de luz y gas mucho más altas que en Europa—, se ponen los cimientos de lo que tenemos ahora: la precariedad.

En este sentido, cabe destacar que Zapatero sí tenía un proyecto cultural. Probablemente sea el presidente que más importancia dio a la ideología —y sigue dándosela como expresidente. Se atrevió a poner encima de la mesa la cuestión de la memoria histórica. Personas muy formadas y conocedoras del antifranquismo, como Felipe González o

Alfonso Guerra, no se habían atrevido a hacerlo antes. Y, aunque no se avanzara lo suficiente, impulsó batallas ideológicas, culturales y nacionales, como el matrimonio homosexual, que el anterior Partido Socialista tampoco había osado plantear. Me acuerdo de la imagen que transmitía Carmen Alborch de mujer moderna... Por desgracia, con el modelo de Felipe González costó muchísimo avanzar. Pero Zapatero sí lo hizo.

A pesar de todo, tampoco tiene modelo económico. Su hombre de confianza en materia económica es Miguel Sebastián, cuya fragilidad ha quedado más que demostrada. Cuando un modelo económico cae o no funciona, el optimismo progresista del que hablabas se consume. En sus memorias, él mismo reconoce que sabía que las decisiones económicas que tomó harían que su partido perdiera las elecciones, pero que no tuvo otra opción, porque venían impuestas desde arriba. Esto significa que sabe que nuestro país ha renunciado a su soberanía a la hora de tomar determinadas decisiones. La reforma del artículo 135 de la Constitución que fija la estabilidad presupuestaria y prioriza el pago de la deuda pública representa un momento muy duro para él: el paso definitivo hacia un modelo de desarrollo económico que destruye la socialdemocracia real en España.

Me parece que el modelo más sensato y provechoso que existe ahora mismo en Europa es el portugués. Por supuesto, implica modificar algunos paradigmas. En fin, seguimos dentro de esa dinámica que ha generado en nuestro país un contexto radicalmente distinto. En cualquier caso, necesitamos un nuevo proyecto, un modelo que sustituya el del crédito y las hipotecas. Los datos objetivos son terribles. Aunque se ha reducido el paro, seguimos siendo el segundo país de la Unión Europea en tasa de desempleo, y los niveles de precariedad no tienen precedentes. La situación de los pensionistas, la emigración de los jóvenes, la falta de atención a la dependencia, la degradación de los servicios públicos —la supuesta clave del éxito del modelo español—, como el sistema educativo y el sistema sanitario, etc.

Estamos en un momento en el que las fuerzas políticas que han gestionado los últimos cuarenta años no tienen un modelo que presentar. Están a la defensiva. Que nuestras propuestas se discutan políticamente revela que nuestro país sigue requiriendo un debate sobre qué papel debe tener en Europa, qué papel debe desempeñar el empleo público, cómo tiene que ser el mercado de trabajo, si debemos reindustrializarnos o llevar a cabo una reforma energética, etc.

EJ: Personalmente no hablaría de fracaso histórico. Creo que España es periférica en Europa desde hace mucho tiempo, y todos los desastres del siglo XX vienen de ahí. España fue cuna de una gran superestructura imperial que se fue degradando poco a poco hasta arruinarse por completo. Ante eso, se produce en España una crisis anímica extraordinaria con consecuencias nefastas. No son pocos los historiadores que sostienen que en España fue antes el imperio que la nación. Cuando el imperio se hunde, la nación entra en estado de pánico: 1898. El golpe de Estado de los militares africanistas surge del interior de una visión psicótica: la madre España está en peligro. En los años cincuenta, la autarquía económica de la dictadura iba directa al precipicio. El franquismo creía que podía redimir el país a partir de sus propias energías, con el severo castigo de todos los «culpables» de la temeridad republicana. Esta doctrina autárquica siempre ha despertado simpatías en España. Todavía hoy resuena. Incluso en algunos pliegues del discurso de Podemos puede percibirse una cierta pulsión autárquica. Nosotros podemos… solos.

Los impulsores del Plan de Estabilización de 1959, básicamente miembros del Opus Dei y algunos economistas catalanes modernizadores —el citado Sardà Dexeus, Fabià Estapé, un hombre que guardaba en su despacho, dentro de un cofre, los huesos de Ildefons Cerdà, el creador del Eixample barcelonés—, dicen básicamente que la economía española tiene que abrirse al mundo. Turismo. Autopistas: la primera, a lo largo de la costa mediterránea. La primera gran autopista española es la que recorre la costa

mediterránea desde la frontera con Francia hasta Alicante. Una vez decidida la autopista, vienen los coches y Fiat se hace cargo de Seat. Ahí empieza la liberalización de la economía española, coexistiendo con la industria estatal.

Cuando se negocia el ingreso en el Mercado Común se consolida el paradigma de 1959. Disminución de la agricultura para no alarmar a los franceses y desmantelamiento de la industria estatal que se considera poco competitiva o cuya existencia no interesa a otros polos industriales europeos. Minería, altos hornos, astilleros… Las grandes reestructuraciones industriales de los años ochenta. Venta masiva de empresas españolas a capitales europeos. Todo esto nos puede parecer la cosa más normal del mundo, pero si repasamos la economía de otros países europeos veremos que no es así.

En Italia todavía hoy rige el *catenaccio*, y cada vez que los franceses meten mano en una firma importante, ya sea de la moda o de la industria, por ejemplo, hay una convulsión. O cuando sucede lo contrario… Este pasado verano, por ejemplo, ocurrió un episodio que estuvo a punto de provocar una crisis institucional grave entre Francia e Italia. La empresa estatal italiana Fincantieri (astilleros de propiedad pública) compraron los astilleros de Saint-Nazaire (STX). La decisión inmediata del Gobierno Macron fue nacionalizar temporalmente los astilleros argumentando razones de interés militar para renegociar los términos de la operación.

En España sucede justo lo contrario. Cuando Aznar afirmaba que la economía española era la más abierta de Europa junto a la de Gran Bretaña, tenía razón. España nunca ha intentado ser una potencia industrial de primer orden. España no tiene una marca propia de automóviles —lo podía haber sido la Hispano Suiza de Barcelona— pero en España hay plantas de producción de las principales marcas automovilísticas del mundo. España tiene trabajadores muy bien preparados, sindicatos que saben negociar y una política de ayudas apreciada por las multinacionales. (Abro un paréntesis para apuntar que la industria automovilística podría haber sufrido un varapalo

importante con el proyecto del nuevo polo portuario de Tánger, en Marruecos, que ha quedado parcialmente frenado por los riesgos del islamismo radical. En estos años de crisis podría haberse producido una fuga de industrias y de fábricas españolas hacia Marruecos, donde había obreros más baratos y podían embarcarse coches por la ruta del Atlántico.)

PI: También ocurrió con el turismo. En el momento en que España dejaba de ser competitiva respecto al norte de África y Egipto, el terrorismo islámico en los países árabes hizo más competitiva nuestra oferta turística.

EJ: El terrorismo islámico nos ha puesto en peligro, pero es posible que también haya frenado durante estos años una deslocalización económica que podría haber tenido efectos devastadores en la economía y en la propia psicología social.

Para mí, lo más importante de la crisis es el golpe material y psicológico que asesta al concepto deuda. La deuda se había convertido en España en una nueva deidad. Quien no estaba endeudado no era nadie. Decirlo ahora puede parecer incluso grosero, ¡pero es que era así!, tanto para las grandes empresas como para Curro, que se endeudaba para ir a Cancún.

La banca alemana financió la descomunal deuda privada española, ¿no? Con la deuda de los países del sur de Europa se financió el crecimiento y la reunificación de Alemania. Mientras eso iba bien, todos contentos. Ellos reconstruían Alemania y nosotros comprábamos y vendíamos pisos y nos íbamos de vacaciones a Cancún.

Hoy día este engranaje está cuestionado. Se ha recriminado a todas las sociedades del sur de Europa que se hubieran endeudado, culpándolas por ello. Se ha producido un desnorte muy fuerte que en cada país tiene su propia traducción. Grecia estuvo a punto de estallar; en Italia acaba de producirse un cataclismo político; en España todavía tenemos que ver qué ocurrirá. Paradójicamente,

Portugal ha demostrado ser el país más estable de la Europa del Sur.

Resumiendo, creo que seguimos sumergidos en una situación en la que no avistamos tierra firme. España es como un velero en alta mar. Si sopla el viento de la economía internacional hay inversiones y la nave se mueve. Si la economía internacional refluye, no hay viento en las velas. El país tiene una buena planta de infraestructuras, buenas carreteras, trenes rápidos —¿hemos hecho bien gastando tanto dinero en el AVE?— y gente preparada y a la vez acostumbrada a ganar menos que en otros países europeos. No hay más. Y no es poco.

PI: Querría rebatir un par de argumentos. Antes decías que a veces percibes en nosotros una cierta simpatía hacia la autarquía. Para mí, la política se resume en escoger entre distintas opciones. Y las opciones siempre son complejas, nunca un falso dilema.

Circunscribir el debate a una dicotomía entre la autarquía falangista, y por tanto la ingenuidad, o el pragmatismo del Opus Dei o de economistas vinculados a ERC equivale a decir que no había otra. Esto es muy español… Es como la excusa del que ha sacado una mala nota en el examen: «Oiga, no critique usted mi cinco raspado, porque al menos he aprobado». No solo no creo que sea verdad, sino que además revela uno de los mayores problemas de nuestro país: que hemos tenido una de las grandes clases empresariales más ineficientes de Europa.

Lo hablábamos al referirnos a Cambó —ya es irónico que todo el mundo termine reivindicando por una razón u otra a un personaje en mi opinión tan nefasto. Cuando Francesc Cambó fue ministro de Fomento en el Gobierno de ampliación oligárquica de Maura, es inevitable pensar que, si los poderes económicos catalanes hubieran liderado la economía española, a lo mejor la historia de este país hubiera sido diferente. Todos ellos odiaban a la CNT y al movimiento obrero, y todos tenían conciencia de su propia clase, pero no es lo mismo tener clases económicas dirigentes al estilo emprendedor de ciertos oligarcas catalanes que tener la oligarquía lumpen que en

España creció pegada al poder político.

Esta también ha sido una continuidad en España: la colección de jetas que se convirtieron en motor económico del país. Es una losa que pesa sobre nuestras espaldas. Es incalculable la cantidad de gorrones que hay en España que logran que ministros de Economía trabajen para ellos, a cambio de obtener más tarde puestos en consejos de administración. Que nadie diga que esto funciona igual en toda Europa, porque no es verdad. Quien crea que Macron es igual que Rivera se equivoca. Macron es doctor en Filosofía, tiene una tesis sobre Hegel y, además, es banquero. El señor Rivera es bancario. Es totalmente respetable, pero no es lo mismo. En este país, como consecuencia también de la Guerra Civil, que ganaron los mediocres, muchas decisiones políticas han estado en manos de mediocres y de sinvergüenzas. Lo cual explica algunas de las decisiones que se han tomado en España en materia de política económica y que luego algunos tratan de vender como si fueran las únicas opciones que había encima de la mesa. No es verdad. El PSOE acumuló suficiente poder en este país para hacer algunas cosas mal, pero no todas.

España tenía una posición periférica en Europa. No podía decirse que fuésemos a convertirnos en Alemania en quince años. La estructura económica de nuestro país era la que era. Esa realidad limitaba nuestras opciones, pero eso no significa que las opciones por las que se optó fueran las únicas disponibles. Además, déjame decir que aquí se tomaron decisiones horribles por falta de patriotismo, algo que en otros países de nuestro entorno no ha ocurrido de manera tan acusada. Podemos enfadarnos mucho con los franceses, pero la conciencia patriótica que existe en Francia y que defiende buena parte de su clase política es admirable. Es uno de los rasgos fundamentales del gaullismo. Charles de Gaulle fue muy conservador, pero me parece muchísimo más respetable que la derecha cobarde de nuestro país. El patriotismo español de la derecha es cosa de pulseras y caraduras. Más allá de los gestos de Fraga, en este país no ha habido dirigentes valientes de derechas. Lo mismo puede aplicarse a buena parte de los

mandos del ejército español: mucho ruido y pocas nueces.

El ejército, concebido para reprimir a la población, fue partícipe de muchas operaciones de cuestionable prestigio en África. Pocos militares se preguntaron qué hacían allí. De hecho, el 23F es una demostración de falta de agallas de la cúpula militar. Ninguno era demócrata. Ideológicamente, todos estaban de acuerdo en que había que dar ese golpe. Pero ocurrió algo muy típico de los sectores conservadores españoles, y es que son miedosos. Se toman tres copas y loan y cantan a España, pero el único que saca los tanques es Jaime Milans del Bosch. Agallas sí tenía, aunque fuera franquista... ¿Pensaban de otra manera los demás jefes militares? No, pero les faltaba valor para sacar los tanques a la calle. Diría que es una característica muy importante de nuestras élites dirigentes, que heredan el pragmatismo del franquismo: «Coge la pasta y corre. Ocúpate de lo tuyo. Asegúrate un puesto en un consejo de administración porque, en realidad, todo es mentira: aquí todo el mundo va a lo suyo». Tiene mucho que ver con mentalidades que se han generado en este país: la mentalidad de pobres, la mentalidad de país periférico, la mentalidad picaresca en su versión conservadora… No me refiero a la picaresca entendida como resistencia del que no tiene más que eso para sobrevivir, sino entendida como búsqueda egoísta y oportunista de enriquecimiento.

Jordi Pujol es otro caso paradigmático. Una figura fundamental para entender la historia de Cataluña y que llegó a ser enormemente respetada… Y, al final, tira por la borda su patrimonio político para enriquecerse a sí mismo y a su familia.

Tiene mucho que ver también con el estilo del PSOE. Que un tipejo como Luis Roldán acabara siendo nombrado director de la Guardia Civil por el PSOE da mucho que pensar. ¿Qué había ahí? ¿Acaso no estaba claro que ese tipo era un impresentable?

EJ: Lo que había era turbinas avanzando a gran velocidad.

PI: Y falta de voluntad política para tomar decisiones que fueran en

otra dirección. Uno de los problemas con Podemos, que ya ha detectado todo el mundo —de ahí que el adversario dispare a cañonazos—, es que negociamos de otra forma. Hablamos con todos los empresarios con los que haya que hablar y hacemos que las ciudades en las que gobernemos atraigan la inversión, pero no se nos compra con un puesto en un consejo de administración. Somos pragmáticos, eso sí, y en los ayuntamientos ha quedado patente.

Termino con Felipe González: que una referencia mundial como él, tras haber sido presidente del Gobierno de nuestro país, acabe haciendo trabajitos para Carlos Slim y convirtiéndose en una suerte de mayordomo de multimillonarios revela un estilo de clase dirigente con muy poca autoestima. Alguien que haya sido presidente de nuestro Gobierno no hace reverencias a nadie, ni limpia el polvo a ningún multimillonario. Yo no me imagino a Indalecio Prieto, un señor muy soberbio que escribió cosas horribles, transando con el estilo con el que han transado algunos después. Tres cuartos de lo mismo con Juan Negrín o con Manuel Azaña, por ejemplo.

EJ: Me permito corregir alguna cosa. En primer lugar, el carácter periférico de España es una realidad geográfica. Las cosas son como son y la geografía es la que es. ¿Pudo España ser una potencia industrial autónoma? Quizás, en algún momento, hubiera podido intentarlo. Pero no pudo ser. ¿Lo será mañana? Lo veo difícil. Ahora bien, esto no quiere decir que la estructura económica española sea yerma, porque hay una realidad incuestionable y es que el crecimiento de la renta española entre los años cuarenta y el año dos mil es uno de los más rápidos de Europa. En términos históricos, espectacular. Los factores que lo hacen posible tienen como denominador común la apertura de la economía al exterior. Ejemplo arquetípico: es un hecho contrastado que la industria turística española es una de las más desarrolladas y eficaces del mundo.

Llegados a este punto, quisiera subrayar que un país en el que el turismo desempeña un papel económico tan importante, no puede ser

país de revoluciones. Para que el turismo ocupe un lugar importante en la economía, la sociedad debe ser simpática, atenta y adaptable. No estoy bromeando. Un país de camareros no puede liarse a porrazos, ni puede ser muy antipático. Dicho así, suena brutal, pero creo que se me entiende. El turismo ha desempeñado un papel fundamental en el despertar de la economía española. La actual liberalidad del carácter español es hija del turismo y de la escuela democrática. El turismo nos puso en contacto con el exterior y la escuela ha educado enteramente a una nueva generación de demócratas, algo que no había ocurrido nunca en la historia de este país. La República no pudo hacerlo. El turismo y la escuela han cambiado la mentalidad de este país.

Otro factor a tener en cuenta es la relativa debilidad de los sindicatos en España, en relación a otros países de nuestro entorno. Menos potencia para defender los salarios y las condiciones de trabajo, lo que se traduce en una mayor flexibilidad y capacidad de adaptación a los cambios. Añadamos a eso la entrada en el Mercado Común, que nos exigió sacrificar industrias y producción agraria pero nos compensó con una enorme inyección de dinero que se transformó, básicamente, en obra pública. España ha tenido en los últimos treinta años una tríada fundamental: los ingenieros de caminos, las empresas de construcción y los gestores locales o, mejor dicho, gestores regionales, porque los planes subvencionados por la Unión Europea exigían planificación regional (la planificación local era insuficiente para recibir ayudas). Esto explica también, por ejemplo, la diferencia entre España e Italia en lo que se refiere al aprovechamiento de los fondos europeos. Italia no tiene estructuras regionales fuertes.

PI: Bueno, tienen ayuntamientos, los *comune*.

EJ: Efectivamente, pero los *comune* no son capaces de ofrecer proyectos de carretera a trocitos a la Unión Europea. En cambio, España se dota de estructuras autonómicas con capacidad de planificación regional. Tenemos uno de los mejores parques de carreteras de Europa. Mejor que el alemán. Para ir de Madrid a

Zamora hay una autovía fantástica en la que circulan muy pocos coches. Y tenemos algo absolutamente insólito, la mayor red de alta velocidad ferroviaria de Europa, cuyos costes acaban de ser cuestionados por un informe demoledor del Tribunal de Cuentas Europeo...

PI: El otro día, en una reunión con expertos, me explicaban que efectivamente en España se ha construido una red de alta velocidad que transmite una imagen de progreso, pero que incluso el propio Gobierno sabe que no es viable económicamente. No se trata solamente de que tenga un impacto medioambiental, es que sencillamente tiene pocos usuarios…

EJ: Impacto medioambiental, costes de mantenimiento elevados y baja demanda. Un mix propio de la España solar: sol y suelo. La alta velocidad es un excelente ejemplo de la configuración del clímax que antes comentábamos. En 2006, cuando ya gobernaba Rodríguez Zapatero, la ciudad de Cuenca estaba llena de pancartas exigiendo una parada de AVE. Si uno vivía en una capital de provincia sin parada de AVE o sin proyecto de parada se convertía automáticamente en un desgraciado. Ser solo capital de provincia era como volver a las películas en blanco y negro. Teruel existe…

PI: Hay algo en la mentalidad española que hace que pasen cosas así. «Aunque no pueda coger este tren más que una vez al año, ¡lo quiero!». Son opciones. Hubiese tenido mucho más sentido construir una red de transportes de cercanías. Habríamos podido generar mucha más eficiencia económica y además favorecer la justicia social. Muchas veces se construyen obras faraónicas que solo sirven como postales y como medio para gastar dinero público de manera totalmente ineficiente.

EJ: Pero contribuyó a configurar una mentalidad. Una de las principales ofertas del Partido Popular a finales de los años noventa

fue que todas las capitales de provincia española tuvieran red de alta velocidad. ¡AVE para todos! ¡Plusvalías para todos! La provincia española se ha revalorizado mucho en estos años de crecimiento. Ahora todo se ha vuelto más complicado: la provincia descubre que la fotografía vira de nuevo al blanco y negro. Por supuesto, es un problema de psicología colectiva. Lo veremos con claridad cuando hablemos de Cataluña.

PI: Por otra parte, la alta velocidad se diseña a partir del planteamiento centralista de que todo tiene que pasar por Madrid.

EJ: En efecto. Refuerza el concepto radial. Este es uno de los reproches de Cataluña. Un reproche compartido por mucha gente que no es independentista. Con cada nueva línea de alta velocidad se produce una transferencia de energía social muy desequilibrada. En la línea Zaragoza-Madrid, por ejemplo, la transferencia de energía social se produce básicamente de Aragón hacia Madrid, no al revés. Eso se vio claramente durante la Expo del 2006 dedicada al tema del Agua. Madrid se movilizó poco hacia Zaragoza. Lo mismo podemos decir en la línea Valencia-Madrid. O en la de Barcelona-Madrid. Es una succión.

PI: Y sabemos que este fenómeno plantea un problema de localización de empresas.

EJ: Y de profesionales.

PI: Hay empresarios que no ven por qué han de establecerse en Sevilla pudiendo mandar a su gente en tren a Madrid en menos de dos horas. Todo esto tiene que ver con decisiones políticas y culturales.

Tomemos un ejemplo distinto, el de los medios de comunicación, que se concentran en manos de unos pocos grupos. Si todos somos liberales y creemos en la libre competencia, no debería haber dos grandes grupos de comunicación, sino dieciséis… Debería ser posible una competencia real, no simplemente la construcción de formatos

para diferentes nichos de mercado en un mismo medio. Es una situación que tiene que ver con las políticas culturales que se han desarrollado, con el cine que se ha realizado, etc. Ha sido dificilísimo poner en valor modelos de desarrollo alternativos, aunque fueran realistas y mucho más eficientes en términos económicos. El modelo valenciano de la alta velocidad, la Fórmula 1 y niños estudiando en barracones no solo ofende a nuestra conciencia social, sino que es un desastre económico. Pero aplicar políticas alternativas implica una metamorfosis muy profunda de las mentalidades.

El modelo turístico es otro ejemplo ilustrativo. Estamos todos de acuerdo en que España tiene que ser un país turístico y competitivo en el sector. Sin embargo, ¿queremos potenciar la llegada de aviones de Ryanair con montones de turistas británicos que arrasan con la ciudad y provocan altercados? Construir un modelo de país significa valorar las opciones disponibles —en el marco de lo que representan Europa, los mercados y la competitividad, por supuesto. Me niego a pensar que no puedan encontrarse alternativas, o construirse nuevas alianzas con sectores del empresariado que están machacados o ignorados por completo. El modelo de clase empresarial que visita el palco del Bernabéu para enriquecerse no es el único que existe. Hay numerosos ejemplos que indican lo contrario en Europa, e incluso en España. La cultura de la pequeña y la mediana empresa en Cataluña —o en Italia— difiere mucho de la del resto del Estado. Son redes que se han desarrollado de manera mucho más amplia que en el resto de España.

EJ: Estoy de acuerdo. Lo que acabas de decir explica algunas de las cosas que han ocurrido en Cataluña. Este país, así en el centro como en la periferia, se subió al pedestal de la deuda y ahora que la deuda ha quedado estrangulada tenemos un problema grave. El Estado no puede endeudarse más. El pago de la deuda acumulada pesará como una losa sobre las generaciones venideras. No lo olvides. Este es un dato clave para el futuro. También la economía privada sigue estando endeudada. La deuda ha significado la ruina de muchas familias y

empresas, aunque haya sido la turbina que ha hecho funcionar las cosas durante veinticinco años. La deuda ya no genera consenso político en España. ¿Cómo se van a generar los consensos políticos del futuro?

PI: Es fundamental conquistar el Gobierno, porque tiene capacidad para cambiar las cosas.

EJ: Los leninistas lo solucionáis todo en un santiamén: tomamos el poder y problema resuelto. Pero quizá todo sea un poco más complicado.

PI: Llegar al Gobierno no significa exactamente tomar el poder. El Gobierno solo representa una pequeña fracción del poder, pero mandar —en particular con la sociedad civil que tenemos— permite favorecer dinámicas de cambio. Nosotros lo vemos en los ayuntamientos. Facilitar los alquileres significa apostar por un modelo social distinto al de la deuda y las hipotecas, y eso ya se hace en Barcelona. En efecto: que la gente comprara casas y se endeudara también tenía que ver con un mercado de alquiler muy complicado. La gente tenía que dedicar buena parte de su renta a pagar un alquiler y las entidades bancarias fomentaban la idea de que, para pagar lo mismo cada mes, mejor que la casa terminara siendo tuya. Es la idea de José Luis Arrese, un falangista que casa muy bien con Margaret Thatcher: «Queremos un país de propietarios, no de proletarios».

Debemos promover una cultura de los servicios públicos. Un país que funciona bien es un país que facilita el alquiler; donde el crédito, elemento fundamental para que la economía funcione, se garantiza a través de entidades financieras públicas. En España, ejecutivos procedentes de sindicatos y de partidos de izquierda han recibido tarjetas de crédito para irse de putas. Esto es indigno y no tiene porqué seguir ocurriendo. Además, plantea la necesidad de una banca pública que no sea la cueva de Alí Babá, a cuyos consejos de administración van a parar los políticos con becas *black*.

En definitiva, cuando uno gobierna tal vez no puede solucionar todos los problemas, pero al menos puede planteárselos. Desde la oposición, los problemas son abstractos. Quienes tocan los problemas con las manos, quienes tienen que resolverlos, son los Gobiernos. ¡Claro que se puede! De hecho, es uno de los peligros que representamos para el *establishment*: la gente sabe que no hemos venido aquí para tocar la pandereta, sino para gobernar, y que tenemos ideas interesantes sobre lo que puede hacerse en el marco de lo posible.

Creo que una parte de la izquierda no valora en su justa medida la capacidad de transformación social de las políticas públicas. Nos dicen constantemente que la lucha está en la calle, no en el Congreso o en el Gobierno. Pues bien, esta gente no se ha dado cuenta de cómo las políticas públicas impulsadas desde el Gobierno modelan históricamente la sociedad española. Gestionar y dirigir una estructura administrativa tan amplia como la que representa el Estado significa condicionar las necesidades y mentalidades de la gente. Nosotros lo sabemos desde el principio. También sabemos que, para gobernar, tendremos que pactar con el PSOE. ¿Qué nos lo impide? ¿Cuál es la resistencia fundamental? Pues que todavía hay sectores que no entienden que pueda gobernar gente que no está comprometida con ciertas élites económicas. Compromiso que sí tienen el Partido Popular, el PSOE (a la hora de la verdad) y Ciudadanos. En el caso de Ciudadanos, es escandaloso. La propia gente del PP me confiesa en privado que ahora el IBEX 35 apuesta por Ciudadanos…

En fin, ya va siendo hora de que haya un ministro que negocie de verdad con el IBEX y que no intercambie un puesto en un consejo de administración por una reforma laboral o una política económica. Cuando Jordi Sevilla —la persona que el PSOE nos envía en 2016 para negociar el programa económico— deja el partido, se va a trabajar al BBVA. Esto no es normal. Debemos establecer mecanismos para que los ministros de Economía no terminen trabajando en empresas del IBEX o en bancos. Es una cuestión de pesos y

contrapesos y es imprescindible para que una sociedad funcione.

Es verdad que los excesos y la corrupción existen en todos los países, pero conviene cortar por lo sano la juerga flamenca —en su peor expresión posible— que unos cuantos tienen montada. Y, por cierto, lo saben. La razón por la que el Partido Popular se amarra de esta manera al poder no tiene tanto que ver con un proyecto de país, sino con que saben que, una vez alejados del poder, muchos pueden acabar en la cárcel. Los peones ya están en ello, con el PP gobernando y protegiéndoles, así que, en el momento en que no gobierne y el poder judicial pueda funcionar con un poquito más de aire, podemos presenciar el juicio final. Por eso resistirán, aguantarán hasta el final.

Esta situación también explica el trato que recibe Podemos. Hay algo que no se nos perdona, nos dicen cosas como: «Reuníos con la dirección de *El País*. Decidnos que tenemos razón y que haréis lo que nosotros digamos». Esto es, simbólicamente, el poder en España: acudir donde ellos se reúnen para que te pongan firme. Ve mañana a decir que tal periodista cultural no sabe de literatura. Una cosa así te convierte en un peligroso populista. Para mandar en este país hay que lamer la bota —figurada o literalmente— de mucha gente que ha mandado durante mucho tiempo. Nosotros hemos tenido la desfachatez de negarnos a hacerlo. En este país, generaciones de dirigentes políticos han ido sistemáticamente a lamerles la bota a ciertos rectores del poder económico…

Tiene que producirse un reequilibrio y un mínimo respeto mutuo. Los expresidentes de Gobierno no pueden ser comisionistas de las grandes empresas. No querría decir nada bueno de Rajoy, pero si alguna cosa ha hecho que merezca mi respeto es que algunas veces ha dicho no al poder económico. Lo lleva bastante a gala.

EJ: Rajoy hizo una cosa que considero clave: se negó a pedir la intervención de España. Aquel fue un momento importante, porque buena parte de los poderes económicos españoles apostaban por la intervención. Recuerdo un exigente artículo de Juan Luis Cebrián en

El País pidiendo la intervención, para evitar males mayores. Tenían en mente la posibilidad de instaurar un Gobierno técnico en España. La intervención podía conducir a una especie de Gobierno de coalición, aunque el PP tuviese mayoría absoluta en el Parlamento. Algunos políticos españoles —y también algunos técnicos que gozaban de la confianza del Banco Central Europeo— ya estaban alzando la mano: «¡Estoy aquí, por si me necesitáis!». Pero, en un gesto de notable autonomía política, Rajoy se negó. Y esa negativa no fue mal interpretada en Alemania. Cada vez que en Europa ha habido una intervención, el Gobierno alemán ha debido comparecer ante el Bundestag para obtener la aprobación del Parlamento. No es un trago fácil para la señora Merkel y para la coalición CDU-CSU. Con Grecia y Chipre sudaron tinta. Imagínate tener que pasar por el Parlamento Federal para hablar de la intervención de España.

Debemos recordar una característica específica de Alemania. Vuelve a ser el país europeo dominante, pero tiene una estructura política ideada después de la Segunda Guerra Mundial para evitar que se comporte en términos imperiales. Un Estado federal con muchos contrapesos, un país que está votando siempre. Las elecciones regionales no están empaquetadas en un mismo ciclo (tal día se vota en todos los estados), sino que se celebran elecciones continuamente. Las decisiones políticas del Gobierno federal están muy condicionadas por esa cinta continua electoral. En parte, la desgracia griega estuvo provocada por ese condicionante. Cuando saltaron las alarmas griegas, los alemanes no hicieron nada porque tenían elecciones en Renania: no querían ir a los comicios habiendo soltado dinero para Grecia, de modo que dejaron que la situación se pudriese. España se salvó de la intervención porque Alemania estuvo de acuerdo en evitarla a cambio de que se llevaran a cabo de *motu proprio* las principales políticas de ajuste. En un momento dado, tras la crisis de Bankia, emergió con toda su crudeza el grave problema de la banca española y se buscó una solución que, aunque difícil, fue específica para la banca. Intervención parcial.

España ha sido un país tutelado, pero no formalmente intervenido. Ello garantizó hasta 2015 la supervivencia electora del Partido Popular, pese a perder tres millones y medio de votos y casi setenta diputados. El orgullo nacional español se salvaguardó: no vinieron los señores de negro; llamaron por teléfono, pero no aterrizaron en el aeropuerto de Barajas. Puede parecer lo mismo, pero no es lo mismo. La ausencia de intervención formal de España permitió al Gobierno apartar las pensiones de la política de austeridad. Los señores de negro habrían obligado a recortar pensiones en España. Lo hicieron en Grecia, lo hicieron en Portugal, ¿cómo no lo iban a hacer en España? No es lo mismo congelar las pensiones que recortarlas un 10 o un 20 %.

PI: Pero vaciaron la hucha de las pensiones…

EJ: Sí, pero en Portugal se recortaron las pensiones. En Grecia también, y de forma salvaje. En Portugal el recorte lo frenó una sentencia del Tribunal Constitucional. Esta es una información muy importante para entender por qué el sistema político portugués no estalló, como en Grecia o Italia. El Tribunal Constitucional portugués —es decir, el Estado— consideró que las pensiones no podían bajarse más porque un artículo de la Constitución portuguesa contempla el derecho a cobrar una pensión digna. La corte constitucional portuguesa salvaguardó la soberanía nacional.

En definitiva, si se hubiera producido la intervención en España, los pensionistas hubiesen sufrido mucho más. Sí, se congelaron las pensiones, y a largo plazo se generó una devaluación por culpa de la inflación, pero no hubo recorte. Creo que esto no puede negarse. Otra cosa es que un anciano que cobre seiscientos euros al mes, y que además tenga que ayudar a su hijo, tenga todos los motivos del mundo para salir a la calle a protestar. Pero la realidad objetiva es que la no intervención formal de la economía española permitió al PP colocar las pensiones bajo un paraguas y disponer de la adhesión electoral de los pensionistas durante un periodo de tiempo

considerable. Hoy esto está en crisis, porque la recuperación provoca nuevas ondas de protesta. Durante el momento más duro de la crisis siempre hay miedo. Cuando la crisis amaina, vuelve la reivindicación y la protesta. Esto es lo que ha acabado tumbando al Gobierno del Partido Popular.

PI: Porque no hay modelo.

EJ: Las expectativas. Las expectativas son fundamentales. ¿Qué será de nosotros en el futuro? Esta es hoy la pregunta clave en muchos hogares sometidos a la precariedad.

Otra cosa que tampoco conviene perder de vista es el apego de los españoles a la propiedad. Es capital para entender cómo funciona la sociedad, cómo ha funcionado durante la crisis y cómo puede hacerlo después. El franquismo logró moldear, proteger e incluso idealizar socialmente la propiedad. El apego a la pequeña propiedad es muy vivo en España. Es más, hoy la pequeña propiedad es el colchón de flotación de muchas familias. El piso, la plaza de garaje alquilada… ¿Recuerdas lo que dijo Luis María Linde, exgobernador del Banco de España, respecto a que no se había ahorrado lo suficiente en fondos de pensiones? Levantó una gran polémica.

PI: Sí, dijo que no tenía que invertirse tanto en vivienda.

EJ: En plena resaca de la crisis, al gobernador del Banco de España no se le ocurre otra cosa que decir que la gente no ha ahorrado lo suficiente, cuando mucha gente se ha visto obligada a comerse sus ahorros. Esta falta de empatía me parece insólita. La élite española tiene en muchas ocasiones una mirada despiadada…

PI: Totalmente. Como los jubilados van a morirse, que vendan su vivienda, para lo que les queda de vida…

EJ: Es una grave ofensa al pueblo español, porque la propiedad es lo único que puedes dejar a tus hijos. Si desposees a la gente de eso,

sabiendo que los hijos lo pasarán mal, les dejas en cueros.

PI: ¡Puedes convertir a los abuelos en bolcheviques!

EJ: Es lo de José Luis Arrese tirándose por la ventana del edificio de la plaza de España. El falangista Arrese tuvo un arrebato thatcheriano y dijo: «Aquí se acaba la revolución. Aunque sea un piso de cincuenta metros cuadrados, que el ciudadano tenga un título de propiedad, que no lo ha tenido jamás». Cuando el Banco de España propone al pueblo ir al banco y entregarle su vivienda si no le llega la pensión porque, a cambio de la casa, recibirá una módica cantidad de dinero hasta su muerte, destroza uno de de los fundamentos de la sociedad española posterior a la Guerra Civil. Veremos qué hace el nuevo Gobierno.

PI: Insisto: el problema es que no tienen modelo. A veces, hablando con Nacho Álvarez, nuestro responsable de economía, llegamos a la conclusión de que al Partido Popular no le iría nada mal electoralmente aplicar alguna de las claves de nuestro programa económico. En este país hay un problema muy real de ingresos, no de gasto, y por tanto debemos establecer un suelo de ingresos como política de país. Esto no es una medida «de izquierdas». Es una política estratégica que ofrece seguridad y estabilidad a fin de que el propio sistema económico sobreviva.

Keynes, que no era de izquierdas —tampoco de derechas—, hizo algunas de las propuestas más inteligentes para reanimar el capitalismo en situación de crisis y plantear vacunas efectivas frente a la tentación socialista. En realidad, Keynes solo defendió que para salvar al capitalismo conviene tomar medidas que favorezcan la demanda, asegurar ciertos derechos sociales —la socialdemocracia en Europa— y evitar que la clase trabajadora tenga la tentación de saltar el muro de Berlín y traer aquí lo que hay allí. Es decir, Keynes considera que deben hacerse políticas de Estado para proteger el sistema de la propiedad privada.

De manera parecida, nosotros creemos que debe establecerse un suelo de ingresos en nuestro país para evitar el estallido social. Esto se haría acercándonos un poquito a la media de presión fiscal que existe en la Unión Europea. Estamos a siete puntos de distancia; proponemos reducir la diferencia a cuatro o cinco puntos. Por otra parte, asumamos la reducción del déficit público que dicta Europa —pero a un ritmo menor que el actual; es posible— y tengamos en cuenta el efecto multiplicador de la inversión. Con estas tres medidas nos aseguraríamos de que no ocurriera lo que ocurre con las pensiones. En realidad, lo que defendemos nosotros debería defenderlo el Tribunal Constitucional, como sucedió en Portugal. La Constitución estipula el derecho a que las pensiones se actualicen al ritmo del IPC porque, de lo contrario, significa que de hecho bajan. Pero es evidente que ahora mismo el Tribunal Constitucional no está por la labor.

No se puede tener la caradura de sacarse de la manga el mal llamado factor de estabilidad, que en la práctica implica bajar las pensiones a partir del 1 de enero de 2019. Nuestra propuesta es perfectamente viable. Las pensiones se financian con las cotizaciones a la Seguridad Social, así que sería razonable elevar el salario mínimo y los salarios en general, porque eso incentivaría el consumo. Es falso que la devaluación de los salarios tenga efectos positivos sobre la economía.

Impulsemos además iniciativas fiscales que nunca se han puesto en marcha y que son sensatas. No puede ser que un país solo fundamente sus ingresos en el IRPF o el IVA, que todo el mundo paga. El impuesto de sociedades es y ha sido siempre un cachondeo. Tampoco tenemos un impuesto de solidaridad a la banca, como ocurre en otros países de Europa. Podría racionalizarse el impuesto de sucesiones de manera que una persona con una situación de renta vulnerable pudiera heredar la vivienda de sus padres sin que lo machacaran a impuestos y, al mismo tiempo, que los grandes herederos —a los que básicamente les cae un regalo del cielo— contribuyeran al menos un poco a la caja

común.

Todas estas son medidas de país. Medidas que ya han aplicado Gobiernos de derechas y de izquierdas en diferentes contextos. Si otros partidos nos las tomaran prestadas, lograrían la paz y la estabilidad. Es más, si el Gobierno logra que los pensionistas estén tranquilos y asegura un salario mínimo digno, garantiza la paz social y la tranquilidad. Porque, en el fondo, como decías, somos una sociedad que quiere orden.

El debate sobre la renta mínima, que empezó como una cosa de la extrema izquierda, es ya una iniciativa perfectamente racionalizada. Incluso el PNV la aplica en el País Vasco… Es el colmo, ¡parece que estemos llamados a salvar el sistema político! Tengo la impresión de que lo que estamos haciendo en los ayuntamientos genera simpatía, más allá de las campañas en contra que se organizan y de la mezcla de temas —como que la situación en Cataluña sea el principal móvil para atacar a Ada Colau, lo cual no deja de ser sorprendente. ¡La gestión de Ada Colau como alcaldesa de Barcelona es admirable! Ha facilitado el acceso a las escuelas infantiles racionalizando las cuotas. Aunque quiso montarse un escándalo con el episodio del besamanos protocolario al rey durante el Mobile World Congress, la edición del congreso en 2018 alcanzó el mismo nivel de facturación y participación de años anteriores y se ha garantizado su celebración en Barcelona hasta 2023. Estamos demostrando que nuestra gestión no genera incertidumbre. No pueden acusarnos de eso. Al contrario, en sus modestos espacios de política social, los ayuntamientos del cambio básicamente ofrecen seguridad. Una seguridad amable, eso sí. Económica y social.

En cambio, en 2018 el Partido Popular envía una carta a cada pensionista explicándole que van a subirle la pensión un 0,25 %. ¡Pero si el papel de la carta y el envío salen más caros! No sé quién les asesora. Es normal que el pensionista que abra esa carta piense que están riéndose de él. ¿Quiénes son en realidad los antisistema? ¿Quiénes son los que finalmente tocan las narices a las bases sociales

de verdad interesadas en que el sistema funcione?

EJ: Lo de la carta puede parecer anecdótico, pero creo que no lo es. En realidad, ya hace años que los pensionistas españoles reciben esta carta. Ha sido ahora cuando se ha producido esta fractura. Durante los años más duros de la crisis el pueblo español demostró una gran capacidad de supervivencia. En el momento más duro de la crisis hubo pocas protestas, porque la gente estaba literalmente aterrorizada. Se había dado ese estrangulamiento de la situación del que hablábamos, y que era nuevo para mucha gente. Rodríguez Zapatero reaccionó mal ante la crisis, entre otras razones, porque pertenece a una generación que no sabía lo que era el miedo a una crisis económica grave.

Como te conté anteriormente, yo viví la crisis de los años setenta. Mi padre me dijo un día que se había quedado sin trabajo; mi madre no trabajaba, como tantas mujeres de su generación. Aquel día me di cuenta de que el único que trabajaba en casa era yo; aprendiz de periodista. Hay que vivirlo para entenderlo… Mi padre se «reinventó», como dicen ahora en las escuelas de negocios. Había aprendido el oficio de panadero de joven y se puso a cargar y descargar sacos de harina a las tres de la madrugada, a los cincuenta años. Fue muy duro para él, pero logró salir adelante. Afortunadamente, después de esa crisis el país se recupera: los ochenta, los noventa, etc., hasta 2007. Estamos hablando de un periodo de casi treinta años en el que a algunos les ha ido muy bien, a otros de maravilla, a otros regular y a otros mal, sin crisis turbulentas. El suelo no se ha movido. Eso es importante. Cuando el suelo empieza a moverse en 2008, el presidente del Gobierno no sabe interpretarlo bien, porque nunca lo ha vivido. Hay algo instintivo en esas situaciones que no se aprende en los libros. Hay que haberlo vivido. Cuando empieza a recibir noticias económicas adversas no se le dispara un chip que solo funciona cuando has vivido una situación similar. Se creyó a los asesores que le decían que aquello era una crisis pasajera. Los asesores engañan muchas veces. Los asesores suelen

decirle al jefe lo que este necesita oír.

La adversidad económica ha dolido a quienes no se la esperaban y a quienes ya la habían vivido. A unos, les pilló desprevenidos. A los otros, se les desvaneció la idea de la prosperidad perpetua que algunos habían teorizado. Algunos habían llegado a hablar de la extinción de los ciclos económicos…

Hace tiempo, José Andrés Torres Mora, diputado socialista, buen lector de encuestas, me mostró datos muy interesantes según los cuales el mayor nivel de irritación política en los primeros años de la crisis no era el de los más damnificados, sino el de las clases medias. Las rentas más bajas estaban concentradas en salir con vida de aquel marrón… Las clases medias exigían soluciones inmediatas. Ahora empiezan a expresar su irritación; una vez superada la crisis, quieren algo más para sí. Pero no entonces. Así se explican los resultados electorales de noviembre de 2011. Las clases medias apuestan por el Partido Popular: «Hagan algo. Ustedes tienen que arreglar esto. Saquen a la gente que había hasta ahora». Este es el dictamen social mayoritario. Pero no se dan grandes protestas en la calle. La ley de reforma laboral se aprueba sin apenas protestas en la calle.

La primera protesta de peso y reveladora es el 15M. Antes no hay protestas en la medida en que mucha gente vive en una situación de economía de guerra. ¿Cómo sobrevivir a todo esto? El elevadísimo peligro de la crisis lo observa gente muy distinta, desde el que trabaja en una fábrica al profesional liberal. De hecho, muchas profesiones han quedado medio desguazadas. El periodismo, por ejemplo. La crisis de los años setenta se circunscribió primordialmente a los obreros industriales; la última crisis ha sido mucho más amplia. Nos llevará tiempo comprender los comportamientos sociales actuales: cuánto de miedo hay en ellos, cuánta rabia, cuánta indignación, cuánta esperanza… Yo no lo tengo muy claro.

PI: Todo cambia en Europa ahora mismo. Cada país ha afrontado la crisis de un modo distinto. En Alemania, el país más estable de todos,

la solución ha sido dar continuidad a Angela Merkel, hacer pasar por el aro a los socialdemócratas otra vez y protegerse de la extrema derecha como fuerza de oposición. En Francia la solución ha sido Macron: todavía no sabemos exactamente qué puede significar Macron, cómo piensa reconfigurar la política francesa. No sabemos qué pasará en Italia, pero sí sabemos que la crisis ha engendrado la Liga Norte y el Movimiento 5 Estrellas. Reino Unido ha optado por el Brexit…

¿Y España? España todavía no ha decidido su futuro. Todavía no hemos vivido un verdadero cambio. A pesar de la moción de censura, el Partido Popular resiste el envite. Es posible que la solución que elijan los españoles sea que Albert Rivera se convierta en el próximo presidente del Gobierno, pero también es posible que prefieran un Gobierno de progreso con Podemos. Desde luego, no habrá Gobierno en solitario del Partido Popular o del PSOE. El bipartidismo ha muerto para siempre y dará paso a una guerra compleja y encarnizada entre cuatro actores.

EL CICLO ELECTORAL 2015-2016

Enric Juliana: Propongo examinar el ciclo electoral 2015-2016. Explica muchas cosas del momento actual.

Las elecciones de 2015 y 2016 hicieron cristalizar una crisis de representación política en España que ya se había manifestado de manera sintomática en las elecciones europeas de 2014. Por primera vez en unas elecciones de carácter general en España, los dos principales partidos no alcanzaban el 50 % de los votos. En este aspecto, los comicios europeos de 2014 son muy importantes, porque avisan de que está pasando algo serio. Al cabo de diez días, el rey Juan Carlos anunciaba su abdicación e inauguraba así una nueva etapa de la política española. El cambio de tendencia se expresó de forma más rotunda en las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2015, en las que el Partido Popular sufrió un severo castigo y las plataformas municipales de Podemos obtuvieron formidables resultados en las grandes ciudades. Después vinieron las elecciones generales de diciembre de 2015: el Partido Popular perdió tres millones y medio de votos y casi setenta diputados. Hace meses cotejé los datos y solo encontré un partido en Europa que hubiera sufrido semejante descalabro electoral: Nueva Democracia, en Grecia, en las elecciones de enero de 2015, que ganó Syriza.

No fue un batacazo suficiente para herir de muerte al Partido Popular, porque fue acompañado de una circunstancia paralela, que es que el partido que teóricamente tenía que ser la alternativa de Gobierno también retrocedió. En resumen, en el escenario de 2015, la

sociedad española —o una parte importante de ella— se pronunció a favor de un cambio, pero sin indicar de forma inequívoca qué tipo de cambio. Y la política española no pudo, no supo o no quiso ofrecérselo. En estos momentos, navegamos en esta contradicción entre una importante demanda de cambio y la falta de oferta; pienso que existen deseos de cambio, pero que estos ya son distintos de los de diciembre de 2015. Son deseos más resabiados, irritados y desconfiados; desprenden poca esperanza, recuerdan al estilo de Beppe Grillo y van contra la política.

Pablo Iglesias: El proceso comprendido entre mayo de 2014 y diciembre de 2015 fue vertiginoso. Hay que valorar el ritmo al que hemos ido a partir de 2016 —que también ha sido impetuoso desde el punto de vista político— comparándolo con esos quince meses. En esos quince meses emergió de la nada la fuerza política que tradujo con más entereza el 15M a nivel electoral. Partiendo de un profesor universitario con coleta (tertuliano de «La Sexta Noche» y «Las mañanas de Cuatro»), en un abrir y cerrar de ojos, en cuestión de meses, Podemos logró 1,3 millones de votos en las elecciones europeas con un discurso enormemente eficaz. Es muy difícil encontrar casos de fuerzas políticas nacidas con este vigor y que no surgieran de una figura del poder o estuvieran apoyadas por determinados sectores de las élites. Podría decirse que Emmanuel Macron apareció de la nada y que ahora es presidente de la República Francesa, pero en realidad era un exministro, había sido un banquero muy importante y contaba con el apoyo de enormes aparatos de poder. Sí hubo partidos de izquierda que crecieron mucho, como el caso de Syriza en Grecia, pero en cualquier caso el nuestro fue un proceso espectacular.

PI. Durante este periodo, se produjo una consolidación muy traumática. Fue una carrera vertiginosa de un grupo de madrileños que nos lanzamos a hacer una campaña electoral organizando a duras penas círculos por todo el país. Estábamos muy lejos de tener una estructura de partido y, de repente, nos vimos en la obligación de

organizarla a nivel estatal. Presentarse a unas elecciones andaluzas sin tener ni siquiera partido ni dirección política en la comunidad y obtener un 14 % de los votos es algo que Izquierda Unida jamás había logrado. Obtuvimos un resultado digno y decidimos que en las municipales apostaríamos por candidaturas ya consolidadas, aunque no hubiera una estructura de partido con la que presentarse. También concurrimos en las elecciones catalanas. El resultado, once diputados —que contrastan con los ocho de ahora—, fue decepcionante, dado que en julio había encuestas que situaban a Podemos como primera fuerza política.

Y así llegamos a las elecciones generales de diciembre, cuyo resultado fue sorprendente. En octubre, las encuestas daban a Podemos en torno al 11 % de los votos, pero obtuvimos más del 21 %. Llegamos a un escenario histórico: en un año y medio había desaparecido el bipartidismo. Al surgimiento de Podemos le ha seguido una apuesta de las élites por una fuerza política de ámbito catalán, Ciudadanos, que se ha convertido rápidamente en una fuerza de ámbito estatal. Ciudadanos llegó a situarse como primera fuerza política en algunas encuestas en octubre y noviembre de 2015. Y, aunque entró en el Congreso con un resultado más modesto de lo esperado, obtuvieron un resultado respetable. En definitiva, el sistema de partidos en España ha saltado por los aires como consecuencia de la traducción electoral del 15M, que ha tenido una vertiente progresista, Podemos, y una conservadora o *proestablishment*, Ciudadanos.

Además, la cuestión catalana sigue operando en una estrategia procesista que tarde o temprano puede estallar, y que condiciona la dialéctica de posibles alianzas a nivel estatal. El procesismo hace muy difícil imaginar acuerdos de régimen como los que se hacían con CiU en momentos de debilidad electoral. En este punto creo que falta un elemento influyente que se añade a las demandas sociales que pedían cambio y a la capacidad de oferta de los actores políticos: el poder. Me refiero a esas esferas que recuerdan a Lord Voldemort de *Harry Potter*:

el mal no puede ser nombrado porque, si lo nombras, se abalanza sobre ti.

Esto parece una broma, pero no olvidemos que Pedro Sánchez solamente se atrevió a nombrar al poder cuando parecía que no tenía nada que perder. Le habían cortado la cabeza, como a Ned Stark en *Juego de tronos*, y se fue llorando al programa de Jordi Évole a contar toda la verdad. Y la realidad era que tenía que haber intentado pactar con Podemos, pero que no le dejaron: ni César Alierta, ni los del diario *El País*, ni nadie. Allí revela una verdad que cuando vuelve al poder no puede volver a contar. Esa noche ilustra un gran triunfo para Podemos. Todos los espectadores vieron que decíamos la verdad, que el problema no era que los partidos no quisieran responder a las expectativas de la gente. La verdad —que en conversaciones privadas todo el mundo reconoce— es que el poder en España no estaba dispuesto a asumir que Podemos gobernara. En cualquier conversación *off the record* todo periodista y jefe de periódico lo admite, si bien no se puede decir públicamente porque el poder no puede nombrarse. Cualquiera que se plante en una televisión y cite a Alierta, Cebrián o Gas Natural tiene los días contados en política. Excepto Podemos.

Esto, por tanto, concentra la artillería pesada contra nosotros por hacer una cosa que Juan Carlos Monedero contaba con gracia, pero que tiene consecuencias: marcar la zeta. Monedero decía: «Iglesias es como el Zorro. Se acerca al malvado, saca la espada y le hace una cicatriz en la frente con forma de zeta». Esto es precioso porque el Zorro se va y parece que ha ganado, pero el que se queda con la zeta en la frente no se olvida de él, así que el espadachín tiene muchas posibilidades de morir. La historia no acaba como a los mexicanos les gustaría, y es la verdad de lo que ocurrió en 2016: al Partido Socialista le prohibieron llegar a un acuerdo con nosotros.

Sánchez desarrolló una estrategia voluntarista de presión para que nos abstuviéramos. Trató de dividirnos y quebrarnos por dentro, apoyar a la facción que fuera favorable a abstenerse para que su

partido pudiera gobernar, pero no le salió bien. Y cuando falló, las encuestas decían que, después de una confluencia de Podemos con Izquierda Unida, la segunda fuerza política en España iba a ser Unidos Podemos. Lo que ocurrió en esos meses no se debe a la relación entre los partidos y la sociedad, sino a las decisiones que tomaron los comandos que controlan el poder.

Y, de repente, ocurre algo irónico: la moneda, que se tira siempre al aire cuando se convocan unas elecciones, cae del lado favorable a los malos. Los malos no pensaban que las elecciones fueran a ir como fueron. Se habían creído todas las encuestas (las del CIS, las de Metroscopia, etc.), y todas decían que Unidos Podemos iba a ser la segunda fuerza política. Además del Brexit, que fue un factor que nadie imaginaba, nos ocurrió algo terrible, y es que las encuestas pronosticaban resultados demasiado positivos.

La capacidad del Partido Popular para infundir el miedo fue tremenda, y la peor parte se la llevó Ciudadanos, que empeoró su resultado electoral respecto a diciembre, cuando se esperaba que lo mejorara al haber llegado a un acuerdo de investidura... En suma, lo cierto fue que la movilización del miedo empujó votos hacia el Partido Popular y, al mismo tiempo, la sociedad no tuvo el mismo nivel de movilización que en diciembre. Lo que nos pasó a nosotros no fue que los votantes se fueran a otros partidos, sino que una parte muy importante se quedó en su casa. Esto el día 26 por la noche no lo sabía nadie. Todo el mundo pensaba que ese proceso de transformación en el sistema de partidos iba a seguir.

EJ: Paremos un momento porque en esa narrativa que has hecho describiendo el periodo entre el 20 de diciembre y el 26 de junio tengo la sensación de que te pones la venda antes de la herida. Me gustaría comentarte algunas impresiones que tuve durante esos meses.

La primera se refiere a la noche electoral del 20 de diciembre, cuando los dirigentes de Podemos comparecisteis en la plaza del museo Reina Sofía con un resultado bajo el brazo absolutamente

inédito en la política española. Jamás una fuerza política ubicada a la izquierda del Partido Socialista había logrado setenta escaños y había superado el 20 % de los votos. Tal vez porque me he hecho mayor y sigo siendo de la escuela clásica, yo pensaba que íbamos a asistir a uno de esos discursos con cierta voluntad de pasar a la historia, pero me quedé un poco atónito al veros con un discurso de *Juego de tronos*. No recuerdo todo lo que dijiste aquella noche, pero sí los puntos principales. Las urnas aún estaban calientes y ya estabais poniendo condiciones al Partido Socialista. Dibujasteis una primera línea roja: no se podía pactar si no se llegaba a un acuerdo sobre el reconocimiento nacional de Cataluña. ¡Caray!, me dije.

Sinceramente, aquella escena me dejó bastante perplejo, no porque me pareciese un mal planteamiento, sino por vuestro enfoque ajedrecístico. Antes de celebrar lo que bien podía ser considerado un acontecimiento histórico, ya movíais pieza para colocar al PSOE en dificultades. Vosotros erais nuevos para la mayoría de la sociedad y habíais recolectado en un tiempo récord un voto de protesta de muy distinta procedencia. En lugar de tener una celebración colectiva, empezasteis a jugar al ajedrez. Tuve la impresión de que vuestros electores pensaban en unos términos y vosotros en otros. No digo que fueran contradictorios, pero vuestros electores se imaginaban una cosa, y vosotros estabais en otro capítulo de la serie. Evidentemente, las noches electorales son muy importantes porque la sociedad está muy pendiente de la política en aquel momento. El mensaje de la noche electoral es muy importante. Pedro Sánchez, por ejemplo, centró todo su esfuerzo en no admitir la derrota. Si la admitía tenía que marchar inmediatamente a casa. Si se bajaba de la bicicleta, le mataban, como quedó perfectamente de manifiesto en los meses siguientes.

Al cabo de una semana, vino vuestra célebre rueda de prensa exigiendo ministerios. Si en la noche electoral habíais indicado al Partido Socialista que la cuestión de Cataluña era fundamental para llegar a acuerdos, en tu comparecencia después de haber sido recibido

por el rey subisteis el listón: queríais estar en el Gobierno, ocupando puestos clave. Se leyó rápidamente que lo que en realidad queríais era poner en un aprieto a Pedro Sánchez y acentuar las contradicciones en el seno del PSOE. Pienso que aquello no fue entendido por muchos de vuestros votantes, que querían un acuerdo entre las izquierdas. Se produjo un desencaje entre el movimiento táctico y la percepción de la sociedad. Otro tanto ocurrió con la reiterada alusión a la cal viva y Felipe González. Ahí se produjo una fractura entre tu liderazgo y a buena parte de los electores socialistas que estaban dudando de si habían hecho bien en votaros. A nadie le gusta sentirse acusado de de complicidad moral con el crimen, aunque se haga de forma indirecta.

PI: Estas son las críticas oficiales a Podemos, lo que todos los analistas con más o menos simpatías hacia nuestro partido señalarían como errores clave en aquel momento. Quiero reconocer que hicimos algunas cosas mal, pero me gustaría contextualizar otras porque los relatos son la verdad en política, pero eso no quiere decir que sean ciertos.

Nosotros cometimos dos errores, y esto creo que no lo he admitido nunca hasta ahora. El primero, que probablemente guarda una estrecha relación con la formación académica e intelectual, es la soberbia de pensar que la historia prevalece sobre la política. Se nos olvidó una gran lección de Mario Tronti: en el cuerpo a cuerpo, la política siempre gana a la historia. La historia gana a largo plazo, pero cuando tienen que chocar siempre gana la política, y nosotros estábamos convencidos de que había cambios definitivos en la historia de nuestro país. Ignorábamos esa verdad gramsciana de que lo nuevo tarda en hacerse y lo viejo tarda muchos años en morir. Este error se plasmó a la hora de señalar, por ejemplo, que la cuestión territorial exigía una resolución democrática a corto plazo. Nosotros entendíamos que había una crisis territorial que debía tener una respuesta política inmediata, y recuerdo que esa noche llegamos a decir que eso no era opinable, que era una crisis que solo podía tener

una resolución democrática. Está bien que eso lo diga un historiador o un profesor de ciencias políticas, pero un político no puede pretender convertir las verdades históricas o la justeza del diagnóstico en discurso político. Fue un error.

El segundo error, y aquí entra todo lo demás, es la falta de experiencia a la hora de calcular la batalla por el relato. Nosotros sabíamos desde el principio que el Partido Socialista no iba a negociar jamás un Gobierno con nosotros, y se nos notaba. Si pudiera volver atrás, ahora con más experiencia, llegando exactamente a la misma conclusión, habría tratado de pelear el relato para que eso no se percibiera. Diría: «No, estamos convencidos de que el Partido Socialista va a querer negociar con nosotros». Éramos buenos en los movimientos tácticos. De hecho, aquella rueda de prensa fue un éxito ese día y el siguiente.

Cuando salimos a dar la rueda de prensa, una mujer nada sospechosa de no saber leer la realidad, Lucía Méndez, escribió un artículo muy elogioso con Podemos, avisando de que veníamos en serio a gobernar. El artículo se titulaba «Ahí lo tienes, Pedro, báilalo», y era todo un halago a la audacia política y a la seriedad. Esa comparecencia respondía a algo que estaba ocurriendo y que nosotros veíamos con poca experiencia. El Partido Socialista estaba haciendo creer a todos los periodistas que había acordado que nos abstuviéramos para apoyar un Gobierno suyo con Ciudadanos. En una muestra de nuestra falta de experiencia, respondimos dejando claro delante de todos los periodistas que queríamos negociar un Gobierno con ellos. En aquel momento, aquello funcionó. El problema es el relato que se empieza a construir después y que, pasado el tiempo, resulta muy difícil combatir.

En cuanto a lo de la cal viva, estaba prevista una mención que considero justa. Alguien en el Congreso de los Diputados tenía que decir que el señor Felipe González tenía el pasado manchado de cal viva, y no podía ser Pedro J. Ramírez. No podía ser una disputa entre una figura siniestra del periodismo y una figura siniestra de la política.

Y, de hecho, ese día llegaron felicitaciones melosas de ujieres, letrados y políticos de ideologías que te sorprenderían. Celebraban que por fin hubiera venido alguien a decir lo que la izquierda jamás se ha atrevido a decir. Quizá la repetición, en el fragor de la batalla parlamentaria, estuvo peor medido, pero hay que considerar en todo momento que para nosotros funcionan otras reglas.

No me gusta quejarme de esto, porque lamentarse del árbitro es de perdedores, pero no es menos cierto que los árbitros trabajan para quien trabajan. De nosotros se han dicho barbaridades execrables que, sin embargo, no han merecido un editorial, ni una portada ni un debate entre tertulianos. Nosotros tenemos muchas más razones para sentirnos ofendidos, pero las verdades que decimos se usan para atacarnos. Es como si alguien dijera: «¿Cómo te atreves a decir que en el Partido Popular hay franquistas? Estás ofendiendo a su electorado. ¿Cómo te atreves a decirle al Partido Popular que su partido fue fundado por siete ministros de una dictadura? ¿Cómo te atreves a decirle al Partido Popular que su fundador firmó sentencias de muerte? Al llamar corruptos a Francisco Camps o a Ricardo Costa, ¿estás llamando corruptos a los votantes del Partido Popular?».

En este país, la corrección política se ha convertido en una especie de pacto corrupto para proteger a los delincuentes que trabajan desde el Estado y que son intocables porque forman parte de nuestro patrimonio democrático. Eso es inaceptable. Es como si un catalán se ofendiera por decir que Jordi Pujol es un corrupto. Y hay que andarse con ojo porque eso se torna en una forma de dominación social con tintes ideológicos que hace que el demócrata se autocensure. Cuando el demócrata que investiga los GAL puede tener miedo de contar la verdad, tenemos un problema.

EJ: Creo que una generación entera se sintió herida cuando reiteraste la acusación de la cal viva, puesto que la identificación generacional con el Partido Socialista fue muy intensa en España. Creo que este es un factor que vuestro partido ha subvalorado de manera reiterada.

Uno de los pasajes importantes de la política española, que explica algunas cosas positivas y negativas de este país, es la fortísima identificación generacional que se produjo en los años ochenta entre los sectores más dinámicos de la sociedad y el Partido Socialista —y especialmente con su líder, Felipe González.

Es verdad que, a diferencia de lo que ha ocurrido en otros países europeos, ese liderazgo patriarcal de González se ha deteriorado a mayor velocidad que en otros casos equivalentes. Pienso, por ejemplo, en Mário Soares. Me refiero al contraste de ambas figuras en su último momento. Me da la impresión de que uno de los momentos verdaderamente tristes para Felipe González es cuando asiste a los funerales del expresidente portugués. Tuvieron una trayectoria paralela y desempeñaron, objetivamente, un papel similar. Acercaron la península ibérica a la socialdemocracia europea y alejaron la perspectiva de que otro tipo de izquierda pudiera gobernar Portugal y España, y eso teniendo en cuenta que los escenarios en ambos países eran notoriamente diferentes, incluso entonces. No era lo mismo el Partido Comunista Portugués de Álvaro Cunhal y el ala izquierda del movimiento de las Fuerzas Armadas que lo que significó aquí el Partido Comunista de España de Santiago Carrillo. Mário Soares y Felipe González llevaron a Portugal y España al Mercado Común y, en el caso de González, lo culminó con el ingreso en la OTAN —de la que Portugal ya era miembro. Se habían granjeado la gracia y la benevolencia de los hombres principales e irrepetibles de la socialdemocracia europea como Olof Palme, Willy Brandt y François Mitterrand. Sin embargo, cuando Soares muere, ambos han atravesado el calvario que supone la crisis financiera de 2008 con actitudes muy distintas. La figura de González se ha deteriorado mucho ante las personas que en su momento le votaron. Pero siempre queda algo… un poso cultural y sentimental. Un poso cultural y generacional que no debe ser menospreciado. Para mí aquello fue algo más que un error táctico; fue un error de lectura de la configuración sentimental y política de la sociedad española. Yo nunca me atrevería

a decir que González fue el jefe de una organización terrorista durante su mandato.

PI: Cuando le entrevistó Juan José Millás, afirmó haber tenido la oportunidad de hacer saltar por los aires a toda la cúpula de ETA.

EJ: Sí, lo sé, pero eso no es encabezar una organización terrorista.

PI: Eso es un presidente del Gobierno recibiendo información de que un grupo parapolicial actuando ilegalmente —recordemos que todavía es ilegal en España poner bombas a otros terroristas— le ha dado la opción de dar la orden. ¡Y él ha presumido de eso! Solo un arrogante, convertido en una caricatura de sí mismo, es tan estúpido como para decirle a un periodista de *El País* que pudo hacer estallar la cúpula de ETA en el sur de Francia. Dijo además que no lo hizo y que se arrepentía de ello. Tienes razón en que suena muy fuerte y puede no gustar a sectores muy amplios de la sociedad, incluidos algunos de mi generación. No obstante, este caso es distinto, porque hay mucha gente a la que no le gusta escuchar la verdad o que dice no identificarse con ella.

Podríamos tener un debate sobre lo que significa ordenar la invasión de un país. Cuando estás en guerra, se ponen muchas bombas y se ordenan bombardeos, pero ejecutar a los jefes de una banda terrorista ilegal no está aceptado de momento en España. Otra cosa es que se cambien las leyes. A lo mejor algunos proponen, como en Israel, que la tortura sea legal, pero por ahora en nuestro país es ilegal. Y un funcionario que tortura es un torturador, aunque sea condecorado y nadie se atreva a denunciarlo.

EJ: Sostengo que Felipe González no fue el jefe de una organización terrorista, aunque bajo su mandato sí hubo terrorismo de Estado, lo cual es una mancha importante en su trayectoria. Además, sostengo —y presumo que él lo ha vivido con amargura— que el deterioro de su imagen ante sus antiguos votantes ha sido, y está siendo, elevado. He

destacado la figura de Mário Soares porque expone algo crucial. ¿Por qué el Partido Socialista Portugués ha resistido mejor que el PSOE, pese a haberse visto en la circunstancia amarga de tener que pedir la intervención europea en su economía? ¿Por qué resiste mejor, en términos electorales, el Partido Socialista portugués, pese al encarcelamiento por corrupción del ex primer ministro José Sócrates? El PSP consiguió resistir, e incluso subir un poco, en las elecciones legislativas del 2015. No perdió treinta escaños como el PSOE. Tal vez una de las respuestas sea Mário Soares. Cuando empieza la crisis, el gran patriarca de la izquierda reformista portuguesa denuncia la política de austeridad y se pone del lado de la gente, haciendo un llamamiento a que la Europa del Sur se rebele contra el enfoque alemán de la gestión de la crisis. Lo que quiero subrayar es que uno de los problemas del PSOE no fue tanto, o exclusivamente, el hecho de que Rodríguez Zapatero tuviese que claudicar —aunque es verdad que podría haber dimitido—, sino el hecho de que en todo el elenco histórico del Partido Socialista nadie desempeñó un papel equivalente al de Soares en Portugal. La sociedad española no vio en ninguna pieza clave del partido —cuyo máximo exponente era Felipe González — esa actitud de indignación y rebeldía de Soares, poniéndose del lado de la gente que estaba sufriendo. Esta es la principal crítica que yo le haría a Felipe González.

Podemos seguir discutiendo sobre el episodio de la cal viva, pero para muchos antiguos votantes socialistas esa doble mención tuya fue dolorosa, y no lo fue porque ellos hubiesen aplaudido a los GAL en su momento. Los contratos sociales en política son muy complejos. Las complicidades generacionales son muy importantes. La gente necesita tener una buena opinión de los tiempos que ha vivido con pasión. A vosotros os pasará lo mismo, si es que no os está pasando ya.

PI: Creo que estamos entrando en una parte importante que refleja la existencia de dos visiones generacionales distintas. Un par de cosas que has dicho son verdad. Una de ellas es el reconocimiento de la

inteligencia y altura política de Mário Soares a la hora de saber ubicarse históricamente. Demostró una astucia típica de la clase política portuguesa —al contrario de la española—, y esto le ha hecho pasar a la historia como un viejo dirigente socialista portugués que supo leer lo que significaba la crisis financiera. Actuó como un socialdemócrata de izquierdas, lo cual le deja en un papel mejor que el de Felipe González.

Otra de las cosas en las que coincido es que lo de la cal viva hirió a algunas personas. No obstante, obligó al Centro Nacional de Inteligencia a hacer una encuesta secreta sobre la cal viva, de la que nos informaron más tarde. Descubrieron que la mayor parte de los españoles —hasta un 60 %— no tenía ni la más remota idea de lo sucedido. De los que sabían de lo que se hablaba, el 50 % eran partidarios entusiastas de debatirlo, y el otro 50 % estaban muy dolidos, lo cual es muy llamativo.

Seguramente eso explica la obsesión que hay después por dotar de significado ese momento sin dejarlo pasar, porque metimos el dedo en la llaga. Reconociendo que la segunda referencia sobraba, hay que decir que la primera pasó desapercibida. Formó parte de un texto escrito consensuado con todos los compañeros, y a todos les pareció bien. La segunda fue en el calor del debate, y no tendría que haber sido mentada porque desvió la atención de lo fundamental. Era solo una pullita, como otras tantas que dejamos caer en el Congreso al elogiar la memoria de Salvador Puig Antich, de los asesinados de Vitoria… Todas estas cosas han pasado desapercibidas, pero han dejado una huella para que los historiadores sepan que algunos de los que pasamos por el Parlamento leemos historia.

Pero aquí hay un factor generacional que Jaime Miquel detecta a la perfección. La generación que sigue dominando el sentido del voto en España —la de los mayores de cuarenta y cinco años— presenta una serie de características relevantes. Es una generación que no considera que la geografía izquierda-derecha sea determinante, incluso para su propia historia moral. Es decir, que el hecho de ser de izquierdas o de

derechas no tiene que ver con una moral personal y familiar. Es una generación plenamente consciente de las dificultades, muy hacendosa, sacrificada y temerosa. Y, aunque no sea monárquica, tiene mucho respeto por la monarquía porque conoce el papel que pudo desempeñar la Corona para disuadir golpes de Estado. En suma, a pesar de los desencantos y de los fracasos, se trata de una generación muy agradecida con los valiosos cambios que se produjeron en España porque pasó su infancia y su juventud bajo una dictadura.

Eso templa mucho el carácter, e incluso hace valorar determinadas cosas en su justa medida. Tu generación suele pensar que a nosotros nos han regalado muchas cosas que a vosotros os costó mucho tener, que hemos nacido con nevera y congelador en casa, con una escuela pública y una sanidad que vosotros no visteis, con una capacidad de consumo que vosotros supisteis apreciar y nosotros damos por hecha, etc. Sin embargo, las nuevas generaciones, que no se sienten tan vinculadas por la geografía izquierda-derecha, pero que son muy laicas, tienen mucho menos respeto por lo que parece intocable. En la última encuesta que mandamos hacer a una empresa externa, preguntamos por la república, y ya hay más españoles a favor de una forma de Estado republicana que a favor de una forma de Estado monárquica. Y lo curioso es que, cuando bajas a las franjas de edad jóvenes, el porcentaje es arrollador, hecho que explica por qué el CIS no pregunta nunca por ello. No se debe a que los jóvenes tengan nostalgia de la Segunda República. Nombres como el de Niceto Alcalá-Zamora o Manuel Azaña no forman parte de su imaginario. No obstante, son modernos. Y al ser modernos, aunque no les caiga fatal Felipe VI, se sienten naturalmente republicanos. No se adscriben a corrientes de pensamiento republicano, sino que se limitan a verlo como algo más moderno y coherente.

Lo mismo sucede con otro sinfín de afanes culturales preciosos y modernos, como la libertad sexual o la tolerancia por la libertad personal. Ha sido impresionante ver a chicas adolescentes desbordar las manifestaciones del 8 de Marzo. Y, en lo que se refiere a la historia

de nuestro país, no hay vacas sagradas. Si se enteran de lo de los GAL, se estremecen con que pudiera ocurrir algo así. Si «La Sexta Noche» les cuenta quién era Billy el Niño, se escandalizan ante el hecho de que en España hubiera torturadores y estén en libertad. Son la generación de La Sexta, una generación que no deja títere con cabeza y que señala con el dedo a Victoria Prego, pidiéndole explicaciones por grabar a Adolfo Suárez tapando el micrófono con la mano.

En resumen, esa generación, sin ser de izquierdas, tiene pocos vínculos culturales con la de los mayores, aunque tenga menos conciencia política. Seguramente es más fácil para tu generación salir a la calle a movilizarse por las pensiones que para los hijos, quienes a lo mejor no se sienten tan empujados a protestar y desconocen la forma del sindicato en su centro de trabajo. De hecho, puede que incluso muchas veces se olviden del deber cívico de ir a votar porque están menos ilusionados. Sin embargo, culturalmente no tienen el mismo respeto que tenían sus mayores por las vacas sagradas de la historia política de España.

Eso tiene que ver con el fenómeno político de Podemos en términos estéticos. Creo que, cuando esa gente nos ve, le entramos por los ojos. Nos ven como parte de su estructura cultural. Y, en cambio, la pinta con la que entramos en el Congreso llegó a ofender a miembros de tu generación, incluso a personas de izquierdas…

EJ: Desde que entrasteis en el Congreso, he tomado la decisión de llevar corbata todos los días. No por llevarte la contraria a ti y a los tuyos, sino porque veo que ya hay gente de mi generación que ha abdicado para mimetizarse con la nueva onda. Estoy bromeando, pero algo hay de eso. Llevar corbata pronto será un signo de insumisión. Cuando veo a los tiburones californianos del capitalismo digital, a los nuevos oligarcas de las plataformas digitales y de la inteligencia artificial, vendiendo los nuevos enfoques del mundo sin corbata, me entra una gran inquietud. ¡Viva la corbata!

PI: Esto le pasa a Julio Anguita también. Me dijo una vez: «Iglesias,

estoy de acuerdo contigo en casi todo, menos en estas pintas que me traes».

EJ: La caracterización generacional que has hecho es precisa, y se ve que has pensado bastante en ello. Sin embargo, lo que sí quiero señalarte guarda relación con la configuración de mayorías políticas.

PI: Faltan los de tu generación, claro. Si me permites hacerte un elogio rápido, la primera persona que vio que el fenómeno Manuela Carmena iba a funcionar fuiste tú. Viste esa suma. Además de todos los votos que podíamos acumular nosotros, ella representa generacionalmente la diferencia entre un buen resultado y una victoria. En cuanto la escuchaste en la SER por primera vez, me mandaste un mensaje y me dijiste: «Oye, qué bien lo hace esta señora».

EJ: La clave en estos momentos me parece que está en la configuración de coaliciones generacionales y sociales. Grupos de edad y segmentos sociales que saben encontrar un común denominador en un momento dado. Esa fue la clave de la victoria de Manuela Carmena en Madrid. Una mayoría de madrileños decía basta a Esperanza Aguirre y Carmena se erigió en alternativa. Con una semana más de campaña habría obtenido un resultado clamoroso.

Regreso ahora a vuestro estreno parlamentario... Tengo la impresión de que, después de diciembre, Alberto Garzón y tú ya tenéis en la cabeza la alianza de Podemos e Izquierda Unida. Cada generación tiene sus mitos y sus pulsiones sentimentales. Para vosotros, antiguos militantes de la Unión de Juventudes Comunistas después de la Transición, esa alianza era muy importante porque significaba la *rivincita* sobre el Partido Socialista, y creo que ese fue el impulso que acabó prevaleciendo. ¡El soñado sorpasso!

PI: Claro que nos hubiera gustado quedar segundos o primeros, pero el sorpaso no era un objetivo político, sino que se convirtió en el

resultado de una realidad de bloqueo en la que nosotros no estábamos invitados a desbloquear.

Con Izquierda Unida las relaciones durante la campaña de 2015 fueron malas, pero ellos demostraron algo impresionante. Con un Podemos lanzado, con un estilo que dejaba muy poquito espacio para que sectores de izquierdas optaran por Izquierda Unida antes que por nosotros, obtuvieron casi un millón de votos —de los cuales creo que Alberto puso unos cuantos cientos de miles. Eso sirvió para situar a los diferentes actores, porque es verdad que todos tienen la necesidad de medirse al menos una vez para poder establecer una correlación real. Lo cierto es que se planteó una cosa que era obvia, aunque necesitara madurar: había coincidencias programáticas tan profundas que era poco sensato no ir juntos. Si habíamos podido llegar a un acuerdo con Compromís en la Comunidad Valenciana o con Izquierda Unida en Galicia y Cataluña, de suyo que se tenía que producir. Y a eso hay que añadir que dentro de Izquierda Unida se produjo una revolución. El resultado de esas elecciones sirvió para que Garzón hiciera una especie de limpieza y entrara algún sector partidario de entenderse con nosotros.

En estas circunstancias, nos hallamos en una dinámica de bloqueo político en la que no había opciones, cosa que no le deseo a nadie. Se nos exigía que nos abstuviéramos y nos convirtiéramos en un actor subalterno y secundario que renuncia a la capacidad de gobernar. De hecho, se planteó en términos tan rudos que contestamos con un referéndum interno y reclamando que lo decidieran los demás partidos. Es decir, propusimos que decidieran las bases de los partidos, y que en el Partido Socialista se preguntaran con quién querían llegar a acuerdos los militantes. Ahora podríamos reconocer las emocionalidades de cada uno. Para mí sí había un elemento personal muy importante; me dolía mucho que la izquierda en la que había militado no estuviera dentro de mi proyecto. Viví el reencuentro con gran emoción. Con todos los dardos que nos habíamos lanzado los unos a los otros, en el mitin en el que aparece Julio Anguita se me

caen las lágrimas y no lo puedo controlar. Me sentí más tranquilo porque habíamos conseguido ir de la mano. Con todas las diferencias de diagnóstico, estilo, etc., vamos a estar juntos en esto, y alguna gente a la que respeto y admiro profundamente iba a estar conmigo.

Las expectativas del sorpaso a nosotros no nos hicieron ningún bien. No queríamos utilizar el término porque perjudicaba la construcción de una alternativa posible. Éramos conscientes de que tan solo entendiéndonos con el Partido Socialista podía haber un Gobierno alternativo. Lo que más nos preocupaba en aquel momento no era hacerles desaparecer.

EJ: ¿Y qué habría pasado si os hubieseis abstenido?

PI: Creo que habría sido terrible. Nos habríamos encontrado con que la oposición habría sido el Partido Popular y nosotros habríamos sido un convidado de piedra sin ningún tipo de influencia ante un Gobierno que no habría cambiado prácticamente nada. Consideramos que cinco millones de votos no se podían tirar permitiendo un Gobierno de Albert Rivera presidido por Pedro Sánchez y con el Partido Popular inflado como oposición.

Ya habíamos visto cómo habían resultado fórmulas equivalentes en algunas comunidades autónomas como Aragón. Pablo Echenique fue el que me dijo: «Me quedé a tres mil votos del Partido Socialista y he logrado negociar algunas cosas. Sin embargo, la oposición en Aragón es el Partido Popular; nosotros no pintamos nada de nada. ¡Y eso que al principio pensaban que yo era el alcalde de Zaragoza!». Para mí, si nos equivocamos en algo fue en no entrar en los Gobiernos autonómicos, y esta experiencia me marcó mucho. Si Aragón hubiera tenido a Echenique de vicepresidente y la mitad de consejeros del Gobierno de Podemos, se habrían podido cambiar muchas cosas. También habría estado bien entrar en el Gobierno valenciano y el balear, por ejemplo. Nos habría ayudado a consolidarnos y nos habría otorgado un perfil de Gobierno. Es verdad que luego igual tienes que medirte en la complicada competición electoral con un socialista en la

presidencia del Gobierno, pero creo que nos sienta bien mandar, siempre demostramos estar a la altura…

EJ: Te he preguntado eso porque, en mi opinión, en los resultados de diciembre del 2015 había una clara pulsión de cambio. Los impulsos de una sociedad son como las corrientes de viento: si no pasan por un lado, pasan por otro. Las dificultades de Pedro Sánchez, admitidas por él mismo tras ser expulsado de la secretaría general del partido, fueron muy explícitas: «No me han dejado hacer lo que me habría gustado hacer». Eso está claro. Y tú acabas de explicar también las razones de Podemos: no podíais absteneros porque aquel Gobierno se os podía caer encima. Os habríais quedado atados de manos en el Congreso sin poder hacer oposición y sin gobernar.

Sin embargo, la sociedad es relativamente indiferente a todo eso. La gente observa, toma partido por esta posición o por la otra, pero lo que prevalece es el deseo de que las cosas cambien. En un momento dado, creo que la pulsión de cambio la empezó a capitalizar Ciudadanos en España…hasta que llegó la moción de censura de mayo del 2018.

PI: Yo creo que los vasos comunicantes entre los sectores conservadores y los sectores progresistas en España son los que son.

EJ: Sí, pero eso no se expresa únicamente mediante la transferencia de voto. A veces puede pasar que unos se abstengan y otros se movilicen.

PI: Claro, pero es muy difícil generalizar. En estos momentos hay una parte muy importante del electorado progresista —que podría votarnos a nosotros, a Izquierda Unida o al PSOE— que está desmovilizado.

Hay una realidad más relevante de lo que parece que se ha consolidado: en estos cuatro años que han pasado, nos hemos hecho muy mayores. Ya formamos parte de un paisaje mucho más estable que hace cinco años y, sobre todo, se ha afianzado un estilo de

Gobierno en comunidades autónomas y ayuntamientos que hace poco no existía. Existe en la Comunidad Valenciana, en los ayuntamientos de Valencia, Madrid y Barcelona, etc. Es una fórmula que determinados sectores del poder oligárquico en España no han aceptado para el Gobierno central. Y esto, aunque haya a quien le dé igual de quién sea la responsabilidad, no es culpa nuestra. Algunos han planteado que pueden aceptar que gobernemos en ayuntamientos y comunidades autónomas, pero que no nos van a abrir la puerta del Estado. Nosotros vamos a llamar hasta que la abran, y tarde o temprano lo van a tener que hacer. Probablemente, cuanto antes la abran, menos fuertes estaremos.

En fin, creo que eso se va a normalizar y que es posible que, si tenemos buenos resultados en las elecciones autonómicas y municipales, en 2020 esté normalizado. Si se consolidan alcaldías y Gobiernos autonómicos de Podemos, Izquierda Unida y las confluencias y el Partido Socialista, va a ser muy difícil convencer de que hay que apostar por una fórmula diferente en el resto de estructuras del Estado. Esto era muy complicado de hacer en el 2015 o el 2016, y no guarda relación con Pedro Sánchez. Eduardo Madina, con el que tengo muy buena relación, me decía alguna vez con sorna: «¿Crees que Susana Díaz no negociaría un Gobierno contigo? ¡Pues claro que sí! Trataría de negociar en las mejores condiciones para ella, pero te aseguro que tendría mucha más autonomía que cualquier otro a la hora de tomar sus propias decisiones como dirigente política». Seguramente a esta señora el IBEX 35 no le presionaría tanto, porque tendría un control del partido diferente. Nos haría una campaña lo más difícil posible y soñaría con hacer esos Gobiernos que hacía con Izquierda Unida, pero sabría sumar y lo tendría que hacer, porque las posibilidades son las que son. Y es evidente que cualquier mecanismo de gobierno que busque el Partido Socialista que no sea con nosotros le perjudica más electoralmente. Salta a la vista que lo que más le interesa es un acuerdo con nosotros. Creo que eso está por llegar y que, además, el éxito de la experiencia portuguesa puede facilitar que

haya sectores que entiendan que hay que hacer una política más progresista (estableciendo un suelo de ingresos, haciendo una reforma fiscal, etc.). Es más, la evolución del asunto catalán también lo va a favorecer.

EJ: ¿En qué sentido?

PI: Creo que la derrota estratégica del procesismo es algo que sus autores y dirigentes intelectuales han asumido. Saben que es una realidad, y veo un consenso que se ha hecho explícito. El artículo que escribió Joan Tardà en marzo de 2018 era toda una invitación a volver al autonomismo. La dirección de Marta Pascal en el PDeCAT también lo tiene clarísimo. La CUP mantendrá su postura, pero los más lúcidos saben que el procesismo ha terminado. Queda en Bruselas lo que algunos definen como «los últimos de Filipinas», como Toni Comín y Carles Puigdemont, tratando de aferrarse a un clavo ardiendo que no figura en el plan de los artífices y jefes del procesismo, pero reconocen que con un enfrentamiento abierto con el Estado han perdido mucho. Han perdido buena parte del poder empresarial, tienen a sus jefes en la cárcel y con unas expectativas de vida espantosas y han convertido a Ciudadanos en el primer partido de Cataluña. Es decir, no están mejor que hace uno o dos años.

Aunque tendrán muy difícil explicar a sus adeptos que hay que cambiar de estrategia, en la cabeza de los jefes está claro. El artículo de Tardà decía que debían dejar de ir de la mano de Convergència y ponerse de acuerdo con los comunes y el PSC. Esto abre la posibilidad de un nuevo acuerdo democrático entre un Gobierno progresista, catalanista y autonomista que reclame más competencias, que tenga un papel determinante en el debate sobre la reconfiguración del modelo territorial español en términos diferentes al desafío y que pueda tener cierto *feeling* con un ejecutivo progresista en España que se pueda apoyar en sectores soberanistas. El PNV está gobernando con el Partido Socialista en Euskadi, y se sentirían más cómodos llegando a acuerdos monetarios con un Gobierno del PSOE y

Podemos que con un Gobierno del Partido Popular, aunque al PNV le perdonen mucho en Euskadi… Un Gobierno catalán podría entenderse mejor con un Gobierno español progresista que diera ciertas salidas democráticas a la cuestión territorial y tratara de aislar a la nueva extrema derecha populista de Ciudadanos y del PP —que compiten para ver quién propone una barbaridad mayor. Las mentes lúcidas del PSOE lo tienen claro, y son conscientes de que, si buscan la alianza con Ciudadanos y el Partido Popular, el castigo será terrible. La alternativa es que gobierne la derecha, y creo que no es algo sostenible a medio plazo.

EJ: En este punto querría expresar una discrepancia. Esos seis meses entre diciembre y junio fueron tóxicos para la sociedad. Podemos analizar cada movimiento del derecho o del revés, desde un ángulo u otro, pero todos tenían una lógica detrás.

Para explicar mi punto de vista debo retomar un hilo que ya hemos discutido, el hecho de que España salió de quince años de continuo crecimiento económico: cada año por encima del 3 %. La España de las vacaciones a crédito en el Caribe queda estrangulada en el 2008. Primero se niega la crisis y, después, una vez la derecha llega al poder, se nos dice que la crisis es un paréntesis y que ellos han venido a cerrarlo. Se ha demostrado que eso era falso porque, aunque hay recuperación, la sociedad española saliente de esta crisis ha consumido dosis muy elevadas de optimismo histórico. A principios de la crisis, recuerdo que José Juan Toharia, un buen sociólogo, decía que España iba a resistir la situación porque la sociedad española había acumulado mucho optimismo, en la medida en que las cosas le habían ido bien durante un largo periodo de tiempo y tenía conciencia de haber superado bien algunos retos muy importantes. El salto de la dictadura a la democracia, la entrada en Europa, la modernización… todo eso generó un gran acopio de energía positiva. Pienso que la crisis ha consumido mucha de esa energía. Esos seis meses que van de enero a junio del 2016 no ayudaron a recuperar el optimismo.

Sé que dirás que no se podía resolver de ninguna otra manera, porque cualquier otra salida habría sido peor. Lo respeto, pero opino que, de esos ominosos meses, la sociedad sale más descreída y escéptica respecto a la política, un poco más antipolítica y grilina. Ese poso de resquemor y desconfianza ha quedado instalado en el fondo de la sociedad. Veremos qué da de sí la nueva situación política, pero yo no perdería de vista ese fondo de resquemor y desconfianza. Existe miedo a la recaída económica, porque la recuperación es frágil. La conciencia de provisionalidad se ha apoderado de mucha gente, y ello constituye un cambio psicológico importante. Atención a los próximos dos años. Banqueros y economistas ya olfatean la llegada de una nueva crisis económica, como consecuencia de la más que probable alza de los tipos de interés en Estados Unidos…

Y, para acabar, otro de los momentos en los que me quedé perplejo ante el televisor en aquel extraño periodo de interinidad política, previo a las elecciones del 26 de junio del 2016, fue el día del cierre de la campaña electoral, con toda la plana mayor de Unidos Podemos cantando «El pueblo unido jamás será vencido». Apenas habían transcurrido tres días del Brexit, el referéndum británico que avisaba de la crisis de Europa. Todas las generaciones mayores se estaban tentando la ropa aquellos días. ¿Qué será de mi pensión?, pensaban muchos. Y Podemos se pone a cantar «El pueblo unido jamás será vencido» con el puño en alto. ¡Se me pusieron los pelos de punta! El Partido Popular mejoró su resultado de diciembre y no hubo sorpaso. Unidos Podemos perdió un millón de votos en la relación a los resultados de Podemos e Izquierda Unida por separado seis meses antes. ¿Por qué se perdieron esos votos?

PI: En primer lugar, me gustaría hacerte una propuesta. Ya que cuando hablamos de la Transición trajiste las encuestas de Gallup (las cuales, a pesar de tener que leerse con pinzas por estar hechas durante la dictadura, fueron muy útiles), si me prometes discreción, te puedo mostrar el estudio que nos hizo Belén Barreiro. Algunos elementos

significativos que aparecen en él nos servirán para analizar la fase actual.

Estamos en un momento que recuerda mucho al 15M y que confirma un poco tu tesis del momento griliano. El quid de la cuestión es ver cómo se conjuga eso en la sociedad española. En estos momentos hay un debate dentro de Podemos. Por una parte está la posición peronista de Rafa Mayoral, que ha quedado prácticamente como el último mohicano del peronismo dentro del partido, y que sostiene que todos son unos sinvergüenzas y que es fundamental que no se nos vea pastelear. Y, por otra parte, Íñigo Errejón, que ha evolucionado más hacia una interpretación de la política como un mercado —lo defines bien asemejándolo al Movimiento 5 Estrellas— donde el político tiene que parecerse a lo que está pidiendo la sociedad. Eso renuncia a la capacidad de transformación social, y nosotros necesitamos transformar al tiempo que avanzamos, no podemos conformarnos con el sentido común existente.

Lo cierto es que la opinión se está moviendo, y los estudios son fascinantes porque muestran cómo responde la gente a las diversas preguntas. El momento que vuelve a vivir España es muy llamativo, y estas indagaciones, que no son una ciencia exacta ni dan una receta clave al actor político sobre cómo tiene que actuar, son muy oportunas.

En lo que concierne a la canción de Quilapayún, hay una anécdota muy cómica de cuando la cantamos. Lo cierto es que nos la sabíamos los de Podemos, que hemos estado en América Latina —Irene Montero, por ejemplo, se la sabe perfectamente porque ha estado viviendo en Chile mucho tiempo—, pero otros como Alberto Garzón no se la sabían entera. En realidad, tiene una explicación. No es una canción muy de izquierdas, sino que es muy latinoamericana, cosa que evidencia nuestras dificultades a la hora de construir símbolos nacionales identificados con nuestra formación política. Habíamos llegado a cantar «*L'estaca*», un gesto de fraternidad muy hermoso que en Cataluña agradecen mucho. Muestra mucha generosidad porque en

Madrid nadie se sabe la canción, a duras penas el estribillo... Pero la conclusión es que no hemos logrado eso. Probamos con el «Todo cambia»... Hemos probado muchas cosas, como el concepto de patria, que ha funcionado muy bien. Sin embargo, cuando se produjo un giro reaccionario en la sociedad española con el auge del procesismo, reactivado culturalmente con temas como el de la cadena perpetua, nos costó sacar la bandera como estandarte de diferentes tipos de demandas. Por eso, el 8 de Marzo había mujeres que decían que la bandera es el delantal que se cuelga en la ventana, y Pablo Echenique dice que hay que cambiar el patriotismo de la pulsera por el patriotismo de la nevera.

Hay una batalla abierta en España que no está definida todavía y que, además, sigue yendo a un ritmo vertiginoso. Hay dos países conviviendo en el mismo Estado. No son dos bloques monolíticos, sino una guerra de sentidos comunes en la que aquel que consiga la conexión generacional se llevará el gato al agua. Lo fascinante que está logrando Ciudadanos es que se está convirtiendo en el partido de mucha gente mayor del Partido Popular. Es el voto de solidaridad generacional que señalabas. Muchos votantes tradicionales socialistas prestaron a sus hijos el voto a Podemos, pero en cuanto Pedro Sánchez volvió con un discurso más de izquierdas, regresaron al partido de toda la vida. Nuestro desafío, y por eso la lucha por las pensiones es tan determinante, es volver a lograr una conexión generacional que no creo que radique en la relación con el Partido Socialista. El PSOE tiene que resolver sus propias contradicciones, y nosotros debemos ser capaces de ofrecer seguridad.

Es en este punto que entra en juego el aval que tenemos con los ayuntamientos del cambio y por lo que digo que debemos entrar a gobernar en las comunidades autónomas. Los estudios destacan nuestra honestidad, transparencia, lucha contra la desigualdad, etc., pero el aspecto en el que aún nos queda mucho camino por recorrer es a la hora de transmitir seguridad. El objetivo es que la gente piense: «Si estos gobiernan, mi pensión no solamente sube, sino que se va

actualizando».

EJ: «El pueblo unido jamás será vencido» la escuché cantada en por el grupo Quilapayún en el Palau Blaugrana en Barcelona tras la muerte de Franco, en 1976. Aquello se venía abajo. Fue muy emocionante. El golpe de Estado en Chile ocurrió cuando yo tenía dieciocho años, y me provocó una conmoción muy grande. No te lo he dicho en un sentido desdeñoso. Esa canción no me disgusta, en absoluto. Intento situar las cosas en el momento actual.

Percibo miedo en la sociedad. Quizá me estoy haciendo mayor y ese miedo que percibo es mi propio miedo. La gente quiere certezas y seguridad, porque todo se está desestructurando a su alrededor: el trabajo, la familia, las relaciones personales, la política, la nación, la Unión Europea, el mundo… La gente necesita asideros en una fase como la actual. Cuando vi a Podemos cantando «El pueblo unido jamás será vencido», tres días después del Brexit, pensé en lo que eso podía despertar en la gente. Era la víspera de unas elecciones en las que, según las encuestas, Podemos podía ser segunda fuerza. Si ganabais las elecciones u os colocabais segundos por delante del Partido Socialista, España sufría una modificación estructural. Vosotros estabais eufóricos y cantabais la canción con emoción y muchos de vuestros posibles votantes tuvieron miedo. ¡Demasiados cambios! La izquierda siempre se autocelebra. Eso no tiene arreglo.

PI: Es cierto, y probablemente nuestro mayor desafío sea reconstruir nuestra capacidad de conexión. También en este aspecto la encuesta era alucinante por el nivel de satisfacción de los nuestros. De hecho, reflejaba datos muy útiles y era mucho más precisa que la mayoría de sondeos, porque nos separaba de Izquierda Unida. En vez de analizar a Unidos Podemos, analizaba a Podemos e Izquierda Unida por separado, y, curiosamente, el electorado de Izquierda Unida es mucho más conservador que el nuestro, cosa que da muchas claves. El electorado de Podemos es muy apasionado, le gusta mucho nuestro estilo y nuestras singularidades, le gusta Alberto Garzón más de lo que

nosotros gustamos a los de Izquierda Unida. Los votantes ven a Alberto más próximo a nuestra cultura, pero tenemos un problema para conectar con los otros sectores, y lo tenemos que resolver con diferentes técnicas simultáneas. Refleja un problema incluso para conectar bien con los electores de algunos partidos aliados. En este caso salían cuestiones muy curiosas que probablemente sorprenderían a los compañeros de la propia Izquierda Unida, que muchas veces son guardianes de las esencias aun teniendo el electorado más diferente a ellos. Lo llamativo es que el electorado de Izquierda Unida se puede parecer más a Gaspar Llamazares que a Alberto Garzón, y eso es crucial cuando ves las preferencias y las cosas que dicen.

Otro de nuestros problemas —que nos diferencia del partido de Albert Rivera, por ejemplo— es que Ciudadanos penetra muy bien en el resto de formaciones políticas. Los votantes de otros partidos se hacen de Ciudadanos una idea mucho más positiva que del resto de formaciones. Nosotros tenemos un problema grave para llegar a otras organizaciones políticas, y creo que hay varias soluciones posibles. Una es gobernar mucho y que se nos asocie a Gobiernos, y otra es hacernos más heterogéneos. Podemos ha estado tradicionalmente asociado a la imagen de Pablo Iglesias, pero eso ya cumplió la función histórica que tenía que cumplir. Esto que hago a modo de reflexión de hablar de mí mismo en tercera persona como hacía Mussolini debe tener un papel más modesto y específico, no puede ser el significante de la formación. Hacen falta más liderazgos y más pluralidad. A nosotros nos hace falta y nos sienta bien envejecer, que se nos note como algo que forma parte del paisaje y cuyo papel se empieza a valorar. Nuestro trabajo parlamentario se ha valorado bien, y los números lo demuestran. A la gente le gusta más el Congreso de ahora que el de antes, pero son desafíos sumamente difíciles. Nosotros partimos de la nada y, durante un tiempo, fuimos una fuerza política capaz de morder simultáneamente en muchísimos sitios. Ahora nos encontramos con un asentamiento de los bloques y con algo que señalas con gran acierto: el crecimiento del miedo como operador

político. No es el único factor. Si lo fuera, solo tendríamos razones para ser pesimistas.

En Francia se produjo el fenómeno de Francia Insumisa, que obtuvo el 18 o el 19 % de los votos y que ofrece la posibilidad de construir algo en Europa. Vamos a ver qué pasa en Italia, porque de la solución de Gobierno que se aplique van a depender muchas cosas en el continente, y vamos a ver qué políticas adopta el Movimiento 5 Estrellas si le apoya el Partido Demócrata. Respecto al Reino Unido, el otro día leía un artículo desactualizado que auguraba que Pedro Sánchez iba a conseguir lo que siempre consiguen tipos como él o Jeremy Corbyn: resultados buenos entre las bases y malos en las elecciones. Entraban ganas de preguntarle al redactor por el tiempo que hacía que no cogía un periódico, porque analizando el resultado de las últimas elecciones ya quedaba refutado. A día de hoy, si se celebraran elecciones en el Reino Unido, Corbyn sería el primer ministro. Es decir, vamos a ver qué es lo que ocurre en el Reino Unido, o lo que pasa con el Gobierno portugués. Huelga decir que estamos en una batalla ardua, pero me resisto a pensar que en este país solamente hay una solución en clave reaccionaria que pase por el hecho de que Ciudadanos se convierta en la contrarrevolución. Las expectativas de cambio no se traducen exclusivamente en una solución lampedusiana. Vamos a ver qué pasa en las municipales…

EJ: Es evidente que las municipales son esenciales. Las autonómicas andaluzas y las municipales van a marcar el compás de la situación.

PI: Según me planteó Teresa Rodríguez, hay algo que podría ocurrir en las andaluzas y que era muy curioso. Sin que cambiaran demasiado los resultados electorales, Teresa me hizo llegar una encuesta de Sevilla y me dijo que podríamos ser segunda fuerza política en Andalucía. Podría ser que Ciudadanos subiera tanto que empezara a restar suficientes votos al Partido Popular para que quedáramos segundos yendo de la mano de Izquierda Unida. De convertirnos en la principal fuerza de oposición, sería un cambio en el sistema político de partidos

andaluz que daría para una tesis doctoral.

Nunca habían tenido tanta importancia las cosas pequeñas. En España gobernaba el PP o el PSOE. En Cataluña gobernaba CiU y en Euskadi el PNV. Y para de contar. Esa era la realidad política en España. Ahora el mundo mediterráneo es un subsistema político propio. Cataluña es un subsistema político propio, vamos a ver si Baleares aguanta, la Comunidad Valenciana… En Madrid, Íñigo Errejón podría ser presidente de la comunidad, y si en Castilla-La Mancha la cosa sigue igual, lo pequeño puede adquirir en España una dimensión inédita.

LA IZQUIERDA EN LA ERA DEL POPULISMO BLANCO

Pablo Iglesias: *Derecha e izquierda*, de Norberto Bobbio, es un libro que, según pasan los años, se va haciendo más actual. Es la obra por excelencia que recomendaría leer ahora mismo en Italia, y es un texto que asocia de alguna manera las categorías de izquierda y derecha a la geografía ideológica de la Guerra Fría —vaticinando que es un dualismo en horas bajas. Cuando haces mención del Estado del bienestar, en realidad estás hablando del gran contrato resultante de la victoria del antifascismo en la Segunda Guerra Mundial. Ese contrato hace que los países acuerden las políticas sociales, la protección social y sindical, la incorporación al consumo de amplios sectores de la clase trabajadora, etc. Desde los comunistas hasta los socialistas y los democristianos, todos pactan dar esa forma a Europa Occidental, con lo que el continente es capaz de atraer a sectores de la izquierda estableciendo una serie de garantías a partir de conceptos claros para todo el mundo. Desde esta perspectiva, se podría decir que la izquierda redistribuye, y el paradigma de la redistribución puede llegar incluso a hacer que el gran partido comunista de Europa Occidental, el Partido Comunista Italiano, se sienta a gusto como partido básico de la República Italiana y como fuerza de Gobierno en muchos municipios y territorios. Asume que forma parte de la república, y su aspiración es redistribuir. Se da cuenta de que es posible caminar hacia el socialismo en el marco de la legalidad y del respeto a la economía

de mercado que, eventualmente, podría convivir con formas de propiedad social.

Los italianos son probablemente los primeros en teorizar que tiene más sentido mirar a los proyectos de las socialdemocracias nórdicas que al socialismo real, mientras que la derecha —aunque redistribuye menos— también llega a algún consenso constitucional respecto a las reglas del juego para definir los términos de la izquierda y la derecha en los países de la Unión Europea. La crisis económica de los años setenta abre un paradigma de gobernanza completamente nuevo, lo que algunos llamarán neoliberalismo, el cual se expresa de forma muy agresiva fuera de Europa: como en el golpe de Estado en Chile. El derrocamiento de Allende fue una manera autoritaria de hacer saltar por los aires la experiencia chilena, en la que un frente de partidos socialistas apoyado por el Partido Comunista podía ganar las elecciones y llevar a cabo reformas.

En Europa, la expresión más clara es el fracaso del programa común de la izquierda de François Mitterrand, con un Gobierno con los comunistas que pretende apostar por las nacionalizaciones y reforzar el sistema público. Al final, Mitterrand tiene que dar un paso atrás y asumir el paradigma neoliberal, expresado en ese binomio anglosajón formado por Ronald Reagan y Margaret Thatcher. La dama de hierro gana la lucha de clases en Inglaterra derrotando a los mineros —la expresión más poderosa de la clase trabajadora británica— después de una huelga terrible, e inicia un proceso de reformas llamado capitalismo popular. Hay una frase atribuida a Margaret Thatcher que seguramente sirve para entender la crisis del dualismo de izquierda y derecha tal y como lo habíamos conocido: «Mi gran creación histórica es Tony Blair». Se refiere a la inclinación de Blair por la tercera vía, ideología que emana de los análisis de Anthony Giddens y que bebe de la experiencia de Gerhard Schröder en Alemania. El socioliberalismo es, seguramente, la prueba de que la geografía de la izquierda y la derecha se ha redefinido en muchos aspectos.

Maastricht personifica ese consenso. En España entran incluso los sindicatos de clase, los mismos que habían convocado una huelga general crucial a Felipe González en 1988 y otra nada despreciable en enero de 1994. Tras la caída del muro de Berlín, estalla la manera de entender los conceptos de izquierda y derecha en la política internacional. Entramos en geografías ideológicas que, aunque siguen teniendo que lidiar con los mismos problemas, no generan las mismas identidades políticas que en el pasado. A pesar de que las identidades sobreviven mucho tiempo, es evidente que estamos en una geografía mucho más compleja. En Italia esto se ha hecho muy patente ahora, cuando acaban de saltar por los aires las claves históricas para orientarse geográficamente en términos de izquierda y derecha. Y esto lo dice alguien que se considera muy de izquierdas...

Enric Juliana: En el momento actual cobra mucha vigencia aquel párrafo que te leí de Zbigniew Brzezinski sobre el vacío europeo. En los años noventa, unos años después del derrumbe del muro de Berlín, uno de los grandes estrategas de la política exterior americana dice que Europa va a tener un problema porque se va a crear un vacío espiritual alrededor de la crisis del Estado del bienestar. Es lo que está ocurriendo. El tiempo histórico que justificaba ese potente Estado social se ha agotado y, por lo tanto, Europa se verá sometida a tensiones internas muy fuertes. Tensiones sociales. Tensiones territoriales. Ya está ocurriendo. Me interesa el contraste entre dos países: Grecia y Hungría.

Grecia es el país que más ha sufrido de la Unión Europea. Un país en el que gobierna un partido que proponía plantarse frente a los dictados de Bruselas y Berlín y rebelarse contra las políticas de austeridad. Me acuerdo de las banderas griegas en un acto de Podemos en la Puerta del Sol, cuando Syriza ganó las elecciones en enero de 2015. La bandera griega era en aquellos momentos un signo de rebelión. El referéndum convocado por Syriza ganó la posición gubernamental: plantar cara a la Comisión Europea. Los alemanes

señalaron la puerta, y los franceses, con un tono más suave, también. Y los griegos, al constatar que detrás de la puerta solo estaba Turquía, prefirieron quedarse. Salir significaba irse a Estambul. Quedar en manos de Turquía. Así de crudo. Los posibles apoyos de Rusia y China me parece que eran más retóricos que reales.

Alexis Tsipras se acabó convirtiendo en un comisario europeo. Sé que te duele esta expresión, pero esa es la realidad. Tsipras ha hecho un buen trabajo y la historia de su país se lo reconocerá. Ha hecho lo que ningún otro político griego decente podía hacer. Ha evitado que el país cayera en manos de la extrema derecha y se sumiera en una situación política infernal. No tengo ningún menosprecio por su figura. Al contario. No tengo tanto aprecio, sin embargo, por la figura de Yanis Varoufakis, que me parece un cantamañanas. Un cantamañanas listo, eso sí. Mientras uno se ha comido el marrón, el otro se ha dedicado a dar conferencias por el mundo. Dicen que Syriza puede volver a ganar las próximas elecciones generales griegas. Sería una gran noticia, si eso fuese así. Han sufrido mucho. La gestión de la crisis y la oleada nacionalista provocada por la cuestión de Macedonia, nombre que nunca ha sido aceptado por los nacionalistas griegos. Tsipras y el actual primer ministro de Macedonia, el socialdemócrata Zoran Zaev, han pactado que Macedonia pasa a llamarse Macedonia del Norte. Los nacionalistas griegos se han lanzado contra Tsipras. Y los nacionalistas macedonios contra Zaez. ¡Gente valiente!

Hungría. Ejemplo de la deriva autoritaria de algunos de los países del este de Europa, basada en un nacionalismo ferviente. Conozco un poco a los húngaros por motivos familiares. Gente muy orgullosa de su país y de su historia. Un país singular, de origen no eslavo, con un idioma muy difícil de aprender para un extranjero. Una lengua urálica, ajena a la familia indoeuropea. Una lengua críptica como el finés o el euskera. Una lengua es un código. La lengua magiar es un código muy cerrado, solo accesible a quienes la han aprendido en la infancia o la han estudiado con mucho tesón. Una vocal mal

pronunciada puede alterar fácilmente el significado de una palabra. En Hungría hay mucha nación. Ya quedó claro en la revuelta antisoviética de 1965 y vuelve a quedar claro ahora. Una nación a la defensiva. Aquella tremenda imagen de una periodista húngara poniéndole la zancadilla a un inmigrante lo ejemplifica. ¡Se sienten invadidos! Amplios sectores sociales húngaros aplauden la política dura y crece el desprecio al liberalismo. Este nacionalismo, que adopta el discurso supremacista blanco masculino propio de Donald Trump y Vladímir Putin, está teniendo éxito en Hungría. Viktor Orbán, antiguo tribuno liberal, ha vuelto a ganar las elecciones (en abril de 2018). El segundo partido más votado aún es más extremista. En Polonia sucede algo parecido con un tinte más nacional-católico, pero también pasa en Eslovaquia y en la República Checa. Todos estos países, integrantes del denominado Grupo de Visegrado, se han sindicado para estipular sus condiciones para permanecer en la Unión Europea.

Grecia y Hungría. Dos realidades contrapuestas que nos explican alguna cosa importante del momento actual en Europa. A Grecia no le dejaron cuestionar la política de austeridad. A Hungría se le tolera la deriva autoritaria, con algunas amonestaciones. A Tsipras, los alemanes le invitaron a irse, mientras que a Orbán y a los ultranacionalistas polacos no les han señalado la puerta, solo les están amonestando. Es más fácil cuestionar el paradigma liberal-cultural que el paradigma liberal-económico. Creo que esta es una de las disyuntivas del momento. Visto desde España nos puede parecer lejano, pero el debate ya se ha colado en Italia.

PI: Llegados a este punto, tu lucidez llega a desarmar, porque es una reflexión de *realpolitik* y de correlaciones de fuerzas asombrosa.

Si habláramos de los años treinta, por ejemplo, podríamos decir que a los británicos les preocupaba mucho más la República Española que Adolf Hitler. Los acuerdos de Múnich son la prueba de que esas democracias europeas temían más la amenaza del bolchevismo que la del fascismo. En los años treinta había una realidad distinta, pero se

pueden extraer algunas enseñanzas. Es evidente que el poder económico no teme al populismo blanco, sino al rojo, porque este afecta a la economía. Y lo que ocurre en Grecia es una lección devastadora para la izquierda. De hecho, me sumaría a tu crítica y la concretaría un poco más.

Mis amigos anticapitalistas, muchos de los cuales simpatizan con Yanis Varoufakis, en realidad parten de una posición muy lúcida. Como consideran que no se puede cambiar absolutamente nada gobernando, renuncian a hacerlo y se instalan en una cómoda oposición a la espera de una revolución verdadera que, desde luego, no se va a producir mientras vivan. Siempre me ha cabreado mucho el izquierdista que no quiere gobernar y que quiere tocar la pandereta en sede parlamentaria, viviendo de subvenciones públicas. Los griegos se atrevieron a gobernar y no pudieron llevar a cabo su programa. Echaron un pulso a los poderes europeos y lo perdieron, con toda la humillación que eso conllevó para ellos y para el conjunto de la izquierda europea. En un principio, Varoufakis infló el pecho ante los comisarios europeos y les miró por encima del hombro. Era el ministro de Finanzas que iba en moto y llevaba gafas de sol y, al final, le doblaron el brazo —con todas las consecuencias.

Asistimos a algo que nosotros habíamos teorizado pero que no habíamos vivido: ganar las elecciones no es tomar el poder, ni de lejos. Ganar las elecciones supone tener el control de ciertos instrumentos administrativos —en el caso de Grecia, enormemente débiles— y navegar entre contradicciones. Los griegos estaban en contra del plan de austeridad de la Troika, pero tampoco querían salir de la Unión Europea. Podían ser dos deseos opuestos en aquel momento, pero sortear esas contradicciones es la tarea ingrata del político. Y cuando tienes que hacer política sin poder, o teniendo muy poco, puedes sufrir derrotas, y esto hay que asumirlo como tal. Sabíamos desde el principio que, si Italia y Francia no se movían para darle algo de oxígeno al Gobierno griego, esto iba a ser imposible. Ya te dije que mantuve muchas conversaciones por teléfono con Alexis Tsipras, y

siempre me transmitía su preocupación y su enorme interés en que nos pusiéramos de acuerdo con el PSOE, puesto que un Gobierno como el de España podía haber cambiado la correlación de fuerzas en la Unión Europea.

A pesar de ser una lección determinante, eso no quiere decir que las cosas tengan que ocurrir así por fuerza. Seguramente los griegos tuvieron la desgracia de ganar unas elecciones en un contexto europeo muy preciso en el que no tuvieron ningún aliado, pero las cosas pueden cambiar. Cuando estuve en la campaña francesa con Jean-Luc Mélenchon, había días en que todo parecía posible en las encuestas, y Jean-Luc estaba convencido de que podía ganar. Si hubiera pasado a la segunda vuelta con Marine Le Pen, probablemente habría ganado las elecciones. Quizá no con tanta diferencia como Macron, pero se habría convertido en el presidente de la República Francesa. Las consecuencias son difíciles de prever, pero ese hecho habría redefinido por completo el mapa de poder en Europa.

Hay que decir que, por suerte, España no es Grecia. La situación económica española —aunque difícil— no es comparable a la griega, y el peso geopolítico y estratégico de nuestro país es enorme. Pero si los portugueses han sido capaces de plantear una alternativa política modesta, pero nada despreciable dada la situación, se podría imaginar en España un Gobierno de Podemos con un PSOE que fuera coherente con lo que dicen en campaña y con lo que sostienen sus economistas, como Manuel Escudero. No hablo ya de José Antonio Pérez Tapias, sino de los economistas que apuestan por políticas neokeynesianas consistentes en aumentar el suelo de ingresos, elevar los salarios, cuidar la protección social, competir por arriba frente a la dinámica selvática de competir por abajo, etc. Creo que podríamos plantear, dentro de lo que implica estar bajo la autoridad del Banco Central Europeo, la Unión Europea y la OTAN, que Europa tenga un sistema de defensa propio. Se podrían tomar medidas modestas sin cuestionar de arriba abajo la arquitectura institucional. Si España y otros países se animan a hacer reformas en un sentido más social y redistribuidor,

hay margen para actuar e influir en otros Gobiernos. Lo que voy a decir es muy aventurado, pero si en España gobernáramos con el PSOE, sería más fácil que un eventual Gobierno del Movimiento 5 Estrellas en Italia se acercara a nuestras posiciones que en la situación actual.

Debo reconocer que lo de Grecia fue una lección que me hizo madurar. Supuso un impacto fuerte porque tengo amistad con Alexis Tsipras y sé de dónde viene, sé que no es un traidor. Si tomamos como ejemplo al PSOE, sí que tuvo miembros que habían estado en la cárcel durante la dictadura o que habían sido militantes ejemplares, pero también hubo muchos arribistas de los que solo hay que leer la biografía para entender por qué hicieron lo que hicieron. Tsipras y yo nos movemos en términos ideológicos muy parecidos. Hemos hablado de política, nos hemos reconocido desde el principio como provenientes de una cultura muy similar. No creo que ahora piense como Tony Blair, ni muchísimo menos. El hecho de que le hayan obligado a incumplir su programa para mí es algo muy doloroso y una lección terrible. Sin embargo, jamás aceptaría colocarme en esa posición cínica de los amigos trotskistas que dicen: «¿No ves que es imposible cambiar nada gobernando? Acomodémonos en la oposición y agitemos las banderas de la incontinencia verbal, pero no toquemos nunca el poder porque nos matan».

EJ: Esta última reflexión me parece interesante. Estamos dando por supuesto que la Unión Europea va a continuar en los términos en que la conocemos actualmente y no sé si eso va a ser así. Tengo la sensación de que podemos asistir a un debilitamiento mayor de la Unión, incluso a una fractura, lo cual nos podría llevar a una situación infernal.

Las naciones no se han ido, siguen aquí. La nación es el mecanismo de seguridad psicológico de mucha gente cuando todo se vuelve frágil. En Grecia, la última gran manifestación ha sido contra Macedonia, inspirada en su mayor parte por la Iglesia ortodoxa

griega, que no soporta que los vecinos norteños se definan como macedonios. Hablo de los centenares de miles de personas en la calle con banderas griegas reclamando el legado de Alejandro Magno, y Alexis Tsipras intentando llegar a un acuerdo con los nuevos gobernantes socialdemócratas de Macedonia para tantear la posibilidad de que cambien el nombre del país.

La nación regresa con fuerza a medida que las incertidumbres aumentan. Así pues, un debilitamiento de la Unión Europea, o incluso una fractura, nos colocaría en un escenario desconocido en el que Europa podría convertirse en pasto de las grandes potencias del mundo, que se la disputarían de forma distinta a la que hemos visto hasta ahora. Hace unos meses leí un artículo en *La Vanguardia* de Lluís Foix —un periodista veterano, exdirector del periódico y muy versado en cuestiones internacionales— que decía con mucha lucidez que el viejo continente se enfrenta a tres potencias a las que, por distintos motivos, no les gusta Europa: Estados Unidos, Rusia y China. Lo de China lo matizaría un poquito, pero cuando lo leía pensaba que, si realmente estos tres nos enfilan, salimos volando por la ventana. Difícilmente Europa puede sobrevivir en su formato actual si Estados Unidos, Rusia y China deciden que hay que cargársela. China no quiere obstáculos a la globalización, básicamente quiere garantías para sus rutas comerciales. No tiene una política exterior agresiva, o al menos no de forma manifiesta. Rusia quiere zarandear a la Unión Europea para demostrar que tiene músculo. Los gobernantes rusos necesitan ser agresivos para conservar su autoridad en Moscú. Y, en cuanto a Estados Unidos, es difícil saber con exactitud lo que quiere, puesto que es difícil interpretar qué coalición de intereses está apoyando realmente a Trump. Hay en estos momentos una especial agresividad norteamericana frente a Alemania por motivos comerciales. Creo que la izquierda debe defender la Unión Europea. Es más, me parece que en los próximos tiempos va a tener que hacerlo con firmeza, porque la alternativa, la fragmentación del espacio europeo, podría ser terrible para la democracia. Una fragmentación de

Europa supondría un gran retroceso democrático en todas las sociedad afectadas. Más soberanía no siempre significa más democracia. ¿Mas soberanía tutelada por Rusia?

PI: Es una cuestión muy difícil. El itinerario de tu explicación parece ir de la mano de la de Manuel Monereo, porque estaríais de acuerdo en casi todo hasta el final. Coincido en que la Unión Europea está en crisis y que la nación y el Estado siempre vuelven. Quien no entienda la nación, el nacionalismo y el Estado, no entiende la política. Independientemente de lo más o menos errático que pueda ser Donald Trump, está claro que desea intervenir en política exterior, y los nuevos aranceles al acero son una clara señal en esa dirección. Y por mucho que Vladímir Putin encienda fuegos artificiales para el consumo interno en Rusia, es innegable que su país ha vuelto a la escena internacional. Con su estilo, Putin ha sabido dar una imagen autoritaria con sabor a Guerra Fría.

Al fin y al cabo, parece que Europa es muchas veces el escenario del pulso entre Estados Unidos y Rusia, y Ucrania lo demuestra. Ante la anexión de Crimea, se hizo patente la ausencia de una política europea propia. Viví una parte de ese conflicto como eurodiputado en la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo, donde presencié las acometidas de los submarinos polacos.

Ante el interrogante de si la izquierda debe defender la Unión Europea, me considero europeísta, y creo que en Europa hace falta una apuesta por un modelo federal. No obstante, y esto hay que decirlo, tiene que haber reformas profundas en la arquitectura institucional y en la manera en que se construye el poder, porque es evidente que la Unión Europea está fracasando. No es porque lo digamos nosotros, y no necesariamente porque se esté construyendo una alternativa de izquierdas, sino que se ve en el estilo de los populismos blancos. Podría ser un término genérico, pero quizá el Brexit tuvo algo de populismo blanco. Lo que ha ocurrido en Italia también, y lo que está ocurriendo en algunos países del Este, con

Hungría como baluarte, es aterrador. La pregunta es si queremos una Europa con Alemania como potencia económica y principal autoridad política. Es decir, si nos convence este modelo europeo con Alemania en el centro y el resto de países en una posición periférica (los del este por descontado, pero también Irlanda, Portugal, España, Grecia, Italia cada vez más e incluso Francia, ya debilitada).

Esta posición de subordinación a Alemania cuestiona el proyecto original, que apostaba por la república federal y el marco, pero con una camisa de fuerza puesta sobre la potencialidad política y militar de Alemania. La Europa de Angela Merkel no puede ser una alternativa para los europeos. Basta con ver lo que está ocurriendo con el SPD allí, lo que le ha ocurrido al Partido Socialista en Francia y en Grecia o lo que le podría suceder en España. Todo ello revela la inviabilidad de un proyecto de Unión Europea que no trate de recuperar la esencia fundamental que lo hacía atractivo: los derechos sociales y civiles. Lo que llamaba a un español, un portugués o un griego era la prosperidad económica y un ambiente democrático en el que se podía respirar algo mejor que en el resto del planeta.

Tenemos que reconstruir esa idea, y nosotros somos una modesta pieza más. Es inevitable reconocer que en este país no vamos a poder gobernar solos. Pero, o se gobierna con nosotros, asumiendo que algunas cosas que decimos son ciertas, o va a ser muy difícil plantear una reforma del proyecto europeísta.

EJ: Estamos entrando en un terreno tan interesante como inquietante. Lo que importa en este mundo no es saber lo que ha pasado, sino poder relacionarlo. Prácticamente el mismo día que el presidente de Estados Unidos destituyó a través de Twitter al secretario de Estado norteamericano (el responsable de la política exterior), la Asamblea Nacional Popular china decidió levantar la prórroga de mandatos al presidente de la República Popular —a su vez secretario general del Partido Comunista de China— y Vladímir Putin se encaminó a su enésima reelección como hombre fuerte de Rusia. Mientras tanto,

Europa sigue convaleciente de las elecciones italianas, de la negociación del *Brexit* y de las múltiples crisis que plantea cada uno de sus países, con alguna honrosa excepción. Al coger el globo terráqueo, se ve que los europeos podemos tener, o estamos teniendo, un grave problema. MacKinder decía que quien dominara la región pivote lo dominaría todo. Y la región pivote está entre Rusia y China.

En los años sesenta, cuando se produjo la ruptura entre chinos y soviéticos —uno de los grandes acontecimientos desde la Segunda Guerra Mundial—, la placa eurasiática, que parecía tener un mando coordinado, se rompió. Los americanos lo vieron enseguida, y Richard Nixon no tardó en llegar a Pekín. Por cierto, es muy interesante leer las actas de la reunión de Gerald Ford con Mao en el segundo viaje, cuando Nixon ya había tenido que dimitir. Si lo lee un maoísta español en aquellos años, le han de dar agua del Carmen, porque Mao apremia a Ford para que se admita a España en la Unión Europea y en el mercado común. Toda la discusión gira en torno a un supuesto: hay que frenar a los soviéticos. Mao le dice a Ford que pueden expandirse a través de la Europa del Sur, y lo que tienen que hacer los americanos es reforzar la zona. De hecho, le pregunta con inquietud por qué tardan tanto en aprobar la entrada de España en el mercado común. Ford le dice que están procurando que eso ocurra, pero se excusa arguyendo que ha habido un régimen dictatorial, ante lo cual Mao le recrimina que, en realidad, ya lo habían apoyado.

En fin, este juego de reproches pone de relieve, y con esto cierro el paréntesis, que todo esto está presente desde hace mucho tiempo. No obstante, ahora se hace más evidente. La compresión sobre Europa puede ser enorme en los próximos tiempos, porque los intereses en juego son numerosos. Conozco algunas de las tesis de Manuel Monereo, con el que tengo una relación cordial, pero no comparto su fascinación final por el nacionalismo popular. Yo sigo defendiendo el euro, y he de decir que este embeleso me produce cierto escalofrío.

PI: Ese también fue un cisma entre el movimiento comunista europeo

y todos los demás. Con sentido común geopolítico, solo podemos ser europeístas. Creo que ningún país de Europa puede ser un actor geopolíticamente relevante por sí solo, ni siquiera Alemania. Y esa es una lección política.

Recuerdo una contradicción en la que tuvimos que navegar hace muchos años, cuando se produjo el referéndum sobre la Constitución europea. En Francia, toda la izquierda pidió el voto en contra, y el resultado fue muy bueno. Aprovechando el sentimiento de *grandeur* que tienen los franceses, dijeron una gran verdad: que suponía un retroceso en derechos sociales respecto a las constituciones de posguerra. Ese era el argumento fundamental de la izquierda europea para decir no a la Constitución europea, pues, en efecto, se trataba de una constitución regresiva en términos de derechos sociales. Hubo un análisis muy polémico en su momento que me interesó bastante. Antonio Negri dijo que la Constitución europea no era más que formalizar lo que era ya la constitución material de Europa. Esta constitución por escrito no era distinta de lo que ya operaba como realidad. Solamente tiene sentido hacer política en el marco europeo. Quien piense que se puede hacer política y cambiar cosas en el marco nacional y estatal no ha entendido cómo funcionan el capitalismo y el mundo.

Que un marxista como Negri dijera que en el capitalismo la cadena de mando tenía que ser a nivel europeo, nunca provincial, era algo tremendamente difícil de condensar en una práctica política para la izquierda europea, si bien era muy sugestivo y penetrante. Carlos Prieto del Campo, un ideólogo inspirado en Negri al que yo admiro mucho, responsable de la edición en castellano de la *New Left Review,* acaba de escribir un libro sobre la situación en Cataluña. En él, advierte de que todo el mundo está ignorando los flujos de poder vinculados a la dimensión europea e internacional.

Habla de España como una provincia, y señala que no se está entendiendo que España no tiene soberanía en materia de política monetaria, política económica (al menos en lo que atañe a las grandes

decisiones) y a la hora de decidir cómo debe ser el escenario europeo. Hay una parte de verdad innegable, pero hay grandes problemas de traducción política porque la imaginación sigue operando en clave nacional y estatal.

EJ: La nación vuelve.

PI: Nunca se fue.

EJ: Nunca. Pero, por si lo habíamos olvidado, ahora regresa.

PI: Hay una contradicción enorme. Todo a lo que se puede aspirar es a ser presidente del Gobierno, pero no a presidir o dirigir una institución supranacional que tenga poder efectivo, porque no hay un mecanismo democrático para acceder. La política se articula en el plano del Estado, mientras que el poder se articula en el plano de la geopolítica, y ahí no se reparten cartas democráticamente. De nuevo, la Unión Europea es un ejemplo. Aun teniendo el Parlamento Europeo, es probablemente la cámara con menos competencias y poder efectivo del mundo.

EJ: El Parlamento de Rusia posiblemente tiene menos competencias reales. Y no sé si la Asamblea Nacional Popular de China lo supera. Lo que quiero decir es que la democracia está en riesgo, al menos tal y como la hemos entendido desde la derrota del fascismo.

Rusia no es un país democrático, no lo ha sido nunca y fatalmente quizá nunca lo sea. Mantener unida una extensión tan grande de territorio es hasta cierto punto incompatible con la democracia. China, evidentemente, tampoco lo es. El comunismo fue el mecanismo de industrialización de la Unión Soviética, hasta que este colapsó. El comunismo ha industrializado China hasta convertirla en una potencia mundial. Los chinos, más compactos nacionalmente, han ido sustituyendo el marxismo por el confucionismo. Nikita Jrushchov escribió en sus memorias: «Los comunistas chinos son nacionalistas», y estaba en lo cierto. El Partido Comunista ha sustituido a la vieja

burocracia imperial. Se propusieron sacar del hambre a millones de personas y transformar China en una sociedad moderna. Seguramente cometieron graves errores, pero lo han conseguido. El regreso del Imperio del Centro es espectacular. Ante esas nuevas realidades, Europa empequeñece y la democracia liberal deviene un juguete frágil.

PI: Las organizaciones políticas aspiran a administrar instituciones en el marco del Estado —sea nacional o plurinacional— y la administración autonómica. Creo que, a partir de aquí, podríamos dar un brinco y analizar cuáles serían las posibles políticas progresistas de redistribución. Si hablamos de la realidad de poder a nivel internacional, quizá el debate esté donde lo planteas: si las democracias que hemos imaginado los europeos en los últimos decenios gozan de buena salud. Estás señalando que hay que andarse con cuidado porque pueden tener éxito en Europa Occidental regímenes mucho más limitados que los nuestros a nivel democrático, como el de Rusia.

EJ: El autoritarismo puede llegar a ser sexi.

PI: Como lo fue el fascismo en su momento.

EJ: La derrota cultural del fascismo fue tan absoluta que ha sido imposible volver a hacer cualquier propuesta de tipo autoritario con los mismos planteamientos. Y no va a ocurrir… Me pongo nervioso cuando se utiliza el nombre del fascismo en vano. Muchas veces la gente no sabe de qué está hablando. El autoritarismo regresará en Occidente bajo otros formatos. Ya está ocurriendo. El autoritarismo regresará sin eliminar del todo las formas democráticas, puesto que hoy eso no es concebible. Asistiremos a una desvirtuación constante de los mecanismos democráticos y a una aproximación casi sensual de lo autoritario.

Los chinos ya han decidido fortalecer el poder del secretario general del partido, alargando su mandato. En un momento de

grandes cambios tecnológicos y de escala económica, quieren tener un centro de poder estable. Los ciclos democráticos de cuatro años van a entrar en crisis. ¿Cómo compatibilizar los ciclos electorales cortos con la necesidad de decisiones estratégicas estables? Eso conduce necesariamente a un fortalecimiento del alto funcionariado.

La vida democrática está sufriendo una tensión que llega al paroxismo en todos los países occidentales. Las redes establecen mecanismos de diálogo arriba-abajo basadas en el inmediatismo, que crean una falsa sensación de democracia muy deliberativa. La confusión es enorme. Y a mayor confusión, mayor deseo de autoridad. China y Rusia marcarán nuestro futuro más de lo que podamos imaginar.

PI: Y no solamente política exterior activa, sino también prestigio internacional. Ahí hay dos dimensiones interrelacionadas que podemos separar metodológicamente: la social y la económica. Ambas tienen que ver con el proyecto de sociedad y, en nuestro caso, se vinculan a esa dialéctica de redistribución contra privatización como eje separador de esa geografía tradicional, que también podemos dejarla en una provisionalidad, porque es sumamente compleja.

Pero hay otra dimensión que tiene que ver con el peligro cultural. La democracia tuvo un enorme prestigio a nivel internacional. Los elementos asociados a la democracia (los derechos civiles y sociales) se convirtieron en símbolos a los que todo el mundo aspiraba, independientemente de que se respetaran más o menos. Y eso está en crisis. Por cuanto las democracias liberales de Europa han empezado a entrar en crisis, los aires de la República de Weimar han vuelto a soplar. Cada vez que señalas el poder erótico de ciertas formas de autoritarismo del siglo XXI, asociadas a la tecnología, con un estilo moderno —o incluso posmoderno—, es imposible no recordar lo que significó el fascismo en términos de modernidad. Ya nos referimos al futurismo al hablar de Italia, la tecnología y la forma de comunicación política, de movilización de masas, de incorporación a la política de

sectores populares. Antes de crear Podemos, yo ya hablaba de fascismo *cool* para referirme a UPyD, y ahora se podría aplicar al proceder de Ciudadanos. Es una especie de autoritarismo moderno a la hora de plantear algunas cosas.

Este peligro va ligado a una batalla cultural que la izquierda va perdiendo en muchos sitios. Con todo, es una dinámica contradictoria, en particular en España. En nuestro país se pueden apreciar comportamientos sociales que, a los que venimos de una tradición de izquierdas, nos incomodan. Nos incomoda que en nuestra sociedad haya mucha gente a favor de la cadena perpetua y, al mismo tiempo, nos emociona el 8 de Marzo y poder afirmar que esta sociedad es un ejemplo en la lucha por los derechos de las mujeres. O los pensionistas. O el 15M, que fue un movimiento sin parangón en Europa. Mientras que en otros países de Europa no hubo 15M, aquí hubo la *Spanish Revolution*, que se convirtió en un emblema global de oposición democrática.

En cuanto a las tendencias que se perciben en Europa, tenemos motivos más que suficientes para estar preocupados. La falta de credibilidad de la política tradicional explica en buena medida el éxito de estas formas de autoritarismo *cool*. Donald Trump es un claro ejemplo. Sin embargo, eso se ve incluso en la política española; en el nivel de degradación moral asociada sobre todo, pero no exclusivamente, al Partido Popular.

EJ: Volviendo al marco europeo, y relacionándolo con lo que acabas de indicar, uno se da cuenta de que las reacciones a este vacío son muy diversas en el norte y en el sur. En el norte de Europa básicamente han proliferado los movimientos de populismo blanco. Agresividad hacia los inmigrantes y los europeos del sur. «A estos no les vamos a pagar la fiesta».

Luego tenemos el bloque del este. La población de esos países está adaptándose a las nuevas reglas del juego, y no están para bromas. De los inmigrantes no quieren ni oír hablar porque saben que pueden

depreciar aún más sus salarios. Hay toda una generación mayor en Europa del Este que fue literalmente sacrificada. Quienes hoy dominan en términos electorales esos países son los hijos de los que vivieron la época socialista. Sus padres las pasaron moradas porque se quedaron sin nada, sin posibilidad de reciclarse. Los hijos se han adaptado más o menos al nuevo sistema, y no quieren ver extranjeros en su tierra porque lo identifican con una posible privación del modesto bienestar que por fin han logrado apuntalar. Alternativa por Alemania gana en zonas de la antigua RDA, donde hay pocos inmigrantes extranjeros. En cambio, en una ciudad con muchos inmigrantes como Berlín, no ganan. Los berlineses interpretan que la presencia de gente de distintas partes del mundo es un patrimonio que hace atrayente la ciudad y les da riqueza.

El que recela piensa: «Si estos llegan aquí, mi salario va a bajar a la mitad, porque esta gente va a trabajar por la mitad».

En la Europa del Sur, la reacción ha sido menos xenófoba, con la significativa excepción de la Liga Norte. Fijémonos en el concepto: Liga Norte. Lo que tienen en común Syriza, Podemos, el Movimiento 5 Estrellas y el Bloque de Izquierda en Portugal es que no son xenófobos. El Movimiento 5 Estrellas es el más difícil de definir: es ambiguo, híbrido, confuso, con elementos de izquierda y de derecha. El caso italiano es el más complejo de todos. Las últimas elecciones marcaron una distinción territorial clara y cruda. El Movimiento 5 Estrellas se mostró fuerte en el sur, ofreciendo protección social. En cambio, en el norte ganó la Liga reclamando menos impuestos y una mayor disciplina al nuevo ejército proletario, formado por los inmigrantes: el que acuda al sindicato, expulsado.

Francia me parece la pieza clave del tablero. La estrategia de Macron pasa por ajustes graduales en el Estado del bienestar compensados con una mayor integración europea. Por lo tanto, es imprescindible que Alemania ayude a reconvertir Francia. ¿Lo hará Alemania? ¿Está en condiciones de hacerlo Angela Merkel? Ahí está la clave de todo. La compleja superestructura europea se halla hoy en

riesgo, pese a la aparente seguridad en sí misma de la burocracia bruselense.

PI: Esta inquietud se soluciona, y vuelvo al debate sobre la izquierda, con un proyecto y con voluntad de liderar. Actualmente estamos trabajando con Francia Insumisa, de Mélenchon. Acabamos de lanzar una campaña conjunta contra los paraísos fiscales, y es probable que creemos un nuevo partido político europeo con voluntad de apoyarse sobre la vieja familia de la izquierda europea, pero generando un espacio propio. Ahora existe un partido de la izquierda europea en el que están los partidos comunistas y algunos otros, pero nosotros queremos liderar con los franceses un espacio nuevo. Vamos a intentar que el Bloque de Izquierda también esté. Además, queremos atraer a algunos partidos nórdicos, que profesan un ecologismo fusionado con la identidad socialista, y trataremos de atraer a sectores que proceden de la socialdemocracia tradicional.

Con algunos ya hay buena relación —como con los belgas y otros —, y la idea es aspirar a liderar a corto plazo una nueva plataforma europea que se enfrente tanto a los conservadores tradicionales como a la nueva extrema derecha y el populismo blanco, que están creciendo. La clave será seducir a los restos de la vieja socialdemocracia, que creo que se ha quedado sin proyecto en Europa después de que Gerhard Schröder y Tony Blair lo destruyeran. Tienen muchas dificultades para definir qué Europa quieren, y nuestro papel será intentar abrir un espacio que asuma el combate político desde parámetros nuevos. Por eso creo que es importante que lo lideren Francia Insumisa y Podemos. Hablamos de poner encima de la mesa un proyecto de Europa diferente, que plantee la necesidad de un suelo de ingresos y de implementar políticas sociales que protejan a los sectores asalariados. Hay que abogar por el desarrollo de las tecnologías, la investigación y el valor añadido, cosa que comporta cooperar con los sectores empresariales. Al mismo tiempo, conviene afianzar el respeto por los derechos humanos, que tiene que ser una

marca de identidad de la Unión. Es una batalla muy compleja y difícil, no solo por la resistencia de los viejos partidos europeos, sino por la emergencia de expresiones de populismo blanco y populismo ambiguo, como el que hemos visto en Italia.

Después de lo que está ocurriendo con Syriza en Grecia, todo el mundo tiene un ojo puesto en Portugal, donde los socialistas se han puesto de acuerdo con fuerzas políticas a su izquierda y han asumido cosas que no entraban en el guion de las políticas de austeridad, y en el significado de dos movimientos en países importantes como España y Francia: Podemos (y las confluencias) y la Francia Insumisa, respectivamente.

Nuestra tarea implica negociar grandes contradicciones, y la primera es asumir el discurso geopolítico. Europa, en cuanto gigante económico, tiene que dotarse a medio plazo de estructuras políticas fuertes, de una estrategia exterior propia y de un sistema de defensa integrado independiente. Conviene desarrollar unas relaciones con Rusia y Estados Unidos que salvaguarden nuestros intereses. La Unión Europea tuvo durante muchos años al aliado de Estados Unidos dentro, el Reino Unido. Por lo tanto, es lógico que no fuera un proyecto político capaz de asumir los desafíos geopolíticos.

Es todo muy complejo, y además la izquierda tiene problemas para encontrar su lugar. ¿Cómo puede afrontar la izquierda el dilema de la inmigración en Europa, uno de los grandes problemas políticos? No es nada sencillo conjugar la geopolítica de intereses con políticas que respeten los derechos humanos. Si no queremos ser todos Varoufakis o trotskistas del verbo duro, toca superar esas contradicciones e intentar ganar.

EJ: Ya van tres las veces que citas a los trotskistas, y no precisamente para tirarles flores.

PI: Me conoces bien y sabes que no soy rencoroso... Bromas aparte, hay un libro de Lenin que todo el mundo debería leer, y no para hacerse izquierdista, titulado *La enfermedad infantil del*

«izquierdismo» en el comunismo. Es uno de los libros de Lenin que todavía gozan de vigencia y buena salud. Debo decir que de esto no tuvo la culpa el pobre León Trotski, que era una mente genial y cuyo nombre no debería asociarse a ciertas corrientes políticas que le han tomado como referencia, pero el infantilismo es uno de los males históricos de la izquierda, y le sigue aquejando. A los que procedemos de ciertas tradiciones, es una pelea que nos toca mucho el alma.

EJ: Me ha gustado tu mención anterior a Norberto Bobbio. Es posible que la mayoría de la sociedad perciba la nueva izquierda como aquella que sabe hacer crítica. La persona de izquierdas es la que llega a tu casa, se pone a mirar lo que hay dentro de cada cajón del armario y te dice que no está bien distribuido. A la que te despistas un momento, todos los cajones están abiertos y revueltos. Es verdad que has descubierto que todo estaba mal organizado, pero lo tienes todo desordenado. Una cierta sensación de caos se apodera de ti. Tal vez sea una imagen un poco simplista, pero es lo que puede estar ocurriendo. A medida que el Estado del bienestar palidece, la izquierda no desaparece, pero sí decae.

Lo he dicho antes. Es más fácil señalar al enemigo de la nación que meterse en la compleja pelea entre el techo de gasto y el suelo de ingresos. Es mucho más sencillo convencer a una sociedad estresada de que el adversario son los inmigrantes porque te quitan el trabajo y aumentan la inseguridad que cambiar los paradigmas económicos. Hace un tiempo oí a Íñigo Errejón en un programa de televisión y reconozco que me gustó su propuesta. Manifestó que la izquierda tiene que ofrecer orden. Uno de los problemas actuales es la sensación de desorden que está saturando el ambiente. Ante esa sensación de desestructuración general, los más perjudicados son los más frágiles. Ahora bien, me quedé con las ganas de preguntarle a Errejón cómo se hace eso de proporcionar más seguridad a la gente desde la izquierda.

PI: Ese es uno de los desafíos, por eso llevamos tiempo hablando de seguridad. La seguridad ciudadana no aumenta con la presencia de las

fuerzas de orden en la calle, sino teniendo pensiones y escuelas y hospitales públicos de calidad. Eso es seguridad.

En esta lucha hay una cosa que tenemos ganada y otra que no. Incluso nuestros adversarios nos han retratado como los mejores fotógrafos de la realidad; los que abren los cajones y señalan las claves. Hasta el Partido Popular, o incluso medios de comunicación contrarios a Podemos, han reconocido que tenemos un don para diagnosticar la realidad. Más reticentes son a admitir que podamos conocer el remedio, pero sí el diagnóstico. Incluso nos han llegado a conceder, con mucha condescendencia, una suerte de superioridad intelectual. Un exministro socialista me dijo en privado que, cuando nos oía hablar, nunca nos veía cometer fallos. En todo caso se nos podría criticar ese tono de soberbia de tener siempre la respuesta precisa, pero demostramos tener más preparación intelectual que buena parte de la clase política existente. Sin embargo, añadió que, pese a demostrar superioridad intelectual, capacidad de diagnóstico y ganar todos los debates, no transmitimos seguridad.

EJ: La superioridad intelectual es peligrosa.

PI: Si se transforma en una especie de meritocracia, va muy bien; pero si se queda en la arrogancia, muere. Nadie vota al listillo. Todo el mundo puede reconocer que has ganado el debate, pero eso no quiere decir necesariamente que te vayan a votar. Yo no pienso que podamos entender la política como un mercado de demanda en el que debamos parecernos a la media para ganar. Para ofrecer medianías, hay actores con mejor oferta que nosotros.

Necesitamos contribuir a que se produzcan transformaciones sociales. Lo fundamental es demostrar que somos una alternativa de Gobierno viable. Esto es lo que establece la diferencia entre un tipo de izquierda y otro. De ahí nuestra obsesión por gobernar. Gobernamos en los ayuntamientos, y ya se ha desmitificado el apocalipsis, aquello que un diputado del Partido Popular anunciaba como las diez plagas de Egipto. Se ha visto que gestionamos bien, pagamos la deuda,

conseguimos superávit y somos eficaces. Ese es nuestro mejor aval. Si de algo me arrepiento es de no haber entrado en más Gobiernos autonómicos. Teníamos miedo de que eso nos pudiera lastrar de cara a las elecciones generales. Nos hemos dado cuenta de que nos sienta de cine estar en la vicepresidencia del Gobierno de Castilla-La Mancha.

EJ: Las sociedades son muy pragmáticas —la sociedad española ha dado muestras suficientes de ello— y lo que estás planteando es un viaje opuesto al pragmatismo. También podría pasar que la sociedad decidiera que sois buenos administradores locales y que os tuviera un tiempo allí. En algún país ya ha sucedido.

PI: En Italia. Pero no tanto porque la sociedad decidiera eso, sino porque al PCI le hicieron un cordón sanitario que el partido trató de romper en todo momento.

EJ: Se estableció un cierto consenso sobre los comunistas. Era peligroso que entrasen en las estructuras del Estado, pero podían ser buenos y honestos gobernantes locales. No robaban.

PI: No me puedo conformar con eso. Además, entonces estábamos inmersos en la Guerra Fría. Por muy pragmático que fuera Enrico Berlinguer, y por mucho que dijera que se sentía protegido bajo el paraguas de la OTAN en el *Corriere della Sera*, su partido llevaba la hoz y el martillo. Mientras existiera un país como la Unión Soviética, Estados Unidos —que tenía montado un entramado de poder macizo— no iba a consentir que los comunistas, por muy de derechas que pudieran parecer, alcanzaran el poder en Italia.

Ahora estamos en una época diferente. Como es lógico, hay resistencias de los grupos dirigentes, pero se van a acostumbrar, porque los Gobiernos municipales y los autonómicos son una buena carta de presentación. Cuando me reúno de vez en cuando con algún empresario, de forma discreta, todos me dicen lo mismo: «Me pareces un tipo de lo más razonable, no te amoldas a la imagen que se

proyecta de ti en los medios de comunicación». Es posible que eso se deba a un cierto calentamiento verbal en algunos momentos o a mi personalidad, pero también al traje que nos han hecho, y que no se lo han hecho a nadie más. Puede que haya sectores sociales a los que les gustaría esperar, pero nuestro trabajo es empujar para gobernar, y creo que no hemos empezado mal. Hace cuatro años nadie sabía quiénes éramos. Es cuestión de tiempo que gobernemos este país y, cuando suceda, empezará una etapa distinta de nuestra historia. Habrá muchos cambios.

No hay que olvidar que, aunque la llegada al Gobierno del PSOE esté ahora muy normalizada —en otro momento hablábamos de esa victoria injusta en 1982—, generó mucho miedo en algunos sectores. Nadie se acuerda, pero había pavor por lo que comportaba que se hicieran con todo ese poder. Tanto pavor había, que la calma de los militares en España tardó su tiempo en quebrarse. El problema es que ese miedo cambió de bando y, seguramente, se instaló en buena parte de los dirigentes socialistas. Sin embargo, posteriormente la sociedad se acostumbró, porque el Partido Socialista se parecía mucho a España y porque no había en ese momento una pirámide de población como la actual. Si hubiera una pirámide de población diferente, estaríamos gobernando ya. En solitario no... pero ya mandaríamos.

EJ: Las generaciones jóvenes tenían un peso demográfico mayor que ahora. A día de hoy, tenemos en España unas generaciones maduras de carácter reformista que se adhirieron políticamente y sentimentalmente a la Transición. En cambio, en aquel momento una parte considerable de las generaciones maduras había vivido la Guerra Civil y se había educado bajo el momento más duro de la dictadura. Eso ha cambiado, pero en términos demográficos, los jóvenes pesan menos, y las generaciones mayores son incapaces de tejer un mayor consenso social. Es un tipo de diálogo intergeneracional muy diferente.

PI: Es muy llamativo que a nosotros todavía nos llaméis jóvenes.

Joven es alguien con veinte años. ¡Con treinta y nueve años no se es joven! En tu época... es decir, esta también es tu época, igual que la mía... Cuando tenías treinta años, buena parte de la gente que mandaba en los periódicos y la política estaba en la treintena. El problema es que decidieron no irse nunca. Y ya llevan cuarenta años.

EJ: Llegaron con un programa más duradero. Visto con perspectiva, la gran jugada de la Transición consistió en que el régimen se desembarazara de los señores con bigotillo. Cuando los pobres se dieron cuenta ya no había nada que hacer. Como José Luis López Vázquez.

PI: Sí. Nosotros observamos la realidad en medio de la vorágine mediática; en una semana pasan muchas cosas. Pero si lo miramos desde un enfoque histórico, es espectacular ver cómo han cambiado los rostros de la televisión. Me acuerdo perfectamente de que, en 2013, cuando empecé a ir a la televisión, era casi siempre y con diferencia el tertuliano más joven. Eso ha cambiado por completo. Incluso el Partido Popular y el PSOE ya mandan de vez en cuando a gente joven. Entonces uno ni se imaginaba que dirigentes como Pablo Casado o Andrea Levy tuvieran el protagonismo mediático que tienen hoy, y solo han pasado cinco años. A lo mejor si volvemos a conversar dentro de cinco años, con un poco de suerte estamos gobernando. A lo mejor *La Vanguardia* tiene como directora a una mujer de treinta y pico. Eso es muy común en el mundo Godó.

EJ: Dentro de cinco años… ¡uf!

PI: Todos calvos.

EJ: En mi caso, seguro.

EL DISTANCIAMIENTO ENTRE CATALUÑA Y ESPAÑA

Un poco de historia

Enric Juliana: No cabe duda de que Cataluña es una de las grandes claves de la evolución política de la España contemporánea. Es difícil fijar el principio. Los nacionalistas tienen una gran querencia por 1714, más que por 1640, año en que se produce la primera crisis hispano-catalana con la revuelta contra la Unión de Armas. Estamos hablando aún del tiempo de los Austrias. El Imperio español necesitaba introducir ciertos elementos de unificación interna para hacer frente a sus costes: la Unión de Armas, el pago del esfuerzo militar. Esa iniciativa del conde-duque de Olivares encuentra mucha resistencia en Cataluña, en Portugal y en otros puntos de la península, como en Andalucía. Ahí empezó la definitiva independencia de Portugal.

Sin embargo, yo buscaría un origen más cercano. Desde el principio de la industrialización, se empieza a producir una especie de disonancia o de separación entre los intereses de las clases dirigentes de Barcelona y Madrid.

La singular trayectoria del sacerdote Jaume Balmes ayuda a entender ese distanciamiento. Siempre me ha llamado la atención Balmes, figura denostada por las izquierdas. Tenía una perspicacia notable; vio venir la aparición de la industria y sus enormes problemas sociales. Intuyó el futuro y quiso preparar a España para ese futuro. Era un hombre muy activo. Un gran propagandista católico.

Resumiendo, llegó a Madrid con el propósito de reconciliar a carlistas e isabelinos (o liberales). Les dijo que se habían metido en una lucha inútil que les desviaba de los verdaderos problemas venideros. Balmes fundó una revista llamada *El Pensamiento Español* y murió muy joven, a los treinta y cuatro años. No le hicieron caso y el franquismo lo momificó como estandarte del conservadurismo católico. Al contrario, intentó ser un reformador.

Después de Balmes, llegó otro catalán con mucho carácter, muy poco relacionado con el catolicismo. El general Joan Prim i Prats. Después de haber servido a la dinastía, llega a la conclusión de que esta no sirve. ¡Los Borbones, jamás! En un momento dado, declara que los Borbones no pueden volver y, tras La Gloriosa (1868), hace algo del todo inédito en nuestra historia: intenta refundar la monarquía mediante la elección parlamentaria de un nuevo rey. Abrió un *casting* europeo que, según dicen, contribuyó a que estallase la guerra franco-prusiana. Fue elegido Amadeo de Saboya, miembro de la monarquía más liberal de Europa en aquellos momentos. Duró apenas tres años, y fue el vestíbulo de la Primera República.

La aventura de Prim es muy interesante. El general representaba los intereses de la industria catalana, pero también era un militar que se sentía profundamente español, que había estado en América defendiendo a la Corona. Es un inteligente intérprete de la crisis imperial española. El país se debe modernizar y eso no es posible bajo los Borbones. Creía en la monarquía. No veía posible una república en España y se llegó a enfrentar con los federalistas catalanes que ya le reclamaban una república. Llegó a bombardear Barcelona para frenar a los que estaban a su izquierda. El caso de Prim es fascinante. Hay un momento en que todo Madrid sabía que iba a morir. La conspiración estaba a la vista y él la desdeñó. Murió a consecuencia del célebre atentado de la calle del Turco, cuya autoría aún hoy sigue siendo un misterio, aunque se apunta a Luis de Orleans, duque de Montpensier, que aspiraba al trono. En esa época estalló la discusión entre los republicanos que querían un sistema federal y los que querían un

sistema unitario. La Primera República fue conocida en Madrid como la «República de los catalanes». Algunos de sus hombres principales eran catalanes: Pi i Margall, Estanislau Figueras…

En ese momento, Cataluña se convierte en una especie de Piamonte que no puede ejercer como tal. Piamonte es la región industrial del norte de Italia que acabó pilotando la unificación italiana, derribando el poder pontificio en el centro de Italia y llevándose por delante el Reino de las Dos Sicilias, borbónico. Lo hicieron con una monarquía liberal y con un brazo popular que, una vez hecho el trabajo, fue frenado. En España, Garibaldi hubiese muerto. Allí, le dispararon en una pierna.

Pablo Iglesias: Es la *finezza* florentina. Te pegan un tiro en la rodilla en lugar de matarte.

EJ: En definitiva, todo empieza el día en que las clases dirigentes catalanas se dan cuenta de que no pueden ser los piamonteses de España. Que pueden empujar, pero no pueden mandar.

PI: Siempre llegas por diferentes caminos al punto crucial. Tenía anotado como clave el papel no dirigente de las clases dirigentes catalanas en España. Voy a intentar llegar al mismo sitio por otro camino.

Una vez hice un curso en la Universidad Autónoma de Madrid sobre teorías del nacionalismo con el brillante Ángel Rivero, un gran profesor de Ciencia Política que de joven había pertenecido a una asociación de simpatizantes de la RDA y que ahora escribe informes para FAES. Ese curso sobre nacionalismo era una verdadera joya porque contraponía dos bloques de autores: los primordialistas y los modernistas. Los primordialistas, que tenían una vinculación emocional muy fuerte, tendían a entender el origen de las naciones como algo que se remonta muy atrás en el tiempo. Entre los modernistas, que eran los que a mí me entusiasmaban, había marxistas como Eric Hobsbawm y algunos no marxistas como

Benedict Anderson. Según su perspectiva, el nacionalismo es un fenómeno de la modernidad, aunque esto sería muy discutible para entender Cataluña. Cuando leí *Victus*, la novela de Albert Sánchez Piñol, conseguí entender cómo la literatura ayuda a construir mitos nacionales. Ojalá la izquierda en España tuviera escritores que hicieran algo parecido con el 2 de Mayo, por ejemplo, para convertirlo en un relato trascendental para interpretar el presente.

La cuestión es que, si nos centramos en la modernidad, hay un siglo que está muy de moda: el XIX. El siglo XIX ilumina muy bien algunas claves del presente. El verano pasado estuve leyendo a Galdós y me percaté de cómo el ambiente de la Carrera de San Jerónimo —el ambiente de ese Madrid escenario de guerras carlistas— tenía algo de actual que lo alejaba de ese convulso siglo XX, marcado por la Guerra Civil y el franquismo. El otro día, hablando con Almudena Grandes, que es una admiradora de Galdós, me decía lo mismo: «Hay que volver a Galdós, es una sandez tacharle de garbancero. Es de lo mejor de la literatura de este país, y el siglo XIX es vital para entender la actualidad».

España es un país plurinacional, y esto se ve claramente en el siglo XIX al menos en tres dimensiones: económica, cultural y política. La dimensión económica tiene que ver con el hecho de que la industrialización tiene dos núcleos esenciales además de Madrid: el País Vasco y Cataluña. La dimensión cultural resalta el hecho de que, en España, los Borbones no desarrollan la tarea histórica que se esperaba de ellos, consistente en unificar el Estado para construir una sola administración, con una única lengua y cultura. Y la dimensión política de esa España plurinacional se expresa cada vez que hay una apertura democrática. La Primera República plantea de nuevo esa dimensión territorial, cultural y económica particular; con el surgimiento del federalismo, las propias expresiones del cantonalismo, etc. Es decir, el siglo XIX es una aparición continua de esa realidad plurinacional que se expresa en lo económico, en lo cultural y en lo político.

Y un apunte bibliográfico: yo conocí a Jaume Balmes a partir de los textos del profesor José Luis Villacañas, un levantino muy astuto e inteligente que me ha dado muchas claves para entender España. Es algo seguramente encubierto en los relatos oficiales. Respecto a Figueras, hay una anécdota muy interesante y vigente de cuando era presidente de la República. Después de una discusión terrible con su gabinete, cogió tal cabreo que se fue a la estación de Atocha sin decir nada a nadie, subió a un tren y no volvió.

EJ: Sí, les reunió para decirles que estaba hasta los cojones de todos ellos. Dejó escrita la nota de renuncia en el despacho. Se fue a París y no volvió. Muy catalán y muy español.

PI: En suma, la clave fundamental es que la clase económica dirigente catalana tenía aspiraciones de ser clase dirigente en España, como el Piamonte. Había muchos elementos que empujaban en esa dirección. Hubo un Gobierno impulsado por Maura en el que Francesc Cambó —jefe de la Lliga Regionalista— era ministro de Fomento. Hace poco, Ana Pastor reivindicó su figura desde la tribuna del Congreso, demostrando más sutileza que algunos dirigentes del Partido Popular. La cuestión es que Cambó intentó ser el ministro de Fomento de toda España; buscó referentes en sectores industriales que pudieran superar la hegemonía de esa oligarquía castellana y andaluza que se atrincheraba en el Estado español y lo convirtió en su cortijo político.

En definitiva, esa frustración histórica de los sectores económicos dominantes en Cataluña está íntimamente relacionada con los conflictos que se van produciendo en momentos históricos posteriores. Reconozco que me horroriza decir esto pero, a pesar de que esos sectores odiaban el movimiento obrero —lo que representó el anarcosindicalismo y la CNT en el siglo XX— y de que las clases dirigentes catalanas tuvieron un comportamiento de clase que las acercó al franquismo cuando debieron elegir entre orden dictatorial o republicano, si España hubiera tenido unas clases dirigentes más parecidas al estilo mediterráneo, como en Cataluña, nuestra historia

habría sido distinta. Habríamos tenido contradicciones de clase y enfrentamientos sociales, pero quizá menos graves.

Además, España sigue teniendo pendiente que los sectores políticamente dominantes ofrezcan a Cataluña tener un papel de dirección en el conjunto del Estado diferente al que ha tenido históricamente. Después de la Transición, se configuraron unas relaciones de poder que encapsularon el poder de CiU en Cataluña y dejaron muy claro quién podía mandar en España: primero el PSOE y luego el Partido Popular, con acuerdos puntuales. A día de hoy, a pesar de la situación de ruptura tan grave, se abren nuevas posibilidades para imaginar una Cataluña —y fíjate que lo digo en el momento de mayor tensión y adversidad— con un papel diferente dentro de una España distinta.

EJ: Has dado con un elemento que es importante; no solamente a efectos históricos, sino también para entender el presente. Me refiero a la preponderancia de los anarcosindicalistas durante un largo periodo de tiempo, hasta prácticamente iniciada la Guerra Civil. De hecho, incluso lo alargaría hasta englobar la segunda mitad del siglo XIX y buena parte del siglo XX.

La verdad es que en Cataluña conviven diversas almas. Es un error considerarla una sociedad muy homogénea cuando, precisamente, es una sociedad con una enorme viveza de contradicciones y matices. Este es uno de los grandes errores de análisis que se suelen hacer con respecto a Cataluña: considerar que todos los corazones de esa sociedad laten al mismo ritmo. No es verdad, y nunca lo ha sido. Es una sociedad con un potencial descomunal de conflictividad social. Lo que ha habido en Cataluña durante largas etapas y que hoy ha reaparecido con fuerza es el antiestatismo. La disconformidad con el Estado. El deseo de pensar en otro tipo de Estado. Es el caso de los federalistas. ¿Por qué hubo un federalismo popular en Cataluña? ¿Por qué el federalismo en Cataluña llegó a tener una cierta base popular y a constituirse casi en una utopía social, mientras que en el resto de

España muy pocos hablaban de federalismo? El federalismo era un anhelo social; una manera de concebir el Estado de otra manera. Una manera distinta de concebir la sociedad. De abajo hacia arriba, con vínculos de igualdad.

Los anarcosindicalistas estaban más allá del federalismo: su ideal era la demolición del Estado. La pregunta es por qué en Cataluña el movimiento obrero se adhiere más fácilmente a la corriente anarquista que a la socialista. Hay diversos fermentos que empujan en esa dirección. La burguesía catalana era estatista: quería participar en la dirección del Estado y modernizarlo. Este es el programa de la Lliga. En sentido contario, los carlistas fuertemente arraigados en la Cataluña interior eran antiestatistas: la tradición antes que el Estado.

En conclusión, en un momento dado se forma en Cataluña una enorme coalición social en la que cada parte tiene un motivo para ir contra el Estado liberal de principios del siglo XX, tras el desastre de 1899. Los carlistas embestían contra el Estado liberal centralista en nombre de la tradición. La Lliga aspiraba a hacer de Cataluña el Piamonte español, a llevar a cabo lo esencial del programa de Prim, con autonomía. Los federalistas anhelaban otro país y empezaban a plantearse si realmente el fracaso de la Primera República no indicaba la imposibilidad de cambiar España. Los anarcosindicalistas estaban por la abolición del Estado y la propiedad privada. Buena parte de los actores que acabo de citar, a excepción de los anarquistas, confluyeron en una coalición electoral en 1906. La Solidaritat Catalana fue una coalición de 1906 de la Lliga, los carlistas, los tradicionalistas, los socialistas federalistas y los republicanos federales que obtuvo casi todos los votos en las elecciones a Cortes de 1907 y se llevó por delante el sistema dinástico de partidos en Cataluña. Abrió la crisis del sistema dinástico de partidos en España. Al cabo de tres años de nacer Solidaritat Catalana estalló la Semana Trágica, y la coalición se disgregó.

Resumo. A principios de siglo existía en Cataluña un fuerte rechazo al Estado y a su manera de funcionar, que era considerada

anacrónica, ineficiente y hostil a los intereses de la sociedad catalana. Fue entonces cuando renacieron las pulsiones de tipo independentista. España no tiene solución, empezaron a decir algunos. ¿Era burgués ese primer independentismo? Más bien no. Era más menestral que burgués: pequeños propietarios, profesores, maestros, empleados de comercio. La Lliga, el partido burgués, no era independentista. Quería influir en España y compactar a la sociedad catalana alrededor del ideal nacionalista. Por no poderlo desempeñar, derivó hacia el nacionalismo. Toda esa desazón le daba la razón a Balmes varias décadas después de su muerte: la industrialización engendrará una sociedad nueva, tensa y complicada, y el Estado se tiene que preparar.

El Estado español: un proyecto monárquico

PI: Para verlo desde la otra perspectiva, es importante valorar lo que simboliza el Estado en España; quién lo simboliza en la esfera política y dirigente. En este punto, el profesor Villacañas vuelve a dar la clave —que Herrero de Miñón también sostiene—: la monarquía. El Estado español ha estado definido desde el siglo XIX por un proyecto monárquico concreto que se enfrenta a todas estas contradicciones.

Las guerras entre isabelinos y carlistas no son solo conflictos para dilucidar quién es el legítimo rey, sino cuál debe ser el modelo de Estado. Y eso, con una monarquía débil. La monarquía es incapaz de llevar a cabo su proyecto político de imponer un solo Estado, con una lengua, una administración coherente y un único sistema de derecho civil. Además, la monarquía en España encarna en cierta medida el poder de una serie de sectores oligárquicos que vinculan su futuro y su dimensión ontológica al proyecto de los reyes. Eso, paradójicamente, refleja una continuidad muy interesante. Después de la Guerra Civil, Franco no tiene aparentemente ninguna necesidad de volver a traer un Borbón. Ha ganado militarmente una guerra, ya no necesita a esos señores enfermos y decadentes, tan pesados, que están llamando a su

puerta. Sin embargo, desde el principio Franco pide que le traigan a Juan Carlos para criarlo y educarlo, porque la única manera de asegurar la continuidad del Estado en España es volver al principio monárquico, hecho muy revelador de lo que representa la derecha española.

La derecha española, aun teniendo a un dictador sin grandes deudas con nadie, necesita un rey. Es aquí donde se hace patente la gracia e inteligencia del equipo que rodeaba a Juan Carlos —Fernández Miranda y otros arquitectos de la Transición. Aun con unas condiciones muy ventajosas, fueron capaces de transar. Ya se ha hablado de lo que representa el encuentro de Josep Tarradellas con Adolfo Suárez. Es algo fundamental para entender nuestra historia reciente. Una de las claves de la Transición es que se produce el reconocimiento de una institución republicana, previa a la propia Constitución y al franquismo: la Generalitat de Catalunya. El proyecto monárquico mostró habilidad al tratar de hacer compatible su proyecto con dar un poco de aire. Podríamos hablar también de lo que representa la derecha navarra, con la que también se transa muy bien, y del relativo reconocimiento de la plurinacionalidad.

Esta es una de las claves para entender el éxito de la Transición y la derrota de la izquierda en Cataluña. Viendo los recientes sucesos, me surge la duda de si quien rodea al actual jefe de Estado —o el propio jefe de Estado— han dejado de entender lo siguiente: una de las claves del éxito de Juan Carlos fue ser consciente de que, si este país pudo transitar hacia una democracia, fue gracias a una serie de pactos que limitaron la concepción de un Estado vinculado a la monarquía. En este aspecto, y saltando a los hechos de octubre de 2017, hay un acontecimiento crucial de esos días que me gustaría resaltar.

El 3 de octubre de 2017, Felipe VI apareció en televisión con un cuadro de Carlos III sujetando un garrote detrás de él, e hizo algo que su padre no habría hecho nunca: adquirir autonomía política. Siempre me ha sorprendido lo bien que me cae Felipe VI en el trato personal,

sobre todo al lado de la imagen que proyecta su padre, enturbiada por corrupciones, cacerías, etc. La cuestión es que, a partir de entonces, el Estado trabaja en una lógica que perjudica sistemáticamente al Gobierno y hace emerger a Ciudadanos, que, aunque es un partido político muy fuerte, carece de las claves de consenso estatal.

Hecho este paréntesis, el papel que está desempeñando la monarquía en estos últimos tiempos marca un antes y un después. Hemos pasado de la sucesión dinástica a dar pasos hacia atrás que nos devuelven poco a poco a un país que deja a mucha gente fuera. La España del rey, del Partido Popular y de Ciudadanos no es toda España. Para empezar, hay sentimientos amplios en todo el territorio que no se identifican con este estilo.

En último lugar, el carácter antiestatista de la cultura política catalana es incuestionable, pero no es exclusivamente suyo. El cantonalismo y el propio junterismo castellano tienen mucho de eso. Es muy difícil no ver un cierto nexo entre el estilo de las plazas del 15M en España y la vieja tradición juntera castellana; ese componente tan español del pueblo saliendo a las plazas y organizando sus propias juntas, con los delegados propios, que señalan a los representantes del Estado y, en este caso, del poder económico. En España no basta con decir: «Tengo al rey, al Estado y sus instrumentos». Desde luego, eso sirve para encarcelar a quien haga falta y para ganar cualquier batalla que se dé en el terreno de la realidad política, pero no para establecer un proyecto de país con los consensos suficientes. Últimamente estamos viendo algo de eso, y los dirigentes no terminan de entenderlo. Si el Partido Popular hubiera tenido mejores cabezas a la hora de diseñar la relación con Cataluña, no se habría metido en este callejón sin salida.

EJ: Es un tema delicado. Agustí Calvet «Gaziel», director de *La Vanguardia* en los años treinta, fue un periodista de altísimo nivel que, durante un tiempo, siendo aún director del periódico, fue invitado a escribir en *El Sol* de Madrid. Escribió allí bastantes artículos y

recientemente se ha publicado una antología. Uno de esos artículos cuenta el último viaje de Isabel II a Barcelona. Hacía muchos años que la reina no iba a la Ciudad Condal y había una cierta tensión ambiental. Curiosamente, quien organizó el viaje fue el general Prim. Había mucha expectación y dudas sobre la respuesta de la gente. Nadie esperaba una explosión de júbilo. Gaziel lo explica muy bien y con mucha gracia. Explica cómo la reina salió en carroza, con las infantas y el príncipe Alfonso, futuro Alfonso XIII. El príncipe iba vestido de payés catalán, con una barretina, y las niñas de *pubilla*. En aquella época no había radio, Twitter ni Facebook, pero el boca a boca era tan eficaz o más. La gente aplaudía a rabiar al paso del cortejo. Gaziel, tirando de la ironía, dijo: «¿Veis como contentar a los catalanes no es tan difícil como parece?». Aun así, Prim un día llegó a la conclusión de que tenía que sacarse a la reina de encima.

Contrastando con lo que decía antes, esa Cataluña sociedad con fuertes componentes antiestatistas, también ha buscado la protección del Estado. Los industriales catalanes fueron a buscar al general Primo de Rivera para que pusiera «orden». Barcelona había sido testigo de huelgas fuertes, como la de La Canadiense, y el mismísimo presidente de la Mancomunitat, el arquitecto Josep Puig i Cadafalch, acompañó al dictador a la estación de Francia de Barcelona para que viajara en tren a Madrid para hacerse cargo del poder. Al cabo de cuatro años, la Mancomunitat había sido disuelta. Aquello determinó el ocaso de la Lliga.

Por otro lado, los catalanes promueven la República española y la defienden. Cuando se les convoca a la batalla del Ebro, el último y desesperado intento de la República de ganar la guerra, hacen una aportación humana pocas veces valorada. Miles de jóvenes de entre diecisiete y dieciocho años fueron reclutados para aquella ofensiva. La célebre quinta del biberón. En la fase final de la Guerra Civil, el 30 % de los efectivos del Ejército Popular de la República estaba formado por jóvenes catalanes. También había un cierto número de soldados catalanes en el Ejército de Franco, sobre todo tradicionalistas. Franco

tuvo uno de sus momentos sádicos al empezar la batalla del Ebro. Mandó colocar a los hombres del Tercio Nuestra Señora de Montserrat en vanguardia. Catalanes contra catalanes.

Cuando Adolfo Suárez pacta el regreso de Josep Tarradellas, se produce una fuerte adhesión al proyecto reformista español. Muchas veces se recuerda: «Los catalanes votaron masivamente la Constitución». Sin duda, pero lo hicieron después de haber conseguido un reconocimiento sin parangón en la historia moderna de España. La Transición necesitaba legitimarse y ello no era posible sin la adhesión del País Vasco y Cataluña. La del País Vasco no pudo ser, y se obtuvo la legitimación catalana. La restitución de la Generalitat —¡fragmento de la legalidad republicana!— y el regreso del presidente exiliado. ¿Quién era Tarradellas? El sucesor de Lluís Companys, fusilado por Franco. El hombre que dirigió la industria de guerra de la Generalitat. Ahí están las fotos de Tarradellas, con sombrero y gabán, mostrándole un fusil ametrallador al general Miaja en Barcelona. Ese es el hombre que Adolfo Suárez reconoció como legítimo presidente de la Generalitat.

Así se produce la adhesión de Cataluña a la Constitución. El rey Juan Carlos tuvo muy presente a Cataluña aquellos años. Los socialistas y los comunistas obtuvieron la mitad de los votos en las elecciones de 1977. Más del 50 % en la provincia de Barcelona. Podríamos afirmar que en 1977 todos los talleres de la provincia de Barcelona tenían una sección sindical de Comisiones Obreras. Era un momento de crisis económica, huelgas, protestas. Resurge la CNT, cercenada tiempo después de una manera un tanto misteriosa... el incendio de la sala de fiestas Scala.

La operación Tarradellas es uno de los pasajes más inteligentes de la Transición. El problema es que algunos de los exégetas de la Transición han querido convertir un episodio clave en un capítulo secundario: una audacia de Suárez. Juan Carlos sabía que Cataluña era imprescindible para la legitimación de la monarquía parlamentaria. «El rey reconoce a la Generalitat y Cataluña reconoce

al rey». Así lo resumió el empresario Manuel Ortínez, uno de los hombres que estuvo detrás de la Operación Tarradellas. Hoy la pregunta clave es si el actual jefe del Estado cree que necesita Cataluña para la continuidad histórica de la institución. Debo confesar que no tengo una respuesta clara.

PI: Me gustaría contar dos cosas. La primera guarda relación con la batalla del Ebro. Hace poco estuve en una cena hablando con Jaume Roures, el que es para todo el mundo el gran ideólogo del *procés*, y le felicité porque ha convencido a David Simon, un guionista americano, para que haga una serie sobre la Guerra Civil. Que David Simon haga una serie sobre esto es un sueño hecho realidad. Por lo visto, y como es lógico, la serie tiene que tener actores americanos, así que se centrará en las Brigadas Internacionales y en el Batallón Abraham Lincoln. No obstante, siendo Roures el productor, creo que la dimensión catalana de la Guerra Civil va a aparecer, y la batalla del Ebro también. El anhelo de Roures era hacer una película de la Guerra Civil que hablara del éxodo desde Cataluña hacia Francia, pero, en cualquier caso, la serie puede dejar huella.

En cuanto a la segunda historia, tiene más morbo. Días antes del discurso de Felipe VI, recuerdo que conversamos y que, ya entonces, yo estaba siendo muy duro con la monarquía. Sin embargo, había otro periodista, muy listo también, que se estaba metiendo mucho con el rey. Pedro J. Ramírez, archienemigo de Juan Carlos I y símbolo del republicanismo de derechas en España, tildaba a Felipe VI de cobarde. Y recuerdo que me dijiste: «Si Pedro J. Ramírez está atacando a Felipe VI, a lo mejor hay que defenderlo», y apuntaste la posibilidad de que quizá Felipe VI iba a ser inteligente y haría un discurso conciliador, dando un mensaje de calma a la ciudadanía catalana y colocándose por encima de la estrategia del Estado. En resumen, que iba a aparecer como rey de todos los españoles y a hacer una serie de guiños a Cataluña. Uno muy importante era hablar en catalán, porque Felipe lo habla de maravilla. Me lo ha contado él personalmente y, al parecer, se

debe a que ha hecho vela y sus compañeros de tripulación hablan siempre en catalán.

En aquellos días era como si Felipe VI tuviera dos diablillos: uno en cada hombro, como ocurre en los dibujos animados. Uno, Enric Juliana, le daba un consejo, y otro, Pedro J. Ramírez, le daba uno distinto. Pedro J. le dice: «Dales caña a los catalanes», y Juliana le advierte: «España es otra cosa». Y ganó Pedro J. Desde entonces se ha hecho felipista. Ahora tiene a sus dos criaturas: a Albert Rivera, que debe de ser una debilidad suya, y a Felipe VI.

EJ: Pedro J. se habrá hecho felipista, pero Juliana no se ha hecho antifelipista.

PI: No se ha hecho republicano todavía.

EJ: Seguramente. A Ramírez le gusta mucho hablar con la gente que está en el poder. Yo no me atrevería a dar consejos al rey de España. No soy muy de dar consejos a los que mandan. Observo y escribo. Ese es mi trabajo. Observo, escribo y a veces discuto, que es lo que estamos haciendo en este libro.

PI: No creo que te hayan cogido mucho el teléfono en los últimos años.

EJ: No lo sé, en cualquier caso, no lo intento. Susurro pocas cosas al oído de nadie.

Los sucesos de octubre

EJ: Cuando escuché el discurso del 3 de octubre, me inquieté mucho porque de alguna manera desmintió algo que, quizás ingenuamente, creía. La monarquía tenía la posibilidad de situarse un poco por encima de la situación e intentar proyectar una salida, desempeñando un papel más arbitral. Evidentemente, no iba a salir con paños

calientes. Eso estaba claro, y nunca tuve ninguna duda. Así y todo, si el rey tenía que reñir a los catalanes, a una parte de los catalanes, si lo hubiese hecho en lengua catalana habría sido más eficaz. Esa noche tuve que escribir uno de los artículos más difíciles de mi vida. Después de escuchar el discurso, debía hacer un análisis para *La Vanguardia*, mi periódico. Tenía que escribir de acuerdo con las coordenadas generales de mi diario, que siempre he respetado, y a la vez tampoco podía esconder mi percepción, que posiblemente coincidía con la de buena parte de los lectores. Fue complicado, pero al final salió. Al salir de madrugada, notaba un cierto hormigueo en las piernas. Creo que aún no está todo escrito acerca de aquellos días. Hay cosas que no conocemos, y otras quizá se nos escapan.

El día 1 de octubre es un día negro para la imagen de España en el mundo. Puede que sea la primera vez desde 1977 —es decir, en cuarenta años— que España envía un mensaje muy negativo al mundo en términos políticos. Hasta entonces, siempre había enviado mensajes de carácter positivo. Incluso en el marco de la crisis, en los que llegó a haber un cierto sarcasmo sobre el sur de Europa en la prensa anglosajona. De hecho, hasta las protestas sociales de nuestro país eran objeto de elogio. El 15M se convirtió en sujeto específico de la información internacional. La imagen de la policía golpeando a ciudadanos de a pie frente a los colegios electorales pega una patada de dimensiones bíblicas a la imagen internacional de España. ¿Quién dio la orden? Aún no lo sabemos con exactitud, es secreto oficial, que ni siquiera puede desvelar el Parlamento.

Luego está el 2 de octubre, que es tanto o más importante que el día 1. El 2 de octubre ocurre lo nunca visto: manifestaciones frente a los hoteles y alojamientos de los agentes de la Policía Nacional y de la Guardia Civil con gritos pidiendo que se vayan. Eso tuvo un enorme impacto en la opinión pública española y en lo que podríamos llamar el «Estado profundo». El Estado estaba perdiendo pie en Cataluña. Y después viene el día 3 de octubre, el día del discurso del rey.

1, 2 y 3 de octubre, días clave. Impacto tremendo en el circuito

internacional de información. La imagen de una España que no deja votar. Impacto tremendo en la opinión pública española: la imagen de policías y guardias civiles hostigados en Cataluña. No es difícil imaginarse el estado de ánimo de los mandos policiales. No es difícil imaginarse el estado de ánimo de los mandos militares, que esta vez mantuvieron un escrupuloso silencio. No es difícil imaginarse que esos estados de ánimo influyeron en el discurso del rey. Aún nos faltan datos. El rey y sus colaboradores pusieron el acento en una determinada dirección. E insisto, una parte de ese discurso se tenía que haber pronunciado en catalán. Habrá más discursos del rey y habrá la posibilidad de que los acentos se sitúen de distinta manera. El rey tiene un problema en nuestro ordenamiento constitucional. Sus discursos debe timbrarlos el Gobierno de turno. Cuando cambia el Gobierno, de alguna manera cambia la caligrafía del rey. En épocas relativamente tranquilas eso no es un gran problema. Pero ante situaciones tan complicadas como la de Cataluña, puede llegar a serlo. ¿Cuál es la verdadera opinión del rey si sus discursos son muy fiscalizados por el Gobierno? ¿Cómo se articula la función moderadora y arbitral que le concede la Constitución? ¿Qué márgenes tiene para actuar de árbitro y moderador? ¿Qué pasa cuando su impulso moderador no encaja con los propósitos del Gobierno de turno?

PI: Voy a atreverme a plantear una hipótesis sobre lo que ocurrió el 1 de octubre a partir de un ejemplo que viví personalmente en un momento anterior. Mi tesis es que Mariano Rajoy delegó la dirección del operativo policial —que era una dirección política— a un grupo de ineptos, y se equivocó. Me explico.

Si tenemos en cuenta la personalidad de Mariano Rajoy, nada belicosa ni partidaria de los jaleos y las peleas, no es muy difícil imaginar qué le convenía para el 1 de octubre. Primero, en ningún caso le convenía llenar Cataluña de fuerzas de policía que no tienen por costumbre afrontar tareas de gestión del orden público y que ni siquiera hablan catalán. Esa ya fue una mala decisión. Como no

tenían ni dónde alojarse, terminaron en el barco de Piolín. Solo un estúpido haría un movimiento como ese. Lo único que puede provocar es el rechazo de la población y una situación de tensión entre los funcionarios, que deben de vivir en condiciones muy precarias.

Permitir que hubiera manifestaciones de despedida donde se vitoreara «A por ellos» fue otro error. Cualquier persona sensata habría visto que no se podía hacer así. Esto lo tienen que hacer los Mossos d'Esquadra y, si no cumplen, hay una serie de sanciones administrativas de empleo y sueldo la mar de efectivas para cualquier funcionario público. Me juego cualquier cosa a que el 90 % de agentes de los Mossos d'Esquadra, independientemente de sus ideas, no arriesgarían su puesto de trabajo y su salario incumpliendo órdenes. De hecho, en la práctica impidieron más votaciones que la Policía Nacional y la Guardia Civil.

En segundo lugar, había un precedente que al Gobierno no le había ido mal: el 9 de noviembre. Se podía simplemente ignorar que había una manifestación que los movilizados llamaban referéndum y restringir las operaciones a maniobras de inteligencia. Es decir, sabotearlo. El Estado puede hacer que caigan las comunicaciones telefónicas y la red, y asegurarse de que aparecen cientos de personas votando múltiples veces. Puede deslegitimarlo y decir que no ha habido ninguna garantía. Una gestión así habría sido mucho más beneficiosa para el Partido Popular y no habría motivado una participación masiva, que en buena medida fue una respuesta al operativo policial. Al ver los pueblos militarizados, mucha gente que no quería participar y no se identificaba con la campaña del referéndum se convenció de ir a votar. Conozco muchísimas anécdotas de gente —contraria a la independencia— que fue a votar como reacción.

De hecho, la torpe gestión demostró algo que tampoco es extraño en la tradición de la derecha española, y es que se pone a ultras a tomar decisiones importantes. En el golpe de Estado de Tejero, que no era de fanáticos, cometieron el error de mandar a asaltar el Congreso

a un ultra que, al final, no aceptó la solución Alfonso Armada. No se puede poner a alguien así en una operación tan compleja. En el caso del 1 de octubre, los responsables del operativo también fueron ultras, y fue Rajoy quien lo paró. Y me aventuro a decir esto porque viví una cosa similar.

Cuando estuvimos en Zaragoza haciendo la famosa declaración, un grupo pequeño de ultraderechistas rodeó el acto. A la presidenta de las Cortes de Aragón incluso le cayó un botellazo mientras se asomaba para ver lo que estaba pasando, y no ha habido ni una sola detención ni acusación. Me pregunto qué pasaría en España si el botellazo le cae al presidente de una comunidad gobernada por el Partido Popular... En fin, el hecho es que esos tipos estaban rodeando el acto muy cerca. Normalmente, en estos casos se encapsula a los que están amenazando y se les lleva a una esquinita. No obstante, hablamos con la Delegación del Gobierno y nos dijeron que no tenían fuerzas suficientes porque todos los antidisturbios estaban desplazados en Cataluña. Me propusieron salir escoltado por una puerta trasera para irme en un coche, así que llamé por teléfono a Rajoy. Le conté la situación y le dije que, como podía comprender, iba a salir por la puerta principal. En diez minutos estaban los ultraderechistas encapsulados y pudimos salir tranquilamente sin ningún incidente.

Lo que ocurrió fue que había ultras al mando que querían provocar. Había mandos de la Delegación del Gobierno animados con la situación: «Mira, aquí están los rojos. Decimos que no podemos, vamos a ver si conseguimos sacarles, humillándoles, por detrás». Cuando Rajoy se imaginó la escena, debió de pensar: «Solo me falta que le abran la cabeza a Pablo Iglesias y a cuatro más de Podemos». Por tanto, paró el operativo y lo solucionó de otra forma. Se ven las resistencias que tiene dentro. ¿Cómo es posible que no identificaran a ninguno? ¿Cómo es posible que quien lanzó el botellazo no esté identificado ni denunciado? Pues porque hay una pasividad de quien está al mando. No de los agentes, porque ellos se limitan a cumplir órdenes.

De igual modo, creo que el 1 de octubre hubo sectores del Partido Popular con un puesto de mando que quisieron animarlo. Debieron de pensar que era bueno para el Partido Popular y para su noción de España reprimir a la población, tensando más la cuerda, y se encontraron con la resistencia de Mariano Rajoy.

Rajoy no quería aplicar el 155. Él esperaba que las presiones del PNV llegaran a buen puerto y no tuviera que aplicar el artículo. El problema fue que está rodeado de ineptos que han hecho todo lo posible para empujar la situación. No digo que sean los únicos responsables, porque la estrategia de los procesistas es nefasta, pero ha estado rodeado de inútiles que han provocado que, por primera vez, el partido alfa de la derecha española pueda dejar de serlo en detrimento de Ciudadanos. Esto ha sido motivado por la incapacidad de gestionar un conflicto que, pese a que puede tener expresiones de orden público, exige decisiones políticas muy delicadas. A Rubalcaba le pasó lo mismo con el 15M. La chispa del 15M funciona porque el exministro del Interior comete el error de reprimir en la Puerta del Sol; de lo contrario, no se habría producido el efecto llamada a acampar en masa. El 1 de octubre empezaron muy fuerte y, como las imágenes les hicieron mucho daño, por la tarde sacaron a los antidisturbios. La consecuencia fue que votó muchísima gente. Todo sale al revés de como lo habían planificado. Se equivocaron, y son conscientes de ello.

A partir de ahí, creo que los acontecimientos desbordaron a los propios jefes del procesismo, aunque nunca lo reconocerán. Ellos esperaban un 1 de octubre más tranquilo, que no les empujara a salir por un camino que no deseaban. Carles Puigdemont no quería irse a Bruselas, sino convocar elecciones autonómicas. Sin embargo, la presión en las redes sociales y en la calle, las acusaciones de traidor y el clima que se había generado el 1 de octubre le obligaron a convertirse en el general de la Rovere. No quería llegar tan lejos, pero al final se dijo: «Pues nada, me ha tocado representar este papel en la historia». Y, ahora, este señor de Convergència se ha convertido nada más y nada menos que en una referencia de la CUP. Le quieren más en

la CUP que en su propio partido, y no exagero. Hay determinados hechos que desencadenan una serie de sucesos incontrolables, incluso para la psicología de los protagonistas de lo que está pasando.

Felipe VI y el futuro de la monarquía

EJ: Quisiera referirme de nuevo al rey. Sigo creyendo que el rey Felipe VI puede tener un papel importante en la búsqueda de soluciones en la cuestión de Cataluña. Yo no estoy en la hipótesis republicana. Tengo muchas dudas sobre el modelo republicano en España. Me temo que derivaríamos a un republicanismo presidencialista con mucha facilidad. Las tentaciones autoritarias que sobrevuelan Europa podrían expresarse en España a través de la vía republicana. No, gracias. Me inquieta figurarme un presidente republicano ungido y con tentaciones cesaristas. Eso es lo que le gustaría a Pedro J. Ramírez. A mí, no.

PI: Sí, se imagina a un Alejandro Lerroux siendo presidente de la República jacobino-cesarista.

EJ: La monarquía parlamentaria tiene en sí misma un alto componente de neutralidad política que es buena para el país. Tiene la posibilidad de moderar y arbitrar en un país nacionalmente complejo, como mínimo. Sigo reflexionando sobre el significado del discurso del 3 de octubre del 2017 y sigo viendo posible una monarquía que sepa arbitrar.

Con todo, en estos momentos la popularidad de la monarquía está en un punto bajo en Cataluña. Hay pocas encuestas disponibles al respecto, pero me llamó la atención una que fue publicada en la primavera del 2018 en el periódico digital *El Confidencial*. Ese sondeo apuntaba que solo el 51 % de los españoles estaba de acuerdo con la manera en que el rey afrontaba la cuestión de Cataluña. Es un porcentaje bajo.

PI: Yo te paso los datos de otra encuesta en *off the record* en que sí preguntábamos sobre eso. Es un sondeo encargado por Podemos en la primavera de 2018. Mayores y jóvenes ven la monarquía en España de manera completamente distinta. Si estuviéramos en Argentina, donde la pirámide está alzada, se podría augurar que la monarquía forma parte del pasado, y que solo es cuestión de tiempo, pero España tiene una pirámide poblacional invertida, en la que los mayores pueden decir tranquilamente que nuestro tiempo no va a llegar nunca.

Siempre he dicho, y esto forma parte del ADN de Podemos, que un planteamiento republicano como venganza histórica de la izquierda no tiene ningún sentido en este país. La bandera tricolor, los símbolos de la Segunda República y del bando perdedor de la Guerra Civil no van a resurgir para impartir una especie de justicia histórica. Nosotros hemos tomado distancia de significantes que, aunque a algunos nos puedan emocionar a nivel personal, no sirven para construir una mayoría social de futuro.

Con todo, cada vez está más claro que la monarquía se identifica con algo muy alejado de la cultura política de los jóvenes. Solo desde los valores republicanos se puede entender una visión del Estado que permita reconstruir un proyecto, ahora roto, consensuado con diferentes sectores. Juan Carlos I dijo en Estados Unidos que quería ser el rey de una república. Cierto es que los gringos solo entienden república por Estado, pero solo desde los valores republicanos se podrá reconstruir un proyecto de España que seduzca a Cataluña —también desde lo social—, y que plantee una renovación en el estilo de dirección del Estado y en el encaje constitucional. Me abstengo de comentar las últimas polémicas que rodean a la monarquía —porque a nadie le importa si la suegra y la nuera se llevan mal—, pero es un asunto cultural. Ahora que no estamos en una entrevista *mainstream*, sí se puede decir que España se ha posicionado. Ha habido partidarios de Letizia, de Sofía, de Felipe y, sobre todo, la sensación imperante de que esto es algo añejo.

La gente no entiende por qué aumenta el presupuesto público para

la monarquía, ni por qué una figura que se ha revelado como de una relevancia incuestionable para el asunto catalán no se elige democráticamente. No es imposible imaginar un cambio tranquilo a medio plazo. No como consecuencia de una revolución, sino como un nuevo contrato social que informe desde valores republicanos un nuevo proyecto de fraternidad y que tenga como una de las secuelas la extinción pacífica de la institución monárquica. No me imagino a Felipe de Borbón saliendo de España en un barco como Alfonso XIII. Seguramente seguirá teniendo propiedades y mucho dinero, además de sus partidarios.

EJ: Hemos ido derivando de Cataluña al debate entre monarquía y república. Me permito expresar que, a lo largo de nuestra conversación, este contraste generacional ha emergido en más de una ocasión. Formo parte de una generación que tiene presente la Transición. Como país, nos enfrentamos a unos años venideros muy complicados, lo hemos hablado. La crisis económica no se puede dar por cerrada; las nuevas escalas de la economía internacional vendrán determinadas por los procesos masivos de automatización, de aplicación de inteligencia artificial; la población está envejeciendo; la inmigración masiva desde África no es un asunto menor, como ha quedado demostrado este pasado verano, e irá en aumento en los próximos años. En resumen, temo por la continuidad de la democracia tal y como la hemos conocido no solo en España, sino en Europa entera.

De acuerdo con este razonamiento, creo que una lenta y pacífica extinción de la monarquía parlamentaria en España podría abrir el camino a un cesarismo republicano de nuevo tipo, que no deseo. Ya he expresado antes mis dudas al respecto. No me siento identificado con el discurso del rey del 3 de octubre —no me gustó el tono y la ausencia de un mensaje específico en lengua catalana—, pero no por ello me parece que el rey sea una figura inválida para ayudar a afrontar el futuro de España en términos integradores. Comprendo el

pálpito republicano, pero ese pálpito podría ser cabalgado por tribunos autoritarios. Ojo a lo que está pasando en otros países europeos.

PI: En mi opinión, España está evolucionando hacia un sistema político consociativo. En las comunidades autónomas ya tenemos un sistema de partidos así. Lo que está ocurriendo en Cataluña queda opacado por los presos y la investidura que no llega, pero Miquel Iceta pide un Gobierno de concentración y Xavier Domènech un Gobierno de independientes. El propio Partido Popular nos reconoce en privado que se necesita un acuerdo de Gobierno para volver al autonomismo. Es decir, cuando se tienen que poner de acuerdo tres partidos para elegir a un presidente, sucede.

Creo que en España tampoco volverá a haber un Gobierno de un solo partido. Parece que me estoy haciendo conservador, pero eso impedirá las tentaciones cesaristas. Hubo un momento en que a nosotros nos entusiasmaban los modelos presidencialistas latinoamericanos. Llegas con un 22 % de los votos, pasas a segunda vuelta, convocas una asamblea constituyente y cambias el país de arriba abajo. Es evidente que eso no es posible en España porque tenemos un sistema parlamentario, pero cada vez es más obvio que se están consolidando cuatro grandes espacios políticos. Esta será la realidad en el futuro, y a algunos les cuesta todavía aceptarla. Ya lo es en ayuntamientos y comunidades autónomas, y las próximas elecciones van a evidenciarlo.

En este aspecto, hay una virtud y un problema. Ayer estuve hablando con un catalán que fue una de las figuras más importantes de la banca en Cataluña y que ahora está al frente de una gran empresa energética. Me pareció un tipo muy curioso e inteligente; tenía una perspectiva geopolítica del mundo debido a que su terreno de juego está en todo el planeta. Reconocía la necesidad de que algunos sectores se nacionalizaran y otros estuvieran regulados —cuando no estatalizados. En fin, el caso es que hablamos de si España

está lista para afrontar una nueva crisis y, según él, se empieza a oler algo que puede explotar en cualquier momento. España tiene un nivel de deuda del 100 % y no está en buena posición para resistir otra crisis. Por eso es muy importante que, en los próximos acuerdos de Gobierno, haya una estrategia económica de país. El modelo de los portugueses es más sensato que el modelo ultra-neoliberal de Ciudadanos y el Partido Popular. Debemos buscar un suelo mínimo de ingresos, tratar de proteger los derechos sociales y apostar por la competitividad hacia arriba. Prepararnos para la próxima crisis implicará ponernos de acuerdo con el Partido Socialista. En eso, creo que tenemos razones para estar muy preocupados, porque no soy tan optimista con respecto a la salida de la crisis y la bonanza actual.

No obstante, lo que me hace pensar que en España es difícil que ocurra algo como lo que está ocurriendo en Hungría es ese carácter consociativo. La propia pluralidad del país, que también va a definir lo que vaya a suceder en Cataluña, tiene la ventaja de que exigirá acuerdos con mucha gente para cambiar ciertas cosas, a pesar de la situación de excepcionalidad que estamos viviendo. Es verdad que gobierna Mariano Rajoy, pero también es verdad que en Barcelona Ada Colau es alcaldesa, que en Madrid es alcaldesa Carmena, etc. Se está construyendo un cierto sistema de *checks and balances* que no es malo para España.

EJ: Sí, pero la cuestión es que esta pluralidad resista el paso del tiempo. La pluralidad en los términos actuales es hija de la crisis económica, pero no sé si una nueva recesión se transformaría en mayor pluralidad en términos político-electorales.

PI: Es difícil de prever.

EJ: Tampoco tengo la certeza. Lo que sí me parece primordial, volviendo a la monarquía y para acabar la discusión sobre este tema, es que efectivamente el país tiene una gran pluralidad política, y el modelo territorial ha entrado en un punto crítico. En estos momentos,

me parece políticamente inviable una España que intente dejar de lado a los soberanistas catalanes, a los nacionalistas vascos y a lo que representa Podemos. Si esta fuera la idea en un momento dado, ello significaría invertir el esquema integrador del rey Juan Carlos, que necesitó al catalanismo para estabilizar la Transición. Alguien puede haber pensado que la tensión con la cuestión catalana ayuda a fortalecer la cohesión nacional española. Ese es un grave error que el Partido Popular pagó el pasado mes de mayo. Cuando estuvieron con el agua al cuello, comprobaron que no tenían apoyos relevantes en Cataluña. No podían llamar a nadie en Barcelona para intentar salvar a Rajoy. Pensaban en que lo podían salvar los de Bilbao, y los de Bilbao estaban pendientes de los de Barcelona. Cataluña no será independiente en los próximos años. Querer gobernar España utilizando la tensión catalana como carburante me parece una gran irresponsabilidad.

Las luchas mediáticas

EJ: Llevo catorce años en Madrid. Llegué con la cuestión de Cataluña candente y me voy a ir con la cuestión de Cataluña todavía viva. Las cosas han ido como han ido, en parte, por la irresponsabilidad de algunos políticos y por la irresponsabilidad y la mala fe de algunos actores que están en la política aun sin pertenecer directamente a ella. Me refiero a algunos periodistas y comunicadores. La manera en que se jugó a inflamar el ánimo de la gente en España a partir de 2003-2004 es de una irresponsabilidad absoluta. En este país las élites dirigentes se dedicaron a jugar a la guerra civil mediática. Podía dar buenos réditos, en términos electorales y de audiencia. Tensaron la cuerda todo lo que pudieron, imitando a los republicanos norteamericanos. Enervaron a la gente hasta tal extremo que las cosas se les fueron de las manos después de los atentados de marzo del 2004 en Madrid. Primero estallaron las bombas, y luego la gente. Ahora, ha

estado a punto de estallar Cataluña.

Lo que nadie había calculado es que luego vendría una crisis económica que añadió una profundidad y un dramatismo añadidos a la irritación. Consecuencia: un mayor número de ciudadanos de Cataluña llegó a la conclusión de que no hay nada que hacer en España. Influidos por la propaganda independentista, sí, por supuesto. Magnetizados por una solución aparentemente fácil al enorme atolladero de la crisis, sí. Engañados con la idea de una independencia *low cost*, sí. Sometidos a un masaje sentimental agotador, sí. Todo es verdad, pero sin la descerebrada política de tensión de los años anteriores no habría pasado lo que ha pasado. Hay que remontarse al boicot de los productos catalanes en el invierno de 2005, como consecuencia del Estatut, para acabar de entender lo que ha pasado en Cataluña.

Lo diré de otra manera. José Luis Rodríguez Zapatero creo que no conocía muy bien la historia de España y se equivocó planteando la reforma del Estatut en los términos en que la planteó. Pero, ¿la responsabilidad última es de Zapatero? No, la responsabilidad última es de los incendiarios. Son los mismos descerebrados que después de conocer la primera decisión del tribunal de Schleswig-Holstein sobre Puigdemont dijeron medio en serio, medio en broma, que fuesen con cuidado las cervecerías alemanas. Son así y no tienen remedio. El problema es que el ruido de esa gente ha llegado a tener demasiada influencia en la derecha española. Integrar o polarizar. Destensar o inflamar. Esas son ahora las disyuntivas.

PI: La crisis económica provocó replanteamientos estratégicos irresponsables en muchos sectores: políticos, económicos y, sobre todo, económico-mediáticos, que viven los tiempos históricos de una manera más intensa. Quien es dueño de un medio de comunicación vive la política al ritmo de un político, o a un ritmo más acelerado aún. Todo el mundo se dio cuenta de que la crisis económica iba a alterar las estructuras culturales y, por tanto, las condiciones de

posibilidad de la política.

Uno de los primeros que se percató fue Artur Mas, que es un gran estratega político. No hay que olvidar que uno de los primeros iconos de la crisis económica es Artur Mas tomando la decisión de reprimir el 15M. En un alarde de lucidez, vio la oportunidad de correr porque, si no se lanzaban a la carrera, se podían convertir en casta y devenir víctimas de la crisis económica, porque habían sido los responsables. Al principio, su estrategia va bien, a pesar de que electoralmente va corroyendo poco a poco a Convergència. Se convierte en el maestro del relato en Cataluña y consigue el apoyo de figuras hasta de la extrema izquierda, algo que no está al alcance de cualquiera.

En España, por otra parte, y quizá con menos claridad, algunos se dan cuenta de que Cataluña es una oportunidad magnífica para ocultar determinadas cosas y hacer que algunos temas no centren el debate público. Eso se debe a varios fenómenos, uno de los cuales es la estrategia de los medios ultras cercanos al Partido Popular, que adquieren una centralidad mediática atroz y contribuyen a definir la estrategia del propio partido. El resultado es el crecimiento de una fuerza política catalana que, en su origen, había nacido a causa del descontento de progresistas con la deriva catalanista del PSC: Ciudadanos. Desde el comienzo se convierte en un partido depredador que se acerca a la extrema derecha con Libertas y a todo lo que coyunturalmente le pueda favorecer —recordemos el lema de las primeras elecciones en las que se presentan: «¡Toma 3, TV3!».

En suma, Ciudadanos es otro de los productos que emanan de la estrategia de convertir Cataluña en el centro de la política española durante una grave crisis económica. Lo que se destruye en todo ese proceso es un proyecto viable de España. Pero, probablemente, el mayor síntoma de ese fracaso no es tanto Ciudadanos ni el Partido Popular, que sí saben dónde están, sino el PSOE. Es el partido esencial para entender los consensos fundamentales y el régimen del 78 —y en esto demuestro que no siempre me meto con el régimen e introduzco una carga valorativa—, capaz de ganar simultáneamente elecciones en

Andalucía y en Cataluña, y el partido que consigue parecerse más a España. Zapatero estaba muy mal asesorado en materia económica. La gente que le rodeaba y le susurraba al oído lo que tenía que hacer en economía estaba muy lejos de la realidad, pero intentó coser cosas. Quizá no previera lo que podía pasar en Cataluña, pero intentó aprobar un Estatut que, de haber prosperado, habría dado veinte años de tranquilidad.

El fatídico ciclo de la reforma del Estatut

EJ: Ahora que sacas este tema, en efecto en lo que ha pasado todo el mundo tiene parte de responsabilidad, incluyendo el Partido Socialista. Poner en marcha la reforma del Estatut sin el Partido Popular —o incluso contra él— fue una temeridad, sobre todo al hacerlo con un resultado electoral, el de las legislativas de marzo del 2004, que, aunque no artificioso, era fruto de una circunstancia excepcional.

Además, el ciclo de cambio político en Cataluña presentaba problemas, y este es un punto que me gustaría subrayar. En las elecciones catalanas de 2003 que dieron paso al primer Gobierno tripartito, no se podía afirmar de manera taxativa que Convergència, el partido que más tiempo había gobernado Cataluña, hubiera salido absolutamente derrotado. Y, sin embargo, la fórmula de gobierno por la que se opta, la coalición tripartita, expulsa a esa fuerza de prácticamente toda la esfera de gobernación de Cataluña con el indisimulado propósito de propiciar su destrucción. Quedaron fuera de la Generalitat, de los principales ayuntamientos y de casi todas las diputaciones. La intemperie. CiU, como se ha visto después, tenía caudalosos mecanismos de financiación. Se fue al desierto con el depósito lleno. Y consiguió regresar. Convergència tenía caja de resistencia y apoyos sociales extensos y profundos. El gen convergente es muy resistente.

PI: Esto se podía resumir en tus términos: «Sin democracia cristiana no hay compromiso histórico».

EJ: Pues a eso voy. ¿Los puedes enviar a la marginalidad, para embarcarte en un proyecto muy espinoso para el PSOE? A excepción de Zapatero y algunas personas de su círculo, los principales dirigentes socialistas no acababan de creer en el plan Cataluña. La derecha española embistió muy fuerte cuando descubrió que Cataluña podía ser el vector de desestabilización del Gobierno socialista. Eduardo Zaplana y Ángel Acebes aún estaban al frente del grupo popular en el Congreso y lo tuvieron claro desde el primer día: evitar que Zapatero abriese un surco profundo en España. Con mayor motivo, ahora ocurrirá lo mismo con Pedro Sánchez y el saco de boxeo será Podemos. Muchos socialistas se asustaron entonces. «No hemos ganado unas elecciones para liarnos con el tema de Cataluña», decían. Caray. Habían ganado las elecciones gracias a la fuerte movilización electoral catalana en favor de la izquierda.

PI: Recuerdo una anécdota que me contaste de que un día, mientras ibas por Madrid, una señora del barrio de Chamartín te preguntó si querías firmar contra los catalanes.

EJ: Sí, frente al mercado. Le dije: «Señora, no puedo firmar contra mí mismo». Pues te contaré otra. Cerca de la oficina de *La Vanguardia*, en la calle de María de Molina, había un supermercado de propiedad catalana en el que una vez apareció una pintada en el suelo que decía «No entrar, catalanes». Una vez vino a visitarme un amigo italiano, de Florencia, y le llevé a que viese el rótulo. Aún recuerdo cómo levantó las cejas. Invierno del 2005. Hace más de trece años. Trece años sometidos a un estrés extraordinario.

PI: Esto se convirtió en el pan nuestro de cada día. Me acuerdo de que cuando era adolescente, durante la guerra de los Balcanes, los neonazis sacaron unas pintadas con la frase «Pujol, recuerda

Sarajevo». Y nosotros, que estábamos en las Juventudes Comunistas, sacamos una pegatina con el soldado del Ejército Rojo colocando la bandera en el Reichstag con el texto «Nazis, recordad Berlín». Eran boberías de tribus urbanas, de neonazis adolescentes contra izquierdistas adolescentes. Pero el hecho de que esa dinámica entrara en el discurso de los medios de comunicación fue el preludio del «Puigdemont, a prisión».

EJ: Cuando llega la crisis económica, el incendio emocional es extraordinario. Convergència vive un 15M en Barcelona que no es como el de Madrid, es mucho más duro. La manifestación ante el Parlament el día que se iban a aprobar los presupuestos. La manera como algunos manifestantes acosaron a los políticos fue muy agresiva porque, conviene recordarlo, Artur Mas hizo algo que la derecha española no hizo: creer sinceramente en la política de austeridad. Mas fue el único verdadero merkeliano en España. Recuerdo que escribí un artículo titulado «Aromas de Jansenio», en el que señalaba cómo Mas profesaba el dogma de la austeridad como un valor en sí mismo, llevado por un impulso jansenista. (Jansenismo: corriente católica francesa que de alguna manera corrió en paralelo a la reforma protestante, sin romper con Roma.)

En cambio, la derecha española actúa en términos más utilitarios. Cuando el Partido Popular ganó las elecciones en noviembre de 2011, intentó esperar cuatro meses a que vinieran las elecciones de Andalucía, sin hacer ningún recorte significativo. Los alemanes se desesperaban. Rajoy no se movía, a la espera de poder ganar las elecciones andaluzas por inercia, hasta que los alemanes se mosquearon y le dieron un toque. Se aprobaron las bases de la reforma laboral antes de las elecciones en Andalucía y las expectativas del PP andaluz cayeron de inmediato, en cuestión de semanas. Entre diciembre del 2001 (elecciones generales) y marzo del 2012 (elecciones andaluzas), el PP perdió unos cuatrocientos mil votos. Insisto, Artur Mas era el principal merkeliano en suelo hispánico. Cuando los

dirigentes de CiU vieron que la protesta social era mayor de lo que habían previsto, que bajaban en las encuestas y que aquel deterioro podía acabar propiciando otra coalición de izquierdas en Cataluña, se asustaron. Se asustaron mucho. Y pasó lo que pasó. La propuesta de referéndum de independencia es la bandera de los convergentes para atravesar el incendio social de la crisis sin quemarse. Movilizar a los suyos y dividir a la izquierda entre soberanistas y autonomistas, en la medida en que el PSC no podía emular la apuesta del referéndum sin romperse o quedar mal herido, como así ha sucedido.

PI: Hay una cosa que me descorazona un poco sobre todo esto. Cuando hablas del gen convergente, en realidad hay que poner un espejo y hablar del defecto genético de la izquierda en Cataluña. Es una clase con el gen de poder, con la capacidad genética para mandar pase lo que pase.

EJ: No te quepa ninguna duda de que seguirán mandando durante muchos años.

PI: El análisis que acabas de hacer del tripartito refleja la idea de: «¿Cómo se te ocurre buscar un proyecto en Cataluña y en España dejando fuera el gen convergente?». Es algo que me desespera un poco. Es una incapacidad congénita, por seguir con el campo semántico, de la izquierda en Cataluña para tener un proyecto unido a España. Hasta ahora, la historia te ha dado la razón. El fracaso del PSUC por ofrecer un proyecto diferente al pujolismo, el fracaso del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero pensando que se podía armar un tripartito en Cataluña y una administración progresista en España, etc. Mi desazón se debe a que imagino gobernar en España con el PSOE y con el apoyo de fuerzas políticas catalanas, gobernar en el Ayuntamiento de Barcelona, en la Generalitat, etc. Sueño con un proyecto de fraternidad que unifique España con claves distintas a las de la derecha.

La cuestión es que, si el problema es de voluntad política, se puede

forzar por correlaciones de fuerza, pero si el problema de ERC es genético… Si el problema es que, siempre que van en primera posición, acaban tropezando y cayendo, ERC nunca estará a la altura para gobernar Cataluña. Este es un problema para nosotros porque no me veo gobernando con la democracia cristiana pospujolista en Cataluña, pero sí con el PSC o ERC. Ahora bien, a unos no les van a dejar dar ese paso desde Madrid y no entienden que es la única manera de hacer viable España, mientras que otros tienen el gen Rufián…

EJ: Había una cierta sinceridad en el apego convergente a la política de austeridad. Una política de austeridad que algunos hijos de Jordi Pujol no practicaban, como ha quedado de manifiesto. Jordi Pujol, por el contrario, ha vivido siempre de manera austera. Sus pecados son otros: una visión muy personalista del poder y manga ancha con los hijos. Una parte del mundo convergente siente simpatía por el estilo luterano. Unos se lo creen y otros hacen ver que se lo creen, no en vano Cataluña es una sociedad mediterránea, en la que también triunfan el teatro y las más variadas artes del engaño. La izquierda catalana tiene demasiados pájaros en la cabeza. Esta es la conclusión a la que he llegado después de estos años. Su obsesión era dar una patada al pujolismo…

PI: ¡Vamos si les dieron la patada! Salió al balcón Carod con Joan Saura y Pasqual Maragall.

EJ: A ese balcón no hay que salir nunca, ¡está maldito! La penúltima vez que salieron a ese balcón, el 6 de octubre del 1934, acabaron todos en el Penal de Santa María. No se te ocurra en tu vida salir al balcón de la Generalitat.

PI: ¡Me lo apunto!

EJ: Sí, apúntatelo. Pero quien recibe siempre es ERC. Recuerdo la gran manifestación de 2010 de repulsa por la sentencia del Constitucional

sobre el Estatut. Fue la manifestación de encumbramiento de Convergència y los funerales de José Montilla como presidente. Convergència renace como fuerza dirigente: «Nunca nos hemos ido, estamos aquí», mientras que Esquerra Republicana se empequeñece…

Cuando llegó la crisis, en Esquerra Republicana intentaron coger el timón, pero Mas convocó elecciones y se puso al frente para conseguir la mayoría absoluta. Así, logró protegerse, tomar la dirección política de la situación —y, por tanto, frenar— y evitar a medio plazo la aparición de otra mayoría de izquierdas. Sin embargo, no le salió bien, porque el impacto de la crisis fue colosal. En mitad de la campaña electoral de noviembre de 2012 se produce la huelga general, y la mayor manifestación de España tiene lugar en Barcelona.

La sociedad catalana y sus tensiones interiores

EJ: Otro de los juicios erróneos respecto a la política catalana es pensar que Cataluña es muy progresista. No te lo creas. Hay mucha comedia ahí. Mucha estética. Cataluña puede ser más progresista que el promedio español en algunos aspectos, pero no en todos. Dicho de una manera más cruda, la lucha de clases en Cataluña tiene lugar en el interior del progresismo.

PI: Estoy de acuerdo. En este aspecto, se suele identificar a Cataluña con Barcelona. Barcelona sí es una ciudad muy progresista, pero no es representativa de todo el entramado ideológico catalán. A veces, se corre ese riesgo, identificar Cataluña con Barcelona.

EJ: Tampoco es verdad que en la Cataluña interior haya un tradicionalismo rancio y arcaico. No son carlistas salidos del siglo XIX con una cantimplora de ratafía en el cinto y un trabuco. Hay, eso sí, una reverberación carlista con tonalidades antiestatistas que recela del Estado español —hay motivo— y que da mucha preponderancia a la comunidad local. Pero esto no es exclusivo de Cataluña, ese

fenómeno se da hoy en muchas regiones europeas. Frutos de la globalización. Lo local y lo global: fuera intermediarios. La nueva industria en Cataluña ya no está en el llamado cinturón industrial, sino en las comarcas, donde hay pymes muy tecnificadas y eficientes en todos los aspectos, con propietarios independentistas. Su independentismo es aspiracional. Cree que es la mejor manera de progresar. De colectivistas no tienen nada. Nunca lo han sido.

PI: No les gustaba que llegaran los de la CNT a colectivizar sus tierras en 1936.

EJ: Hubo algún episodio sangriento durante la Guerra Civil a propósito de la colectivización de tierras. Esquerra y el PSUC defendían la pequeña propiedad. Cataluña no es colectivista. Hay algo del norte de Italia en Cataluña, ¡cómo no iba a haberlo!, pero con una cultura política distinta, más republicana, más democrática. Esa sigue siendo la corriente principal, aunque cada vez es más visible el esencialismo (Joaquim Torra). También hay brotes *leghistas* que irán en aumento.

Realidades paralelas

PI: En este aspecto, aprovecho para comentar el hecho de las realidades paralelas. ¿Cómo puede ser que haya realidades paralelas conviviendo en la sociedad catalana y española con absoluta desfachatez? Para ilustrarlo, voy a contar una anécdota.

Hace una semana estuve en Argentina, donde se produjo una situación cómica con unos corresponsales españoles con los que me reuní. Había un periodista catalán —si no era de tu periódico, era de otro rotativo catalán— y una corresponsal de *ABC* y, antes de que abriera la boca, se enzarzaron en una discusión. El catalán era muy republicano, y me echaba en cara constantemente que fuéramos comparsas del 155 y que, como republicanos, no nos solidarizáramos

con los presos políticos. Sin embargo, antes de que pudiera responder, la de *ABC* estalló: «Pero si son los abogados de los independentistas». Me lo dejaron en bandeja. Me limité a decir: «Cuánto daño ha hecho el conflicto entre Cataluña y España al periodismo». Escuchándoles hablar, parecían militantes antes que corresponsales que se encuentran en el extranjero con un líder político de su país. Sus dos intervenciones no formulaban ninguna pregunta, sino que exigían que me pronunciara en sentidos opuestos.

Eso revela la existencia de dos mundos paralelos. Para el mundo del independentismo, somos tibios y nada es suficiente. Cuando he hecho un tuit criticando que se acuse de terrorismo a esa chica de los Comités de Defensa de la República, muchos independentistas me han saltado al cuello: «¡Qué cómodo! En un año no te has movido del sillón ni has dicho nada». Y, al mismo tiempo, la extrema derecha me ha reprobado: «Otra vez has demostrado de qué lado estás, de los que quieren romper España». Y esto no solamente ocurre en Twitter, sino que se ha convertido en una militancia mediática. En los medios de comunicación no se informa, se milita a grandes niveles. Siempre hay un leve partidismo, pero lo que da un plus de elegancia es que no se note.

EJ: Has vuelto a mencionar algo que me preocupa de veras y que vuelvo a enlazar con lo que hablábamos antes. La cuestión de Cataluña se ha convertido en un condensador de la tensión española. Me asusta que algunos puedan interpretar la situación como una oportunidad y que en el fondo piensen que, pese a su peligrosidad objetiva, constituye una válvula de seguridad para la derecha española. Cataluña, el conflicto necesario para cerrar filas en España.

Lo que ha quedado perfectamente diáfano es que Cataluña no va a acceder a la independencia en los próximos veinticinco años. No me atrevo a predecir nada más allá. Vete a saber cómo será el mundo dentro de veinticinco años. Por lo tanto, puede existir la tentación entre las clases dirigentes españolas de utilizar Cataluña como

coartada para disciplinar el país. Me he equivocado: no es que pueda existir esta tentación, ¡es que existe! La tienen teorizada y empezaron a aplicarla antes de la moción de censura a Rajoy.

PI: Con un límite no previsto que ha aparecido hace poco en escena. El Partido Popular ya no le saca rédito a la situación. Paradójicamente, Cataluña se ha convertido en su tumba. El PP se está desangrando en beneficio de Ciudadanos por culpa de la corrupción desde hace tiempo, pero lo que ha hecho cambiar la relación de fuerzas por completo ha sido el asunto catalán. ¡Si se conocieran las conversaciones de Xavier Domènech con García Albiol en las que el popular le dice que hay que parar esto, que ellos ya han muerto en Cataluña y que pueden morir en otras partes! El Partido Popular ha tomado conciencia de que han despertado a una bestia que les puede devorar. Además, si un cambio de guardia en la hegemonía de la izquierda ya es una cosa traumática, complicada y difícil de asumir, la de la derecha es algo inédito en nuestro país.

Puede que haya quien diga que ya pasó con la UCD y Alianza Popular, pero lo cierto es que la UCD era una estructura muy provisional. Ni siquiera era un partido político, sino una coalición de grupos de interés de diferentes sectores que no tuvieron reticencias para integrarse en Alianza Popular. Sin embargo, el Partido Popular es una estructura estatal con presencia a nivel territorial. Es el partido con más militantes. Puede perder el Gobierno porque le ha ganado un partido de izquierdas —el PSOE o nosotros—, pero que le gane una alternativa de Gobierno de derechas…

EJ: Es un descalabro. Planteas cómo la cuestión catalana ha incidido sobre la política española en estos últimos cinco años, y es un debate interesante. Ya hemos hablado de los alicientes mutuos de la tensión. Un cierto pacto implícito entre Rajoy y Mas creo que existió. Un pacto implícito, seguramente no verbalizado. En aquella entrevista de septiembre del 2012 en la que se produce la ruptura, ambos conocían las cartas del otro. Dudo que lo verbalizaran, pero se encaminaron

hacia un conflicto controlado. Rajoy sabía que Mas venía con ganas de convocar elecciones en Cataluña y no hizo nada para evitarlo. Podría haberle propuesto una comisión de estudio sobre la financiación de Cataluña, con un plazo de seis meses, para forzar un aplazamiento. Pero Rajoy prefirió el enfrentamiento, si era de mediana intensidad. El problema es que hoy en día los conflictos controlados no son tan fáciles de contener como antes, sobre todo porque la relación sociedad-política se ha modificado. El conflicto controlado se les escapó a ambos de las manos. Seis años después, ambos están fuera de juego.

Por lo que respecta a la relación de los últimos años entre la izquierda y la cuestión de Cataluña, hay algo que quisiera comentar y que tiene un poco que ver con Podemos. Huelga decir que, desde el primer momento, una parte importante de la sociedad española —me atrevería a decir que la mayoría— no sintió simpatía por lo que ocurría en Cataluña, pero tampoco puede decirse que el sentimiento mayoritario fuese de oposición frontal. A mi entender, había una parte importante de la sociedad que lo percibía como un problema político: «Esto que lo resuelvan los políticos». Durante bastante tiempo, la cuestión de Cataluña, pese a llenar portadas y telediarios, ocupaba un lugar muy secundario en las preocupaciones de los españoles. Así lo certifican las encuestas del CIS. Un problema político, para los políticos, con algunos momentos de inflamación. La gente estaba más preocupada por la economía y por la corrupción.

Es más, incluso en sectores próximos a Podemos había simpatía por la expresión «derecho a decidir». Hay un momento en el que el derecho a decidir parece que traspasa el Ebro: cuando abdica el rey Juan Carlos. Vuestro partido evitó entrar en el debate republicano, pero encontró la fórmula: «Algún día elegiremos».

Con todo, a partir de octubre del 2017 todo eso cambia dramáticamente y muchas ciudades españolas se llenan de banderas españolas, especialmente en los barrios de las clases medias. Ahí se produce un salto cualitativo, que vuelve a aminorarse tras la

aplicación del artículo 155 de la Constitución. Mucha gente se asustó. Antes decías que puede que ni los propios soberanistas catalanes quisieran llegar tan lejos, y es posible. Ahí le daría la razón a Eduardo Mendoza en ese breve ensayo que escribió, *Qué está pasando en Cataluña*: en el fondo, nadie quería llegar tan lejos. Pero se llegó.

Podemos y Cataluña

PI: Creo que el diagnóstico y las propuestas de Podemos sobre Cataluña son mayoritarias en tiempos de paz. Con el mar en calma, nuestra postura respecto a la relación entre ambos entes es de lo más atractiva para amplios sectores de la sociedad catalana. No es solo una hipótesis. Ya hemos demostrado que podemos ser primera fuerza política en Cataluña en dos elecciones generales, algo que ni el PSUC consiguió. Es más, lo conseguimos siendo el primer partido de la oposición en Madrid, Baleares, Canarias o Navarra, y siendo primera fuerza en Euskadi. Fue uno de los momentos que más impresionaron a nuestros adversarios. Vieron que habíamos logrado coser un discurso sobre la cuestión territorial que funciona en el conjunto del Estado.

Eso contribuyó a darnos un resultado espectacular y a imaginar un PSOE siguiendo nuestros pasos. Pedro Sánchez lo demostró en las primarias. Un exdirigente muy importante del PSOE me mandó un mensaje después de las primarias en el que me decía: «Pedazo de cabrón, el ganador has sido tú». La realidad es que Pedro, y la gente de su alrededor, vio que lo que funcionaba era lo que decía Podemos. Adoptaron un discurso en el que justificaban no poder llegar tan lejos como nosotros respecto al derecho a decidir, pero abrieron la puerta a estas cuestiones. Y, de hecho, a Iceta le encantaba ese discurso. Era la época en la que algunos decían que Pedro Sánchez era el niño de Miquel Iceta. Eso a día de hoy ha cambiado, o al menos el contexto es más bélico que antes.

Aun así, los aires están más calmados que hace un tiempo.

Cataluña empieza a descender entre la lista de preocupaciones de los españoles, que ya no ven la independencia como algo viable, y la época de las banderas en los balcones ha quedado atrás. Es más, sospecho que el revés judicial de Alemania va a contribuir a apaciguar las aguas. En primer lugar, el monstruo que denunciamos que se estaba levantando, y que molestó tanto a algunos sectores procesistas, está devorando al PP. Por lo tanto, el PP ya no tiene tan claro que le interese mantener viva esta cuestión para tapar otras cosas.

En segundo lugar, creo que existe un consenso entre los procesistas —un secreto a voces— de que su estrategia para obtener la independencia ha fracasado; que el objetivo está más lejos y que el precio que van a pagar en términos personales los líderes del movimiento no tiene precedentes. Con la excepción de algunos dirigentes de la izquierda abertzale, desde la dictadura no ha habido dirigente político que pague un precio tan alto. Con todo, estos van a estar en la cárcel tanto o más tiempo que Arnaldo Otegi. Es muy duro y tendrá consecuencias a medio y largo plazo. Todavía hay una cierta dimensión heroica, pero cuando la épica se relativice, saldrán a la superficie nuevas opciones.

Quiero pensar que hay un consenso muy amplio tanto en sectores de la política española (con la excepción de Ciudadanos, aunque habría que preguntar a algunos dirigentes catalanes como Inés Arrimadas) como de la catalana, de que este conflicto se tiene que gestionar de otra manera, aunque es posible que no lo puedan reconocer públicamente con estas palabras. Es cierto que, cuando enciendes el aparato judicial y das plenos poderes a Pablo Llarena para que acelere, eso cobra vida propia. Hay condenas y tensiones que serán inevitables, pero las élites de los principales partidos de España, quizá con la salvedad de Ciudadanos, saben que toca intentar algo distinto.

Dicho esto, debo reconocer que hay algo que hasta cierto punto habla bien de los jefes del procesismo. Han pagado sus líderes, cuando en este tipo de desafíos suele ser la gente más humilde la que pone los

heridos y el dolor. Curiosamente, en este movimiento los que más dolor están poniendo encima de la mesa son los jefes de Esquerra Republicana y de Convergència, mucho más que de la CUP. No era tan evidente que Anna Gabriel fuera a ir a la cárcel. He hablado con varios abogados catalanes y me han dicho que no era la que peor lo tenía. Ahora bien, la CUP debía tener un exiliado. En el futuro, muchos se van a plantear las cosas.

EJ: Marta Rovira fue una de las personas que más contribuyó a evitar que Carles Puigdemont convocara elecciones el día 26. No la única, pero una de las que más.

En el verano de 2017 me pidieron que escribiese un texto en un libro titulado *Repensar la España plurinacional*, en el que escribías tú, Xavier Domènech, Xosé Manuel Beiras y José Antonio Pérez Tapias, entre otros. Aún no se habían producido los hechos de octubre. Creo que me quedé corto. Escribí lo siguiente: «Plurinacionalidad. Ese concepto trae aire fresco. Las nuevas generaciones parece que lo aceptan, y puede acabar ganando la batalla del nuevo relato español. En 1978 no era posible. Ahora sí, puesto que la historia tiende a los movimientos circulares, podría existir la tentación de adocenar la plurinacionalidad, de convertirla incluso en un concepto decorativo. Naciones para todos, como en la coyuntura de 1978-1980. Se cometería entonces un grave error. La mayoría de los catalanes no aceptaría la trampa y las fuerzas conservadoras acentuarían el *catenaccio*, seguras de su victoria durante un largo periodo de tiempo».

Y añadí lo siguiente: «No es fácil plantear propuestas de asimetría en una España angustiada ante la problemática continuidad del Estado del bienestar y la pavorosa extensión de la precariedad. No es fácil y se debería tener conciencia de ello».

A muchos españoles les cuesta entrar en el matiz de lo catalán. Entre otras cosas, el matiz de lo catalán se ha explicado poco porque la tendencia de los aparatos de propaganda, que trabajan a destajo

sobre esta cuestión desde hace años, es romperle las piernas a los que matizan.

PI: Tampoco la de los aparatos de propaganda en Cataluña.

EJ: De ambos lados.

PI: Muchos no ven los matices que diferencian a Jordi Cuixart de Oriol Junqueras, pero cuando ves la televisión catalana y la manera en que presenta a los españoles, como un pueblo retrasado, cutre y de derechas, también te das cuenta. Cuando un programa de TV3 saca a un charnego vestido con un traje de chaqueta diciendo que le gusta Rocío Jurado, la idea que se transmite es que es muy difícil querer a un español.

EJ: Eso es manipulación. También hay buenos profesionales de la manipulación en Cataluña.

PI: Una vez fui al programa de «FAQS» de TV3, tú todavía te ríes… Me tendieron una trampa, porque me pusieron a discutir con Pilar Rahola tres cuartos de hora. Salí realmente enfadado porque era imposible hilar un razonamiento, pero no me quedaba otra. Yo trataba de poner encima de la mesa verdades que después se han ido confirmando, pero ella, dale que te pego: que iban a ser independientes, que tenían el apoyo de Europa, Israel, Estados Unidos... Nada de lo que pudiera decir era suficiente.

Catalanismo, nacionalismo, soberanismo, procesismo

EJ: En realidad, el soberanismo es una amalgama de ideas contradictorias, e incluso antagónicas. Es algo muy contemporáneo. Muy actual. Hay diversos movimientos políticos en Europa capaces de defender una cosa y su contario. Hace unos años esto era inconcebible, pero ahora no; lo único que requiere es un significante

fuerte que esté por encima de todas las contradicciones. ¿Cuál es el significante que está por encima de todas las contradicciones y diversidades del soberanismo? La afirmación nacional catalana. Viene de antiguo. En Cataluña hay nación, y donde existe nación existe nacionalismo, en un grado u otro.

La manera en que se resuelve el problema del Estatut genera frustración en el seno del movimiento social catalanista. Más que la sentencia en sí, lo que más daño hizo fue la agresividad mediática y la relativa pasividad del PSOE cuando las cosas se complicaron. La guerra de guerrillas en el interior del Tribunal Constitucional puso de manifiesto un comportamiento absolutamente antieuropeo de una institución fundamental. Toda esta cadena de decepciones alcanzó la cúspide con la llegada de la crisis económica.

A mi modo de ver, dentro del soberanismo hay varias tendencias: el nacionalismo clásico, de orientación pragmática; el independentismo que se afirma no nacionalista y que quiere dotarse de un Estado porque considera España irreformable; el radicalismo democrático de quienes creen que un Estado de menor tamaño es el escenario ideal; la idea andorrana de aquellos a los que les gustaría hacer de Cataluña una gran Andorra donde se pagasen pocos impuestos y los trabajadores tuvieran pocos derechos; los revolucionarios que sueñan con una Cataluña socialista; y la tesis transformista, defendida por aquellos que, cuando vieron que su poder corría peligro, tuvieron a bien poner en marcha un movimiento que les permitiera seguir dirigiendo el país y evitar que la onda de protestas y descontento generalizado les atropellara. Pragmáticos, radical-democráticos, «andorranos», revolucionarios, oportunistas. Todo bien mezclado.

Hay en esos momentos tensión en el ámbito soberanista. Hay lucha por el liderazgo y por la hegemonía. El círculo de Berlín (Puigdemont y sus leales), ERC y el PDeCAT. El círculo de Berlín quiere reventar a los dos partidos y generar un movimiento independentista unificado bajo el liderazgo moral de Puigdemont.

Veremos si lo consiguen. Las elecciones municipales serán el laboratorio de pruebas de esa lucha. Objetivo principal: la alcaldía de Barcelona.

PI: Una de las personas de las que más he aprendido sobre Cataluña, junto contigo, es Xavier Domènech. En el verano de 2015 estuve leyéndole mucho para entender algo aparentemente trivial pero fundamental para entender una pelea terminológica que resulta incomprensible en otros territorios. El término nacionalista, que es el que el español de a pie usaría para describir a cualquiera que haga una reivindicación en clave vasca o catalana, es un término en disputa en Cataluña. Las juventudes de Convergència se llaman a sí mismas nacionalistas, pero tarde o temprano dejarán de hacerlo, porque el nombre ya no está de moda. Se mantiene el Partido Nacionalista Vasco porque el PNV seguirá existiendo en el siglo XXIV, cuando ya no exista ni la Iglesia católica. Sin embargo, en Cataluña es distinto. Hay una pelea por ver qué significa ser soberanista porque, por poner un ejemplo, nosotros nos reivindicamos como soberanistas, pero no como procesistas ni independentistas. Es más, hay también una pelea histórica sobre lo que significa ser independentista en Cataluña. En cualquier caso, la clave creo haberla entendido leyendo a Xavier: buena parte de los sectores políticos y sociales catalanes más relevantes —incluidos, desde luego, los que han tenido posiciones de poder— constituyen un movimiento y un sentimiento transversal.

No son los únicos que existen. Si remontáramos en el tiempo, el lerrouxismo tuvo mucho peso, y huelga decir que en Cataluña hay sectores políticos que no se sentirían cómodos con la etiqueta de catalanistas. Con todo, antes del último resultado de Ciudadanos, nunca un partido no catalanista había sido la primera fuerza en Cataluña. Todas las fuerzas políticas centrales se identificaban con el catalanismo: fuera el PSC, Convergència, Esquerra Republicana, la extrema izquierda independentista, el PSUC o Iniciativa. Con la excepción del Partido Popular, todos se ubicaban en la tradición

política del catalanismo, y esto es determinante para entender la propia pelea entre esos componentes tan variados. Los nacionalistas, los independentistas no nacionalistas, los transformistas, los andorranos, los utopistas... Esto solo se puede entender si se asume que el catalanismo moldea de alguna forma la política en Cataluña. Para un catalán es evidente, pero quienes no somos catalanes debemos estudiarlo y entenderlo, porque no hay un equivalente fuera que se pueda comparar.

A partir de ahí, una cosa es hablar de soberanismo, que es una palabra que no me gusta regalar a los procesistas, y otra de la estrategia del procesismo, que es transversal. Seguramente muchos amigos de la CUP no se reconocerían como procesistas, pero alguno de sus jefes se enamoraron intelectualmente de Artur Mas. No es que se hicieran neoliberales como Mas, pero les encandiló esa capacidad política del gen convergente para hacer una lectura de los tiempos históricos. Hay una cierta fascinación por lo que, siempre que sea en el plano del relato, esas élites catalanas son capaces de conseguir: cambiar el nombre del partido, establecer modelos con etapas que configuran toda la política catalana y española, etc. La capacidad de *performance* política del procesismo no se entendería sin saber lo que implica el catalanismo.

Uno de los elementos imprescindibles que comentas para entender qué es el catalanismo es la frustración. El catalanismo conecta con el factor de frustración con España, que se convierte en la gasolina principal de un sentimiento poderoso y ambivalente desde el punto de vista político. A veces, esta frustración puede traducirse en el más cínico pragmatismo político, representado por algunas élites catalanas como Cambó —que, para defender sus intereses, son capaces de aliarse con lo peor de España—, pero también puede declinar en internacionalismo proletario: «¿Cómo puede ser que España no se levante en solidaridad con los republicanos catalanes?», o en el hecho de que haya convergentes que se hayan convertido, y no lo digo irónicamente, en mártires. Puigdemont se ha jugado más su físico que

muchos sectores de la extrema izquierda en Cataluña. Sin embargo, que la misma persona que, hace unos años, estuvo en una recepción con el rey compartiendo paradigmas sobre lo que debe ser Europa y cómo debe ser la política económica del Gobierno español se haya convertido en el Nelson Mandela catalán es algo inverosímil para quienes no provienen de esa cultura.

La política en Cataluña tiene algo que me fascina y que conecta con lo anterior, y es que todos los actores son permeables. En España, podemos dar la espalda al Partido Socialista y no rozarnos. Y no digamos ya al PP o a Ciudadanos. Es decir, si el PSOE nos imita de vez en cuando, es por pura conveniencia electoral, no porque quiera parecerse a nosotros. Y cuando nos acercamos en ocasiones al PSOE es porque queremos gobernar, no porque queramos parecernos ni de lejos a su cultura ni a su estilo. En cambio, cuando alguien se mueve en Cataluña, todo el mundo está pendiente, y todos se quieren más.

En uno de los primeros mítines que vine a dar en Cataluña, en Vall d'Hebron, vino Pasqual Maragall. No quise que saliera la foto porque no sabía hasta qué punto había decidido ir por su cuenta… ¡pero también vino Joan Tardà! Esto en España sería impensable. Nosotros criticamos mucho a la CUP cuando David Fernández le dio un abrazo a Artur Mas. Un castellano no puede entender que saludes a tu adversario político. Como mucho nos damos la mano o, si sonreímos, es cínicamente. No existe la costumbre levantina de abrazarse ni de tocarse tanto. Quizá a veces hay que sacarse los anteojos del frío y duro mundo de Madrid para entender que el soberanismo refleja ese carácter tan abigarrado de la sociedad catalana, con expresiones políticas heterogéneas. Lo que dice Esquerra Republicana influye en el PSC, y lo que dice el PSC influye en otros. Hay una promiscuidad política incomparable. Es sorprendente la cantidad de partidos por los que puede haber pasado un dirigente catalán. Además, se permiten cosas que en España no se permitirían. Alguien que defendiera abiertamente el sionismo como Pilar Rahola no podría ir a una manifestación de la izquierda en España. En una manifestación

convocada por los sindicatos, la gente le diría: «Usted es de extrema derecha, ¿qué está haciendo aquí?». Sin embargo, en Cataluña es posible, igual que es posible el abrazo entre el defensor de Palestina y Pilar Rahola.

De Macià a Puigdemont

EJ: Esto me recuerda a las elecciones de 1931, cuando pasó algo sorprendente. Los jóvenes de la Lliga, que había perdido mucho prestigio por haber apoyado a Primo de Rivera, hicieron un Convergència 2.0, por así decirlo, escindiéndose y creando su propio partido: Acció Catalana, conocido popularmente como La Lligueta. Era un partido de intelectuales, hijos de la burguesía media catalana muchos de ellos, gente ilustrada. Cuando se acercaban las elecciones y la monarquía se estaba debilitando, cambiaron otra vez el nombre: Acció Catalana Republicana. No había republicanos más furibundos en aquel momento en Cataluña que los jóvenes de La Lligueta. Estaban convencidos de que iban a ganar las elecciones porque representaban la tradición del partido hegemónico y se habían colocado en el lado adecuado, en el momento adecuado. Habían venido a este mundo a mandar, pero no ganaron. Apareció la caótica Esquerra Republicana, con un personaje al que muchos consideraban un lunático: Francesc Macià. El teniente coronel que había protagonizado un episodio quijotesco al intentar invadir Cataluña con un grupo de voluntarios y ser traicionado por unos italianos que se hacían pasar por garibaldinos y que eran confidentes de la policía de Mussolini. Los detuvieron a todos.

La cuestión es que Macià, que era un hombre ya mayor, significaba algo para la gente. Era el que iba a la contra, era el republicano auténtico. Consiguió atraer los votos del Partido Radical en Barcelona, que nunca fueron catalanistas, pero sí republicanos. Los chicos listos de Acció Catalana ni se lo olieron. Aquellas elecciones

municipales iban de república o monarquía, y él era el hombre de la ruptura.

Pongo este ejemplo porque creo que ayuda a entender las elecciones del 21 de diciembre del 2017 en Cataluña. Las elecciones del 155. Todo el mundo daba por hecho que Esquerra Republicana ganaría, mandaría y dejaría en pelotas a la antigua Convergència. Sin embargo, salió un coronel Macià en Bruselas invocando la legitimidad. Y ganó. No ganó las elecciones. Pero fue el más votado entre los soberanistas, con derecho a seguir ejerciendo el liderazgo político desde el exterior, o al menos, intentarlo.

Quiero rebatir otro punto. La idea tan reiterada desde instancias intelectuales españolas de que el catalanismo es un artefacto burgués, que arrastró al PSC cual flautista de Hamelín, no es verdad. El marco de la izquierda catalanista ya existía y quienes más lo reforzaron fueron los comunistas. Cuando se forma el PSUC en 1936, uno de los puntos de su programa es la liberación nacional de Cataluña. Con esas palabras: la liberación nacional de Cataluña. Ese programa cuenta con la bendición de la Internacional Comunista, que unos años antes ha asistido a la disolución del Imperio Central y a la aparición de nuevas naciones independientes en el centro y el este de Europa. La vinculación del PSUC con la cuestión nacional catalana es determinante par entender el comportamiento de las distintas ramas del socialismo catalán en la Transición. Si la Federación Catalana del PSOE se hubiera presentado sola en las elecciones de 1997, hubiese quedado detrás de los comunistas. Y eso ni Felipe González ni Alfonso Guerra se lo podían permitir.

PI: El sábado pasado fui a La Sexta, donde me hicieron una entrevista estupenda. Me pidieron algo tan raro como que eligiera una obra de arte de izquierdas y otra de derechas y, luego, vino un compatriota tuyo, Ferran Monegal, a hacerme unas preguntas.

Los amigos que me conocen pueden dar fe de que me habría podido cargar perfectamente la entrevista en ese momento. Ya me

imagino las portadas del día siguiente: «Se acabó el cambio político. Adiós a Podemos: Iglesias asesina a un periodista en directo». El caso es que sacó un trozo de la entrevista que hice a Anna Gabriel en su día, en el que yo decía: «Hay una cosa que me resulta fascinante de tu biografía personal. Eres nieta de anarquistas de la CNT, hija de comunistas del PSUC y tú eres independentista. Hay una cierta coherencia en ese viaje político en Cataluña». Se revolvió en la silla y me dijo ofendido: «¿Coherencia? Vladímir Ilich Uliánov dijo que el nacionalismo es incompatible con el comunismo». Pensé: «Tú no has leído a Lenin en tu vida. Dice precisamente lo contrario». Le llegué a mencionar a Comorera, pero me di cuenta del poco sentido que tenía que hablara de Comorera y me pusiera a discutir de Lenin con él.

En fin, lo cierto es que sacó una parte de la entrevista que explica algunas de las claves de la evolución en Cataluña. ¿Es inimaginable que en Cataluña alguien sea nieta de un anarquista, que los hijos de esos anarquistas se hagan comunistas del PSUC y que los hijos de estos terminen en el independentismo y en la CUP? Es perfectamente coherente si uno conoce la historia catalana, con sus complejidades y contradicciones. Es historia viva de una parte de la izquierda en Cataluña y, aun cuando pueda ser difícil de entender para algunos españoles, a un señor que se llama Ferran Monegal digo yo que no le podía parecer tan extraño.

El fenómeno Ciudadanos

EJ: Sería interesante hablar ahora de Ciudadanos, en el actual contexto catalán. Situémonos en los años setenta, cuando el catalanismo comienza a alcanzar una hegemonía política y sentimental de gran amplitud, que lo abarca casi todo, desde sectores de la burguesía a una buena parte de la clase obrera organizada. No obstante, quedan fuera sectores antiguos de la burguesía catalana muy asociados al franquismo; trabajadores inmigrados muy alejados de la

ola de politización, funcionarios del Estado destinados a Cataluña y los hijos de estos. Este segmento funcionarial observa con especial prevención el auge catalanista. Temen verse desubicados. Es relevante el manifiesto de los 2.300 contra la primera Ley de Normalización Lingüística. Entre sus firmantes había un buen grupo de profesores de enseñanza media de institutos del área metropolitana de Barcelona. Ahí podríamos identificar una primera semilla de Ciudadanos.

Ciudadanos surge muchos años más tarde, en 2003, como reacción política a la larga hegemonía del nacionalismo catalán. Según algunos de sus promotores iniciales se trataba de configurar una corriente de confrontación con el catalanismo que tirase del PSC y a la vez pudiera sumar con el PSC una mayoría alternativa en el Parlament de Catalunya. La progresión electoral de Ciudadanos está totalmente asociada a la aceleración independentista, a su vez impulsada por la insomne competición entre CDC y ERC por la hegemonía en ese vasto campo político que cultivó Jordi Pujol. De esa competición nace la iniciativa de la consulta soberanista —«a ver quién es el guapo que se niega a convocarla»— con la consiguiente desestabilización del PSC, que a su vez alimenta las baterías del joven partido ciudadano. A mayor inflamación independentista, mayor crecimiento de Ciudadanos. Es de libro.

El anticatalanismo siempre ha existido en Cataluña, pero no había tenido un partido específico desde los años veinte y treinta, cuando este papel lo jugó el Partido Radical Republicano de Alejandro Lerroux, también conocido en Barcelona como el «Emperador del Paralelo». Hoy en día, los soberanistas hacen una mala lectura de Ciudadanos —apasionada y malhumorada— al conceptuarlo como partido de extrema derecha, cuando no es verdad, aunque haya gente muy derechista en la formación naranja, que la hay. Ha votado a Ciudadanos gente de muy distinta extracción social y política: desde anticatalanistas viscerales hasta catalanistas bajos en calorías que se han asustado ante el independentismo. Sus votantes en su mayoría son de origen castellanohablante, pero no de manera exclusiva. Les han

votado personas que podrían haber secundado un programa unitario de reivindicación catalanista al estilo de la Solidaritat Catalana del 1906, que ven en el independentismo un factor de riesgo para Cataluña. Han votado a Ciudadanos muchos antiguos votantes del Partido Popular a los que no les gusta el *sheriff* metropolitano García Albiol. Han votado a Ciudadanos muchos antiguos electores del PSC. Han votado a Ciudadanos antiguos votantes obreros del PSUC. Han votado a Ciudadanos, trabajadores de SEAT preocupados por el futuro de su puesto de trabajo ante un escenario de desagarro. Ciudadanos ha sido la palanca de freno que más de un millón de catalanes han querido pulsar. Gente que considera que el programa independentista no tiene salida y que, además, pone en riesgo sus intereses materiales. Los intereses materiales. Esto es importante. La izquierda consiguió ensanchar la complicidad social del catalanismo en tanto que este ensanchaba las posibilidades de movilidad y ascenso social: aprender catalán era bueno para progresar en la sociedad catalana; abrirse a la cultura catalana era positivo. La sociedad inclusiva era muy atractiva en los años ochenta y noventa. Eso explica la normalización del uso social del catalán y la inexistencia de campañas relevantes contra el sistema escolar, mucho más flexible de lo que dice la propaganda. Era un equilibrio fantástico. Mi amigo portugués Magalhães me dijo lo siguiente la primera vez que visitó Barcelona, hace cinco años: «Tienen ustedes unos equilibrios tan sutiles, la gente empieza hablándote en castellano y acaba en catalán, que Cataluña parece un milagro. Conserven ustedes estos equilibrios, puesto que Europa hoy no va en esa dirección». Desgraciadamente no le han hecho caso. Los equilibrios sutiles han saltado por los aires. Asustada por la crisis económica, la clase media catalanohablante ha querido pegar un tirón al mantel y se ha cargado toda la cristalería fina que había sobre la mesa; los equilibrios sutiles, de los que hablaba mi amigo portugués. El tirón independentista es promesa utópica para unos y es percibido como riesgo y agresión por otros. En esa amarga poscrisis que nos aguarda se ha roto la inicial ecuación catalanismo

igual a progreso social que interesó a una parte importante de los catalanes venidos de fuera. Muchos independentistas ni siquiera se han dado cuenta. El independentismo de vocación «leghista», que existe e irá a más, quiere más tensión, al precio que sea. El independentismo inteligente sabe que esa ruptura no le interesa. Es la posición de Oriol Junqueras. No es la posición de Carles Puigdemont y de su círculo de confianza. El cuadro es complejo y está conectado con las actuales contradicciones europeas. La clave: ¿cómo se articula el progreso social?

PI: Tu explicación marxista —si me permites la leve provocación— se basa en achacar lo que ha ocurrido al hecho de que mucha gente ha perdido las certezas de la prosperidad. En este punto, trataré de ser un poco más weberiano y, aunque reconociendo que eso cuenta, también hay un elemento emocional y nacional.

En el informe del primer Consejo Ciudadano después de las elecciones catalanas de diciembre, dije algo que no acabó de calar en Cataluña y que los procesistas aún no han comprendido del todo. Al igual que España, Cataluña también es plurinacional, y existe un sentimiento nacional español que no había estado articulado políticamente al nivel que se ha articulado con Ciudadanos. Hay mucha gente que se siente española. Y, durante mucho tiempo, sentirse española no formaba parte de sus prioridades políticas ni informaba su voto. Se orientaban por otras cosas, pero les han tocado mucho las narices. Además, ese hecho tiene un arraigo popular impresionante.

Durante una campaña en Cataluña, fui a un barrio popular de Tarragona en el que había un predominio absoluto de banderas rojigualdas. Eso revela que allí también existe un sentimiento nacional que no se había articulado políticamente. Aunque se sintiera políticamente compatible con una sociedad tan abierta como la catalana y apareciera solo cuando jugaba la selección, existía. Los procesistas lo ignoraron, y despreciaron lo que significa el sentimiento nacional, en el que por cierto también subsiste una condición de clase,

porque hay mucha gente que se siente en una posición de inferioridad material. Además del miedo ante las inseguridades que podía generar el desafío político procesista, hubo un elemento de enfado, de reclamo de atención, que TV3, por ejemplo, nunca quiso ver. Y por primera vez esa gente adoptó un comportamiento electoral masivo.

En Cataluña hay gente que se siente más catalana que española y que en función de las circunstancias puede ser autonomista o independentista, pero también hay mucha gente que se siente española y que, cuando está realmente enfadada, puede convertir su sentimiento, que no tenía necesariamente una traducción política en Cataluña, en un apoyo masivo a Ciudadanos. Una parte de ese colectivo igual votó al Coletas —un servidor— en las elecciones generales, porque el vector de voto prioritario en esas elecciones no es el sentimiento nacional, sino saber quién hace una política de vivienda más decente o quién lucha contra la corrupción. De las figuras mediáticas, quien más claro lo tiene es Jordi Évole. Es un tipo progresista, de izquierdas, y además nadie puede negar que sea catalán y abogue por el derecho a decidir. Sin embargo, ha alertado una y otra vez de que en Cataluña existe otra corriente que se puede expresar políticamente votando a un partido del *establishment* reaccionario y anticatalanista como Ciudadanos sencillamente porque les han tocado las narices.

EJ: Todo podía haber sido distinto. Después de la mala sentencia del Estatut, la política catalana se hubiera podido orientar de otra manera. Incluso antes se habían podido decidir otras orientaciones. Si los socialistas hubiesen desistido del desastroso segundo tripartito y se hubiesen alcanzado ciertos acuerdos transversales, se podría haber asistido, quizás —subrayo el condicional—, a la formación de un frente catalanista amplio para recuperar el Estatut y afrontar la crisis. La crisis es la clave principal de lo que estamos hablando. Un frente amplio que defendiera el Estatut, una mejora de la financiación y las infraestructuras y con elementos programáticos de reforma española

podría haber alcanzado un 80 % de apoyo social. Quiero decir con ello que la sociedad catalana no estaba irremisiblemente destinada a la actual división en dos mitades. Evidentemente no era este el propósito del grupo dirigente nacionalista, al ver que la crisis traía consigo una ola de descontento social de varios metros de altura. A los gatopardistas les interesaba partir la sociedad en dos para dificultar, como así ha ocurrido, una posible mayoría alternativa de las izquierdas.

Los jóvenes dirigentes de Convergència que sobrevivieron a Jordi Pujol e hicieron la travesía del desierto durante los dos tripartitos (siete años en total), emulan a Scarlett O'Hara en la película *Lo que el viento se llevó*: «¡Jamás volveré a pasar hambre!». En cuanto ven venir la crisis y las protestas, leen las encuestas y ven que ERC se siente humillada por el fracaso de su primera experiencia de gobierno, juran que no habrá otro tripartito. «¡No volveremos a pasar hambre!». Ahí está todo.

Al colocar en el centro del tablero catalán la cuestión de la consulta, las relaciones entre el PSC y el PSOE entran inmediatamente en crisis. En un primer momento, el PSC, entonces dirigido por Pere Navarro, intenta adaptarse y habla de una consulta pactada. Alfredo Pérez Rubalcaba les da cobertura durante unos meses, hasta que las tensiones en el PSOE se hicieron insoportables. El PSC comenzó a desintegrarse… Sin el PSC era muy difícil imaginar otra mayoría de izquierdas en Cataluña hace cinco años. ¡Misión cumplida! No contaban con los comunes, por ello los comunes quitan el sueño a la derecha independentista. Por ello, la batalla por la alcaldía de Barcelona será determinante en los próximos meses. No sé si Ada Colau va a conseguir la reelección. Lo tiene verdaderamente difícil.

Es cierto que el auge del soberanismo es consecuencia directa de la frustración por el Estatut, pero esa es una verdad a medias. Esa frustración podía haber discurrido por otros cauces. Se podía haber promovido un frente amplio catalanista con más del 80 % de apoyo social. Pero ese frente no obstaculizaba la hipótesis de una nueva

mayoría de izquierdas en Cataluña, al contrario, la podía haber estimulado.

Entre 2010 y 2012, con el Estatut sentenciado, Convergència gana las elecciones y se lleva muy bien con el PP. El Partido Popular catalán ayuda a aprobar los primeros presupuestos del Govern de Artur Mas, obtiene interesantes puestos en la Diputación de Barcelona y Xavier García Albiol recibe el visto bueno —por parte de Convergència— para ocupar la alcaldía de Badalona, donde por primera vez se experimentará una política marcadamente lepenista. Después llegó el incendio.

PI: Hay casos más cercanos todavía. Las dos elecciones generales que ganamos en Cataluña no se deben tan solo a que son elecciones a escala española y en Cataluña se vota en otra clave. Tiene que ver con el hecho de que la pregunta fundamental no es sobre política catalana, y la prueba es que, en mayo y junio de 2015, Podemos aparece en las encuestas en Cataluña como primera fuerza política en unas hipotéticas elecciones catalanas. Esto cambia con Junts pel Sí, que también se explica en parte por nosotros.

En las elecciones europeas, Podemos obtuvo un resultado muy modesto en Cataluña. Parecía que no llegaríamos allí, pero de repente lo hicimos y alteramos el mapa político entero. Nadie se imaginaba que Ada Colau fuese a ser alcaldesa de Barcelona. Fue un gol por la escuadra al gen convergente. Nos veían como una ICV pintada de otro color, liderados por una activista de un movimiento que ellos calificarían de antisistema. De repente, una fuerza política de ámbito estatal, fundada por madrileños, aparece en las encuestas como primera fuerza política y precipita muchas decisiones. Las decisiones de los que controlan la administración y buena parte del ecosistema mediático catalán redefinen la correlación de fuerzas, porque también se aleja del posible entendimiento con el PP. Todo el mundo debería recordar que, en aquel momento, nosotros teníamos un discurso que reventaba a Convergència: «Ustedes son la versión catalana del

Partido Popular: son corruptos como ellos, tienen comisiones del 3 % y pactan todas las guarradas posibles en Madrid».

En una reunión que mantuve con Francesc Homs, recuerdo haberle preguntado cómo podía seguir pactando ciertas cosas con los que le iban a matar. No se fiaba de nosotros y alegaba que él venía del sistema. Cuando le propusimos que nos echara una mano para que Xavier Domènech fuera presidente del Congreso, se sobresaltó. En su ADN prefería a uno del PP o del PSOE, y eso que estaban preparando un desafío al Estado. Ocurrió lo que le dijimos. Aunque se parecieran al PNV, ya no lo eran, porque habían planteado un desafío distinto convocando un referéndum.

EJ: Gran novela, la del general Della Rovere. Conocí personalmente a Indro Montanelli en los últimos años de su vida y en una ocasión me dedicó el libro, que años atrás me había regalado mi padre. Sí, en Cataluña hay gente que se ha creído su personaje. Los catalanes somos bastante miméticos. El mimetismo es un mecanismo defensivo y puede ser una inteligente forma de lucha política. A ver si me explico. Cuando surge el fenómeno Podemos en España mucha gente pone el grito al cielo. Se levantan empalizadas. Se llenan los fosos del castillo con agua y cocodrilos. Se escriben editoriales feroces en la prensa. Se movilizan a los informantes de las cloacas. Se levantan alambradas de espino. El sistema defensivo del nacionalismo catalán es otro: una mañana te levantas y te das cuenta de que la facción más joven e inteligente del mundo convergente empieza a hablar un poco como Podemos. Estudian al nuevo adversario e intentan desactivarlo mediante la absorción de su halo. Esquerra Republicana envía a Gabriel Rufián al Congreso a competir con Podemos. Algunos jóvenes dirigentes posconvergentes proponen ahora unas primarias de todo el soberanismo para reventar a los dos partidos existentes —ERC y PDeCAT— y dar pie a un nuevo movimiento político basado en la participación directa. Puigdemont está en eso. Han leído el nuevo tiempo.

PI: ¡Parecen de Podemos!

EJ: Cataluña es mimética. Las clases medias catalanas absorben rápidamente lo nuevo. Algo de eso ya ocurrió durante la Guerra Civil. Narran los cronistas que en los primeros años de la guerra desapareció la gente con traje y corbata. Todo el mundo iba vestido de obrero, por si las moscas. Quienes restituyeron el traje y la corbata fueron los del PSUC, el «partido rosa» de la Revolución, como escribió una vez Josep Pla: «Partido rosa, tirando a blanco de España». El nuevo partido de orden.

PI: Por eso te gustan a ti los de esa época.

EJ: El PSUC puso orden, defendió la pequeña propiedad, ahogó el espontaneísmo libertario y de alguna manera colaboró con el asesinato de Andreu Nin. Hubo un poco de todo. No se trata de idealizar aquella época. Pero creo que me he explicado. La sociedad catalana tiene mucha capacidad de adaptación a los cambios.

PI: Los dirigentes de Junts per Catalunya han cambiado de forma de vestir. Puede parecer una frivolidad, pero si uno se fija en cómo han vestido durante los últimos dos años en el Congreso de los Diputados observa el claro retroceso de las corbatas.

EJ: Debe decirse que las corbatas han perdido mucha importancia en España, motivo por el cual yo me pongo una cada día. Las habéis hecho desaparecer vosotros y los neocapitalistas de las plataformas digitales, Facebook y compañía. Se ven muy pocas corbatas por Barcelona últimamente. Puesto a hablar de capacidad mimética, creo que la alcaldesa Ada Colau también destaca en esa disciplina.

PI: Me fascina la diferencia entre Cataluña y Madrid. Jesús Montero, que fue nuestro secretario general en Madrid antes de Julio Rodríguez y que antes lo había sido de la UJC, era un admirador del PC italiano y del eurocomunismo, y conocía a Carmena desde hacía muchos años.

Fue él quien nos convenció de que la propusiésemos como candidata. Al principio nos costó un poco. Recuerdo que mis padres me hablaban de ella. Una vez la invité al programa que tenía en televisión como jueza jubilada para hablar de cárceles y otros asuntos. Yo la veía de otra época. En definitiva, fue Jesús quien nos convenció de que Madrid era ella. Y cuando habló en la SER marcó un golazo. Madrid necesitaba una candidata con ese estilo.

En cambio, Barcelona eligió a una mujer de mi generación, a quien conozco desde hace muchos años del movimiento antiglobalización, y que tiene un estilo propio. En Madrid ganamos con una jueza retirada que no habla políticamente del PSOE ni al PSOE, como nosotros; en Barcelona, con Colau, exportavoz de la PAH. Es verdad que Xavier Trias tenía mucho encima y que podría haber ganado otro candidato, pero el resultado de Colau fue impresionante. A partir de ahí, el resto de actores políticos adoptan nuevos códigos, también estéticos.

EJ: Barcelona, que volverá a ser importantísima dentro de unos meses. Quisiera comentar algo al respecto. Ada Colau gana porque pierde Xavier Trias. Trias se inmoló al levantar la vara de alcalde en un acto con todos los alcaldes independentistas. La burguesía clásica de Barcelona le dijo: «Xavier, si tienes un problema en las municipales, ya te espabilarás. Con nosotros no cuentes, porque no somos independentistas». No se articula un frente Upper Diagonal ante la línea ascendente de Barcelona en Comú que consigue reclutar sus apoyos en la Barcelona obrera (Nou Barris) y la Barcelona de clases medias seducidas por el independentismo (Gràcia y Nou Barris). La parte alta de la Diagonal se divide entre CiU y Ciudadanos.

Experimentar con el cambio es algo muy propio de Barcelona, la ciudad de la península más intensamente instalada en el poscapitalismo. Se produjo un *momentum*. Convergència estaba absolutamente convencida de poder ganar. Habían tenido una legislatura tranquila y el Ayuntamiento había acumulado un generoso superávit. Su gran obra al final del ciclo fue el gran bulevar de la

Diagonal. Sin embargo, hubo dos cosas que no percibieron. Aunque la administración municipal tenía superávit, el bolsillo de los barceloneses no. No tuvieron suficiente empatía con el sufrimiento de la gente. Había un cabreo social y apareció alguien capaz de canalizarlo. La segunda fue la adscripción de Convergència al independentismo, que impidió el voto de solidaridad de toda la Barcelona mejor acomodada al alcalde saliente. Evidentemente, la falsa acusación contra Trias, alentada por las cloacas del Estado, de que tenía una cuenta oculta en Suiza, no le ayudó.

Se acercan unas elecciones municipales muy importantes en toda España. Aquellas ya lo fueron, las próximas aún lo serán más, puesto que pueden empezar a definir qué posibilidades reales tiene el cambio político en España. La batalla en las grandes ciudades será feroz y tendrá signos distintos. Vamos a ver qué pasa en Barcelona. Observo en Barcelona una nueva pulsión de «orden» bajo las cremosas capas progresistas de la ciudad. Un toque de atención sobre la competitividad económica. Una preocupación por el motor económico y por el turismo. Una evidente inquietud por las consecuencias económicas del momento de octubre. Un deseo de no perder comba. Una pulsión burguesa de nuevo tipo. Una mirada que dice: «Bueno, ya nos hemos ocupado durante cuatro años de lo "social", ocupémonos ahora del futuro». Evidentemente, estarán también las dos coordenadas de estos años: a favor o en contra del independentismo. Va a haber cruces de coordenadas. Si se presentase Manuel Valls —ya lo veremos— podría encarnar un españolismo afrancesado y modernizador. ¡Un servidor de la República francesa aspirando a la alcaldía de Barcelona! Caray, eso es nuevo, si se confirma. Habrá pugna en el independentismo por una candidatura unitaria de signo *business friendly* de coloración *hipster*. No serán unas elecciones fáciles para Ada Colau. La construcción de coaliciones sociales es en Barcelona una tarea muy complicada y no sé si esta vez Nou Barris y Gràcia se darán la mano. Tengo mis dudas.

PI: Con todo, las elecciones municipales del 2019 serán muy diferentes a las de 2015. Entonces se presentaba una activista, mientras que en 2019 se presenta una alcaldesa que se ha agigantado políticamente. Algunos acontecimientos engrandecen a los líderes y otros los empequeñecen; la personalidad y la presencia de Ada Colau pueden transformar las elecciones en un plebiscito: «¿Quieres que Ada siga siendo alcaldesa?». De hecho, y pese a lo que señalas, mi impresión es que Ada está muy fuerte y puede ser muy determinante, sobre todo si Esquerra Republicana y Convergència deciden ir de la mano.

EJ: Es difícil hacer especulaciones en el momento en que mantenemos este diálogo, porque ERC sale bien parada en las encuestas. No hay más que decir.

El artículo 155

PI: Hablemos del artículo 155.

EJ: Vamos allá. Las elecciones de 2012 fueron las primeras que se celebraron en Cataluña bajo la divisa de la consulta soberanista. Convergència dio el paso y perdió doce diputados, con lo que quedó en manos de Esquerra Republicana, hecho que desde Madrid se interpretó como un gran fracaso. Recuerdo que escribí uno de esos artículos engorrosos que hay que redactar en las noches electorales, muy deprisa y en caliente. Algunos todavía me lo recuerdan. Era un artículo deliberadamente provocador. Se titulaba «Gana España». Defendía que las elecciones habían sido un fracaso para sus promotores, que impedía una gestión inteligente de la reclamación soberanista. Los tiempos políticos dejaban de estar en manos del partido dirigente, con lo cual se perdía fuerza para propiciar una negociación, que era el objetivo que se buscaba. La dirección compartida, el insomne combate de judo entre CDC y sus posteriores mutaciones con ERC iban a complicarlo todo. Me insultaron mucho

en las redes, pero creo que no me equivoqué.

Seis años después, el balance es que Cataluña ha perdido importantes cotas de autonomía y su sociedad está partida por la mitad. Hay menos autonomía real y la aplicación del 155 ha supuesto la rotura de un precinto, que crea precedentes. Después del 155, la Generalitat ya es otra cosa. Ya no es aquella institución «intocable» que surge de los pactos de la Transición. Del regreso de Josep Tarradellas surge una Generalitat «inviolable». Eso se ha roto. Mariano Rajoy tuvo muchos reparos antes de aplicar el 155 y finalmente apretó el botón. Apretó el botón y los altos funcionarios de la Generalitat obedecieron. Hay un antes y un después del 155. Quien no lo sepa ver en Cataluña es que está ciego. El precinto se ha roto. La *potestas* de la Generalitat ha disminuido. Una parte no menor de la sociedad catalana percibe en estos momentos que la Generalitat es la institución de los independentistas.

En definitiva, el balance es entre malo y catastrófico. No puede decirse que el soberanismo lo haya hecho todo mal. Ha sido muy bueno en el campo propagandístico. En este terreno ha batido por 10 a 1 al Estado español. Después de la moción de censura, al independentismo ya no le será tan fácil propagar la idea de que el Gobierno español es autoritario. Después de la salida del cadáver de Franco del Valle de los Caídos, no será muy fácil explicar a *Le Monde* que en España ha regresado el franquismo. Por mantener la provocación, volvería a escribir que ha ganado España. Pero, atención, el soberanismo crece en la Barcelona metropolitana y puede ser mayoría en la sociedad en los próximos diez años si no se encuentra desde España una nueva propuesta para los catalanes en su conjunto. Por lo demás, el *procés* ha sido una magnífica experiencia vital para muchas personas. Muchos prejubilados afiliados a la ANC han vivido una segunda juventud. La gran aventura política de su vida. Y eso también cuenta. El aburrimiento es uno de los grandes adversarios de nuestro tiempo. Nadie quiere aburrirse. Jamás se había visto tal acumulación de «jornadas históricas» en Cataluña.

PI: Creo que los periodistas son los que mejor se lo han pasado. Como se normalice la situación en España, ¿qué será de Ferreras? Recuerdo un anuncio de un coche en el que salía un niño que había tenido una cuidadora con la que se lo había pasado muy bien yendo en el vehículo. Cuando ella se va, al niño todo le parece cansino y aburrido. El anuncio concluye explicando que para que vuelva el ritmo que tenía el niño en el coche tendrá que comprarse otro. En este país puede ocurrir algo parecido. Hay personas adictas al ritmo político de los últimos quince años. Nos hemos acostumbrado a que todas las semanas haya días y momentos históricos. La gente tendrá problemas para desintoxicarse.

Por lo demás, tu análisis del *procés* me da que pensar. Creo que me he hecho más conservador en algunas cosas. Cuando se logra una victoria ideológica que acompleja a la derecha, debe regarse y mimarse y bajo ningún concepto ponerla en riesgo. Si se pierde, si la derecha entiende que puede entrar en escenarios en los que temía entrar, las consecuencias pueden ser terribles. Con la reconversión industrial de los años ochenta hubo muchos conflictos en España: la Naval Gijón, los mineros, los astilleros, etc. Hay imágenes en YouTube de trabajadores en mono azul enfrentándose a los antidisturbios con cócteles molotov, tuercas y demás. En este país, nadie se atrevió nunca a plantear que se les pudiera acusar de rebelión, sedición o terrorismo. Incluso si pensamos en ETA, cabe subrayar que durante mucho tiempo los sucesivos Gobiernos españoles convinieron en no acusar de terrorismo a la izquierda abertzale y a las organizaciones juveniles. Aunque montaran un cirio, había otros tipos penales. Aznar llega al poder convencido de que tiene que ser Andrés Pastrana, habla de Movimiento de Liberación Nacional Vasco y habla con ETA directamente. Si Felipe González, o sus representantes, habían negociado con ETA, ¿cómo iba él a ser menos?

Además, la derecha estaba acomplejada por su ADN franquista. Todo el mundo sabía que le olían los pies a franquismo. Trataba de disimularlo con plantillas Devor-Olor. Hasta que algunos

desaprensivos provocaban demasiado. Por decir cosas parecidas me ha caído la del pulpo… En una pelea, no medir la correlación de fuerzas es propio de los desaprensivos. Las peleas no tienen nada que ver con la solidez de los principios, sino con la fuerza que uno tiene. Si provocas a alguien que tiene más poder que tú, corres el riesgo de que se sienta cómodo desplegando el poder del Estado. Muchos dirigentes han visto cómo algunos políticos catalanes han acabado en la cárcel. Pueden pasar encerrados años y años mientras ellos siguen viviendo a cuerpo de rey.

En política no hay que enfrentarse nunca a un enemigo más fuerte cuando tiene las reglas a su favor. Aunque les duela mucho, aunque nunca lo reconozcan, todos los dirigentes procesistas lo han entendido. Han aprendido la lección en sus propias carnes. Mide las fuerzas del enemigo antes de enfrentarte a él a cara descubierta. En el terreno del relato casi siempre ganaban, pero llevaron la pelea a un terreno distinto, en el que no tenían nada que hacer.

EJ: ¡La épica emborracha!

PI: Si muchos pudieran volver atrás, tomarían decisiones diferentes. Los que vivan en el exilio durante años, los que no puedan ver crecer a sus hijos, no podrán reconocerlo. Cuesta mucho. Pero deberían haber hecho las cosas de otra manera.

Dicho esto, el 155 es un artículo de estado de excepción. Cuando Javier Pérez Royo dice que en España hay un estado de excepción autonómico, no está haciendo ninguna provocación política, sino describiendo la realidad constitucional. Tiene una previsión que a un jurista extranjero le costaría entender. En España se diseñó una cámara de representación territorial, el Senado, que, aunque no pinta absolutamente nada, sí puede quitarle su poder a una unidad territorial. Es un rasgo constitucional curioso de nuestro país. En este aspecto tenemos un gran problema: el derecho no puede resolver un problema político. Puede ponerse al servicio de un actor político, pero por sí solo no resuelve nada. Efectivamente, el 155 sirve para que las

competencias de la Generalitat pasen al Gobierno a nivel técnico. Sin embargo, pensar que así se resolverá el problema político revela ineptitud. Como cuentas perfectamente, es increíble que un tipo como Felipe González —que no ha hecho pocas barbaridades— tenga que explicar desde el cinismo más lúcido que los problemas políticos se resuelven políticamente. Incluso al enemigo derrotado en el campo de batalla hay que ofrecerle una salida política. Y mi sensación es que el Gobierno del PP nunca tuvo un plan político para Cataluña ni para España.

Tengo la misma sensación con la monarquía. Ha tranquilizado a los sectores ultra que defendían bombardear Barcelona de nuevo (porque Cataluña toca bombardearla de vez en cuando). Esos han quedado muy satisfechos… Pero ¿cuál es el plan para que Leonor sea reina de España? ¿Cuál es el plan para el país en su conjunto, para ser de verdad una figura de consenso? Juan Carlos, que tenía muchas menos virtudes que Felipe, fue el rey campechano que nos salvó del golpe de Estado. Para los historiadores puede resultar cutre e inverosímil, pero lo cierto es que hasta que degeneró con la edad caía bien hasta a Carod-Rovira. En cambio, Felipe se ha dejado un tercio de la complicidad fuera. Pretende que gobierne Ciudadanos, un partido que habla del «cuponazo» vasco, que defiende la supresión de las comunidades autónomas, que se contradice sin cesar. Resuelven un debate con una cita de Adolfo Suárez y con otra de Heródoto sacada de un libro de citas. No les avergüenza reconocerlo. Me han contado que en los despachos de la sede de Ciudadanos hay citas de John F. Kennedy, Winston Churchill, etc. La derecha española no tiene plan para España, y el PSOE de momento tampoco.

EJ: Para la política española, el 155 supone un antes y un después. El Estado de las autonomías se fundó sobre una idea fundamental: la Generalitat de Catalunya como fuerza motriz de la nueva regionalización de España. Una regionalización que jamás había existido. No cabe ninguna duda de que la vocación autonomista en

muchas regiones españolas —hoy comunidades autónomas— cobra mucha fuerza cuando regresa Josep Tarradellas a Barcelona. En octubre de 1977 su regreso legitima la Transición, cuyo principal hito «rupturista» hasta entonces había sido la legalización del PCE. Incorporando una institución como la Generalitat, que había pertenecido al orden jurídico de la República, se dio un salto cualitativo. Legitimaba la Transición, la estabilizaba y acentuaba la reclamación autonomista en otros territorios. Con el regreso de Tarradellas, mucha gente en España se da cuenta de que la cuestión de la autonomía va en serio. ¡No vamos a ser menos! El día que Tarradellas visita Segovia y va a comer al ilustre Mesón de Cándido, la gente se levanta para aplaudirle.

Pero todo esto se ha roto… Y lo que se rompe siempre es muy difícil de recomponer.

PI: Lo que estamos viendo no tiene apenas precedentes. Realmente, nos hemos acostumbrado a ver de todo. Es escandaloso que se acuse a los Comités de Defensa de la República de terrorismo. Como dices, el problema no es solamente catalán. Envían a prisión a un rapero por cantar canciones contra la monarquía, la Audiencia Nacional condena a Casandra Vera por hacer tuits irónicos sobre Carrero Blanco, se censura una obra de Alberto San Juan… La ley mordaza ampara una dinámica muy peligrosa. Turquía es una metáfora. Está claro que los países no pueden compararse, pero la deriva autoritaria de España no tiene precedentes. Ya era bastante vergonzoso aplicar delitos de terrorismo a la violencia callejera; una excepcionalidad muy difícil de comprender para los juristas garantistas, pero es que ahora cualquiera puede ser terrorista. Eso contribuye a poner en peligro las bases de nuestro sistema democrático.

Con todo, soy menos pesimista que tú. Todavía falta tiempo para las elecciones municipales y autonómicas y en ese ámbito se ha demostrado que funcionan subsistemas políticos que plantean modelos de gestión muy diferentes de los del Partido Popular y de los

de Ciudadanos. Está por ver qué pasaría con Ciudadanos si gobernaran en alguna comunidad autónoma o en algún ayuntamiento, porque de momento solo han sido la muleta del PP.

En España está naciendo un sistema de cuatro partidos que en apenas dos años ha provocado cambios profundos. La fotografía de las encuestas que se toma hoy no servirá para prefigurar lo que ocurra dentro de uno o dos años, por muy acostumbrados que estemos a hacer análisis históricos con datos coyunturales. Los medios de comunicación han contribuido a exigir que se profieran grandes proclamas en fechas históricas, pero llevamos analizando días históricos cinco años. Nadie es capaz de prever lo que ocurrirá. Estamos en una situación inédita. Hace un año nadie habría sido capaz de predecir lo que ocurrió el 1 de octubre, la aplicación del 155, el resultado de las elecciones catalanes o el resultado de Podemos en las municipales. Nadie imaginaba que Pedro Sánchez pudiera ganar las primarias otra vez, excepto tú, que fuiste de los pocos que lo vaticinó. Y qué decir de la moción de censura y de la formación del nuevo Gobierno, o del comportamiento de Donald Trump: como caiga una bomba sobre posiciones rusas en Siria, ¡a lo mejor el tema de Cataluña nos parece baladí!

EPÍLOGO

DESPUÉS DE LA MOCIÓN DE CENSURA

Pablo Iglesias: En Podemos estamos satisfechos con los acontecimientos políticos de los últimos meses, porque ha ocurrido lo que creíamos que tenía que ocurrir. Desde las elecciones de 2015, decimos que en España existen dos alternativas viables de Gobierno: una alianza entre el Partido Popular y Ciudadanos y una alianza entre el Partido Socialista Obrero Español y Podemos que sume a fuerzas políticas vascas y catalanas. Lo dijimos después de las dos elecciones que se celebraron en 2015 y 2016. Y cuando Pedro Sánchez recuperó la Secretaría General de su partido, después de sus segundas primarias, volvimos a decirlo. De hecho, presentamos una primera moción de censura e insistimos en que los números podían salir perfectamente. Entonces se dijeron algunas falsedades: no había números, el Gobierno que planteábamos era imposible, etc. Como constatamos hace poco, parece que sí que daban los números…

Por otra parte, el cambio de Gobierno nos ha permitido contrarrestar definitivamente una crítica importante. Quisieron acabar con nosotros por no apoyar un Gobierno de Albert Rivera presidido por Pedro Sánchez. Creo que este relato ha sido refutado en dos tiempos. El primero fue la entrevista que Pedro Sánchez concedió al programa «Salvados» de Jordi Évole. Sánchez apareció en «Salvados» y dijo haberse equivocado. Reconoció que no debería haber buscado el apoyo de Ciudadanos, sino el de Podemos. Hay vídeos de Ciudadanos que explican que su objetivo era que nosotros no

entráramos en el Gobierno...

El segundo tiempo es la moción de censura. Durante el debate, Pedro Sánchez repite ante todo el país que se equivocó con Ciudadanos y que no debería haber buscado aquel acuerdo. De alguna manera, su intervención cierra un relato y deja claro que teníamos razón y que la vía de la moción de censura era transitable y necesaria.

Se han cerrado las bocas de los sectores que consideraban que nuestro gran error había sido no apoyar a Ciudadanos y al PSOE. El PSOE ha aprovechado la moción de censura para formar un Gobierno en solitario, pero creo que la decisión ha sido equivocada. Tienen el Gobierno más débil de la Unión Europea. Les esperan muchas dificultades con solo ochenta y cuatro diputados. Jamás en España se ha gobernado con una cantidad tan pequeña de diputados. El PP las ha pasado moradas con 137. Con la mesa del Congreso en manos del PP y con una mayoría conservadora de bloqueo en el Senado, a la larga ocurrirá lo que ha ocurrido otras veces: nos darán la razón y dirán que, efectivamente, con el peor resultado de tu historia y en minoría no puede hacerse un Gobierno en solitario. Y eso que ahora mismo hay alborozo, sobre todo en los medios de comunicación afines al PSOE. ¡El caso de la cadena SER es tremendo! Están exultantes. Prisa ha nombrado como directora de *El País* a una periodista progresista como Soledad Gallego. Hay mucho entusiasmo. Se presume de los currículos del nuevo Gobierno, de Pedro Duque, el astronauta, etc. Veremos cómo soportan el peso de tener solo ochenta y cuatro diputados dentro de unos meses. En todo caso, a nosotros nos han dejado en una posición muy cómoda.

Enric Juliana: Si contemplamos la escena con perspectiva, el Congreso responde poco a la cuestión de fondo que quedó planteada en las elecciones de diciembre de 2015 y que, aunque se corrigiesen las proporciones de cada partido, las elecciones de junio de 2016 no desmintieron. En diciembre de 2015 la sociedad española dice que quiere cambiar las cosas. Lo que ocurre es que no acaba de precisar

muy bien qué quiere cambiar ni cómo. Las elecciones reflejan un fuerte dolor social por las consecuencias de la crisis y un fuerte rechazo a la institucionalidad. Esto se traduce en unos pésimos resultados del Partido Popular, que vivió un descalabro similar al que sufrió Nueva Democracia en Grecia: tres millones de votos menos y cerca de setenta diputados. Venía de una situación muy favorable, eso sí. Además, el primer partido de la oposición pierde treinta diputados. Entran Podemos con setenta y un diputados y Ciudadanos con treinta y dos. Entonces se inicia una discusión, porque el mandato electoral no está rotundamente claro. ¿Qué expresión tiene? Podían hacerse muchas lecturas. Y de hecho, todos los partidos, incluido Podemos, hicieron sus cálculos desde el primer día. Al PP le interesaba desde el principio ir a elecciones porque creía poder corregir la situación. Mariano Rajoy inicia su plan de supervivencia, finalmente frustrado: «Repitamos elecciones y mandemos un mensaje: ya nos habéis castigado, ahora toca gobernar este país; devolvednos la fuerza que nos habéis quitado». Todo lo que hace Mariano Rajoy va encaminado a forzar la repetición electoral.

En el caso del PSOE la situación era más compleja. Estaba en curso una lucha extraordinaria por la dirección del partido. Sánchez veía en el resultado electoral una posibilidad de escapar a la persecución a la que estaba sometido, y quienes querían abatirle también leyeron el resultado electoral como una oportunidad para acabar con él. Así, se imponen unas condiciones. Vale la pena contrastar la situación actual con aquellas semanas en las que el PSOE estaba pendiente de que hablase Felipe González, que finalmente dibujó los límites de lo posible en una entrevista de tres páginas. El contraste nos permite darnos cuenta de los cambios que se han producido.

Soy de la opinión de que Podemos también hizo sus cálculos. Atendiendo a los resultados, vio que una repetición electoral también podría irle bien: la suma entre Podemos e Izquierda Unida podía superar al Partido Socialista. Creísteis en algo que en realidad no se ha producido: una rearticulación de Podemos con Izquierda Unida. En

definitiva, de una forma u otra todo el mundo empezó a trabajar con vistas a unas segundas elecciones. Lo que estamos viviendo ahora es una consecuencia de todo ese proceso. Esta es una legislatura que tiene un mandato claro por un lado y confuso por el otro. Finalmente, el plan de supervivencia de Rajoy ha fracasado. Y no se ha roto porque fuese inexorable, dado que Rajoy podría haber sobrevivido. Si la sentencia del caso Gürtel hubiese salido en otro momento, si no hubiese coincidido con la detención de Eduardo Zaplana, si el PSOE no estuviese tan débil en las encuestas... Es una demostración de cómo los factores azarosos intervienen en la política. Esta moción de censura no obedece a un movimiento extremadamente pensado y reflexionado por parte del PSOE, sino a una situación de emergencia del nuevo grupo dirigente socialista.

PI: Es más, en el PSOE no estaban seguros de ganar la moción de censura cuando la presentaron. Ni muchísimo menos.

EJ: Coincido. Se presenta la moción de censura en un momento en que la señal del PSOE está desapareciendo de los radares. Hay encuestas que le sitúan incluso en cuarta posición, así que es necesaria una respuesta. De alguna forma, reconozco que la posición de Podemos actuó de incentivo en la moción de censura. El primero que alzó el grito al cielo fuiste tú. Entonces en el PSOE vieron que era el momento de presentarla y, efectivamente, es muy probable que tuvieran dudas objetivas. Dudaba el PSOE y dudaba todo el mundo. Los números eran difíciles desde el primer día. Como decía, había un mandato confuso, y la situación de Cataluña lo acababa de complicar. En parte, creo que el conflicto catalán se ha enconado para evitar que se produjese una confluencia alternativa.

PI: En este caso, diría que el desarrollo de la crisis en Cataluña ha facilitado las cosas. Antes del 1 de octubre, esta moción de censura habría sido más complicada.

EJ: Estaban más envalentonados.

PI: Sí. No solo los barones socialistas habrían censurado un pacto —fuese el que fuese—, sino que los independentistas habrían pedido cosas a Sánchez que no habría podido dar. Gracias a las conversaciones mantenidas durante largo tiempo sabíamos que había sectores importantes en los partidos políticos catalanes que querían sacar al Gobierno del PP a toda costa a cambio de nada. Por una parte, ERC había cambiado de estrategia. ERC es la primera fuerza política catalana que vuelve —aunque no pueda expresarlo en estos términos— a una estrategia política autonomista, de entendimiento con nosotros y con el PSOE. De hecho, después de nosotros son los primeros que dicen sí a la moción de censura sin pedir nada a cambio. Y se vuelve a producir una disparidad de criterios entre el PDeCAT de Marta Pascal y el Junts per Catalunya de Carles Puigdemont. Yo hablé con los dos por teléfono y me percaté de que Puigdemont estaba ya muy lejos de España. Vive en Alemania física y mentalmente. La conversación con él no era la conversación con un líder político que gestiona los asuntos del día a día, sino con un exiliado. Pascal, en cambio, estaba completamente dentro. Después de aquella conversación, me quedó claro que sería muy fácil que el PDeCAT apoyara la moción. Sobre todo si tenemos en cuenta quiénes son los diputados del partido en Madrid. Puigdemont tiene mucho peso en el Parlament de Catalunya. Es el ganador moral del soberanismo en las últimas elecciones en Cataluña y manda mucho en el Parlament. Manda tanto que ha puesto a uno de los suyos —decisión a mi juicio equivocada— al mando de la Generalitat. Pero aquí manda Campuzano, y él lo tenía claro.

A partir de ese momento yo sabía que la única opción de que fallara la moción era el PNV. Coalición Canaria dijo que nunca iba a votar con independentistas. Cuando hablé con Ortuzar dijo que estaba en la abstención, pero dejó una puerta abierta a que le pudieran seducir. Hubo dos elementos clave. Uno fue lo que ofreciera el PSOE,

que desconozco lo que es y si tiene que ver con la estabilidad del Gobierno vasco. Lo que no desconozco es la promesa de Pedro Sánchez de comerse los presupuestos para que no se le quejara el PNV... Y el otro elemento se debió a nosotros. El hecho es que a Rivera se le ocurrió una idea buena para nosotros, porque ellos no la podían llevar a cabo. Y eso tuvo su parte de influencia en que el PNV también dijera que sí.

EJ: Estoy de acuerdo. La posición de los partidos catalanes es más fácil ahora que antes. Posiblemente porque los hechos de octubre no han pasado en balde, pero también había otro factor psicológico. Los hechos de octubre fueron importantes, y en términos objetivos no son banales. Pueden juzgarse desde la gravedad política, pero han sido absolutamente dramatizados con distintos objetivos.

En definitiva, había un discurso político y mediático —una de las incógnitas más interesantes para estos próximos meses es si, en algunos aspectos, este discurso se corregirá— que situaba a una parte del voto de la sociedad española fuera del perímetro. Me estoy refiriendo a los cinco millones de votantes de Podemos, a los casi tres millones de votos catalanes —es decir, la mayoría amplia del Parlament de Catalunya sumando el bloque independentista, los comunes y ciertos sectores del electorado socialista que posiblemente estén en las mismas coordenadas—, a los votantes de Compromís en Valencia, a los votantes de la izquierda balear... Y si le añadimos los votantes del PNV, en función de la postura que adopte el partido, nos vamos a nueve millones de personas. Es prácticamente el 25 % del Congreso, o más. No sé si se ha roto definitivamente este diseño que se estaba fabricando, pero en estos momentos lo parece. Al menos, el resultado de la moción de censura lo ha roto.

No obstante, no hay que olvidar que todo va muy deprisa y que la gran tarea de estos tiempos es mantener la perspectiva ante tantas aceleraciones. No olvidemos que era un planteamiento de gran profundidad. Implicaba configurar (o reconfigurar) la democracia

española sobre la idea de que, aunque el disenso fuese de un 30 %, debía ubicarse fuera del discurso oficial. Los acontecimientos de octubre y noviembre en Cataluña servían argumentalmente para este proyecto: «Quien haya tenido algún tipo de protagonismo o complicidad con lo que pasó en Cataluña en otoño no puede gobernar este país. Carece de la legitimidad total para dirigirlo». Para mí, la moción de censura rompe este engranaje. Insisto en que ahora no sabemos si se va a poder recomponer, porque evidentemente quienes lo han teorizado tienen ganas de recomponerlo. Así pues, se produce una respuesta a lo que se planteaba el 20 de diciembre de 2015. Había una demanda de cambio, aunque no estaba claro cuál.

PI: Sin embargo, nosotros hemos dicho siempre que el partido fundamental del sistema de 1978 es el PSOE. Son tan conscientes de ello que son los que más se han resistido a admitir que ha cambiado el sistema de partidos. Es el partido que dice no a Podemos y apuesta por Ciudadanos después de las elecciones de 2015; el que después de las elecciones de 2016 expulsa a Pedro Sánchez para dejar claro que nunca iban a transitar por ahí. Lo que ha pasado estos días es que el Partido Socialista ha hecho lo que no quería hacer. El golpe que supone para Rubalcaba, Felipe González y Susana Díaz el hecho de que hagan lo que nosotros les dijimos que había que hacer es terrible. Han tenido que pactar con populistas e independentistas para llegar al Gobierno. La prueba de que no querían la señalaba Lucía Méndez —que tiene esos momentos reveladores mágicos—: Pedro Sánchez ha hecho un Gobierno que sonríe a Ciudadanos y al PP. Es obvio que lo primero que le han obligado a hacer a Pedro Sánchez es dejar claro al sistema que forma parte de él. El problema es que llega demasiado tarde. ¿Alguien piensa que Ciudadanos y el Partido Popular van a sonreír al Gobierno? Lo van a devorar. Creo que vamos a vivir unos meses que van a desgastar muchísimo al Gobierno y que lo van a empujar inexorablemente a que, o bien después de las elecciones o bien antes, dé una forma institucional mucho más cristalina a ese

nuevo espacio de gobernabilidad. Para empezar, de las elecciones municipales y autonómicas van a tener que salir Gobiernos de coalición. Para seguir, en la próxima investidura —de Pedro Sánchez o no— tendrá que haber pactos con nosotros, pero también con los catalanes y los vascos. Y entonces ya aparecerá un Frankenstein con todos los elementos institucionales del sistema político. A mí, igual que a ti, Frankenstein me parece una figura simpática. Es un tipo sensible y bueno que cuida a la niña. En todo caso son unos salvajes con antorchas los que quieren matarlo, pero él es un monstruo entrañable.

EJ: Todo relato siempre acaba donde empieza. El inicio son aquellas elecciones en las que había un deseo claro de cambio, un rechazo a lo existente, aunque sin dibujarse claramente el cómo. En los acontecimientos actuales sigue estando presente. Se ha producido lo que decíamos hace un momento. Al Partido Socialista se le habían puesto unas bridas. Se había dibujado un perímetro, prácticamente como si estuviésemos en la Guerra Fría.

PI: Los comunistas no pueden entrar en el Gobierno.

EJ: Lo que ha hecho Sánchez es poner un pie. El pie necesario para la moción de censura. ¿Dispone Sánchez de la fuerza suficiente para poner los dos pies? Posiblemente no. Y posiblemente tampoco quiere.

PI: Pero es que es eso. Estoy leyendo un libro sobre el Tercer Reich y la invasión de Austria: *El orden del día*, de Éric Vuillard, y trata sobre los empresarios que apoyaban el nazismo como Bayer, Siemens, Opel, etc. Hay una frase que dice: «La principal fuente del derecho son los hechos consumados». Una vez pones el pie, lo que quieras es accesorio. Si has puesto el pie en un tren que empieza a andar, solo puede llegar a un sitio, y me sorprende que nadie lo vea. Un día nos acusaban de que Podemos está pensando siempre en la pantalla siguiente. Hay en mi partido gente preocupada que opina que

debemos salir a valorar el Gobierno. Fíjate en Fernando Grande-Marlaska… Calma. Que el Gobierno empiece a gobernar, ya nos vendrán a pedir ayuda cuando no les quede más remedio. Nunca hemos tenido tanto poder como ahora. Si tenía poder Rivera con treinta y dos diputados y un PP con 137...

EJ: Hay algo evidente. Si el Partido Socialista cree que con la composición del nuevo Gobierno va a obtener el armisticio del PP y Ciudadanos, se equivoca. La oposición a este nuevo Gobierno será tremenda. Ahora bien, debo decir que Sánchez fue inteligente en junio. El juego de las expectativas es clave y lo ha jugado bien. De tener unas expectativas bajas y de esa presunción ambiental de que iba a salir de la moción de censura un Gobierno anémico y tísico a construir un Gobierno que parece robusto... De entrada, esto produce un efecto efervescente. Además, él no se dirige solo a Ciudadanos y a Podemos, sino a muchos sectores diferentes. Vamos a ver cómo maneja la praxis diaria, pero creo que este Gobierno tiene una cualidad política importante: intercepta algo que propulsaba a Ciudadanos. Ciudadanos no se puede leer solo como un constructo del IBEX 35, como una especie de improvisación de las clases dirigentes españolas para intentar salvar de forma decorosa la crisis política del país. Hay algo que viene de la sociedad que también apunta en esa dirección. En este sentido, el Gobierno de Sánchez ha interceptado esa parábola. Vamos a ver cómo materializa la idea.

PI: Voy a decir algo que a lo mejor después no se cumple, pero creo que en las próximas encuestas bajará mucho Ciudadanos, subirá algo el PP, bajará Podemos y subirá el PSOE. Igual me equivoco completamente y las tendencias actuales se van a mantener...

EJ: Estoy de acuerdo contigo, creo que habrá algunas correcciones. Aunque también puedo equivocarme. Me cuesta creer que el PSOE no mejore posiciones. También partiendo de la base de que estaba muy mal. En las encuestas a finales de abril estaba en cuarta posición. Si el

PSOE sigue cuarto después de todo lo que ha ocurrido, con el Gobierno que se ha puesto en marcha y con el impacto que está teniendo en la opinión pública, querrá decir que hay una crisis sistémica. No estamos ante un acontecimiento taumatúrgico, sino ante un suceso relevante. Insisto, con lo que tenía y las circunstancias, Sánchez ha sido muy listo. Ha creado el Gobierno que a Albert Rivera le hubiera gustado presidir. Quizá faltaría un ministerio para Marta Sánchez.

DRAMATIS PERSONAE

Papa Francisco

Pablo Iglesias: A mí me gusta. Me gustaría conocerle algún día. Creo que ha demostrado ser un papa progresista, dentro de lo que es el cargo y la jerarquía eclesiástica. En comparación con Wojtyła y Ratzinger es otra cosa. Desconozco el funcionamiento de las intrigas vaticanas, pero algo tuvo que pasar para que hicieran dimitir a Joseph Ratzinger y quedara como una especie de papa emérito. No es precisamente algo frecuente entre los sumos pontífices. Además, eligieron a un argentino que se ha comprometido y se ha mojado mucho en algunos asuntos. La música que toca el papa a nosotros nos suena bien.

Hay una anécdota divertida que no recuerdo haber contado. Cuando vino al Parlamento Europeo algunos diputados nuestros y de Izquierda Unida se fueron, pero yo me quedé a escuchar su discurso. Empezó a decir cosas muy sensatas y me puse a aplaudir. Era casi el único que estaba aplaudiendo al papa en el Parlamento, y vi cómo un halo de inquietud comenzaba a recorrer la bancada conservadora. No podía ser que solo Pablo Iglesias aplaudiera al papa, así que también se pusieron a aplaudir.

Enric Juliana: Se ha escrito mucho sobre los motivos por los cuales el cardenal Jorge Mario Bergoglio fue elegido papa. El Espíritu Santo es inescrutable, pero creo que conoce la geopolítica. El Vaticano iba camino de convertirse en un segundo Kremlin, en un símbolo

inquietante de poder opaco. Es la única institución fuerte que ofrece resistencia a los nuevos paradigmas del poder, basados en la instantaneidad y la transparencia: la supuesta transparencia. Estaban pasando cosas muy extrañas en el Vaticano. Pasaban y se contaban. El mayordomo de Benedicto XVI, Paoletto, fue detenido por robar papeles al papa. Un halo de conspiración envolvía la basílica de San Pedro y Benedicto XVI renunció. La imagen del Vaticano de las novelas de Dan Brown se expandía por momentos. La elección de Bergoglio, frente a los candidatos preferidos por la curia (el brasileño Odilo Scherer y el italiano Angelo Scola), tenía como principal objetivo cortar en seco esa tendencia depresiva y decadente. Los principales promotores de su candidatura fueron los cardenales latinoamericanos, con alianzas en Europa y en Estados Unidos. Buscaban romper el poder de la curia. Por otra parte, la llegada de Francisco coincide con la crisis económica en Europa. Como argentino, entiende perfectamente lo que es una sociedad lacerada. El papa Francisco pronto emergió como un referente moral. El discurso de Francisco ha contribuido a legitimar estos años el discurso de la nueva crítica social europea. Me parece que la «nueva izquierda», a veces muy atraída por los brochazos del paleoprogresismo, no lo ha acabado de captar bien. Es algo que va más allá de Francisco. El catolicismo contiene, en su esencia, una prevención ante el imperio del dinero. Francisco ha querido revitalizar la Iglesia católica acentuando su dimensión compasiva y haciéndola partícipe de la crítica social. Su encíclica sobre el respeto al medio natural (*Laudato si'*) es muy importante. No nos debe extrañar que quieran acabar con él. Van a por él.

Angela Merkel

PI: A mí siempre me resulta curioso saber que militó en las organizaciones oficiales de la RDA. Parece que Merkel es militante del

poder, mande quien mande. Creo que, si no la artífice, sí se ha convertido en la referencia de la Europa alemana, de una Europa con un predominio no solamente económico sino también político de Alemania, cuyas consecuencias políticas pueden significar una crisis definitiva del proyecto europeo, como se está viendo.

EJ: Cuando alguien se pregunta: «¿Quién manda en Europa?», la respuesta es: «Angela Merkel». Bien, esto sería matizable, aunque es verdad que el peso de Merkel en la política europea es enorme. La cancillera alemana es en estos momentos el principal bastión del europeísmo institucional. Una mujer nacida y y educada en la antigua República Democrática Alemana. Es una política conservadora, de trasfondo social, hija de un pastor luterano y formada en la atmósfera prusiana que nunca dejó de existir en la antigua RDA. Merkel quedará siempre asociada a los recortes de los años más duros de la crisis financiera, pero se la recordará también por una decisión muy valiente, la de aceptar un número elevado de refugiados sirios en Alemania en un momento especialmente crítico para Europa. Es verdad, Alemania padece una seria crisis demográfica: necesita población. Pero esa no era una decisión fácil, como hoy queda demostrado.

Juan Carlos I

PI: A Juan Carlos I no lo he conocido. He leído algunas biografías sobre él y no es una figura histórica que me guste. No hay más que recordar su cercanía a Franco y su importancia para el franquismo. Por no hablar de sus vínculos con la corrupción: Corinna zu Sayn-Wittgenstein, la famosa carta al sah de Persia pidiéndole dinero para Adolfo Suárez, etc. Sin embargo, creo que fue extremadamente hábil en términos políticos, desde la frase pronunciada en Estados Unidos de que quería ser rey de una república hasta su capacidad para leer

algunas claves de la construcción del sistema del 78 con respecto a la cuestión territorial y a ciertos consensos. Eso se le debe reconocer independientemente de que el mérito fuera suyo o de sus asesores. Entre sus mentores hay que destacar a Torcuato Fernández Miranda, uno de los arquitectos intelectuales de la Transición, que murió pronto, o a Sabino Fernández Campos, que, pese a ser muy conservador y derechista, no se chupa el dedo precisamente. Otra figura clave para el rey fue Alfonso Armada, y eso no lo puede negar nadie. Diría que es una figura que no me gusta ni ideológica ni históricamente, pero admito que fue hábil y desempeñó un papel muy importante. Fue capaz de vender que la monarquía era necesaria para la democracia encontrándole una utilidad: parar golpes de Estado.

EJ: Juan Carlos. Para mí, la cuestión es la siguiente: ¿el ritmo de democratización de la sociedad española habría sido más rápido sin la monarquía? Sin restauración monárquica, la dictadura entraba en punto muerto. Pero la restauración monárquica era incompatible con la «dictablanda» con la que soñaban destacados exponentes del tardofranquismo, como Carlos Arias Navarro. Arias era el más impresentable de los partidarios de la dictablanda, pero personajes como Fraga y Areilza no estaban muy lejos de esa idea. Una transición lenta, con las cosas muy bien amarradas por arriba. «La calle es mía», dijo Fraga durante su paso por el Ministerio del Interior. Tras desembarazarse de Arias, el rey Juan Carlos nombró primer ministro a Suárez, un hombre sin pedigrí, ambicioso y telegénico, dispuesto a acelerar los tiempos. Juan Carlos temía que los ritmos lentos de la Transición dañasen la legitimación de la monarquía. Suárez se creyó su papel y acabó convirtiéndose en un demócrata capaz de tomar decisiones temerarias, como la restauración de la Generalitat en 1977; los Pactos de la Moncloa con los comunistas, siguiendo la estela de la democracia cristiana italiana; el regreso de Josep Tarradellas a Barcelona y la restitución de la Generalitat; la generalización de las autonomías; un cierto retraso en la adhesión a la OTAN, el abrazo a

Yasser Arafat... La dictablanda nunca habría tomado esa senda. La caída de Suárez, cuando deja de contar con el apoyo del rey, es consecuencia de esas decisiones. La figura de Juan Carlos se mitificó en exceso y ahora todo el mundo hace leña del árbol inclinado. El eterno péndulo español.

PI: Una vez estaba Santiago Carrillo en un acto con Juan Carlos Monedero. Se ve que Juan Carlos se le acercó a decirle: «Santiago, ¿por qué apoyas a la monarquía?», y Carrillo le dijo con su voz característica: «Monedero, no podemos regalarle la monarquía a la derecha».

EJ: No está de más recordar a Santiago Carrillo…

Felipe VI

PI: A Felipe VI sí le conozco, y he hablado con él más veces de las que cabría esperar, sobre todo por la inestabilidad política en España, que hizo que el rey tuviera que llamar a los jefes de grupos parlamentarios muy a menudo. Es extremadamente educado y correcto, amable y muy culto políticamente. Una de las cosas que me preguntaban muchos amigos era si me tuteaba, como hacen los Borbones, y sí. Desde el principio me dijo de hablarnos de tú, cuando se lo propuse yo mismo. Me cayó bien, me pareció un tipo simpático y nada arrogante. Sin embargo, pese a todas esas virtudes, no ha sabido responder a la pregunta de para qué sirve un rey. Su primer discurso de Nochebuena de 2014 fue inteligente, pero desde entonces el equipo de la Casa Real está poniendo en riesgo la monarquía. Su posicionamiento del 3 de octubre fue un error, y llegará el día en que España votará y se expresará en relación con la monarquía, aunque quizá no sea vinculante. Si en España la gente vota masivamente que no, seguramente Felipe se tendrá que ir.

EJ: Pienso que el gran reto de Felipe VI en estos momentos es saber dirigirse a aquellos sectores de la sociedad que ven con hostilidad la monarquía, o que ya no la consideran imprescindible. No es fácil. Si los grupos dirigentes españoles se obstinan en ignorar o menospreciar que la «disidencia» en España supera los siete millones de votos, con un fuerte componente juvenil —una disidencia muy poco homogénea, es verdad: la izquierda hostil a la monarquía, la izquierda indiferente a la monarquía, los nacionalistas vascos, los nacionalistas catalanes, los autonomistas valencianos, algunos liberales desencantados…—, los problemas de este país pueden agravarse seriamente. Se puede gobernar sin contar con esa gente, pero no se puede reinar sin atenderlos. Hay un ángulo ciego en la Constitución: para que el rey pueda mediar y arbitrar no puede estar al cien por cien sometido al discurso del Gobierno de turno. Retomo una idea ya expuesta en este libro: una ola autoritaria está recorriendo Europa. Es una ola que incluso puede llegar a fascinar de algún modo a ciertos intelectuales de la izquierda. La puerta de entrada de la ola autoritaria en España podría ser una república presidencialista. Sigo creyendo en la capacidad integradora de la monarquía parlamentaria.

PI: Insisto, en lo personal le tengo en muy buena consideración. Parece un hombre formado, estudioso, extremadamente educado. No encontré en él nada de lo que había leído a propósito de la arrogancia de los Borbones. Esa simpatía personal contrasta con su desempeño político que a mi juicio está lleno de errores, seguramente consecuencia de un asesoramiento extremadamente conservador. Si bien fueron inteligentes en términos estratégicos la aplicación y el discurso de Nochebuena del año 2014, creo que a partir de ahí se convierte en un referente de la derecha. Hay en efecto un momento clave, el discurso del 3 de octubre, que es aplaudido por el PP y por Ciudadanos, tibiamente asumido por el PSOE y que cuenta con un rechazo absolutamente mayoritario en Cataluña y en el País Vasco, y muy amplio en el conjunto del Estado. Creo que el hecho de que el

jefe del Estado se haya situado como referencia exclusiva de los partidos de derecha es comprometer el futuro de la monarquía.

Felipe González

EJ: Felipe González es el político más relevante que ha dado España en los últimos cincuenta años, seguido a cierta distancia por Jordi Pujol, cuyo papel la historia no podrá soslayar, pese a todo lo ocurrido en los últimos años. González es un hombre inteligente, intuitivo, buen comunicador y con una gran capacidad de análisis político. Cuatro virtudes o atributos difíciles de hallar reunidos en una sola persona. Intuyó muy correctamente, junto con el grupo socialista sevillano, que el PSOE sería la punta de lanza de la izquierda española en la transición gradual a la democracia en la fase final de la Guerra Fría. Interpretó correctamente la partitura que se escribió en Europa respecto a cómo tenían que evolucionar las cosas en España. Gobernó el país con notable prudencia, hasta que el PSOE colapsó en los noventa. Inconvenientes de González: trabaja siempre «por arriba» y casi siempre parece estar enfadado con el mundo. No sé exactamente por qué. Mário Soares escribió de él que era un gran estadista, poseído por una extraña melancolía rural.

PI: Felipe González es uno de los grandes personajes del siglo XX español. Astuto, siempre, desde Suresnes hasta hoy. Encarna lo mejor y lo peor: avances históricos fundamentales en España, sobre todo en los años ochenta, pero también los episodios más oscuros, que además son episodios de los que, en cierta medida, Felipe González se enorgullece en una especie de impulso de muerte vanidosa. Cuando dijo: «La democracia se defiende en las alcantarillas», o cuando en una entrevista reconocía que pudo hacer volar a la cúpula de ETA en Bidart y que de algún modo se arrepentía de no haberlo hecho. Creo que ha experimentado una transformación ideológica que le lleva a ser

uno de los representantes de la ideología del poder, que encarna a la perfección. He coincidido con él una sola vez, en una comida con la dirección política del Grupo Prisa, y me sorprendió que al final de la comida se encendiera un puro… No es más que una anécdota, lo sé, pero representaba una imagen que encarnaba muy bien el poder. Es un personaje al que me encantaría poder entrevistar en profundidad en La Tuerka y la verdad es que aquel almuerzo en el que pudimos conversar fue bien.

José María Aznar

EJ: José María Aznar es un buen intérprete de las ambiciones y los resabios de la joven derecha española después del franquismo. Es un personaje importante, no tengo la menor duda que ha dejado huella en España. Aznar es perfectamente previsible, puesto que gira constantemente sobre cuatro ideas. Primera: romper la hegemonía moral de la izquierda en España, fruto de su derrota en la Guerra Civil. Segunda: partido único del centro y la derecha, para obtener las bonificaciones del sistema electoral. Tercera: cuando el PSOE gobierne, no dejar que se asiente, zarandear el tablero para evitar toda sensación de normalidad. Cuarta: mantener siempre viva la idea de que España se halla en peligro; tensar cuerdas con los nacionalistas catalanes y vascos para facilitar una coagulación nacional-popular española alrededor del partido único de la derecha. Es un programa inteligente. Es el programa del nacionalismo español. Aznar, a su vez, parece una persona acomplejada. Sus deseos de grandeza le traicionaron durante su segunda legislatura. El aznarismo puede volver a gobernar España. Hoy controla dos piezas en el tablero: Casado y Rivera. No es poco.

PI: Aznar es el opositor. Es alguien que, sin las virtudes de la brillantez, la belleza o la elocuencia, demuestra que con esfuerzo se

puede conseguir todo. A mí me molesta mucho cuando critican el inglés de Aznar. Aznar es alguien que, con muchos años, ha sido capaz de aprender inglés hasta el punto de poder dar conferencias, hacer ruedas de prensa, entrevistas, etc. Eso es algo muy difícil para alguien ya de una cierta edad y sobre todo después de haber sido presidente del Gobierno. Eso revela el tesón de alguien de quien se cuenta que iba a trabajar a su despacho en la calle Génova los sábados y los domingos. Contrasta, por ejemplo, con una figura brillante como lo que representó Jorge Verstrynge en el Partido Popular pero al final el que se lleva el gato al agua es el que es más tenaz, el que trabaja día a día. Aznar es eso. Creo que tiene una vanidad para trascender que, al no descansar sobre su elocuencia, su brillantez o su astucia —como en el caso de Felipe González—, le hizo tomar decisiones imprudentes: la política exterior a la que empujó a nuestro país o su voluntad un tanto estridente de condicionar todo lo que ocurría en su partido, atacando a su propio partido incluso. Y creo que se cargó su propia grandeza en la gestión de los atentados del 11 de marzo. Aznar sabía perfectamente que ETA no tenía nada que ver con ese atentado y creo que si hubiera reflexionado más habría cogido al toro por los cuernos, habría movilizado al ejército, habría defendido una mayor intervención en Irak. Creo que esa actitud cobarde de esconderse, de mentir, de pretender asegurar las elecciones mediante una versión inverosímil, que de hecho fue la tumba electoral del Partido Popular, revela que a pesar de su tesón y de su esfuerzo en esos momentos cruciales no fue capaz de demostrar grandeza en los términos en los que para Aznar se expresara la grandeza.

José Luis Rodríguez Zapatero

EJ: José Luis Rodríguez Zapatero ha dejado dos legados. El primero, muy positivo para la sociedad española, es el estirón en la política de derechos civiles. Su trabajo innegable en favor de la igualdad de la

mujer. El tiempo le está dando toda la razón. Basta comparar la legislación española con la de otros países del sur de Europa. Zapatero ha sido un modernizador de la democracia española. El contrapunto negativo es su torpeza ante la crisis económica. Esa tozudez de no querer aceptar lo tormenta que se nos venía encima. Ese episodio ha dejado una marca en la frente del PSOE.

PI: ZP. Puedo decir que le tengo una gran estima. Creo que Zapatero ha querido ser y, sobre todo ahora, quiere ser un socialdemócrata de verdad. Creo que esto es de lo mejor que se puede decir de un dirigente del Partido Socialista y máxime cuando ha sido presidente del Gobierno. Creo que controla mucho mejor su ego que Felipe González y que Aznar. Una vez me golpearon durísimo por haber dicho que me parecía el mejor presidente. Entiéndase, ningún presidente de España desde la Guerra Civil ha sido de mi opción política, pero el que menos me disgustaba de todos sin duda era Zapatero. Ahora digo, claramente y sin matices, que me parece el mejor expresidente de nuestro país, el que mejor lo lleva, el que más valiente y el que más útil ha sido.

Mariano Rajoy

EJ: Siempre me fascinó en Mariano Rajoy su alergia, su aversión a la utilización intensiva de los nuevos métodos de comunicación política. Es un político muy a la antigua, un viejo artesano de la política. Las vigas más dañadas del PP al final le cayeron encima por no haberlas sabido reparar a tiempo. Mariano Rajoy es el último de la saga de los políticos conservadores en España. Con él concluye una etapa, creo, en la derecha española. Lo que viene a partir de ahora no sabemos exactamente lo que es, pero será distinto. En estos primeros meses diría que los sucesores de Rajoy —puesto que hay dos personajes disputándose el liderazgo de la derecha en España— le están dando

una iluminación especial al personaje. No vaya a ser que dentro de un tiempo la izquierda española añore a Mariano Rajoy.

PI: Mariano Rajoy, en esto estoy de acuerdo con Enric Juliana, es un genuino conservador, un canovista, que contrasta con ese estilo liberal-falangista de personajes como Aznar y Aguirre, que han sabido establecer una síntesis entre esos viejos estilos del fascismo español con el neoliberalismo thatcheriano, que es lo que representan Aznar y Aguirre. Como comunicador, Rajoy es un tipo discreto en los medios de comunicación, algo que seguramente le ha generado problemas en la época en la que le ha tocado ser presidente del Gobierno, pero es un solvente parlamentario y es un gran conocedor del funcionamiento del Estado. Y es una persona modesta, algo que no es habitual en una persona que tiene tantas responsabilidades. Auguro que en el futuro en el PP valorarán más lo que tenían con Rajoy y le echarán de menos.

Carles Puigdemont

EJ: Carles Puigdemont es periodista e independentista desde la adolescencia. Deben considerarse ambos elementos para comprender al personaje y su importancia para muchos catalanes. El Puigdemont periodista es un hombre inquieto que decide viajar por Europa al constatar que la dirección del diario *El Punt* quedaba fuera de su alcance. Viaja por Europa y regresa a Girona con ideas novedosas sobre la comunicación política. Crea una consultoría de comunicación política. Ofrece ideas a los alcaldes convergentes. Sus resúmenes de prensa cada día incluyen una idea: la consigna del día. Un periodista siempre es una esponja. Es un hombre inquieto que sabe captar lo que significan Macron y la destrucción de los partidos clásicos en Europa. Ha sabido captar incluso las reverberaciones que están detrás del lenguaje de Donald Trump. Es un independentista convencido, desde joven esta ha sido su gran pasión política. No buscaba la presidencia

de la Generalitat. Se la ofrecieron y actuó en consecuencia. Su situación es hoy muy difícil: el paso del tiempo será implacable. Debe intentar sobrevivir políticamente para no transformarse en una pieza decorativa, para no acabar medio olvidado, dando de comer a las palomas en la Grande Place de Bruselas…

PI: Carles Puigdemont es seguramente la prueba de que el hábito hace mucho más al monje de lo que algunos creen. Yo creo que él no se hubiera imaginado en el pasado a sí mismo desempeñando el papel que jugó en Cataluña, en especial en las elecciones de diciembre de 2017, en las que ese legitimismo presidencialista del que hablaba Juliana hizo que Carles Puigdemont situara una fuerza política construida a su medida mucho más alto respecto a las expectativas que tenía el PDeCAT. Es ya una figura histórica y un símbolo para muchos ciudadanos catalanes, que seguramente nunca pensó que fuera a desempeñar un papel como el que desempeñó y como el que sigue desempeñando, y que seguramente si hubiera podido decidir con libertad no habría querido tener. Hemos mencionado en este libro varias veces el famoso tuit de Gabriel Rufián, las 155 monedas de plata que de alguna manera representaban la presión que determinados sectores hicieron a Puigdemont para que no llevara a cabo una decisión que tenía tomada, que era convocar elecciones autonómicas.

Oriol Junqueras

EJ: Oriol Junqueras sueña con ser presidente de la Generalitat, desde hace muchos años, con la misma intensidad con la que Carles Puigdemont sueña, también desde hace muchos años, con la independencia de Cataluña. La gran pasión de Oriol Junqueras es ser el Jordi Pujol del siglo XXI. En estos momentos esta expectativa es muy difícil que se realice, pero no podemos decir que esté del todo

anulada, puesto que la política en este país nos seguirá dando sorpresas durante un tiempo. Oriol Junqueras es un hombre hecho a sí mismo, con un fuerte afán de superación. Un hombre de gran tesón, provisto de una astucia monacal. Puede ser el hombre clave de Cataluña en los próximos años… aunque ya he expresado mis reservas sobre la capacidad de ERC de actuar como fuerza dirigente.

PI: Oriol Junqueras es una figura de una gran profundidad. Recuerdo que un día, cenando en casa de Jaume Roures, le dije que seguramente si continuaban con una estrategia —que a nuestro juicio era suicida— de chocar con el Estado iba a acabar en la cárcel. No sé si me creyó en aquel momento. Creo que ahora Junqueras encarna el retorno al pragmatismo estratégico de Esquerra Republicana de Catalunya en contraste con Carles Puigdemont.

Inés Arrimadas

PI: Inés Arrimadas es, inevitablemente, una figura que hay que comparar con el liderazgo de Albert Rivera en Ciudadanos. Creo que es un rostro más amable y al mismo tiempo es una figura con un pensamiento más sutil que el de Albert Rivera y se perfila como una sucesora que a mi juicio podría llegar más lejos que Rivera.

EJ: Sin duda alguna, Inés Arrimadas es una de las revelaciones de la política española. En estos momentos hay dos mujeres jóvenes que destacan de una forma notable en la política de este país: Irene Montero e Inés Arrimadas. Arrimadas es una excelente comunicadora, tiene carácter, tiene empuje… Lo demostró en las últimas elecciones catalanas, en las que obtuvo un excelente resultado. Consiguió un hito muy importante —encabezar el partido más votado— y no lo bordó. Le ha faltado autonomía política para efectuar su propio recorrido. Tenía que haber ido al Parlament y pedir la investidura. No tenía los números, pero sí tenía un discurso. Ciudadanos no quiso perder una

votación de investidura, que habría desmentido la afirmación propagandística del partido ganador. Las últimas elecciones catalanas las ganó el independentismo, fragmentado en tres partidos que ahora tienen serias dificultades para ponerse de acuerdo. Pienso que la profundidad posiblemente sea la asignatura pendiente de Inés Arrimadas.

Ada Colau

PI: Ada Colau es la autenticidad. Yo la conocí como activista hace muchos años y era de verdad, que es algo nada fácil de encontrar en figuras públicas. Se convirtió en un referente moral como portavoz de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca por su sencillez, y creo que se ha convertido desde la misma sencillez y la misma autenticidad en un referente de la política institucional. Creo que le quedan muchos años como alcaldesa de Barcelona.

EJ: Ada Colau tiene un gran instinto. Pienso que es la característica más relevante de la actual alcaldesa de Barcelona. Instinto y una gran capacidad de comunicación. Supo aprovechar bien lo que podríamos llamar «el *momentum*», aquel momento en que Barcelona tenía ganas de protestar y de cambiar algunas cosas, a la vez que tenía pocas ganas de proclamarse una ciudad rotundamente independentista. Barcelona es muy suya. Ada Colau ganó en Nou Barris, el gran distrito de tradición obrera, y en Gràcia, el barrio más progre de la ciudad, donde reina el independentismo de izquierda. ¿Volverá a ganar Colau en Nou Barris y Gràcia? Hay combinaciones que son muy difíciles de repetir. Las elecciones municipales serán una gran batalla política en Barcelona, ciudad en la que no es progresismo todo lo que reluce. El gran error de Colau: romper su alianza con el PSC, que daba amplitud al Gobierno municipal. En Barcelona, la «nueva izquierda» había conseguido que los socialistas aceptasen un papel de aliados

subordinados, algo que el PSOE no ha querido concederle a Manuela Carmena en Madrid.

Manuela Carmena

EJ: Hace un tiempo pensaba que el recorrido de Ada Colau en Barcelona era robusto y que la alcaldía de Madrid podría ser un paréntesis, uno de esos paréntesis que la ciudad de Madrid en algunos momentos decide otorgarse para descansar un poco de los ruidos de la política eligiendo alcaldes honorarios y simpáticos. Esta era mi impresión hace un año. En estos momentos estoy revisando un poco este pronóstico. A fecha de hoy (finales de septiembre de 2018) veo más consolidada a Carmena que a Colau. Barcelona está de psicoanálisis y le espera una batalla de gran voltaje.

PI: Manuela Carmena, como figura política, fue un proyecto intelectual de Jesús Montero, el que era nuestro secretario general en Madrid. Esto es algo de lo que se ha hablado poco y seguramente Manuela no lo haya reconocido mucho, pero esto lo ideó Jesús, que se dio cuenta de algo que es la clave de Carmena: su capacidad de suscitar todas las simpatías que puede suscitar Unidos Podemos y al mismo tiempo aportar un extra que tiene que ver con los sectores progresistas que en otras circunstancias votarían al Partido Socialista. Eso tiene que ver con quién es, con su edad, pero sobre todo con su estilo y con su capacidad para interpelar a un sector ideológico y generacional muy preciso. Creo que mucha gente no se dio cuenta de lo que representaba que Carmena fuera una tertuliana habitual en la Cadena SER y su capacidad de penetración en ese mundo, que es lo que marcó un resultado electoral espectacular. Creo que Carmena ha sido capaz de poner juntas muchas piezas imprescindibles para el cambio, y que siga siendo alcaldesa dependerá de que todas esas piezas sigan juntas.

Pedro Sánchez

PI: Todavía es una incógnita, y lo digo ahora que tengo mejor relación con él que nunca. Creo que en lo personal le ha sentado de maravilla ser presidente del Gobierno. También es normal. Después de todo lo que ha pasado, cuando se despierta por la mañana en la Moncloa debe de pensar que no fueron pocos los obstáculos y las dificultades que tuvo que sortear. Y, al mismo tiempo, cosas que no dependieron de él. Atar los números para la propia moción de censura ha contribuido a mejorar nuestra relación personal. Ahora bien, sigue siendo una incógnita porque tiene discursos para todos los gustos. El Pedro Sánchez muy a la derecha, el que en las primarias habla de plurinacionalidad en Cataluña, el que hace un tuit muy cariñoso con nosotros y se refiere a «lo común», etc. Ya veremos. Creo que la negociación de los presupuestos va a definir quién es Pedro Sánchez, porque todavía no se sabe.

EJ: Pedro Sánchez es un hombre tenaz, no cabe duda. Ha demostrado tener voluntad de poder, algo fundamental en política. No me refiero únicamente a la voluntad de ejercer el poder, sino al fuerte deseo de desarrollar una ambición. Ha demostrado tenerla en circunstancias muy adversas. También es verdad que la diosa Fortuna le ha visitado. Existen, es verdad, varios Pedro Sánchez. El centrista, el amigo de Ciudadanos, el aliado de Podemos… con un común denominador: una gran tenacidad. Los notables del PSOE lo subestimaron. La derecha no lo subestima. La prueba de ello son los reiterados ataques a su probidad personal. Quieren romperle las piernas antes del final del partido. La tormenta mediática sobre su tesis doctoral prueba que la derecha no lo subestima. Todo hombre tiene un punto débil, al menos. Recuerdo la leyenda de Sigfrido. Sigfrido se baña en la sangre del dragón que ha matado, para hacerse invulnerable. Pero una hoja de

tilo se pega a su espalda: ese será su punto débil (el mito de Aquiles en versión germánica). Esa tesis doctoral vulnerable puede ser la espalda de Sigfrido del hombre que se llevó por delante a la vieja nomenclatura socialista.

Pablo Casado

PI: En lo personal, tengo buena relación con él por un hecho neurálgico que compartimos. A Pablo Casado y a mí nos une algo que ojalá no uniera a nadie, y es que él también tuvo un hijo prematuro. Es más, le curaron en el mismo hospital que a los míos. Y ahí fue empático, y eso siempre se agradece, sobre todo cuando hay autenticidad.

En lo político, creo que Pablo Casado es alguien que se sitúa en el eje ideológico en función de los intereses del momento. Tengo la misma impresión que una dirigente muy importante del PP, que en una conversación privada describió a Casado como un trepador. Dejando a un lado la hostilidad personal que le debía de tener a Casado, revela la personalidad de alguien que puede aprovechar unas ideas u otras en función de sus intereses específicos. ¿Pablo Casado es de extrema derecha o ha decidido optar por posiciones de extrema derecha porque le parece que son útiles para competir con Ciudadanos y ganar una mayoría dentro del partido? Me inclinaría más por lo segundo. Es verdad que está adoptando posiciones de extrema derecha, es evidentemente alguien con un *background* ideológico conservador que está compitiendo, digamos, por el espacio de la extrema derecha con Ciudadanos, y cuando él mencionaba específicamente a Ciudadanos y a VOX lo estaba reconociendo, pero creo que eso no responde tanto a una voluntad ideológica sino a que entiende que en este momento ese es el papel que tiene que jugar.

En otro orden de cosas, el famoso asunto del máster puede ponerle entre la espada y la pared. Ya hizo dimitir a Cristina Cifuentes, y es

algo que de alguna forma condiciona la renovación de un partido que precisamente pierde el Gobierno por culpa de la corrupción. Para mí, y más allá de lo que digan los tribunales, que el nuevo líder tenga esa losa encima le hace perder la batalla más importante: la credibilidad ante la sociedad. Eso puede ser determinante para Casado.

EJ: A Pablo Casado le veo más cuajo de lo que le adjudicaban sus adversarios en el seno del Partido Popular inicialmente. Es decir, no menospreciaría a Pablo Casado. Cuajo tiene, pero su acentuación del lenguaje derechista, hasta el punto de expresar un cierto apoyo a Viktor Orbán, puede estar alimentando a VOX, la extrema derecha española. Casado significa el retorno de José María Aznar al primer plano de la política española. También significa el regreso de la derecha católica, que algunos podrían haber dado por desaparecida. Andalucía será clave para él. Si consigue batir a Albert Rivera, consolidará su liderazgo. Si no lo consigue, lo va a tener crudo. Entre Ciudadanos y VOX pueden emparedarlo.

PI: Pablo Casado seguramente es el resultado de un deseo más o menos consciente de la militancia del PP por tener un líder que se pareciera a Albert Rivera. No tengo datos que sustenten mi opinión, pero creo que eso es lo que explica fundamentalmente su irrupción majestuosa en las primarias del PP, cuando aparentemente no tenía el calado de María Dolores de Cospedal ni el de Soraya Sáenz de Santamaría. Quizá no es el mejor candidato en términos electorales para el Partido Popular, pero creo que respondía a ese deseo de los militantes del PP de tener un candidato que se pareciera a Rivera. Sin embargo, aunque eso pueda satisfacer a la gente del Partido Popular, en el mercado electoral es más difícil para el PP. Sáenz de Santamaría tenía un perfil que podía atraer más votos del centro y que se intuía capaz de gobernar, pero Casado no es mayor que el resto de candidatos. Al contrario, no tiene experiencia de gobierno acreditada. Tiene el lastre del máster, y le van a dar duro con eso. No obstante, comparto contigo que, para empezar, no solamente

ha demostrado cuajo, sino capacidad de ganar. En las primarias estuvo sensacional, y fue capaz de coser alianzas para adueñarse del partido. Pero tengo la sensación de que al Partido Popular no le va a ir necesariamente bien intentándose parecer a Ciudadanos. Tengo mis dudas de que la competición con Ciudadanos por la extrema derecha le vaya a funcionar al PP.

EJ: Yo, al contrario, albergo más dudas sobre Ciudadanos. Es bastante cierto que a los simpatizantes del PP les gustaba tanto Rivera que quisieron tener uno propio. Hace unos meses, en un momento en que PSOE estaba muy débil, la gente miraba con deseo a Rivera y a Ciudadanos, y se empezaron a observar migraciones desde aledaños del PSOE hacia el partido naranja. Sin embargo, esas migraciones se han detenido. Si lograra someter al PP en Andalucía, tal vez tenga la partida resuelta.

PI: No parece fácil.

Albert Rivera

EJ: Rivera es un señor que salió desnudo en todos los periódicos de Cataluña, tapándose púdicamente la zona de la hoja de parra. Una iniciativa audaz de Verónica Fumanal, su consejera de comunicación en aquellos momentos, para lanzar al mercado un producto político prácticamente desconocido. Era la primera vez que en España se utilizaba un mensaje publicitario de aquellas características para promocionar a un político. Podríamos decir que tuvo éxito, puesto que Ciudadanos obtuvo tres diputados en aquellas elecciones. Años más tarde, Verónica Fumanal fue la directora de comunicación de Pedro Sánchez, cuando este accede a la Secretaría General del PSOE. Fumanal asesoró a Sánchez hasta su defenestración en septiembre de 2016. Rivera es un producto de la nueva época. Es un buen orador. Ganó un concurso de oratoria en la universidad: es capaz de defender

con brillantez una tesis y al cabo de media hora defender la contraria. Tiene sentido de la oportunidad. Posee voluntad de poder. A veces parece demasiado inseguro.

PI: Hay una palabra que se ha usado —que hemos usado, yo también la usé una vez en el Congreso— para referirnos a Rivera: la palabra «cuñado». Aparentemente despectiva pero que en realidad denota que Rivera encarna muy bien un sentimiento reaccionario muy importante en una parte notable de la población española, que yo creo que explica que Ciudadanos —nacido en Cataluña y ocupando inicialmente el espacio tradicional de UPyD— se convirtiera en una fuerza política que le está disputando el liderazgo en la derecha al Partido Popular. Ese estilo «cuñado» lo que en realidad revela es cómo funciona el pensamiento reaccionario, que tanto se puede situar en propuestas de extrema derecha como en otras posiciones. Creo que Rivera representa eso en España y por eso es un líder político temible, que además es un buen comunicador y muy intuitivo.

Pablo Iglesias

EJ: Pablo Iglesias tiene cultura política, es intuitivo, sabe comunicar y es valiente. Sabe mandar. Uno de los rasgos que me ha llamado más la atención de Iglesias, desde el principio, es que es una persona con coraje, atributo que no abunda mucho. En este país, para poner en pie una nueva organización política basada en la crítica frontal a los óxidos del sistema y a las desigualdades económicas hay que tener mucho coraje. Para dar voz a una generación que se siente muy damnificada por el gran tropiezo de España hay que tener mucho coraje, mucha valentía, porque hay que atravesar una barrera de fuego. Iglesias la ha conseguido atravesar. Sin embargo, Pablo Iglesias tiene otro atributo: en ocasiones es capaz de asustar a más gente de la que debería. Añadiría que detrás de Iglesias hay un periodista: creo

que esto lo iremos viendo con mayor claridad en los próximos tiempos. Y ahora es padre. En este libro se nota.

Enric Juliana

PI: Enric Juliana es el amigo de los niños, siempre rodeado de admiradores izquierdistas que leen sus análisis con muchísima atención. Es una especie de superyó para jóvenes revolucionarios que les alerta frente a las tentaciones del ello, frente a las tentaciones soberanistas, frente a las tentaciones radicales o extremistas. Enric Juliana, digamos, como un padre autoritario berlingüeriano, enseña en el camino de la prudencia y produce fascinación intelectual entre los jóvenes llamados a protagonizar una época en la política o en el periodismo. Creo que el fenómeno Juliana resurge además con la crisis del régimen, porque es uno de sus mejores analistas, con la crisis en Cataluña y con lo que representa el surgimiento de Podemos. Creo que en el futuro se le leerá. Los historiadores que pretendan entender estos años bárbaros de los que hablamos en este libro tendrán que leer y escuchar a Enric Juliana.

NOTA DE LOS EDITORES

Imposible dejar en manos de la improvisación un diálogo en profundidad sobre cualquier materia. Es algo que se sabe de antiguo y que nosotros hemos comprobado una vez más durante la confección y edición de este *Nudo España* que el lector tiene en las manos. Incontables guiones para ordenar el trabajo, más de sesenta horas de grabación, transcripción y revisión de los textos, correcciones y más correcciones a la hora de ver sobre el papel lo dicho y argumentado de viva voz, infinitas pruebas de cubierta y de contracubierta…

El resultado, que a nosotros nos encanta, no hubiera sido posible sin la ilusión y la profesionalidad de Ana Domínguez, Àlex Guàrdia, Irene López, Carlos Montañez, Pablo Muñoz y Mikel Oibar. ¡Y tampoco sin ellos nos hubiéramos divertido tanto! Nuestro agradecimiento infinito. Por último, queremos dar las gracias a los protagonistas del libro, Enric Juliana y Pablo Iglesias. Su generosidad, su inteligencia práctica tanto para lo grande como para lo pequeño, su enorme paciencia y en general su muy buena conducta serán imposibles de olvidar.

Barcelona, septiembre de 2018